

El
suspiro
del
infierno

Jennifer L. Armentrout

Por la autora de la saga **Lectulandia**

Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar.

Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos.

Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

El suspiro del infierno

Dark Elements - 3

ePub r1.0

Titivillus 06-05-2018

Título original: *Every Last Breath*
Jennifer L. Armentrout, 2015
Traducción: Miguel Trujillo
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esto es para todos los seguidores de Zayne y de Roth,
todos los que apoyaban a Layla y querían su propia *Bambi*,
y para todos los que apoyaron con pasión a su chico favorito
y votaron por a quién querían que eligiera Layla.
Gracias por emprender este viaje conmigo.

Capítulo uno



Me hallaba de pie en el salón de Stacey, mientras mi mundo entero se derrumbaba a mi alrededor.

Sam era el Lilin.

Un terror agudo me mantuvo inmóvil, apoderándose del aire de mis pulmones mientras yo miraba al que había sido uno de mis amigos más íntimos. A causa de la familiar demoníaca, *Bambi*, y de mi incapacidad para ver las almas mientras esta se había encontrado atada a mí, nunca había visto lo que había tenido justo delante de mis narices durante todo ese tiempo. Ninguno de nosotros lo había hecho, pero era Sam: había sido él quien había provocado el caos en el instituto y todas las muertes recientes. En lugar de arrancar las almas con una sola caricia, tal como yo sabía que podía hacer un Lilin, se había tomado su tiempo, arrebatando un poquito aquí y allá, jugando con sus víctimas y con nosotros.

Jugando conmigo.

Salvo porque lo que se encontraba ahí de pie, en casa de Stacey... básicamente llevaba puesta la piel de Sam, un disfraz creado a la perfección, porque el auténtico Sam... ya no existía. El dolor de saber que mi amigo estaba muerto, que llevaba ya un tiempo muerto sin que ninguno de nosotros lo supiera, me atravesó como una profunda herida, convirtiendo en miseria mis huesos y tejidos.

No había sido capaz de salvarlo. Ninguno de nosotros había sido capaz de hacerlo, y ahora su alma... su alma tenía que estar allí abajo, adonde iban todas las almas que eran tomadas por un Lilin. Sentí un retortijón en el estómago.

—No podéis derrotarme —dijo el Lilin, con una voz idéntica a la de Sam—. Así que uníos a mí.

—Y si no, ¿qué? —El corazón me latía como un martillo neumático en el pecho—. ¿Moriremos? Como si eso no fuera un cliché increíble.

El Lilin inclinó la cabeza hacia un lado.

—En realidad, eso no te lo decía a ti, te necesito para que me ayudes a liberar a nuestra madre. Pero los demás sí que pueden morir.

«Nuestra madre». Antes de que pudiera ahondar en la asquerosa idea de estar emparentada con la criatura que había asesinado a mi amigo y ocasionado tanta matanza, Zayne cambió a su forma auténtica, distrayéndome. Su camiseta se rasgó por la espalda cuando sus alas se desplegaron, y el tono de su piel se transformó en el

granito oscuro de los Guardianes. Le salieron dos cuernos, dividiendo su ondulado pelo rubio mientras se curvaban hacia atrás, y sus fosas nasales se aplanaron. Cuando separó los labios para soltar un gruñido bajo de advertencia, aparecieron los colmillos. Avanzó hacia Sam y sus enormes manos se cerraron en puños.

—¡No lo hagas! —grité. Zayne se detuvo, y giró la cabeza bruscamente hacia mí—. No te acerques a él. Tu alma —le recordé mientras mi corazón galopaba a toda velocidad. O más bien lo que quedaba de su alma, teniendo en cuenta que yo le había quitado por accidente un buen pedacito de ella hacía no mucho.

Zayne retrocedió con cautela.

Volví a dirigir mi atención hacia el malvado que se hacía pasar por Sam. Fuera lo que fuese aquella cosa que se encontraba enfrente de nosotros, era cierto que compartíamos la misma carne y la misma sangre. Solo recientemente había descubierto con exactitud cómo había llegado a ser mitad demonio y mitad Guardián. Era la hija de Lilith, y aquella... aquella cosa era de verdad una parte de mí. Había nacido de la sangre de Lilith y de la mía, y era tan malvado como ella. ¿Quería que la liberáramos? Imposible. Si Lilith acababa alguna vez en la superficie, el mundo tal como lo conocíamos cambiaría de forma irrevocable.

—No voy a ayudarte a liberar a Lilith. —Ni de coña iba a referirme a ella como mi madre. Puaj—. Eso jamás ocurrirá.

El Lilin sonrió mientras me observaba con unos ojos oscuros, como llenos de tinta.

—Acércate tanto como quieras. —Ignoró mi declaración, provocando a Zayne. Maldita sea, provocándonos a todos—. Ella no es la única en esta habitación con apetito por el alma de un Guardián.

Tomé un aliento brusco y doloroso mientras Stacey soltaba un quejido. En el espacio de un segundo, su relación con Sam apareció ante mí como un destello. Habían sido amigos desde siempre, y solo recientemente ella había reconocido que Sam había estado siempre siempre enamorado de ella. Pero no había comenzado a prestarle atención de verdad hasta que Sam había empezado a cambiar...

Ay, Dios.

Stacey tenía que estar rompiéndose en pedazos al ver al chico al que por fin quería convertido en algo peor que los monstruos que merodeaban por las calles de noche, pero yo no podía permitirme apartar mi concentración del Lilin. Podía hacer un movimiento en cualquier instante, y tres de los que nos encontrábamos en la habitación éramos vulnerables a la peor clase de ataque que podía lanzar.

—No hay nada como arrebatarse un alma pura, pero tú ya lo sabes, Layla. Toda la calidez y la delicia bajan con suavidad, como el chocolate más intenso. —El Lilin inclinó la barbilla hacia arriba y soltó la clase de gruñido que normalmente hubiera hecho que me ardieran las orejas—. Pero tomarte tu tiempo, deleitarte con el sabor, es mucho más decadente. Deberías probarlo, Layla, y dejar de ser tan avariciosa cuando te alimentas.

—Y tú deberías probar a cerrar la puta boca. —El poderoso demonio que se encontraba junto a mí emanaba calor en oleadas. Roth, el actual Príncipe Heredero del Infierno, no se había transformado todavía, pero me di cuenta de que estaba a punto de hacerlo. Sus palabras estaban empapadas de furia—. ¿Qué te parece eso?

El Lilin ni siquiera se molestó en echar un vistazo en su dirección.

—Me caes bien. De verdad que sí, príncipe. Es una lástima que vayas a morir.

Mis dedos se curvaron y las uñas se me clavaron en las palmas mientras la ira ardiente y amarga recorría todo mi sistema. Mis emociones estaban por todas partes. Por si todo lo que había salido mal recientemente fuera poco, me encontraba entre Zayne y Roth, lo cual era como mil veces incómodo en un día normal, pero ahora, después de que Roth...

Pero no podía centrarme en nada de aquello en ese momento.

—Eres muy valiente, amenazando cuando te superamos en número.

Elevó un hombro en un gesto tan propio de la naturaleza de Sam que noté una punzada de dolor atravesándome.

—¿Y si tan solo soy inteligente? —preguntó, jugueteón—. ¿Y si yo sé mucho mejor que todos vosotros cómo va a terminar esto?

—Hablas demasiado —gruñó Roth, dando un paso hacia delante—. Y cuando digo «demasiado», es demasiado. ¿Por qué los malos siempre tienen que soltar monólogos tan desagradablemente largos y aburridos? Mejor vayamos directos a la parte de matar, ¿de acuerdo?

La boca del Lilin formó una sonrisa torcida.

—Estás deseoso de morir de una vez por todas, ¿no es así?

—Estoy deseoso de que termines de darle a la lengua, más bien —replicó Roth, moviéndose de modo que una vez más se encontraba justo a mi lado.

—¿Has sido tú todo este tiempo? —La voz de Stacey temblaba bajo el peso del dolor que debía de estar sintiendo—. ¿No has sido Sam? ¿No desde que...?

—No desde que Dean exhibió sus puños furiosos. Eso fue divertido. —El Lilin se rio mientras sus ojos oscuros se deslizaban en dirección a mi amiga—. Hace ya algún tiempo que Sam no está en casa, pero puedo asegurarte que he disfrutado... cuando hemos estado juntos, tanto como estoy seguro de que él lo habría hecho. Ya sabes, por si te sirve de consuelo.

Ella se tapó la boca con las manos, amortiguando las palabras mientras las lágrimas se derramaban por su rostro pálido.

—Ay, Dios mío.

—No precisamente —murmuró la criatura con voz sedosa.

Me acerqué más a Stacey, apartando de ella la atención del Lilin. Me enfermaba al verla así, absolutamente asqueada.

—¿Por qué? —exigí saber—. Llevas semanas con nosotros. ¿Por qué no nos has atacado a ninguno?

El Lilin soltó un pesado suspiro.

—Para mí no todo gira alrededor de la violencia, la muerte y el gore. Descubrí bastante deprisa que hay un montón de cosas divertidas que hacer en la superficie, cosas de las que he disfrutado muchísimo.

Le guiñó un ojo a Stacey, y yo me puse furiosa. Me cosquilleaba la piel como si hubiera un millar de hormigas de fuego recorriéndola por completo.

—No la mires. No le hables, ni respires en su dirección, y que no se te ocurra pensar siquiera en volver a tocarla alguna vez.

—Ah, he hecho mucho más que eso —replicó el Lilin—. Muchísimo más. Todo lo que vuestro Sam desea haber tenido los huevos de hacer. Pero ¿sabes?, en este momento no está preocupado por esas cosas. Verás, lo he consumido... he consumido su alma en su totalidad. Ninguna parte de él sigue en este plano. No es un espectro, como los demás que se han cruzado en mi camino. No jugué con la comida en lo relativo a él, arrancándole pequeños trocitos. No, él se ha ido. Está en...

Varias cosas ocurrieron al mismo tiempo.

Stacey se lanzó en dirección al Lilin, levantando la mano como si estuviera a punto de quitarle a golpes esa sonrisa burlona de la cara. El Lilin se dirigió hacia ella y, aunque por alguna razón todavía no le había arrebatado el alma, ahora sabía que no había ninguna garantía de que no lo hiciera. El Lilin era totalmente impredecible. Había expuesto lo que era en realidad, y sentía que ya había terminado de jugar. Se encontraba al alcance de un brazo de ella, y yo... bueno, más o menos perdí el control. La furia me encendió desde el interior.

El cambio se apoderó de mí sin pretenderlo siquiera. Como si me estuviera quitando un jersey, me liberé de la forma humana que había llevado durante hacía tanto tiempo y, en cierto sentido, a la que me había aferrado con desesperación. Nunca había sido así de fácil. Los huesos no se rompieron y se unieron de nuevo. La piel no se estiró, sino que sentí que se endurecía, volviéndose resistente a la mayoría de los cuchillos y las balas. Noté un cosquilleo en el paladar mientras me salían los colmillos, dientes diseñados para atravesar incluso la piel de un Guardián, y desde luego también la de un Lilin. Justo debajo de la base de mi cuello y a cada lado de mi columna, mis alas se liberaron y se extendieron.

Alguien inhaló de forma brusca en la sala, pero yo no estaba prestando atención.

Moviéndome con tanta rapidez como una cobra atacando, sujeté el brazo de Stacey y la empujé para ponerla detrás de mí. Me situé entre ella y el Lilin.

—He dicho que no la toques. No la mires. No respires siquiera en su dirección. Si lo haces, te arrancaré la cabeza y la tiraré por la ventana de una patada.

El Lilin dio un respingo y retrocedió un paso, como si estuviera bailando. Sus ojos de un negro intenso se ensancharon. El aturdimiento invadió su cara, y entonces retrajo los labios hacia atrás.

—Eso no es jugar limpio.

¿Qué demonios...? ¿Era miedo lo que veía en su expresión?

—¿Tengo aspecto de que me importe?

—Ah, pero te va a importar. —El Lilin retrocedió, moviéndose en dirección a la puerta—. Desde luego que te va a importar.

Y entonces el Lilin desapareció, dando la vuelta y saliendo de la casa con una velocidad que me dejó allí plantada, mirando como una estúpida el umbral vacío de la puerta. No lo comprendía. El Lilin no había pestañeado siquiera ante Zayne y Roth, pero ¿cuando yo había cambiado de forma había huido con el rabo entre las piernas?

Vaya.

—Bueno, esto ha sido... decepcionante.

Me volví con lentitud, plegando las alas. El primero al que vi fue a Zayne.

Había regresado a su forma humana. Zayne siempre parecía recién salido de una revista de modelos, incluso cuando estaba exhausto. Su belleza superaba todo lo visto en el país, ganándose con creces un puesto en Desmayolandia; población: todas las chicas del planeta. Tenía el aspecto que imaginaba que tendrían los ángeles. Sus ojos azules eran vibrantes, y tenía unas facciones casi celestiales, pero me miraba con la boca ligeramente abierta. Su preciosa cara era pálida, lo que hacía que las sombras implacables bajo sus ojos destacaran de forma pronunciada. Me miraba como si nunca me hubiera visto, lo cual era muy raro, porque había crecido conmigo. Me sentía como si fuera alguna clase de espécimen extraño.

Un cosquilleo de intranquilidad bajó por mi columna vertebral mientras dirigía la mirada hacia el sofá. En algún punto, Zayne se había acercado a donde había aterrizado Stacey. Esperaba encontrarla balanceándose y hecha una bola, pero ella también me estaba mirando con la boca abierta y las manos apoyadas en las mejillas, y en cualquier otro momento me habría reído de esa expresión. Pero no entonces.

Los latidos de mi corazón se volvieron frenéticos mientras me giraba hacia la parte posterior de la habitación, donde se encontraba Roth. Mi mirada impactó contra unos ojos del color del ámbar. Los suyos estaban muy abiertos, con las pupilas en vertical. Incluso así, era digno de contemplar.

Roth era... bueno, no había nadie que caminara sobre esta Tierra que se pareciera a él. Probablemente tuviera que ver con el hecho de que no era humano, pero resultaba impresionante. Siempre lo había sido, incluso cuando se peinaba de punta el pelo oscuro. Yo prefería el aspecto menos cuidado que llevaba en ese momento, con el pelo cayendo sobre su frente, rozándole las puntas de las orejas y los arcos de unas cejas igualmente oscuras. Sus ojos oscuros estaban ligeramente rasgados en los extremos. Tenía unos pómulos y una mandíbula con los que podrías cortar cristal, una cara que cualquier artista se moriría por esbozar... o por tocar. Y esos labios gruesos y expresivos se hallaban entreabiertos.

Su piel no era pálida sino leonada, y no me estaba mirando boquiabierto como si mi lugar se encontrara bajo un microscopio, pero sí me observaba con asombro, al igual que estaba haciendo Zayne.

La intranquilidad se convirtió en unas bolas de pavor que se asentaron pesadamente en mi estómago.

—¿Qué pasa? —susurré, mirando a mi alrededor—. ¿Por qué me estáis mirando todos como si... como si me pasara algo malo?

No podía haber sido porque le había dicho al Lilin que iba a arrancarle la cabeza. Sí, la mayoría de los días era un poco menos violenta, pero durante la última semana o así había pensado que yo era el Lilin, había sido besada por Zayne y casi le había arrebatado el alma, motivo por el cual había sido encadenada y mantenida en cautividad por el mismo clan que me había criado, había estado a punto de ser asesinada por ese mismo clan (momento de respirar hondo), después fui sanada gracias a Roth y un brebaje misterioso proporcionado por un aquelarre de brujos que adoraban a Lilith, y ahora acababa de descubrir que mi mejor amigo había muerto, su alma se encontraba en el Infierno y el Lilin había ocupado su lugar. Cualquiera pensaría que una chica así merecía que tuvieran un poco de manga ancha con ella.

Roth se aclaró la garganta.

—Enana, mírate... mírate la mano. —¿Que me mirara la mano? ¿Por qué demonios me estaba diciendo que hiciera eso en mitad de aquella locura?—. Hazlo —insistió, en voz baja y con demasiada amabilidad.

El pavor explotó en mis tripas como un perdigón, y entonces bajé la mirada hasta mi mano izquierda. Esperaba ver ese extraño mármol negro y gris, la mezcla del demonio y el Guardián que existía en mi interior, y una combinación con la que ya estaba casi familiarizada. Mis uñas se habían alargado y afilado, y me daba cuenta de que eran lo bastante duras como para cortar el acero, tan duras como mi piel, pero mi piel... todavía estaba rosada. Muy rosada.

—¿Qué de...?

Dirigí la mirada hacia mi otra mano. Estaba igual. Simplemente rosada. Mis alas se crisparon, recordándome que me había transformado.

Zayne tragó saliva.

—Tus... tus alas...

—¿Qué pasa con mis alas? —dije casi chillando, y me llevé las manos hacia la espalda—. ¿Están rotas? ¿Es que no han salido...? —Las puntas de mis dedos entraron en contacto con algo tan suave como la seda. Aparté la mano de golpe—. ¿Qué...?

Los ojos acuosos de Stacey habían doblado su tamaño.

—Eh, Layla, hay un espejo encima de la chimenea. Creo que deberías echarle un vistazo en él.

Capté la mirada de Roth durante un segundo antes de darme la vuelta e ir prácticamente corriendo hacia la chimenea que estaba segura de que la madre de Stacey no había utilizado jamás. Me aferré a la repisa blanca y miré fijamente mi reflejo.

Parecía normal, tal como era antes de cambiar... como si estuviera yendo a clase. Mis ojos eran de un pálido tono de gris, un azul diluido en agua. Mi pelo era tan rubio que casi parecía blanco, y un caos de ondas que señalaban en todas direcciones, tal

como siempre. Parecía una muñeca de porcelana incolora, lo cual no era nada nuevo, salvo por los dos colmillos que sobresalían de mi boca. Esos no los mostraría en el instituto, pero no fueron lo que atrajo y mantuvo mi atención.

Fueron mis alas.

Eran grandes, no tanto como las de Zayne o las de Roth, y por lo general eran de una textura casi de cuero, pero ahora eran negras... negras y con plumas. O sea, plumas de verdad. Esa cosa suave y sedosa que había sentido... eran unas pequeñas plumas.

Plumas.

—Ay, Dios mío —susurré a mi reflejo—. Tengo plumas.

—Sin duda son alas con plumas —comentó Roth.

Me di la vuelta y derribé una lámpara con mi ala derecha, llena de plumas.

—¡Tengo plumas en las alas!

Roth inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí, así es.

No me estaba ayudando en absoluto, así que me giré hacia Zayne.

—¿Por qué tengo plumas en las alas?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé, Layla. Nunca había visto nada como esto.

—Mentiroso —siseó Roth, lanzándole una mirada sombría—. Ya lo habías visto antes. Y yo también.

—Yo no —murmuró Stacey, que se había llevado las piernas contra el pecho y parecía estar a punto de ponerse a balancearse en cualquier momento. Hasta hacía muy poco, la muchacha no tenía ni idea de lo que Roth era en realidad. Ni siquiera tenía ni idea de lo mío. Todo aquello tenía que ser demasiado para ella.

—Vale. ¿Cómo y por qué habéis visto esto antes? —inquirí, tomando aire con demasiada rapidez—. ¿Es que ahora voy a tener que afeitarme las alas?

—Enana...

Los labios de Roth se crisparon. Yo levanté la mano y lo señalé con el dedo.

—¡Ni te atrevas a reírte, cara de imbécil! Esto no es gracioso. ¡Mis alas son unos monstruos de la naturaleza!

Él levantó las manos.

—No voy a reírme, pero creo que no hace falta que vayas a por las cuchillas de afeitar. Además, un montón de cosas tienen plumas en las alas.

—¿Como qué? —pregunté. ¿Todavía había más criaturas sobrenaturales con las que no estaba familiarizada?

—Como... como los halcones —respondió.

Arrugué el ceño.

—¿Halcones? ¡¿Halcones?!

—¿Y las águilas también?

—¡No soy un pájaro, Roth! —Se me estaba agotando la paciencia—. ¿Por qué

tengo plumas en las alas? —chillé, esta vez en dirección a Zayne—. ¿Había visto esto antes? ¿Dónde? Que alguien me diga...

Debajo de mí, el suelo comenzó a temblar, cortándome en mitad de la frase. La sacudida se incrementó, subiendo por las paredes, sacudiendo el espejo y haciendo que las fotografías enmarcadas traquetearan. Unas nubecillas de yeso salieron del techo. La casa estaba temblando, y la sonora vibración se volvió estremecedora.

Stacey se levantó de un salto del sofá y le agarró el brazo a Zayne.

—¿Qué está pasando?

Intercambié una mirada con Zayne. Aquello me resultaba demasiado familiar. Ya lo había sentido antes, cuando...

Una cegadora luz dorada se derramó a través de las ventanas y las pequeñas grietas en la pared y entre los tablones de madera del suelo. Una luz suave y brillante se arrastró por el techo y comenzó a descender. Salté hacia un lado, evitando por los pelos que me rozara. Recordaba con claridad lo que había ocurrido la última vez que había sido lo bastante estúpida como para tocar la luz.

Los de mi raza jamás podrían tocarla. Y Roth tampoco podía.

—Mierda —murmuró él.

El corazón se me paró mientras la vibración se detenía y el hermoso resplandor desaparecía. En un destello, Roth apareció junto a mí, con una mano rodeándome la parte superior del brazo.

Stacey olisqueó el aire.

—¿Por qué huele como si nos estuviéramos ahogando entre las sábanas de una secadora?

Tenía razón; había un nuevo aroma impregnando el aire. Para mí, era almizcleño y dulce. El cielo... el cielo olía a cualquier cosa que quisieras, lo que de verdad desearas más en el mundo, y era diferente para cada persona.

Zayne puso a Stacey detrás de él, y tuve la sensación de que Roth estaba a punto de sacar nuestros culos nada angelicales de allí, pero entonces una fisura de poder irradió a través de la habitación. El dulce aroma que me llenaba de anhelo quedó reemplazado por uno a trébol e incienso. Una calidez descendió por mi espalda, y supe que era demasiado tarde para que tratáramos de escapar.

Oh, no.

Stacey soltó un jadeo.

—Ay, Dios mí...

Sus ojos se pusieron en blanco y sus rodillas cedieron. Se plegó como un acordeón. Zayne la atrapó antes de que se golpeará contra el suelo, y yo no tuve tiempo de preocuparme por ella.

No estábamos solos.

No quería volverme, pero no podía evitarlo. Tenía que hacerlo, porque quería verlos. Tenía que verlos antes de que me eliminaran de la faz de la Tierra. Roth debía de haber sentido lo mismo, porque él también se volvió. Había un suave resplandor

reflejándose en sus mejillas. Entrecerró los ojos y yo miré en dirección a la puerta.

Dos de ellos se encontraban allí como centinelas, de unos dos metros de altura, o posiblemente incluso más grandes. Eran tan hermosos que resultaba casi doloroso mirarlos. Tenían el pelo del color del trigo, y su piel parecía hervir, atrapando y absorbiendo la luz a su alrededor. No eran ni blancos ni negros, ni de ningún tono intermedio, de algún modo tenían todos los colores al mismo tiempo. Su ropa se asemejaba a una especie de pantalones de lino. Las órbitas de sus ojos eran de un blanco puro, sin iris ni pupilas. Tan solo era espacio blanco, y me pregunté cómo eran capaces de ver. Sus pechos y pies estaban desnudos. Sus hombros eran tan anchos como los de cualquier Guardián, y sus alas eran magníficas, de un blanco brillante, y se extendían al menos dos metros y medio a cada lado.

Sus alas también tenían plumas.

Sin embargo, y a diferencia de las mías, esas plumas tenían cientos de ojos en ellas, ojos de verdad. Unos ojos que no pestañeaban, sino que se movían de forma constante y parecían observarlo todo al mismo tiempo.

Cada una de las criaturas blandía una espada dorada, una maldita espada de verdad... una espada que debía de tener la longitud de mi pierna. Aquella combinación era posiblemente lo más extraño que había visto jamás, y había visto un montón de cosas extrañas en mis diecisiete años de vida.

Estaban ahí, esos seres que dirigían aquel pequeño espectáculo llamado «vida», que habían creado a los Guardianes y que, para los demonios, eran el equivalente al hombre del saco. Nunca, en toda la historia de la existencia, habían estado en presencia de nadie con un rastro de sangre demoníaca en él sin que acabaran con su vida de inmediato.

Sentí que mis alas (mis alas con plumas) se plegaban sobre mi espalda. No sabía por qué estaba tratando de esconderlas a esas alturas, pero me sentía un poquito cohibida. Sin embargo, no estaba dispuesta a cambiar a mi forma humana, no en presencia de esos seres.

Era incapaz de dejar de mirarlos. El asombro y el miedo estaban en guerra dentro de mí. Eran... eran ángeles, y sus alas emplumadas prácticamente resplandecían de lo brillantes que eran. Nunca me habían permitido acercarme a ellos, ni siquiera cuando acudían al edificio de los Guardianes para reunirse con Abbot, el líder del clan. Siempre me habían obligado a abandonar las instalaciones, y nunca había pensado que fuera a verlos alguna vez.

Una necesidad irresponsable de acercarme a ellos me golpeó con fuerza en el pecho, y necesité toda mi voluntad para ignorarla. Respiré hondo, y olían de maravilla.

Roth dio una sacudida repentina, y mi corazón se alojó en algún lugar de mi garganta. El miedo se derramó en mi interior. ¿Es que le habían hecho algo? Entonces lo vi. Una sombra salió de él, derramándose en el aire por delante de nosotros. Eso también lo había visto antes. Ocurría cada vez que los familiares tatuados salían de su

piel.

Sabía que no se trataba de *Bambi* ni de los gatitos, porque aquella sombra salía de la zona general de su... bueno, básicamente donde se encontraba el cinturón de sus vaqueros. Solo había un tatuaje allí, el único que yo jamás había visto.

El familiar dragón que Roth me había advertido de que solo salía de su piel cuando las cosas se iban a la mierda o estaba cabreado de verdad.

Los Alfas habían llegado, y *Tambor* había salido al fin a jugar.

Capítulo dos



Preparándome para la aparición de un dragón enorme y muy destructivo, me tensé y contuve el aliento. Íbamos a morir todos, de una forma horrible y abrasadora.

La sombra era enorme mientras se convertía en miles de pequeños puntos negros que giraban juntos en el aire, como un ciclón en miniatura, cobrando forma y tamaño. Durante unos segundos, unas escamas iridiscentes de colores azules y doradas aparecieron por la tripa y el lomo del dragón. Brotaron unas alas de un rojo intenso, además de un hocico largo y orgulloso y unas patas traseras terminadas en garras. Sus ojos eran del mismo amarillo brillante que los de Roth.

Era una criatura hermosa.

Pero... el dragón era más o menos del tamaño de un gato... un gato muy pequeño.

No era exactamente lo que había estado esperando.

Sus alas se movieron en silencio mientras planeaba hacia la izquierda de Roth, dando sacudidas con la cola. Era muy pequeño y muy... muy mono.

Pestañeeé con lentitud.

—¿Tienes... tienes un... un dragón de bolsillo?

Zayne resopló desde algún lugar detrás de mí.

Roth soltó un fuerte suspiro.

A pesar de que nuestras vidas se encontraban en peligro y de que probablemente fuéramos a morir, desde luego seguía sin haber ningún aprecio entre Roth y Zayne.

El dragón giró la cabeza en mi dirección, abrió la boca y soltó un pequeño rugido. O más bien un gritito. Una nube de humo negro salió de ella, sin fuego. Tan solo unas volutas oscuras que tenían un débil olor a azufre. Levanté las cejas.

—Aparta al familiar de nuestra vista —exigió uno de los Alfas, haciéndome encogerme. El que había hablado se encontraba a la derecha de la puerta, y su voz era increíblemente profunda y reverberó tanto a través de la habitación como a través de mí. Una parte de mi ser esperaba que se me rasgaran los tímpanos.

Me sorprendió que los Alfas no hubieran tratado de eliminar a *Tambor* de inmediato, pero claro, el dragón de bolsillo no suponía una gran amenaza.

La postura de Roth parecía tranquila, pero yo sabía que estaba tenso como un resorte, listo para saltar y entrar en acción.

—Bueno, pues eso no va a pasar.

Los labios del Alfa formaron una mueca.

—¿Cómo te atreves a hablarme? Podría terminar con tu existencia antes de que vuelvas a tomar aire.

—Podrías —asintió Roth con calma—. Pero no lo harás.

Abrí mucho los ojos. Hablar mal a los Alfas no era lo que yo consideraría un movimiento inteligente.

—Roth —murmuró Zayne. Sonaba más cerca, pero no quería quitar los ojos de encima a los Alfas para comprobarlo—. Tal vez querrías calmarte un poco.

El Príncipe Heredero sonrió con suficiencia.

—Nah. ¿Quieres saber por qué? Los Alfas podrían terminar conmigo, pero no van a hacerlo. —Enfrente de nosotros, el Alfa que había hablado se envaró, pero no lo interrumpió—. Veréis, soy el Príncipe Heredero favorito —continuó Roth, y su sonrisa se extendió—. Si me eliminan cuando no he hecho nada que lo justifique, tendrán que enfrentarse al Jefe. Y no quieren hacerlo.

Una chispa de sorpresa me recorrió. ¿No podían terminar con Roth por ser quien era? Siempre había pensado que podían hacer lo que les complaciera.

El Alfa que había permanecido en silencio habló.

—Las reglas existen por una razón. Eso no significa que tengan que gustarnos, así que te sugeriría que no tentaras a la suerte, Príncipe.

Entonces, Roth hizo lo impensable. Levantó la mano y extendió el dedo medio.

—¿Esto cuenta como tentar a la suerte, Bob?

Joder... ¡le había hecho una peineta a un Alfa! Y además, ¡le había llamado «Bob»! ¿Quién hacía eso? En serio...

Mi mandíbula cayó hasta el suelo cuando el pequeño *Tambor* tosió otra nube de humo.

—No estoy cegado por vuestra gloria —dijo Roth—. Os sentáis en vuestras nubes altivas juzgando a cada criatura viviente. No todo es blanco o negro. Vosotros lo sabéis, y aun así no reconocéis las zonas grises.

Unas chispas de electricidad crepitaron desde los ojos blancos del Alfa.

—Uno de estos días, Príncipe, te encontrarás con tu propio destino.

—Y lo haré de una forma espectacular —replicó él, bromeando—. Y además, cuando lo haga estaré tremendo.

Cerré los ojos con fuerza brevemente. Ay, Dios mío...

El Alfa de la derecha se movió y su enorme mano se tensó sobre la empuñadura de su espada; tuve la sensación de que quería atravesar limpiamente a Roth con ella. Supuse que era el momento de despegar mi lengua del paladar.

—Estáis aquí por el Lilin, ¿verdad? Vamos a detenerlo. —No tenía ni idea de cómo íbamos a hacerlo, y lo más probable era que no debiera hacer una promesa de ese calibre a unos seres que podrían destruirme en un latido, pero no veía ninguna otra opción. No solo porque necesitaba distraerlos de Roth, sino porque era cierto que había que detener al Lilin. Cualquier ser que tuviera alma se encontraba ahora en

peligro—. Lo prometo.

—Los Guardianes se ocuparán del Lilin —respondió el Alfa que había hablado primero—. Para eso fueron creados; es su trabajo proteger a la humanidad. Si no lo hacen, pagarán el precio definitivo, al igual que los demonios. Pero estamos aquí para ocuparnos de ti.

El corazón se me volvió a parar.

—¿De mí?

El Alfa al que Roth había llamado «Bob» entrecerró los ojos.

—Eres un terrible sacrilegio. Antes eras una abominación de la que tendríamos que habernos ocupado, pero ahora eres una perversidad que no podemos permitir que continúe existiendo.

Roth inclinó la cabeza hacia un lado mientras Zayne se lanzaba hacia delante.

—¡No! —dijo mientras plegaba las alas—. Nunca ha hecho nada para que...

—¿De verdad? —replicó el otro Alfa con sequedad mientras sus alas formaban un arco alto. Aquellos ojos incrustados en las plumas recorrían la habitación, y entonces todos (cientos de ellos) se centraron en mí—. Lo vemos todo, Guardián. Debe hacerse justicia.

Bob levantó la espada y, antes de que yo pudiera hacer nada, Roth extendió el brazo. Me alcanzó justo encima del pecho y me lanzó contra Zayne. Reboté contra su pecho duro, y me hubiera caído al suelo si él no me hubiera estabilizado sujetándome de la cintura.

Tambor, todavía volando en círculos junto al hombro de Roth, soltó otro chillido...

... que se convirtió en un rugido que hizo que la casa temblara incluso más que cuando habían aparecido los Alfas.

—Como ya he dicho antes, el tamaño sí que importa.

Tambor comenzó a crecer a un ritmo que yo no era capaz ni de seguir, y sus patas se volvieron del tamaño de troncos y sus garras de la longitud de unos ganchos. Las brillantes escamas azules y doradas del dragón parecían a prueba de balas, y sus patas traseras se extendieron hasta el suelo y resquebrajaron los tablones de madera. Un ala carmesí golpeó el techo y atravesó directamente el yeso. El polvo cayó en unas nubes espesas mientras su otra ala derribaba el sillón reclinable.

El Alfa gritó algo, pero se perdió en mitad del gruñido bajo y retumbante del dragón. Este se movió hacia delante, balanceando la enorme cola con púas por el suelo. Los muebles volaron hacia la pared y derribaron un cuadro. Una ventana se hizo añicos, y el aire frío del exterior entró en la habitación. *Tambor* se detuvo enfrente de nosotros, mirando a los Alfas mientras retrocedía y soltaba unas chispas de llama por las fosas nasales. El fuego oscureció lo que quedaba del techo mientras Bob volvía a gritar.

—Si dais un paso hacia ella, voy a hacerme unos Alfas a la parrilla. —La voz de Roth era baja y de una calma letal—. Al estilo extracrujiente.

El otro Alfa retrocedió, pero Bob parecía estar a punto de explotar de furia.

—¿Te atreves a amenazarnos?

—Me atrevo a hacer mucho más que eso. —La piel de Roth pareció volverse más fina, y su cara se convirtió en unos ángulos agudos—. No voy a permitir que le dañéis ni un solo pelo de la cabeza. Si la queréis, vais a tener que pasar por encima de mí.

Bob le dirigió una amplia sonrisa, y mi estómago cayó en picado. Roth estaba dispuesto y decidido a dejarse matar por mí. Se había sacrificado a los fosos, había vuelto desde allí, y después se había enfrentado a su Jefe para salvarme la vida. Ni de broma podía permitirle que volviera a situarse entre el peligro y yo.

—¡Para! —Me separé del agarre de Zayne, pero *Tambor* se movió. Echó la cola hacia atrás y la detuvo a apenas un centímetro de mis caderas. No podía avanzar. Mi mirada de pánico fue desde Roth hasta los Alfas—. Sea cual sea el problema que tenéis, lo tenéis conmigo. No con ellos. Así que podemos...

Incluso mientras hablaba, Bob el Alfa avanzó hacia Roth, levantando la espada de fuego, y a *Tambor* eso no le gustó. Encabritándose, estiró el largo cuello y abrió la boca, revelando unos colmillos del tamaño de puños. El olor a azufre se incrementó, y entonces un estallido de fuego salió de su boca.

Un chillido de dolor acabó de forma abrupta, y donde Bob había estado tan solo quedaba una chamuscada pila de cenizas.

Todos nos quedamos completamente inmóviles. Nadie habló, ni siquiera parecíamos respirar. Y entonces:

—Parece que es el estilo extra-extracrujiente —dijo Roth, examinando el desastre.

Noté las rodillas débiles mientras levantaba las manos con impotencia. *Tambor* se giró hacia el otro Alfa. Hubo una serie de crujidos enfermizos, y entonces el dragón miró por encima de su hombro y sus ojos dorados encontraron los míos mientras abría la boca. Un reluciente líquido azul manchaba sus dientes mientras soltaba un sonido que realmente parecía una carcajada gutural.

Bambi se había comido a un Guardián.

Tambor se había comido a un Alfa.

Desde luego, aquellos familiares tenían muy pocos modales.

Y más importante todavía, no había sabido de nada que pudiera matar de verdad a un Alfa, y mucho menos comerse a uno.

—Oh... ¡oh! —chilló Stacey, y me volví hacia un lado justo a tiempo de verla estrujarse dentro de los dos cojines traseros del sofá—. ¡Hay un dragón en mi casa! ¡Un dragón!

Supuse que todavía estaba demasiado ida por haberse desmayado como para recordar que también había habido ángeles en su casa.

—*Tambor* —lo llamó Roth—. Vuelve conmigo.

El dragón eructó una gruesa nube de humo y se dio la vuelta. Di un salto para

quitarme del camino de su cola, al igual que Zayne. La chimenea no tuvo tanta suerte. Esa cola letal impactó contra ella, derribando un puñado de ladrillos que golpearon el suelo y se rompieron en pedazos. *Tambor* cambió su gran peso de un lado a otro.

Zayne frunció el ceño.

—¿Está... tamborileando con las patas?

Roth puso los ojos en blanco.

—No sale demasiado.

—Por razones obvias —murmuró Stacey.

Tambor levantó la cola y la bajó de golpe, agrietando lo que quedaba del suelo y ganándose un suspiro de Roth. El dragón negó con la cabeza y después se estremeció antes de encogerse de nuevo a su tamaño mono y de bolsillo. Después regresó al fin a Roth, colocándose al lado de su cara como una pequeña sombra que descendió con rapidez por su cuello y bajo su camiseta.

Me quedé completamente en silencio, y apenas fui consciente de que volvía a adoptar mi estado humano. Mis pensamientos iban frenéticos de una mala situación a la siguiente. Sam como el Lilin. Mis alas llenas de plumas. Los Alfas presentándose. *Tambor*...

—Mi madre me va a matar —susurró Stacey, aferrando un cojín de color beis contra su pecho. Levantó la mirada—. ¿Cómo voy a explicar esto?

Roth frunció los labios.

—¿Una explosión de gas? —Stacey repitió débilmente las palabras mientras él continuaba—. Puedo quemar el lugar, hacer que parezca un poco más auténtico. No dañaré el piso de arriba si no quieres.

—Tienes mucha práctica con estas cosas, ¿verdad? —preguntó Zayne con sequedad.

—Ah, cuando *Tambor* sale, siempre está bien utilizar la vieja excusa de la explosión de gas. Resulta muy útil. —Roth se volvió hacia mí—. ¿Te encuentras bien?

Sentía furia mezclada con miedo... miedo por él. Lo miré fijamente y después me lancé en su dirección.

—¿En qué estabas pensando? —Eché el brazo hacia atrás y le di un golpe en el pecho—. ¡Has amenazado a un Alfa!

Volví a golpearlo, con más fuerza esta vez, lo suficiente como para que le doliera.

—Au.

Se frotó el pecho, pero sus ojos centellearon. ¡Pensaba que aquello era divertido!

Zayne caminó hasta donde se encontraba la pila de cenizas.

—Ha hecho más que amenazarlos. Ha dejado que *Tambor* se los comiera.

—Oye, técnicamente *Tambor* ha achicharrado a uno y se ha comido al otro —lo corrigió Roth, dándose unos golpecitos en el estómago, donde el dragón estaba descansando.

—¡Ay, Dios mío! —En esa ocasión, mi mano conectó con su brazo—. ¡Vas a

meterte en muchísimos problemas, Roth! Muchísimos problemas.

Él levantó un hombro.

—Me estaba defendiendo.

—Me estaba defendiendo —lo imité, moviendo la cabeza de un lado al otro—.

¡No puedes ir por ahí matando Alfas, Roth!

—¿Has matado a esos ángeles? —preguntó Stacey, así que supuse que sí los recordaba.

Él le lanzó una sonrisa inocente.

—Bueno, yo no lo he hecho, pero...

—¡Roth! —grité, y me aparté antes de estrangularlo hasta dejarlo sin su querida vida—. Esto no es una broma. Has...

Era rápido de narices cuando quería. Un instante se encontraba a unos metros de mí, y al siguiente estaba allí, sujetándome los lados de la cara. Bajó la cabeza de modo que sus ojos se encontraran a la altura de los míos.

—Hay reglas, enana.

—Pero...

—Reglas que incluso los Alfas tienen que obedecer. No pueden atacarme sin una provocación física. Si lo hacen, cabrearán al Jefe, y entonces el Jefe contraatacará de una forma que hará que lo que el Lilin podría hacer parezca un juego de niños. No soy un demonio cualquiera, soy el Príncipe Heredero. Me han golpeado, y yo me he defendido. Fin de la historia.

Pero sí que los había provocado... tal vez no de forma física, pero no era un inocente espectador en todo aquello. Mientras el aturdimiento menguaba, hubo una píldora amarga diferente que tragar. ¿Y si Roth se había equivocado con las reglas? ¿Y si en ese mismo momento había más Alfas de camino para vengar a sus hermanos?

—Voy a estar bien. —Sus ojos se clavaron en los míos mientras se acercaba más, alineando las botas de sus pies con los míos—. No me va a pasar nada. Te lo prometo.

—No puedes hacer esa promesa —susurré, buscando en su mirada fijamente—. Ninguno de nosotros puede.

Llevó las manos hasta mí y curvó sus dedos en mi pelo suelto.

—Yo sí.

Esas dos palabras eran como lanzar el guante al universo entero. Bajé la mirada mientras él me echaba el pelo hacia atrás y lo colocaba por detrás de mis orejas. Fue entonces, mientras separaba las manos de mí con lentitud, cuando recordé que no estábamos a solas.

Me aparté de golpe y mi mirada impactó con la de Zayne. Durante un momento, me permití verlo de verdad. Casi lo había matado. Casi había hecho algo peor, mucho peor que eso. Cuando un Guardián perdía su alma, se convertía en una criatura horrible. Lo sabía a la perfección, porque ya había presenciado lo que le ocurría a un

Guardián después de que su alma le fuera arrebatada. Yo casi le había hecho eso a Zayne, y él todavía se encontraba ahí, de pie junto a mí.

Un agujero se abrió en mi pecho mientras veía la aguda cautela en su mirada. El estómago se me retorció de forma horrible y abrí la boca, pero no sabía qué decir. Mi corazón y mi cabeza estaban tirando de pronto de mí en dos direcciones muy diferentes. Afortunadamente, no tuve la oportunidad de decir nada.

—Te dejo solo unas cuantas horas, y tú permites que *Tambor* achicharre a un Alfa y se coma a otro.

Con un chillido, me di la vuelta mientras Stacey gritaba. Cayman se encontraba en el centro del salón destruido. Había salido de la nada. Puf. Allí estaba. Llevaba pantalones oscuros y una camisa blanca de botones, aunque parecía haberse aburrido a mitad de camino mientras se la abotonaba, y su pelo rubio estaba suelto alrededor de su rostro anguloso. En lo relativo a la jerarquía demoníaca, Roth me había explicado una vez que, como Dirigente Infernal, Cayman era algo así como la gerencia media. Era una especie de demonio para todo, y tenía la sensación de que era más que tan solo un... eh, un compañero de trabajo para Roth. Y lo afirmara o no Roth, eran amigos.

—Qué rapidez —comentó Roth, cruzando los brazos por encima del pecho.

Cayman se encogió de hombros.

—Así son los tiempos, tío. Seguro que estará en el muro de Facebook de algún Alfa en menos de una hora.

—¿Los Alfas tienen cuentas en Facebook?

Stacey tenía ahora el cojín contra la boca, y lo único que resultaba visible eran sus enormes ojos de un castaño oscuro. Cuando habló, su voz sonó amortiguada.

—¿Quién es ese?

Comencé a explicárselo, pero Cayman hizo una reverencia en su dirección y extendió el brazo con una floritura.

—Tan solo el demonio más hermoso, inteligente y totalmente encantador que existe. Pero sé que eso es muy largo, así que puedes llamarme Cayman.

—Ah. —La mirada de mi amiga recorrió la habitación—. Vale.

La piel de Zayne se había oscurecido, en una clara indicación de que estaba cerca de transformarse otra vez, y esperé que mantuviera el control. Cayman era un amigo, y lo último que necesitábamos era que los dos empezaran a pelear.

—¿Roth está metido en problemas?

—Enana, estoy...

Levanté la mano para callarlo.

—Cállate. Cayman, ¿está metido en problemas?

El demonio sonrió.

—Creo que la mejor pregunta es... ¿cuándo no está metido en problemas?

Entrecerré los ojos y tuve que admitir que aquello era cierto.

—Vale. ¿Está metido en más problemas de lo que está normalmente?

—Ah... —Su mirada se dirigió hacia Roth, y entonces sus labios se curvaron en una sonrisa diabólica. Estaba disfrutando mucho—. Digamos que el Jefe no está contento con lo que acaba de ocurrir aquí. En realidad, el Jefe está cabreado por un montón de cosas, y si Roth baja en breve, lo más probable es que no salga de allí en un tiempo. Como un par de décadas o así.

Solté un jadeo.

—Eso no es bueno.

Menos mal que el Jefe estaba del lado de Roth.

—Podría ser peor —replicó Roth con una sonrisita.

Cayman asintió con la cabeza.

—Si queréis saber la verdad, creo que el Jefe sí estaba contento en secreto con lo que ha hecho *Tambor*, pero ya sabéis... política. —Suspiró mientras yo levantaba las cejas—. Estropea toda la diversión.

Comenzaban a dolerme las sienes.

—Este día ha sido...

—¿Imposible de creer? —sugirió Stacey. Soltó el cojín y se presionó las palmas de las manos bajo los ojos. Su expresión era pálida y fatigada. Le temblaban las manos mientras las frotaba por debajo de los ojos.

Asentí lentamente con la cabeza mientras me daba la vuelta. Mi mirada se encontró con la de Roth, y después con la de Zayne. Los dos me estaban mirando fijamente, esperando. Quería fingir que no sabía a qué estaban esperando, pero eso sería una mentira.

Y eso también me convertiría en una cobarde.

Un peso aterrizó sobre mis hombros mientras me frotaba las sienes con los dedos. Había muchas cosas que teníamos que averiguar.

—Tenemos que ocuparnos de esto. —Hice un gesto hacia la habitación destrozada. El olor a azufre seguía allí, y una parte de mí se sentía agradecida por tener algo inmediato en lo que concentrarme—. Para que Stacey no se meta en problemas.

—Se agradece mucho —dijo ella, y cuando le eché un vistazo vi que se estaba pasando las manos por el pelo.

Roth se acercó un poco.

—¿Por qué no vais a la pastelería mientras yo me ocupo de esto? ¿Puedes hacerlo?

La segunda pregunta iba dirigida a Zayne, que asintió con la cabeza.

—Las mantendré a salvo —respondió él con tono firme.

Roth dudó, y después respiró hondo.

—Si aparecen otros Guardianes...

—Las protegeré a ambas de cualquier cosa o de cualquiera que pueda ir a por ellas —le aseguró Zayne. Respiró hondo—. Incluso... incluso aunque sea mi clan.

—Y yo también puedo protegerme a mí misma —señalé, ganándome una mirada

divertida de Roth—. ¿Qué? Confía en mí. Si cualquiera de mi... de mi antiguo clan viene a por mí, no voy a abrir los brazos para abrazarlos. —Ignoré la oleada de pavor que sentía ante el pensamiento de encontrarme cara a cara con ellos otra vez—. Bueno, salvo por Nicolai y Dez. Creo que ellos...

—Enana —dijo Roth.

Suspiré.

—Da igual. Vámonos. —Me giré hacia Stacey y caminé hasta allí para quitarle con suavidad el cojín que había vuelto a tomar entre sus manos de nudillos blancos—. ¿Estás segura de querer salir?

Ella pestañeó una vez, y después dos.

—¿Qué opciones tengo? ¿Quedarme aquí mientras Roth prende fuego a la casa? No, gracias.

Estaba bien ver que incluso después del día que habíamos tenido, Stacey todavía podía ser una listilla.

Roth se acercó a zancadas a Cayman y colocó una mano sobre el hombro del otro demonio.

—Quiero que estés alerta, ¿vale?

La lista de cosas con las que Cayman tendría que estar alerta era astronómica.

—Te doy mi palabra.

Cayman se fue. Puf. Desapareció.

Negué con la cabeza y volví a concentrarme en Stacey. Las lágrimas llenaban sus ojos mientras me miraba a través de las pestañas mojadas.

—Sam está... está muerto, ¿verdad?

Coloqué el cojín sobre el sofá, junto a ella, y me arrodillé. Un ardiente nudo de emociones se formó en la parte posterior de mi garganta.

—Sí. Lo está.

Ella cerró los ojos con fuerza mientras un temblor recorría su cuerpo.

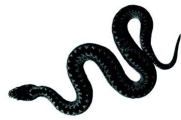
—Os recuerdo hablando sobre el... sobre el Lilin y lo que le hace a la gente. Si Sam está muerto, entonces su alma...

Su alma estaba en el Infierno, y yo lo sabía. Stacey ya lo sabía. Todos en la habitación lo sabíamos, y no podía haber nada más horrible que estar atrapado en el Infierno. Nuestro amigo no se merecía todas las cosas terribles que les ocurrían allí a las almas.

Rodeé las manos de Stacey con las mías y las apreté con fuerza.

—Te prometo que vamos a sacar el alma de Sam del Infierno. Te lo prometo.

Capítulo tres



—No deberías haber hecho esa promesa —dijo Zayne en voz baja en cuanto Stacey fue al lavabo de las chicas de la pastelería que se encontraba a varias manzanas de su casa. Yo había tratado de ir con ella, pero mi amiga había declarado de forma bastante firme que necesitaba estar unos momentos a solas.

Me senté en el reservado más cercano a la ventana, observando a la gente que iba a toda prisa por el exterior, con sus auras como una mareante mezcla de colores. Era muy extraño volver a ver auras. Una parte de mí se había acostumbrado a no verlas mientras tenía a *Bambi* encima, y me había olvidado de lo mucho que podían llegar a distraer.

—¿Por qué no?

Zayne se deslizó enfrente de mí. Tenía las facciones arrugadas por la preocupación.

—¿Cómo vas a sacar el alma de Sam del Infierno, Layla? Puede que Roth sea el Príncipe Heredero, pero dudo mucho que eso sea algo que pueda pedir, incluso aunque estuviera en buenos términos con ellos. El Infierno no va a entregar el alma de Sam como si nada.

—No había llegado tan lejos en mi plan. —En realidad, había estado esperando que fuera algo con lo que Roth pudiera ayudarnos. Después de todo, ser el Príncipe Heredero significaba que podía ir por ahí dejando que *Tambor* achicharrara y se comiera a los Alfas—. Pero es algo que tenemos que hacer. Zayne, es mi mejor amigo. —Se me rompió la voz, y noté que comenzaba a perder mi tenue control sobre mis emociones—. Incluso aunque no lo fuera, no podría dejarlo allí. No se merecía esto. Dios, Zayne, Sam no se merecía esto.

—Lo sé. —Zayne bajó la barbilla, aunque su mirada no llegó a abandonar la mía—. No estoy sugiriendo que nos olvidemos de él.

—Tenemos que hacer algo —insistí, y respiré hondo mientras me reclinaba en el reservado y apoyaba las manos sobre la superficie pulida de la mesa. Eché un vistazo hacia atrás, en dirección a donde había desaparecido Stacey. Me había pedido tiempo, pero era muy difícil dárselo. Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, me sorprendía que pudiéramos estar allí sentados y hablar con normalidad—. Y después tenemos que averiguar qué hacer con el Lilin, y después...

—Oye, para un momento. —Zayne estiró el brazo por encima de la mesa y me

cubrió la mano con la suya. Lo examiné mientras mi corazón daba un fuerte vuelco. Ahora, cada vez que lo miraba veía las ojeras bajo sus ojos, y veía el aura atenuada a su alrededor. No podía dejar de verlo—. Sé que acaban de ocurrir un montón de locuras, pero has pasado por muchas cosas. Tenemos que hablar de ello.

En realidad no quería hablar de ello, porque había muchas posibilidades de que no fuera capaz de manejarlo.

Zayne tenía otras ideas.

—¿Sabes lo difícil que es para mí estar aquí sentado, al otro lado del reservado, y no estirar los brazos y abrazarte? ¿Tan solo para asegurarme de que estás viva de verdad? —preguntó, y contuve el aliento ante la cruda honestidad de sus palabras—. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa tuya. Tienes que saberlo. Mi clan... nuestro clan y mi padre jamás deberían haber hecho lo que hicieron.

Bajé la mirada hasta su mano, la que estaba cubriendo la mía y que lo había hecho desde hacía tantos años. Cerré los ojos y de inmediato vi a Zayne tirado en el suelo de mi habitación, pálido e inmóvil. Recordé cómo Abbot, el Guardián que me había criado, me había mirado cuando encontró a su hijo, observándome como si yo fuera el monstruo que él había ayudado a crear. Una presión me atenazó el pecho mientras recordaba el vuelo lleno de pánico a través del edificio, mi intento desesperado de escapar, y el fracaso.

Un fracaso que había terminado conmigo siendo enjaulada y drogada, dejada a solas en la oscuridad sin ninguna esperanza de volver a ver la luz del sol. Todavía podía oler el aroma a humedad que había en el sótano del edificio, podía sentir las cadenas que me habían apresado cuando me habían llevado al almacén secreto.

—¿Layla?

Un estremecimiento me recorrió mientras me recordaba que ya no me encontraba en esa jaula. Abrí los ojos y me obligué a sacar de mi cabeza esos pensamientos oscuros.

—Aprecio que me digas eso. Tienes razón. Lo que me hicieron estaba mal. Comprendo que pensaban que era yo la que estaba causando problemas por el edificio... joder, hasta yo pensaba que era un peligro para todo el mundo, pero fueron demasiado lejos.

Mis palabras me sorprendieron un poco. Yo siempre había defendido a Abbot, pero no podía seguir buscando excusas para sus acciones o las de la mayoría de mi clan. Toda la introspección que había hecho tras despertar después del ataque, la herida que había sufrido delante de Abbot, habían cambiado quién era yo por dentro, en mi esencia. No tenía ninguna duda al respecto.

—Actuaron como un jurado, con unas evidencias circunstanciales de mierda, y después se convirtieron en el juez y el ejecutor. Podría haber muerto. Habría muerto de no haber sido por Dez... y, por cierto, ¿él y Nicolai se han metido en muchos problemas?

Dez y Nicolai lo habían arriesgado todo al alertar a Roth de lo que estaba

sucediendo. Si no lo hubieran hecho, yo no estaría allí sentada en esos momentos.

Las pestañas de Zayne bajaron mientras su expresión se contraía.

—Al principio, se habló de desterrarlos —dijo, y yo tomé aire con brusquedad. Desterrarlos significaba que serían repudiados por el clan, lo cual era ya lo bastante horrible para un hombre soltero, pero Dez tenía una compañera y dos bebés—. Pero en cuanto nos dimos cuenta de que era Petr quien estaba sembrando el caos en la casa, Abbot comenzó a ver la luz. Nicolai y Dez están a salvo.

Con todo lo ocurrido, no recordaba que Zayne me había contado que habían descubierto al espectro de Petr en la grabación de una cámara. El alivio me inundó. Yo... yo había matado al joven Guardián en defensa propia cuando me atacó, cumpliendo las órdenes de su padre. Elijah. Que también resultó ser mi propio padre, lo cual significaba que Petr, que había sido la peor clase de chico que existía, era mi medio hermano. Aquello todavía me hacía sentir enferma. Dado que yo había tomado el alma de Petr, este se había convertido en un espectro.

—Tú también podrías haber muerto. Podría haber absorbido tu alma entera —continué, manteniendo la voz baja. Aquel era el don que me había dejado mi madre, Lilith: la maravillosa habilidad de arrancar almas con un solo beso. Cualquiera que tuviera una se encontraba en peligro si se acercaba siquiera a mi boca, lo cual, hasta hacía poco, había dificultado mucho las cosas en el asunto de las citas.

Pero entonces había aparecido Roth y, al ser un demonio, se encontraba en la categoría de los que no tienen alma. Al principio, yo había detestado su existencia, y mirando en retrospectiva tenía mucho que ver con cómo sus palabras y sus acciones me hacían cuestionarme todo lo que los Guardianes me habían enseñado. Por naturaleza, los demonios no eran gente a quien invitarías a casa a cenar, pero no todos ellos eran las criaturas miserables que me habían condicionado para aborrecer hasta un grado casi de fanatismo. Ellos también tenían su propósito. Cada segundo que había pasado con Roth me había enamorado un poco más de él, y había compartido muchísimas cosas con él antes de que se sacrificara para salvar a Zayne de los fosos de fuego del Infierno. Pensaba que lo había perdido, pero entonces regresó... solo que las cosas habían sido diferentes entre nosotros cuando lo hizo. Roth se había distanciado para protegerme.

Para escudarme frente a Abbot.

Después estaba todo lo que había ocurrido con Zayne. Me había criado con él, había pasado años idolatrándolo y queriéndolo desde lejos. Durante mucho tiempo, él lo había sido todo para mí, pero él era un Guardián y yo tan solo mitad Guardián... y, peor todavía, mitad demonio. Entre su alma y mi genética, había estado fuera de mis límites. Una amistad con él, el lazo que compartíamos, había sido un vistazo de un futuro que todas las mujeres Guardianas tenían asegurado, pero que nunca había estado disponible para mí. Ese conocimiento no había hecho nada para detener mis sentimientos crecientes, y cuando Roth había regresado desde los fosos y me había apartado, me había empujado directamente a los brazos de Zayne, el chico que nunca

había pensado que fuera a corresponder a mis afectos.

Me había equivocado con eso.

Me había equivocado con un montón de cosas.

Zayne abrió los ojos.

—Pero no lo hiciste.

—Apenas. —La presión regresó, un peso sobre mí mientras sentía otra vez el terror de la noche que me di cuenta de que había estado alimentándome de Zayne en lugar de... en lugar de devolverle el beso—. Puedo ver dónde te he arrebatado una parte. Puedo notarlo en tu aura.

—Estoy bien...

—No gracias a mí. La única razón por la que podía... por la que podía besarte antes era por *Bambi*. Cuando la tenía encima, podía controlar mis habilidades. — Liberé mi mano y apreté los labios con fuerza mientras negaba con la cabeza—. No puedes pasar por alto lo que te hice, y sé que no puedes estar bien al cien por cien.

Zayne me miró fijamente, y después levantó la mano y se pasó los dedos por el pelo.

—Te detuviste a tiempo. Aparte de sentirme un poco cansado y algo más... gruñón de lo habitual, estoy bien, bichito.

El corazón me dio un vuelco cuando utilizó mi apodo.

—¿Más gruñón de lo habitual?

Frunció el ceño y, por un momento, pensé que no contestaría.

—Mi genio es más fácil de encender estos días. No sé si tiene algo que ver con lo que sucedió entre nosotros o si es el resultado natural de todo lo que está pasando últimamente.

Creo que sabía la respuesta a eso. Cuando alguien perdía su alma, incluso aunque fuera un pequeño pedazo, cambiaba quién era de alguna forma. Tal vez hacía a alguien más propenso a los cambios de humor, a otros más imprudentes, y a otros violentos.

Y al parecer, en el caso de Zayne, había perdido parte de su amabilidad, un poco de lo que lo hacía absolutamente maravilloso, y era yo quien le había hecho eso. Aunque no había sido a propósito, ninguno de nosotros, especialmente yo, había mostrado ninguna clase de sentido común al tratar de estar juntos. Ninguno de los dos había escarbado con demasiada profundidad en por qué de repente podía hacer cosas como besar sin arrebatarse un alma.

Claro que, como Zayne había señalado una vez, había muchas más cosas que podríamos haber hecho que no tuvieran nada que ver con nuestras bocas tocándose.

Extrañamente, al estar sentada delante de él me di cuenta de que no sentía la necesidad de alimentarme. Era la primera vez que me había percatado de su ausencia. Desde que el clan se había vuelto en mi contra, me había quedado con Roth y Cayman, y como ninguno de los dos tenía alma, ni siquiera había pensado en alimentarme de uno; una necesidad contra la que me había pasado diecisiete años

luchando.

Ahora, aunque me encontraba otra vez rodeada de almas, la necesidad simplemente no estaba ahí.

A lo mejor los sucesos de ese día me habían aturrido tanto que incluso eso se había visto afectado.

—Lo siento —dije al fin, dirigiendo la mirada hasta la calle al otro lado de la ventana. Era la segunda semana de diciembre, y los cielos por encima de Washington D. C. eran grises y el viento rápido, arrastrando el aroma de la nieve en el aire—. Lo siento mucho, Zayne.

—No te disculpes —se apresuró a decir él—. Jamás te disculpes conmigo. No me arrepiento de nada de lo que ha ocurrido entre nosotros. Ni de un solo momento. —¿Y yo me arrepentía?—. De todos modos, no es de mí de quien quiero hablar. ¿Te encuentras bien? —preguntó—. Lo que te hicieron...

—Estoy bien —respondí, pero parecía una mentira. Fui sanada por los brujos. Esos que adoran a Lilith. Le dieron a Cayman algo para que me lo bebiera, y funcionó. Lo cual me recordaba el hecho de que Cayman había tenido que prometer algo a cambio, y ninguno de nosotros sabía todavía qué clase de acuerdo había hecho—. No tengo ni idea de lo que me dieron.

—Eso es un tanto preocupante —replicó con recelo. Mis labios se crisparon y, cuando levanté la vista, nuestras miradas se encontraron y se quedaron fijas. Se inclinó hacia mí, colocando los codos sobre la mesa—. Layla, yo...

Una sombra cayó sobre nuestra mesa y, cuando levanté la mirada, vi primero el aura de Stacey. Era de un débil verde musgoso. Un color común. Las almas puras eran poco habituales, y cuanto más oscuro fuera el tono del aura, más probable era que hubieran pecado. La cara enrojecida de Stacey me rompió el corazón. Me deslicé hacia ella y le eché un vistazo a Zayne. La expresión de su rostro prometía que no habíamos terminado con la conversación.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, sabiendo que se trataba de una pregunta estúpida.

—Estoy bien. —No sonaba como si estuviera bien—. Tan solo necesitaba un momento, o cinco. —Más bien serían diez, pero podía tener tantos momentos como necesitara. Hizo una pausa y se pasó el dorso de las manos por las mejillas—. Estoy bien, ¿verdad?

Le dirigí una sonrisa débil mientras las lágrimas me quemaban los ojos.

—Sí. —Estiré el brazo hacia ella y se lo pasé alrededor de los hombros—. Pero, si no lo estás, eso también está bien.

Un temblor atravesó su cuerpo mientras se inclinaba hacia mí y dejaba descansar la cabeza sobre mi hombro. Por lo general era difícil si alguien se acercaba tanto a mí, pero una vez más el ansia que existía profundamente en mi interior no me estaba mordisqueando por dentro.

—Está muerto —susurró.

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a tomar alientos profundos y regulares para soltar el desagradable nudo que sentía en la garganta. Lo único que quería hacer era aferrarme a Stacey y derrumbarme, porque Sam... Dios, Sam estaba muerto, y era como si un millar de cuchillas se me estuvieran clavando en el estómago, pero tenía que recobrar la compostura por Stacey. Ella conocía a Sam desde mucho antes que yo, desde la escuela primaria, y se había enamorado de él. Su dolor era prioritario al mío.

Mantuve el brazo a su alrededor sin decir nada, porque no sabía qué decir en una situación así. Incluso cuando pensaba que Roth había desaparecido, tenía la esperanza de que todavía se encontrara con vida. Lo de Sam era diferente. No habría ninguna sorpresa. No iba a reaparecer algún día. Nadie cercano a mí había muerto antes, y sabía que mi mente todavía no había procesado por completo la realidad de que ya no estuviera. Así que me limité a abrazarla mientras miraba fijamente la puerta, observando a ciegas a la gente que entraba y salía. En algún momento, Zayne se levantó y regresó con dos tazas de chocolate caliente. Apenas fui capaz de saborear su dulzura.

No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que sintiera el cosquilleo de la conciencia que me alertaba de la presencia de un demonio. Enfrente de nosotras, Zayne se puso rígido, pero cuando la puerta se cerró vi que se trataba de Roth. Caminó a zancadas hasta nuestra mesa y Zayne se apartó a un lado. Normalmente, me hubiera echado a reír al verlos sentados uno junto al otro.

Ninguno de los dos parecía precisamente cómodo.

Había un aroma a madera pegado a la ropa de Roth, como si hubiera estado cerca de una hoguera.

—Ya me he ocupado de ello —le dijo a Stacey—. Tu piso inferior está prácticamente destrozado. La brigada de incendios ya está de camino. Tan solo recuerda que no fuiste a casa después del instituto. Viniste aquí para quedar con Layla y con Zayne.

Ella tragó saliva con fuerza y asintió con la cabeza mientras rodeaba con las manos la taza de chocolate caliente.

—Está bien.

Roth inclinó la cabeza hacia un lado, y el ceño se le arrugó mientras la examinaba.

—Vas a estar bien.

Cuando Stacey asintió con la cabeza otra vez, él estiró el brazo por encima de la mesa y giró la mano hacia la izquierda. Me quitó la taza de chocolate caliente y tomó un sorbo sin mirar siquiera en mi dirección.

—Sírvete tú mismo —murmuré entre dientes.

Sus labios se crisparon.

—Y bueno, ¿cuál es el plan de juego, Rocosó?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Zayne. Odiaba ese mote.

—¿El plan de juego para qué exactamente?

—El Lilin —respondió Roth, como si la respuesta debiera ser evidente.

Me puse rígida.

—No creo que ahora sea el momento para hablar de eso.

Los ojos dorados fueron desde mí hasta Stacey. Hubo una pausa.

—Tienes razón.

—No —replicó Stacey, girándose hacia mí—. Este es el momento perfecto.

—Pero...

—Esa cosa que había en mi casa no era Sam. No era él —dijo, levantando la voz. Una pareja junto a la puerta nos echó un vistazo, con el ceño fruncido—. Así que cuando habláis sobre él, sobre el Lilin, no estáis hablando sobre Sam. —Su voz se quebró—. Esa cosa no es Sam.

Zayne se inclinó hacia delante en el reservado.

—¿Estás segura, Stacey?

—Completamente —susurró ella.

Con el pecho dolorido, eché un vistazo a los chicos y después asentí con la cabeza.

—Vale.

Roth volvió a poner mi taza enfrente de mí y después se reclinó en el asiento acolchado y giró la cabeza hacia Zayne.

—Sonaba como si los Alfas hubieran hablado ya con los Guardianes, y si ese es el caso, me resulta un tanto interesante que no hayas dicho nada.

—Aunque ese fuera el caso ¿cuándo habría tenido tiempo de decir nada? —replicó Zayne con voz entrecortada—. ¿Entre que vi a Layla y cuando aparecieron de verdad los Alfas?

Roth levantó las cejas.

—¿Te estás poniendo chulo conmigo?

—¿A ti qué te parece? —replicó Zayne.

—No lo sé. —Una ligera sonrisa se formó en sus labios mientras pasaba el brazo por la parte trasera del asiento. Solté un suspiro, porque conocía esa mirada—. Pero oírte hablarme con ese tono es casi tan interesante como leer sobre los beneficios de un sistema de purificación de agua.

Lo miré fijamente. Tan solo unas pocas horas antes, Zayne le había dado las gracias a Roth por salvarme. Habían sido educados de verdad entre ellos. Supuse que no debería sentirme sorprendida de que no hubiera durado demasiado tiempo.

—Roth.

—¿Hum?

Entrecerré los ojos.

—Déjalo ya.

La sonrisa se extendió hasta que hubo un destello de dientes blancos.

—Cualquier cosa por ti, enana.

Ay, Señor.

Zayne dirigió la mirada hacia mí, y no pude descifrar lo que veía en ella.

—No sé si los Alfas habrán hablado con mi padre todavía. La verdad es que no he estado... hablando mucho con él últimamente, y no se han presentado en el edificio mientras yo he estado ahí.

—Lo que no entiendo es por qué los Alfas pensarían que los de tu raza seréis quienes detengan al Lilin. Tenéis almas, y por lo tanto tenéis una enorme vulnerabilidad. —Roth estaba echándole el ojo a lo que quedaba de mi chocolate caliente—. Los de mi raza no.

—No es algo de lo que presumir. —Zayne exhaló sonoramente, y resistí la necesidad de golpear mi cabeza contra la mesa—. Mirad, hablaré con ellos a ver si puedo descubrir algo.

—Vale, pero tenemos un problema mayor —advirtió Roth.

Stacey levantó la mirada desde su taza.

—¿Lo tenemos?

Quería repetir lo mismo que ella, porque no estaba segura de qué podía ser más grande que derrotar a una criatura que podía causar tanto dolor y destrucción.

—¿Qué van a hacer los Guardianes en cuanto se den cuenta de que Layla está sana y salva? —Había una baja aspereza en la voz de Roth que parecía un gruñido—. Eso es lo que me preocupa.

Zayne apretó los labios.

—No van a hacer nada. Saben que ella no es la causa de lo que ha sucedido...

—Eso no deshace nada de lo que han hecho —atajó Roth.

—Yo no he dicho que lo hiciera. —La mano que Zayne había apoyado en la mesa comenzó a oscurecerse hasta adquirir el color del granito—. No voy a permitirles que la toquen.

Abrí la boca para señalar otra vez que yo no iba a permitirles que me tocaran, pero Roth se encaró con Zayne.

—Y yo no voy a olvidar ni una sola cosa de las que le habéis hecho —advirtió—. No he olvidado cómo acudió a mí con marcas de garras en la cara.

Tomé aire con brusquedad y me apoyé contra el respaldo mientras Stacey se giraba hacia mí.

¿Tenía marcas de garras en la cara?

Cerré la boca con fuerza mientras la miraba, negándome a mirar a Zayne o incluso a Roth, pero no tenía que lanzar ni un vistazo en su dirección para saber que estaban mirándose fijamente. Cuando Zayne me había besado, y yo había comenzado a alimentarme de su alma sin advertirlo, él había comenzado a transformarse y me había arañado en un intento de romper la conexión. No había ni una sola parte de mí que pensara que había querido hacerme daño de verdad. Roth también tenía que saberlo.

Los ojos de Stacey buscaron en los míos, y debió de ver la verdad, porque por

imposible que pareciera una tristeza todavía mayor llenó su mirada.

—No voy a perdonarme nunca por ello.

La voz baja de Zayne rompió el terso silencio, y yo me volví para mirarlo.

Roth bajó la barbilla.

—Y yo tampoco.

—Parad. —Me aferré al borde de la mesa—. Hablar sobre ello no va a llevarnos a ninguna parte. No importa.

—Sí que importa —replicó Roth—. Porque, pase lo que pase, yo nunca te haría daño, jamás.

Zayne se apartó, como si hubiera recibido un golpe letal.

—Pero lo has hecho. —Comenzaban a dolerme los nudillos—. Me has hecho daño.

Tal vez no de forma física, pero Roth me había hecho daño en el pasado. Las palabras podían atravesarte tan profundamente como unas garras afiladas, y aunque la piel podía sanar, las heridas que dejaban atrás las palabras no se desvanecían con la misma rapidez. Puede que hubiera estado tratando de protegerme, pero eso no había disminuido el dolor ni un ápice.

La mirada de Roth se encontró con la mía, y entonces sus gruesas pestañas descendieron, ocultando sus ojos. Silencioso, se reclinó en su asiento y cruzó los brazos por encima del pecho. Zayne miró fijamente el mantel, con un mechón de pelo rubio cayendo sobre su cara. Emanaba tensión de ambos, y notaba la piel como si se hubiera estirado hasta quedar demasiado fina.

El teléfono de Stacey sonó, y esta lo sacó de su mochila con una mano temblorosa. Comenzó a ponerse en pie.

—Es mamá. —Me echó un vistazo con ojos acuosos, y pareció varios años más joven—. Puedo hacerlo.

—Puedes hacerlo.

Alargué la mano y le apreté el brazo por encima del jersey. Sus ojos tenían una expresión salvaje y de pánico.

La oí responder al teléfono mientras caminaba hasta la puerta de entrada y salía al exterior. Mi mirada la siguió mientras comenzaba a pasearse por detrás de un banco vacío. Yo solo quería meterme debajo de la mesa y balancearme durante un rato. Supuse que aquello sería pedir demasiado.

Zayne se aclaró la garganta.

—Ya lo sabes, pero no puedes volver al edificio. Hay lugares donde puedes quedarte, donde estarás a salvo.

—Ya tengo un lugar donde quedarme —le dije, tomando un sorbo de mi chocolate caliente, ahora templado.

Su mandíbula se endureció.

—¿Con él?

Sorprendentemente, Roth permaneció en silencio, lo que me hizo sentir como si

necesitara comprobar que estaba vivo. Aparté la taza a un lado y apoyé los brazos sobre la mesa, totalmente agotada. En realidad, estaba hecha polvo por dentro.

—Es un lugar seguro —señalé—. Y sí, es con Roth y Cayman.

Zayne abrió la boca y después la cerró. Transcurrieron varios segundos, que parecieron una eternidad.

—¿Qué vas a hacer, Layla?

La pregunta tenía mucho peso, porque yo sabía que iba mucho más allá de dónde iba quedarme esa noche, o el próximo par de días. Todavía había muchas cosas para las que no conocía la respuesta. El instituto estaba en el aire. El lugar donde iba a vivir no estaba decidido en absoluto. Seguíamos sin saber cómo íbamos a derrotar al Lilin o salvar el alma de Sam. No tenía ni idea de lo que había pasado cuando me había transformado. Y todavía había más: estaban Roth y Zayne, dos chicos muy diferentes que había querido y de los que me había enamorado.

Stacey regresó, librándome de tener que responder a la pregunta. Su madre estaba histérica, como era de esperar, y mi amiga tenía que ir a la casa de su tía.

Los cuatro salimos al aire frío. Stacey y Roth caminaban por delante, pero yo me detuve y me di la vuelta. Con el corazón latiéndome con fuerza, volví hasta donde se encontraba Zayne, detrás del banco junto al cual se había estado paseando Stacey. Me estiré y lo rodeé con los brazos. Hubo un momento de duda, y entonces me devolvió el abrazo, con tanta fuerza que mi mejilla quedó presionada contra su pecho.

El abrazo era agradable, más que agradable. Era como volver a casa después de un largo día, y me costaba apartarme de él.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó con voz pastosa.

—Pronto —le prometí.

Sus brazos se tensaron a mi alrededor.

—Por favor, ten cuidado, Layla. Por favor.

—Tú también.

—Claro que sí, bichito.

Levanté la mirada hasta sus ojos.

—Nunca te he culpado por las marcas de garras, así que, por favor, no te culpes por algo que ni siquiera yo tengo que perdonarte.

* * *

Roth y yo no hablamos durante el camino de vuelta a la casa al otro lado del río, en Maryland. Seguía sin tener ni idea de cómo habían logrado hacerse con la supermansión; tan solo sabía que Cayman la había adquirido en algún momento, y supuse que era mejor que no hiciera demasiadas preguntas.

Me había pasado varias horas con Stacey, su madre y su hermano pequeño en la enormísima casa de su tía mientras Roth se quedaba fuera, haciendo... cosas de demonio o lo que fuera. Ya era tarde, casi medianoche, para cuando nos habíamos

marchado de aquella casa para venir a esta.

No sabía por qué Roth estaba tan silencioso, pero lo agradecía, ya que no me sentía con la capacidad mental para mantener una conversación o, en realidad, para pensar sobre nada.

Roth aparcó el Mustang *vintage* en el garaje; la casa estaba oscura y silenciosa cuando entramos. El lugar estaba bastante cálido, pero no había señales de Cayman. Subí la escalera en forma de espiral y me arrastré por el pasillo hasta la habitación donde había despertado después de que me rescataran de los Guardianes.

Cuando llegué hasta la puerta cerrada, me coloqué el pelo por detrás de la oreja mientras echaba un vistazo por encima del hombro en dirección a Roth.

Se encontraba a unos metros de distancia, en el pasillo, reclinado contra la pared con las manos en los bolsillos y la parte posterior de la cabeza apoyada contra la pared.

—Yo ocuparé la habitación de aquí —dijo sin mirar en mi dirección. Había cuidado de mí mientras yo había estado sanando, pero ahora no había ninguna razón para... dormir juntos—. Si necesitas algo, la puerta no estará cerrada con llave.

Mi mano se tensó alrededor del pomo.

—Gracias. —No tenía ni idea de si sabría por qué le estaba dando las gracias, pero asintió con la cabeza. Ninguno de los dos se movió durante un largo momento. Continuó mirando fijamente a la nada mientras yo lo miraba a él. Al fin, conseguí decir—: Buenas noches, Roth.

No me respondió.

Giré el pomo, abrí la puerta y de inmediato me dirigí hacia la lámpara que había junto a la cama para encenderla. La habitación era enorme, la suite principal, y sus muebles eran unas antigüedades impresionantes.

Nunca me había sentido más fuera de lugar mientras tomaba el pijama que Cayman me había llevado hacía unos días y me cambiaba con rapidez para ponerme los pantalones de algodón y la camiseta suelta. Al menos, la ropa para dormir no se parecía en nada al resto de la ropa que él y Roth me habían comprado. Estaba un tanto sorprendida de que no me hubieran buscado un camisón que mostrara gran parte de mi cuerpo. Entré descalza en el cuarto de baño, uno mucho más grande que el que había unido a mi habitación en el edificio de los Guardianes. Bueno, mi antigua habitación. Desde luego, ya no era la mía.

Nada en esa casa era ya mío.

La luz del cuarto de baño era intensa y brillante; me cepillé los dientes y me lavé la cara, dejando unos charquitos sobre el lavamanos de mármol y unas gotitas en mi camiseta. Era un desastre en lo relativo a esas cosas. Más de una vez había acabado con pasta de dientes en el pelo y con aspecto de estar participando en un concurso de camisetas mojadas.

Mientras cerraba el grifo, levanté la mirada y vi mi reflejo en el espejo. Pero no me veía a mí misma, en realidad no. Cuando cerré los ojos, vi la misma cosa... la

misma imagen.

Vi a Sam.

Vi a Sam sonriendo. Lo vi riendo. Vi la piel alrededor de sus ojos arrugándose y, mientras me apartaba del lavabo, podía oírlo soltar algún fragmento de conocimiento aleatorio y poco conocido, como que un plátano congelado podía servir de martillo. Podía verlo jugar con sus gafas y contemplar a Stacey, incapaz de quitarle los ojos de encima incluso cuando ella había ignorado su atracción. Podía verlo con total claridad, como si de verdad se encontrara en el cuarto de baño conmigo.

—Ay, Dios —susurré, y mi cara se contrajo.

Allí nadie podía verme, pero me puse las manos sobre los ojos mientras me pegaba a la pared. Un estremecimiento me sacudió mientras las lágrimas con las que había estado luchando toda la tarde y toda la noche se liberaban al fin.

Sam había muerto.

Aquel conocimiento era como ser golpeada por un quitanieves a toda velocidad, y después quedarse atrapada bajo las ruedas y que te arrastrara por una carretera llena de baches. Las lágrimas se derramaron mientras mis hombros temblaban con la fuerza del llanto.

Recordé el día que lo conocí. Compartíamos una clase de Historia en mi primer año, y yo había sido muy tonta, estaba demasiado nerviosa por mi primera incursión en un instituto público como para encontrar los bolígrafos en mi mochila, así que él me había dado uno de los suyos mientras me explicaba que, de media, cien personas se ahogaban con bolígrafos cada año.

Se me escapó una risa estrangulada. Dios, ¿cómo sabía Sam todas esas cosas? ¿Quién sabía esa clase de cosas? Sam sí, pero yo nunca había sabido la respuesta a esa pregunta, y eso dolía.

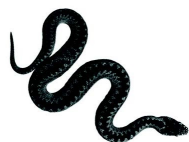
Tratando de recobrar la compostura y fracasando, bajé deslizándome por la pared y me llevé las rodillas al pecho. Presioné la cara contra la pierna y lo grité todo, el dolor, la furia y la tristeza. El sonido estaba amortiguado, y no sirvió de mucho para tranquilizar la tormenta de emociones que daba vueltas en mi interior. Quería gritar otra vez, entrar en cólera.

No oí cómo se abría la puerta del cuarto de baño, pero de pronto un brazo me rodeó los hombros, y entonces Roth se sentó en el suelo junto a mí. No dijo nada mientras me llevaba hasta su regazo y yo fui incapaz de pronunciar ni una sola palabra mientras enterraba la cara en su pecho, inhalando el aroma almizcleño único y empapándome de su calidez. Las lágrimas cayeron más rápido y más fuerte. No había forma de recuperar el control de aquello. Roth siguió abrazándome, mientras enterraba la otra mano en mi pelo, curvada contra mi nuca. No susurró palabras de consuelo, pero no había absolutamente nada que pudiera decir. Mi corazón se había abierto, y era intenso y doloroso. Era injusto.

Lo lloré todo en el cuarto de baño de una casa que no me pertenecía, abrazada por los brazos protectores del Príncipe Heredero del Infierno. Lloré la pérdida de mi

mejor amigo.

Capítulo cuatro



Sentada con las piernas cruzadas en el centro de la cama extragrande, introduje los números de Zayne y de Stacey en el teléfono móvil que Cayman había depositado al otro lado de mi habitación por la mañana.

Tenía una suerte terrible y horrible con los móviles. Había dejado atrás un cementerio de teléfonos móviles, pilas de teléfonos que simplemente habían tenido la mala fortuna de acabar en mis manos, pero, al igual que había hecho con todos los anteriores, esperaba de verdad que en esa ocasión fuera diferente.

Como el último móvil que me había comprado Zayne, era un teléfono inteligente genial, pero este era una versión más nueva y sofisticada. Extrañamente, sin importar cómo colocara el dedo encima del pequeño botón, no me leía la huella dactilar.

La tecnología.

Suspiré.

Dejé el teléfono sobre la cama enfrente de mí y pestañeeé con ojos empañados. Había llorado tanto la noche anterior que me sentía como si tuviera papel de lija pegado al interior de los párpados. Había llorado hasta quedarme dormida en el suelo del cuarto de baño, entre los brazos de Roth. Debía de haberme llevado hasta la cama, pero no lo recordaba, aunque sí recordaba lo bien que me había sentido cuando me abrazaba. Ya no estaba cuando desperté, y no los había visto a él ni a *Bambi* ni una sola vez en todo el día. Supuse que la familiar se encontraría con él.

Traté de no entrar en pánico por su ausencia, pero era difícil. Tal como estaban las cosas, había muchas oportunidades de que Cayman y Roth hubieran subestimado el alcance de la reacción de su Jefe ante las acciones de Roth del día anterior, con los *Alfas* y *Tambor*.

Mis pensamientos deambularon de Roth hasta Zayne y después volvieron a Roth, formando un círculo infinito antes de que Sam y Stacey rompieran el ciclo. Haberlo perdido iba a doler de una forma horrible durante mucho tiempo, pero, por muy mal que me sintiera, seguía sin ser nada en comparación con el dolor de Stacey.

Si perder a Sam me había enseñado algo, era a aprovechar la vida: aprovechar todo lo que tenía que ofrecer, incluyendo las lágrimas, la furia y la pérdida, pero, por encima de todo, la risa y el amor.

Simplemente, aprovechar la vida.

Porque era fugaz y veleidosa, y nadie, ni yo ni cualquiera que conociera, tenía la

promesa de otro día, ni siquiera de otro segundo.

Me levanté de la cama, tomé el teléfono y bajé hasta el piso inferior. Cuanto más me acercaba a la cocina, más fuerte notaba el aroma del paraíso. Beicon. Olía a beicon. El estómago me rugió, y aceleré el paso. Encontré a Cayman en la cocina, haciendo huevos en el fogón. Y, como esperaba, había beicon chisporroteando sobre una plancha junto a ellos.

—Buenos días —dijo sin volverse. Tenía el pelo recogido con un broche de un rosa intenso con una mariposa deslumbrante unida a él. Una sonrisita apareció en mi cara—. ¿Te gustan los huevos revueltos o de otro modo?

—Revueltos está bien.

Me subí a un taburete que se encontraba junto a la gran isla del centro.

—Bien. Mi clase de chica. —Dio la vuelta al beicon y después se dirigió hacia el frigorífico, dando vueltas a la espátula por el camino. Abrió la puerta, metió la mano dentro y sacó una botella pequeña de zumo de naranja. Se volvió y la lanzó en mi dirección, y yo la atrapé antes de que me golpeará en la cara—. También he comprado unas cuantas de estas.

Bajé la mirada hasta la botella.

—¿Cómo lo sabías?

Él levantó las cejas, y después negó con la cabeza y se giró hacia el fogón. El beicon crujía y chisporroteaba mientras yo dejaba la botella en la mesa. Roth tenía que haberle dicho que el zumo de naranja me ayudaba con el ansia, al igual que cualquier cosa dulce. Cuando desperté, la familiar sensación de ardor en la boca del estómago se encontraba allí, a pesar de que había estado ausente el día anterior. Aun así, era algo menor en comparación con lo que estaba acostumbrada.

—Y bueno, ¿qué tienes planeado hacer hoy? —preguntó Cayman, sacando los huevos y sirviéndolos en dos platos.

—No lo sé. —Me pasé el pelo todavía húmedo por encima de un hombro y lo retorcí con las manos—. Iba a hablar con Zayne más tarde para ver si había oído algo de los Alfas, y después quería llamar a Stacey. Estoy... estoy preocupada por ella.

—Lo superará. Parece una chica fuerte.

—Lo es —asentí—. Pero perder a alguien es...

—Imagino que es difícil, pero en realidad no lo sé. No he querido nada ni a nadie más que a mí mismo —respondió, y yo levanté una ceja al oírlo. Al menos, era honesto—. Tiene que ser un asco perder eso.

—Pues sí.

Le quité el tapón al zumo de naranja, sintiendo un peso en mi pecho. No tenía ni idea de cuánto tardaría en desvanecerse. Pensé en cuando Roth se había sacrificado; había habido momentos en los que la carga del dolor se aliviaba, pero siempre había resurgido con ganas de amarga venganza.

Cayman reunió las lonchas de beicon y las extendió sobre nuestros platos antes de unirse a mí en la isla. Si alguien me hubiera dicho un año antes que estaría comiendo

huevos revueltos y beicon hechos por un demonio, me habría reído en su cara y le habría dicho que las drogas eran muy caras.

Desde luego, las cosas habían cambiado. Pinché un trozo de beicon.

—¿Qué está pasando entre tú y Zayne?

Casi me ahogué con el beicon. Se me humedecieron los ojos mientras tomaba el zumo de naranja y daba un gran trago.

—¿Disculpa? —grazné.

Una media sonrisa se formó en su cara mientras pinchaba unos huevos.

—Tú y Zayne, la espléndida gárgola. ¿Qué está pasando entre vosotros?

—¿Cómo sabes que está pasando algo?

Cayman puso los ojos en blanco.

—Cariño mío, hasta un ciego podría ver que hay una tensión enorme. ¿Alguna primicia?

Un calor explotó en mis mejillas. Pues nada.

—Eh... —No tenía ni idea de cómo responder a esa pregunta, porque ni siquiera yo estaba segura—. No lo sé.

Me lanzó una larga mirada.

—Ah, yo creo que sí lo sabes, pero todavía no estás preparada para expresarlo con palabras.

Lo observé mientras me metía otro trozo de beicon en la boca.

—Ah, ¿eso es lo que crees?

—Sí. Esta mierda es complicada. Te entiendo, pero sé lo que está pasando de verdad aquí, así que voy a ser claro contigo.

Bajó el tenedor, se inclinó hacia mí y me susurró la «verdad» al oído. Me aparté de golpe, con sus palabras reverberando (no, provocándome de verdad) en mi cabeza, y la furia creció dentro de mí con rapidez. Lo fulminé con la mirada, con la mano tensa sobre el tenedor. Algo de lo que había dicho era tan cierto que quería tirárselo a la cara de una patada.

—No quiero hablar contigo de eso.

Él se rio entre dientes.

—Lo que tú digas.

Ignorándolo, devoré el resto de mi desayuno, y después me levanté y dejé el plato y los cubiertos en el lavavajillas. Cuando lo miré, vi que seguía sonriendo. Crucé los brazos.

—¿Dónde está Roth?

—Ha salido.

Esperé, pero no hubo respuesta.

—¿Para hacer qué?

—Cosas —replicó él—. Asuntos de demonio.

Con un suspiro, me apoyé en la encimera.

—Eres de mucha ayuda.

Con un guiño, él sujetó su plato vacío entre dos dedos. El aire crepitó, y entonces unas llamas brotaron de las puntas de sus dedos y subieron por el plato. Abrí mucho los ojos mientras observaba al fuego haciéndolo desaparecer por completo. El tenedor fue lo siguiente en desaparecer entre las llamas.

—Bueno, esa sí que es forma de limpiar —murmuré.

—Tan solo es un truquito del gremio. —Se quitó las cenizas de las manos—. Pero volviendo a lo de no ser de mucha ayuda, tienes que saber que en realidad soy de mucha ayuda. Pregúntame cómo puedes recuperar el alma de Sam.

Pestañeeé.

—¿Qué?

Él soltó un suspiro.

—Pregúntame cómo sacar el alma de Sam del Infierno. Ya sabes, para que puedas asegurarte de que vaya a donde se supone que tiene que ir. Creo que será más allá de esas grandes puertas perladas en el cielo.

Descrucé los brazos con lentitud.

—¿Sabes cómo recuperar el alma de Sam?

—Sip. Aunque me parece que Roth preferiría que no te lo contara. Ahora quítate esa expresión de la cara, que parece que un pájaro te acabara de cagar en la cabeza. —Levanté las cejas de golpe. ¿De verdad tenía esa cara? Cayman continuó—: Puede que Roth conozca una forma, pero no creo que tenga la cabeza en eso ahora mismo. Sinceramente, no estoy seguro de querer saber dónde tiene la cabeza en este momento.

La intranquilidad floreció en mi estómago mientras me acercaba a la isla de la cocina. Cayman me observó con atención.

—Veamos. Hay un ser que vigila las almas ahí abajo, y tan solo ese ser puede liberar un alma. Al menos, la mayoría del tiempo. Si la persona no está completamente muerta y está rondando por el lugar intermedio, entonces tanto el Jefe como el grandullón del cielo tienen la opción de, o bien liberar el alma, o bien llevarla de vuelta.

—¿Llevarla de vuelta? —Me incliné hacia él, colocando las manos sobre la fría superficie de granito—. Es decir, ¿traerla de vuelta de entre los muertos?

Negó con la cabeza.

—Nosotros no lo expresamos de esa forma en particular. Es más bien traerlos de vuelta desde el borde de la muerte.

—Vale —murmuré, pero la esperanza se encendió y ardió con fuerza. Sabía que era una cabronada por mi parte que solo me preocupara el alma de Sam cuando había otras que también habían acabado de forma injusta en el Infierno, pero era lo bastante lista como para darme cuenta de que no iba a poder ir allí y salvar a todo el mundo. O a lo mejor sí podía. Mi espalda se puso rígida. Al menos, podía intentarlo—. Cuestión de semántica —dije.

—Tú lo llamas «semántica», y yo lo llamo «equilibrio del universo».

Lo miré fijamente durante un momento, y después continué.

—¿Podemos resucitar a Sam, ya que...?

—No, mi dulce e increíblemente ingenua niña, no puedes resucitarlo. —Cayman apoyó los codos sobre la encimera y dejó la barbilla sobre la mano—. Sam está muerto. En plan muerto, muerto.

La decepción me aplastó, pero todavía había algo a lo que aferrarme. Si no podíamos resucitar a Sam, podíamos asegurarnos de que su alma se encontrara en el lugar correcto.

—¿Cómo funciona? Lo de recuperar un alma y asegurarse de que esté en el lugar correcto del más allá.

—Bueno, cuando una persona muere, los Alfas deciden adónde va su alma. Generalmente, el alma va adonde tiene que ir. No hay negociaciones, súplicas ni quejidos. Si tiene que ir ahí abajo, ahí es adonde va. —Hizo una pausa—. Salvo que su alma sea arrebatada por un Lilin... o por alguien como tú. En esas circunstancias, tan solo va en una dirección. Es un asco. Es totalmente injusto, pero así es como son las cosas.

«Alguien como tú».

Normalmente, el recordatorio de mi naturaleza habría sido como un golpe en la cara, pero aquella... aquella habilidad era parte de mí. No me convertía en malvada.

Volví a sentarme sobre el taburete y tomé el zumo de naranja.

—¿Cómo recuperamos su alma, Cayman?

—Tienes que hablar con Ángel.

Sentí que mis labios se apretaban.

—¿Ángel? —Cayman sonrió, pero no dijo nada. Tardé un momento, pero entonces lo comprendí. Balanceándome sobre el taburete, me sorprendió no caerme directamente—. ¿Ángel, en plan el Ángel de la Muerte?

—No le gusta que lo llamen así, porque esa es una versión corrupta de su nombre. —Cayman giró en su taburete, un círculo completo—. Ni siquiera podrías pronunciar su nombre real, así que dejémoslo en Ángel. A él le parece bien. Es el guardián de las almas ahí abajo, y el único que puede liberarlas.

Medité sobre ello durante un momento.

—¿Es majo?

Cayman se detuvo en mitad del giro y echó la cabeza hacia atrás, riéndose mucho y fuerte.

—No, mi increíblemente dulce e ingenua niña, no lo es. Es tan viejo como el tiempo, y tiene el temperamento de alguien que se ha cagado en la cama y ha estado todo el día revolcándose en ella.

Arrugué la nariz.

—Puaj.

—El aspecto positivo es que es bastante sencillo bajar a los fosos de fuego. Tan solo tienes que tomar uno de los ascensores de los Palisades —continuó, haciendo

referencia al edificio de apartamentos donde Roth vivía normalmente, que también albergaba un club demoníaco—. Pero no puedes llevarte a Roth contigo. El Jefe todavía está cabreado, al igual que algunos de los demás demonios de Nivel Superior. Si le ponen las manos encima, van a retrasarlo.

—Entonces... ¿entonces tendría que ir sola? —Un escalofrío descendió bailando por mi columna—. ¿Al Infierno?

—Es lo más probable. Yo iría contigo, pero... Bueno, en realidad no quiero hablar con Ángel.

—Tu apoyo significa muchísimo para mí —murmuré, y después di un trago del zumo de naranja—. Todo esto parece demasiado sencillo. ¿Solo tengo que bajar en ascensor hasta donde está Ángel y pedirle el ama de Sam?

Cayman volvió a reír.

—Estoy comenzando a pensar que tu encantadora ingenuidad es en realidad una adorable idiotez. Eres como la versión cuqui del tonto del pueblo.

—Vaya. —Fruncí el ceño—. Desde luego, tú sí que sabes cómo alimentar el ego de una chica.

Volvió a girar sobre el taburete, y el broche de la mariposa se deslizó en su pelo.

—¿Qué puedo decir? Mi área de experiencia son los chicos. Pero volviendo al tema que tenemos entre manos... no, recuperar el alma de Sam no va a ser tan fácil como eso, pero, por suerte para ti, tendrás algo de tiempo para planear tu estrategia. Ángel no está ahí abajo ahora mismo. Está... fuera, algo así como de vacaciones.

—¿El Ángel de la Muerte se va de vacaciones?

La incredulidad inundaba mi voz.

—Si llevaras más de dos mil años haciendo un trabajo, tú también necesitarías unas vacaciones. —Sus rodillas chocaron con las mías—. Vale. En realidad no está de vacaciones, pero en este momento se encuentra en un lugar mucho más agradable que los fosos. Tiene dos trabajos.

—¿Qué significa eso? Y no vuelvas a llamarme idiota. No estoy familiarizada con todos tus asuntos demoníacos.

Cayman echó un vistazo hacia el techo y después miró hacia el suelo.

—¿Lo pillas?

—¿Está ahí arriba? —Señalé el techo—. ¿Y también abajo? ¿Va a ambos lugares?

—Por supuesto. Es el Ángel de la Muerte, lo que significa que en realidad es un... Bueno, ya sabes. Voy a darte ejemplos, y tú puedes adivinar lo que es en realidad. —Cayman unió las manos con una palmada—. Tiene alas, y...

—Un ángel —lo atajé—. Es un ángel.

La expresión de Cayman decayó.

—No eres nada divertida.

No sabía demasiadas cosas sobre las diferentes clases de ángeles, pero estaba claro que estábamos hablando del Ángel de la Muerte, tal vez el original, así que suponía que tenía sentido que dividiera su tiempo entre el Cielo y el Infierno.

Sinceramente, en realidad me daba igual. Lo importante era que había algo que podíamos hacer por Sam, y tal vez, si tenía suerte, por todos aquellos que el Lilin había sentenciado al Infierno.

—Volverá pronto, el viernes que viene sobre esta hora. —Cayman se inclinó hacia mí, me pellizcó la nariz, y después se rio cuando le aparté la mano de un tortazo—. Porque esa es tu única opción, ir ahí abajo. No vas a subir.

Bah, pues claro. Pero el viernes estaba a seis largos días de distancia. Tragué saliva con fuerza.

—No sé si puedo esperar tanto tiempo. El alma de Sam...

—No tienes elección, Layla. —El tono juguetón desapareció—. Nadie puede liberar su alma salvo Ángel, y no hay forma de que entres en los cielos para hablar con él. Ninguna en absoluto, especialmente ahora.

Agucé el oído.

—¿Especialmente ahora? ¿Qué diferencia hay entre hoy y ayer? Nunca había pensado que pudiera entrar en el Cielo... espera. ¿Sabes algo sobre mis alas, sobre por qué tienen plumas?

Sus labios se crisparon.

—Dices «plumas» como si fuera un peinado malo. Claro que el pelo con plumas es horrible.

—Cayman —rezongué, perdiendo la paciencia.

—¿Por qué preocuparte por tus alas increíblemente superiores cuando tienes a un Lilin que va a darse cuenta muy rápido de que no hay forma alguna en el santo Infierno de que Lilith vaya a quedar en libertad? No es ninguna broma; el Jefe la tiene encerrada. No va a ir a ninguna parte, mi pequeño pastelito glaseado.

Fruncí los labios. Sus palabras de cariño no eran demasiado cariñosas.

—¿Y qué crees que va a hacer el Lilin cuando se dé cuenta de que vuestra mami querida no va a quedar libre y de que no hay nada que pueda hacer al respecto? —continuó. Levantó los brazos y meneó los dedos. Era muy teatral—. El resultado será el caos, ¿y qué crees que ocurrirá cuando llegue el caos? Los Alfas intervendrán, y habrá tantos de ellos que *Tambor* acabaría con dolor de estómago tratando de comérselos a todos. No queremos que eso pase. Palabrita.

Abrí la boca.

—¿Y por qué preocuparte por tus acicaladas alas cuando tienes a un clan entero de Guardianes que acaban de descubrir que en realidad no estás muerta? —siguió preguntando—. Porque, créeme, ya lo saben. Zayne no se lo diría, pero los Alfas sí. Algunos no van a estar muy contentos por tu supervivencia. Oh, no, caramelo. Y después está todo el asunto de los brujos, y no me preguntes lo que querían a cambio de salvarte el culo, porque no voy a ser yo el mensajero de esa mala noticia.

Cerré la boca de golpe. Por todas las gominolas, estaba comenzando a sentirme superestresada.

Él no había terminado.

—¿Y por qué estresarte por las alas en general cuando vas a romperle el corazón a alguien?

—¿Qué? —pregunté con brusquedad.

Cayman se levantó del taburete, todo sonrisas.

—Dejemos ya de jugar, peluchito mío. Zayne está enamorado de ti. Roth está enamorado de ti. —Inhalé con brusquedad, pero el aire se quedó atrapado en mi garganta—. Los dos harían cualquier cosa por ti... vivir, respirar y morir por ti, pero no puedes tenerlos a ambos, Layla.

Mis manos cayeron hasta mis muslos, y entonces solté un suspiro.

—Ya lo sé.

—Y también sabes cuál es el de verdad —continuó, observándome con atención—. Ya sabes, el amor eterno y tal... así que, ¿por qué estás prolongando esto?

—Yo no estoy prolongando nada —protesté—. Tenía la cabeza ocupada, ¿sabes?, con eso de que me mantuvieran prisionera y de que después casi me matara mi propio clan. Luego me quedé aquí encerrada para recuperarme, y después ocurrió lo de ayer. —Frustrada, me bajé de un salto del taburete y caminé alrededor de la isla—. Y a lo mejor no creo que sea el momento adecuado para estar con ninguno de ellos. ¿Alguna vez te has planteado eso?

Cayman inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cuándo hay un momento adecuado para entregar tu corazón por completo a otra persona? Siempre va a haber obstáculos. Tan solo tienes que decidir cuáles son los que merecen la pena.

—Lo que tú digas.

Crucé los brazos, y él me imitó.

—No seas cobarde.

—¿Disculpa?

—No. Seas. Cobarde —repitió, y me planteé brevemente tomar el jarrón que había en el centro de la isla y lanzárselo—. No tomar una decisión es la salida del cobarde. Los quieres a los dos. Lo entiendo. Pero no sientes la misma clase de amor por ambos, y cuanto antes lo aceptes, mejor.

—¿Me puedes recordar por qué estamos hablando de esto? ¿Y por qué te preocupa siquiera?

Cayman sonrió.

—Porque soy un demonio muy preocupado.

—Uf —gruñí, levantando las manos mientras la frustración y el pánico luchaban en mi interior. Cayman hablaba como si fuera muy sencillo, como si yo no fuera a perder a uno de los dos, pero sí que iba a hacerlo. Puede que fuera egoísta, pero la idea de no tenerlos a ambos en mi vida me aterrorizaba—. Puedes llegar a ser muy molesto.

—Haz el amor, no la guerra —dijo con una sonrisa. Me limité a fulminarlo con la mirada—. Haz el amor con el chico adecuado —añadió—. Solo quería aclararlo.

—Ay, Dios mío —gimoteé, inclinándome hacia delante y poniendo la cabeza contra la encimera.

Me quedé así incluso después de notar que Cayman salía de la habitación, y probablemente también de la casa, porque tras unos momentos ya no sentía a ningún demonio.

La verdad es que la encimera de granito estaba fría y pulida, y resultaba agradable contra mi cara enrojecida. A lo mejor me quedaba así durante todo el día. Parecía un buen plan. Mejor que...

No, no era mejor que escuchar lo que Cayman había dicho sobre Zayne y Roth. Tenía razón. Ay, Dios, tenía toda la razón, y daba muy mal rollo. Estaba enamorada de ambos. Lo estaba de verdad, y la idea de hacer daño a uno de ellos, o de perder a uno de ellos, hacía que me entraran ganas de vomitar, pero Cayman también tenía razón con unas cuantas cosas más.

No podía tenerlos a ambos.

Y lo que sentía por ellos era diferente.

No había forma de ocultar eso; siempre había sido así. Los dos me hacían feliz. Los dos me hacían reír. Los dos me llenaban de anhelo y hacían que mis partes de chica tuvieran toda clase de alegrías. Pero solo uno de ellos me hacía...

Bueno, tan solo había uno con el que sabía que siempre sería feliz, uno con el que siempre me reiría. Uno con el que hacía algo más que anhelar, más bien ansiar, y cada segundo que pasaba ignorándolo era un segundo que no iba a poder estar con él; un segundo en el que no viviría una vida con amor, amor de verdad, del que duraría.

A pesar de lo que había dicho Cayman, no estaba segura de que los dos estuvieran enamorados de verdad de mí. No estaba dentro de sus cabezas, pero a fin de cuentas lo que ellos sintieran no era la cuestión. Era lo que yo sentía, y no era capaz de llegar a un acuerdo. Y tampoco esperaba que ellos lo hicieran.

Mi frente estaba comenzando a quedarse pegada al granito.

Por primera vez en días, me permití pensar de verdad en las palabras de Roth, las que creía haber imaginado antes de desmayarme por las heridas y por lo que quiera que me hubieran dado los brujos.

«Te quiero, Layla. Te he querido desde el primer momento que oí tu voz y voy a seguir queriéndote. Pase lo que pase. Te quiero».

Roth básicamente había confirmado que de hecho había escuchado esas palabras, pronunciadas con esa dulce urgencia, pero había una parte de mí que no podía creérselo. O a lo mejor no quería hacerlo, porque cuando pensaba en lo que había dicho Roth, también recordaba lo que había dicho Zayne al verme ahí de pie, en el salón de Stacey.

«Lo habría sabido si una parte de mi corazón hubiera desaparecido».

Sentía como si todo mi ser estuviera aplastado, hasta el punto de sentir dolor. Estaban todos los secretos que me había contado Zayne, cómo había esperado... por mí. Aun así, me había pasado años deseándolo, y nunca había parecido posible que

alguna vez fuera a tenerlo.

A lo mejor estaba demasiado aterrorizada como para...

Perdida en mis propios pensamientos, no reconocí la conciencia que se filtró en mi piel alertándome de que había otra presencia en la casa hasta que una voz profunda retumbó a través de la cocina.

—¿Qué diantres estás haciendo, enana?

Di un respingo y levanté la cabeza mientras presionaba la palma contra mi pecho. Con el corazón latiendo con fuerza, observé a Roth caminar hacia la isla y detenerse. Estaba vestido de forma muy parecida a la noche anterior, salvo porque llevaba una camiseta térmica de color blanco que complementaba de verdad el tono dorado de su piel.

—Estaba... estaba pensando —dije, alisándome el pelo con las manos—. Pensando en cosas.

Él apoyó una cadera contra la isla.

—¿La encimera te estaba ayudando a pensar?

Apreté los labios.

—A lo mejor.

La mirada de Roth descendió, y después volvió a subir hasta mi cara con lentitud. Había un calor agradable en sus ojos que me provocaban una clase de escalofrío muy diferente.

—Esa es una forma extraña de pensar, enana.

—Sí, lo sé. Cayman... eh, me ha hecho el desayuno. —Jugueteadando con mi pelo, me rodeé los dedos con las puntas mientras Roth comenzaba a caminar otra vez. Se estaba acercando más a mí—. Y me ha comprado un teléfono móvil.

—Yo le dije que te comprara el móvil —respondió, con los ojos leonados iluminados—. Pero lo del desayuno ha sido muy amable por su parte. Eso sí que ha sido idea suya.

—Ha sido muy amable. —Mi corazón no se había ralentizado, y no ayudó que se acercara todavía más—. ¿Dónde has estado?

Se detuvo enfrente de mí.

—Estaba comprobando la casa de Sam. Me pareció que sería una buena idea. —Estiró la mano hacia mí, entrelazó los dedos con los míos y los apartó de mi pelo—. No tengo buenas noticias.

—¿No?

Roth negó con la cabeza mientras sujetaba mis manos con las suyas.

—Su familia está muerta. En sus camas. —Su expresión se volvió tensa, sombría—. Y llevan muertos al menos un par de días. Dado que no he visto ningún espectro, no parece que les arrancaran las almas. Había un... un desastre ahí.

Cerré los ojos con fuerza, sin poder reprimir el estremecimiento. No tenía que preguntar a qué se refería con lo del desastre.

—¿Por qué mataría el Lilin sin arrebatarse un alma?

Sus pulgares acariciaron el interior de mis manos.

—Porque puede. No hay otra razón que esa.

—Dios.

La única ventaja era que la familia de Sam iría al lugar a donde tenían que ir, dado que todavía tenían sus almas.

—En realidad me lo esperaba, para ser sincero. Pensé en ello anoche, pero no quería marcharme hasta asegurarme de que te encontraras bien. —Sus manos cálidas se deslizaron hasta mis muñecas, y cuando abrí los ojos, me estaba mirando fijamente desde arriba—. Siento tener que traerte estas noticias.

Odiaba el hecho de que más vidas inocentes se hubieran perdido. Había visto a los padres de Sam unas cuantas veces. Molaban bastante, y eran tan extraños y adorables como él.

—Espera. Sam tiene una hermana. Es más joven, y...

Un músculo palpitó en su mandíbula mientras Roth bajaba la mirada, y entonces lo comprendí. Roth no había hablado de sus padres. Había dicho «su familia». Los huevos y el beicon se revolviéron en mi estómago, y deseé no haber comido nada.

—He hecho una llamada anónima a la policía. Lo más probable es que ya estén en la casa. Aunque lo que parece que es Sam está en pie y caminando por ahí, con su familia... fallecida, el Lilin va a verse obligado a no ir al instituto y permanecer alejado de los estudiantes de allí. Va a tener que ser cuidadoso. No es que vaya a ser fácil arrestarlo, pero dudo que quiera esas molestias añadidas.

El pecho me dolía con fuerza mientras murmuraba:

—Eso ha sido muy inteligente.

Roth se acercó todavía más.

—Supuse que para Stacey... y para ti, sería más fácil si todo el mundo asumía que estaba muerto, o bien pensaba, bueno, que era un asesino, y mejor ahora que más tarde. Si el Lilin puede pasearse por el instituto como Sam, significa que Stacey tendría que soportar esa pérdida una y otra vez.

Dirigí la mirada hacia la suya.

—Eso ha sido muy considerado.

Roth formó con la boca la palabra «considerado», como si nunca antes la hubiera oído, o no comprendiera de verdad lo que significaba.

—Voy a ser sincero, ¿vale?

—¿Está bien?

—Me cae bien Stacey. No me malinterpretes. Esa chica es genial, y muy divertida, pero en realidad estaba pensando en ti. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Después de ver cómo te dejaba destrozada anoche, sabiendo que todavía estás destrozada, no quiero que sientas todo eso otra vez cuando tan solo estás empezando a sanar.

Oh.

Oh, vaya.

—Así que no me des crédito por algo que no soy —terminó, soltando mis manos. Mientras retrocedía, yo me apoyé en la isla, aturdida por completo.

—No creo que te des suficiente crédito, Roth.

Él miró por encima del hombro mientras se volvía.

—Sé lo que soy.

De eso se trataba. No me parecía que el propio Roth tuviera ni idea de lo que era, de lo que existía muy profundamente en su interior, lo que importaba de verdad.

Las palabras de Cayman, las susurradas, reverberaron otra vez por mis pensamientos, y entonces aparté la mirada. Ocurrían demasiadas cosas en esos momentos, y demasiadas cosas eran un desastre. Pero tenía que comenzar por alguna parte para resolverlo todo, y sabía por dónde.

—Tengo que hacer algo.

Roth fue hasta el frigorífico y sacó una botella. No se dio la vuelta, pero hubo un sospechoso sonido siseante mientras le quitaba el tapón.

Respiré hondo y seguí hablando.

—Tengo... tengo que ver a Zayne.

Sus hombros se tensaron y después cayeron mientras se llevaba la bebida a los labios.

—Ya me lo imaginaba —dijo, y yo miré fijamente la línea rígida de su espalda.

—Roth...

No me dejó terminar.

—Voy a invocar a Cayman para que vuelva. Te llevará a donde necesites ir. —Entonces me miró, y el aliento se me entrecortó. Había una vulnerabilidad en su expresión que nunca antes había visto, una tristeza enorme y terrible que disminuía el brillo de sus ojos—. Sé que confías en Zayne, y... y que te importa, pero no confío en los demás. Además, están los problemas con los Alfas. Cayman irá contigo.

Antes de que pudiera decir nada más, ni protestar siquiera, Roth desapareció. En un pestañeo, había desaparecido y yo me quedé mirando el espacio donde había estado.

Capítulo cinco



No fue hasta después, por la tarde, que pude quedar con Zayne, y entonces tuve que esperar a Cayman para que hiciera de chófer. No parecía estar molesto por la nueva obligación que le habían impuesto. Parloteó mientras conducía, pero yo me sentía demasiado ansiosa y distraída como para prestar atención a lo que estaba diciendo, de modo que miré por la ventana, observando todas las guirnaldas que colgaban de las farolas y las luces que pronto comenzarían a parpadear. Me retorcí durante todo el camino hasta la cafetería que Zayne y yo solíamos visitar todos los sábados, con la mente fija en la forma en la que Roth me había mirado en la cocina.

No lo comprendía. Había pasado de... de tocarme a alejarse de mí por completo. No solo parecía distante, sino dolido. Yo ni siquiera había tenido la oportunidad de explicar nada. Ahora mi corazón estaba latiendo como loco, como si estuviera a punto de enfrentarme cara a cara con un Sicario Infernal, y no tenía ninguna relación con ver a Zayne.

A lo mejor Cayman y yo habíamos malinterpretado el, eh... el interés de Roth, pero, incluso así, eso no cambiaba lo que estaba a punto de hacer. No podía.

Cayman redujo la velocidad hasta detener el Mustang de forma perezosa junto a los coches aparcados al otro lado de la cafetería. Mientras yo llevaba la mano a la puerta, él Tamborileó sobre el volante con los dedos.

—Mi número está ya en tu teléfono, guardado como «El más molón». Mándame un mensaje cuando acabes.

—Vale.

Abrí la puerta e hice una mueca cuando el viento me golpeó la cara.

—No te vayas por ahí caminando. Tienes a los Alfas y quién sabe qué más potencialmente en busca de tu culo —continuó—. Y la verdad es que no me apetece volver a la casa y tener que explicarle a Roth que te he perdido.

Resistí tanto la necesidad de señalar que a esas alturas no estaba segura de lo que pensaría Roth de ello como el deseo de poner los ojos en blanco.

—Sí, papá.

Él sonrió.

—Hazme sentir orgulloso.

Le lancé una mirada por encima del hombro mientras bajaba, cerré la puerta del coche y me subí a la acera. El viento era brutal cuando pasé junto a la gente que subía

y bajaba la acera a toda prisa. Un despliegue de auras me dio la bienvenida, amarillas como de mantequilla, azules pálido y rosas. Mantuve el ojo alerta por si a alguien le faltaba, una señal segura de tener un demonio en medio, pero todo parecía estar tal como siempre.

La guirnalda cubierta de escarcha que colgaba de la puerta tintineó cuando entré en el interior. Antes de poder atravesar el umbral siquiera, supe que Zayne se encontraba allí. Lo sentía mientras el aire cálido me inundaba. La cafetería era de estilo familiar, nada de grandes franquicias, pero olía a cosas dulces horneadas y granos de café. En las paredes había reservados de color café, y distinguí el resplandor blanco de Zayne de inmediato. Estaba sentado en la parte trasera de la cafetería, en uno de los reservados más cómodos, de cara a la puerta.

Antes de unirme a él, me tomé unos momentos para aclarar mi cabeza y pedí un moca con menta. Después llevé la taza caliente hasta donde él se encontraba. Se puso en pie de inmediato, y cuanto más me acercaba, más podía ver que las ojeras de cansancio se habían desvanecido un poco. Me sentía agradecida por eso.

La tienda estaba repleta de gente con trajes y otros que cargaban con bolsas de la compra, pero cuando Zayne me quitó la taza de la mano y la dejó sobre la mesa, fue como si no hubiera nadie más allí. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza, bajando la mejilla hasta la mía. Me quedé paralizada, porque se encontraba demasiado cerca de mi boca, pero Zayne... oh, él siempre había sido increíblemente imprudente conmigo.

—Esto es lo que quería hacer ayer —dijo con voz áspera y baja contra mi oído—. Cuando te vi allí en aquella casa, esto era todo en lo que podía pensar. —Cerré los ojos con fuerza mientras le devolvía el abrazo. Las emociones ya me estaban arañando por dentro—. El clan ya sabe que estás viva —continuó, y sentí que los músculos de mi espalda se tensaban. Cayman había dicho prácticamente lo mismo, pero oírlo confirmado era completamente distinto—. Danika quería venir conmigo. Quería comprobar por sí misma que te encontrabas bien.

Se me escapó una risa estrangulada y sorprendida, y sentí que la mejilla de Zayne se elevaba sobre la mía cuando sonrió. Danika y yo teníamos una relación muy extraña. El clan entero esperaba que Zayne se emparejara con ella. En otras palabras, que se pusieran al tema y produjeran un montón de bebés Guardianes, y por eso yo siempre me había sentido extremadamente celosa de la Guardiana de sangre completa. Danika era increíblemente hermosa y bastante dura, a diferencia de la mayoría de las mujeres Guardianas. No le parecía bien quedarse sentada y parir bebés por el bien de la humanidad. Y también había estado interesada en Zayne. En resumen, había muchas razones para odiarla, pero ella y yo habíamos formado al fin una alianza bastante improbable.

Era verdad que la echaba de menos de una forma extraña, como cuando echas de menos recoger la nieve con una pala durante una ola de calor. Cuando Zayne me soltó con reticencia, prácticamente me desplomé en el asiento mientras me esforzaba por

recuperar el control de lo que sentía, o de lo que estaba a punto de hacer.

Zayne regresó al asiento que estaba frente a mí.

—¿Te encuentras bien, bichito?

La preocupación en su voz era evidente.

—Sí. —Me aclaré la garganta y tomé un sorbo del moca con sabor a menta—. La noche de ayer fue un poco dura. No dejaba de pensar en Sam... —Negué con la cabeza y mantuve la voz baja—. Roth ha ido a su casa esta mañana. Su familia estaba... muerta. No parecía que les hubieran arrebatado el alma.

—Mierda.

Zayne se pasó los dedos por el pelo. Yo asentí lentamente con la cabeza, con la mirada fija en el borde de mi taza.

—Llamó a la policía para avisar, lo cual fue bastante inteligente. Eso va a obligar al Lilin a permanecer oculto durante un tiempo, ya que la policía estará buscando a... a Sam. Al menos, eso esperamos. ¿Tú has descubierto algo sobre los Alfas?

La mirada de Zayne era intensa, y me di cuenta de que había estado mirándome desde que me había sentado.

—Sí. Algunos de ellos le hicieron una visita al clan, más o menos a la misma hora que los otros dos se presentaron en la casa de Stacey. Por lo que he podido saber gracias a Nicolai, los Alfas sabían que había un Lilin, siempre lo habían sabido.

No se me había escapado el hecho de que hubiera dicho que había hablado con Nicolai en vez de con su padre, pero la última parte me distrajo.

—¿En serio?

—Sí, al parecer no podían involucrarse, por sus propias razones celestiales. Creían que lo resolveríamos.

La furia se encendió en mi pecho mientras lo miraba fijamente. Todas esas semanas en las que había pensado que de algún modo yo era responsable de toda la muerte, la destrucción y el caos acaecido tanto en el instituto como en casa, y los Alfas habían sabido la verdad desde el principio.

—¿Lo han sabido todo este tiempo y nunca se les ocurrió decírnoslo a ninguno de nosotros? ¿Por qué? —Estaba levantando la voz, pero no podía evitarlo—. ¿Por alguna norma de mierda?

—Lo sé —asintió con suavidad.

¡Quería darle un puñetazo en la cara a un Alfa! Un puñetazo estilo puños de la furia.

—Podríamos haber salvado vidas. Ni siquiera... —Tomé un gran trago de moca, esperando que eso me calmara un poco. En realidad, no lo hizo—. ¿Qué más han dicho?

Zayne apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Mi padre logró negociar con ellos para conseguir un poco de tiempo. Van a darnos hasta el Año Nuevo para ocuparnos del Lilin, a menos que el Lilin haga algo que suponga el riesgo de exponernos. Ahora mismo hay varios Guardianes ahí fuera

buscándolo.

Levanté las cejas. Para ser sincera, no había pensado que fueran a darnos tiempo. Podía verlos fácilmente dándonos dos horas. Sin embargo, no me sorprendió saber lo de la exposición. Los Alfas habían decretado hacía mucho que la humanidad jamás podía tener pruebas reales y evidentes de que existen el Cielo y el Infierno; que debían creer en un poder superior solo basándose en la fe. Antes no lo comprendía, y seguía sin entenderlo. Lo único que sabía era que los Guardianes llegaban muy lejos para mantener la existencia de los demonios en secreto ante los humanos de todo el mundo.

—¿Qué pasa si no lo tenemos bajo control?

—Nada bonito. Han amenazado con eliminarnos a todos, y lo mismo si el Lilin va demasiado lejos. —Exhaló con brusquedad mientras yo me preguntaba cuánto sería «demasiado lejos»—. Parecen comprender que encontrar al Lilin y matarlo no va a ser sencillo, pero eso no es lo único de lo que hablaron.

—¿De qué más hablaron? ¿De lo guay que es estar ahí arriba, en sus asientos elevados?

Me miró fijamente durante un momento y después dijo:

—Eh, no. No están... Bueno, no hay una forma fácil de decirte esto. No están muy contentos contigo, bichito.

A lo mejor unas semanas antes hubiera perdido los nervios y me hubiera tirado a una esquina para balancearme y olvidarme de todos mis problemas. ¿Ahora? Resoplé y después di otro trago de moca.

—Pues menuda sorpresa.

La mirada de Zayne me recorrió la cara. No habló en un largo momento.

—Roth sí que dijo algo cierto ayer. He visto alas negras con plumas antes.

Estaba haciendo todo lo posible por no pensar en mis alas extrañas, pero dejé la taza sobre la mesa.

—¿Dónde?

Un músculo se crispó bajo su ojo mientras bajaba la mirada, y mi estómago se tensó. No era una señal particularmente buena.

—Tan solo he visto a un demonio con ellas. Parecía uno de Nivel Superior; solo fue un vistazo. Pensé que estaba teniendo visiones, pero eran como las tuyas.

—Ah —murmuré, sin saber muy bien cómo sentirme al respecto. Zayne y Danika ya habían confirmado que yo olía como un demonio de Nivel Superior; esa era la razón por la que el Guardián Tomas me había atacado. Así que aquello no era nada nuevo, en realidad no, pero seguía sin explicar por qué mis alas tenían plumas de pronto, y por qué no me había transformado por completo, como haría un Guardián o un demonio—. ¿Mis alas tienen algo que ver con por qué de repente no les gusto a los Alfas? Bueno, nunca les he gustado, pero ahora es peor.

—Lo único que dijeron es que eras una abominación. Eso no está bien. Tú...

—Lo sé. No está bien. Hay cosas peores que yo liándola por ahí. Lo sé. Y si ellos

no lo saben, no es problema mío. —Zayne levantó una ceja—. Bueno, vale, sí es problema mío si intentan venir a por mí otra vez, pero sé que no soy una abominación —repetí, arrastrando el dedo por el borde de la taza.

Había tardado mucho tiempo en llegar hasta ese punto, en no permitir que las palabras de los Alfas o de los miembros de mi propio clan me hicieran daño. O incluso las palabras de las chicas del instituto, como Eva Hasher y su séquito de zorras, como Stacey las llamaba, que solían hacerme dudar de todo lo que era. Ni siquiera sé qué era exactamente lo que había pulsado ese interruptor en mí. Tal vez fueran las largas y oscuras horas que había pasado en esa horrible caja bajo el edificio, o tal vez haber estado a punto de morir. En cualquier caso, era como si me hubiera despertado.

En más de un sentido, y ahora tenía que seguir con uno de esos otros sentidos.

Eché un vistazo a Zayne, mi amigo más íntimo desde que era una niña pequeña, mi todo durante muchísimo tiempo, y descubrí que no podía apartar la mirada. Aquello... aquello iba a doler. Por todos los santos, iba a doler como un enjambre de avispas. Y daba demasiado miedo, porque no había ninguna red de seguridad para aquella decisión.

Zayne inclinó la cabeza.

—Oye... —Estiró el brazo sobre la mesa para tomarme la mano, pero yo la aparté y uní las mías. Sus ojos volaron hasta los míos—. ¿Layla?

Pensé en lo que Cayman me había susurrado al oído por la mañana.

«Deja de ser una cobarde y deja atrás el pasado. Céntrate en el futuro, porque son dos cosas muy diferentes».

Cayman tenía razón. Me había comportado como una cobarde, temerosa de dejar atrás el pasado, toda aquella familiaridad, porque había seguridad en ello, una simplicidad en su comodidad. El pasado era como ir a casa, y era dulce y cálido, y perfecto por derecho propio. El futuro no era menos, pero me había sentido aterrorizada de abrazar lo desconocido, del potencial de perder algo con lo que siempre había contado.

Porque solo había un par de ojos que veía cuando cerraba los míos por la noche y cuando volvía a abrirlos por la mañana.

—¿Layla? —preguntó Zayne con voz suave.

Cuadré los hombros mientras tomaba un aliento entrecortado.

—Ayer dijiste que teníamos que hablar, y tenías razón. Tenemos que hablar. —Su mirada sondeó la mía mientras yo continuaba—. Sé que ahora mismo están ocurriendo un montón de cosas, que hay demasiadas cosas en el aire, y muchas de ellas son una locura.

—¿Pero...?

Había un nudo del tamaño de una pelota de golf alojado en mi garganta, y quise cerrar los ojos. Quería apartar la mirada, pero me obligué a no ocultar nada.

—Ya sabes que significas el mundo para mí, que siempre lo has hecho y que me

importas muchísimo. Te quiero...

—Pero ¿no estás enamorada de mí? —Cerró los ojos mientras su cara se tensaba—. ¿Eso es lo que estás diciendo?

—No. O sea, no lo estoy diciendo de ese modo. Es verdad que te quiero, pero...

—Tienes que estar de broma. —Zayne abrió los ojos mientras se reclinaba contra el reservado, negando con la cabeza—. Para. —Abrí la boca—. Para. Tan solo un segundo —volvió a pedirme, con los ojos abiertos y sin perderse nada. Negó con la cabeza y me miró con la peor clase de asombro—. ¿Es por lo que pasó cuando te besé por última vez, o por nuestro clan? Confío en ti, Layla. Y sé que tú confías en mí. Podemos conseguir que funcione.

Ay, Dios, la pelota de golf se había convertido en una de béisbol.

—Sé que confías en mí, pero esa no es la razón. De verdad, no es eso. —Aquellas palabras eran más ciertas de lo que me había dado cuenta hasta ese momento, y hacían que decir lo que tenía que decir fuera muy importante, porque, incluso aunque él y yo pudiéramos haber conseguido que funcionara, al final mi corazón... mi corazón habría estado en otra parte—. Podríamos haber conseguido que funcionara sin... sin los besos, y podríamos haber tenido cuidado. Y confío en ti, pero esto no es cuestión de confianza. Zayne, eres importante para mí, pero...

—Quieres a Roth —continuó por mí—. Estás enamorada de él.

Mis ojos se encontraron con los suyos, de un azul brillante.

—Sí —susurré, con el labio inferior temblando—. Es él. Siempre ha sido él. Lo siento. De verdad que te quiero. Me importas muchísimo, y en un montón de sentidos estar contigo ha sido un sueño hecho realidad, pero no es lo mismo.

Él se apartó, como si hubiera extendido mi brazo por encima de la mesa para darle un bofetón.

—Por favor, no esperes que me quede aquí sentado y escuche un discurso que me hace sentir como si hubiera ganado el maldito segundo puesto de alguna competición.

Tomé aire con brusquedad.

—No es así como quiero que te sientas.

Las cejas de Zayne bajaron mientras me miraba fijamente.

—¿Cómo demonios esperabas que me sintiera?

Las lágrimas ardieron en mis ojos, porque jamás había querido hacer daño a nadie. Y aún menos a él.

—No lo sé.

—Pues claro que no lo sabes. —Se pasó la mano por encima de la cabeza y se sujetó la nuca. Transcurrió un momento mientras la tensión endurecía las líneas de su boca—. Te quiero —dijo, con un músculo palpitando en su mandíbula—. Y estoy enamorado de ti. Te he esperado, Layla. Y nada de eso... nada de eso importa.

No sabía qué decir. Sí que importaba; importaba muchísimo, pero ¿cómo podía decirlo? Porque al final, incluso aunque volviera a la casa y Roth se riera en mi cara, no cambiaría nada.

Un destello de furia apareció en su cara.

—¿Qué estaba pasando entre nosotros? ¿Solo estabas pasando el rato?

—Ay, Dios mío, ¡no! —Una mujer con el aura de un rosado pálido nos echó un vistazo desde la cola del café, y me esforcé por mantener la voz baja—. No ha sido así en absoluto. Dios, ha sido perfecto, como si todas las fantasías que hubiera tenido alguna vez se hicieran realidad.

—¿De verdad? —Su cara se llenó de incredulidad—. Porque a mí me parece que solo estabas entreteniéndote conmigo hasta que pudieras estar con él.

—¿Hasta que pudiera estar con él? —repetí como una tonta—. Ni siquiera sé si...

—No te atrevas a decir que no sabes que te quiere. No te hagas la estúpida actuando como una estúpida —me soltó, y yo di un respingo, aturdida por el rencor en su tono—. Joder —murmuró, bajando el brazo.

—Zayne...

—Basta ya —ordenó, y yo cerré los ojos con fuerza—. Basta ya.

Zayne no dijo nada más mientras se levantaba, y yo no traté de detenerlo cuando salió a zancadas por la puerta de entrada. Puse los codos sobre la mesa y apoyé la cara en las manos. Sentía que mi interior se retorció y ardía. Aunque Zayne se había enfadado conmigo y con razón anteriormente, nunca me había hablado de ese modo. Pero no lo culpaba. Me lo merecía. No había tenido cuidado con mis acciones ni con su corazón. No me arrepentía de nada de lo que habíamos compartido, pero la había cagado, y no tendría que haberme permitido enredarme con él, porque lo que había dicho unos pocos momentos antes también había sido cierto.

Siempre había sido Roth; desde el momento en que entró contoneándose en ese maldito callejón donde yo había estado tratando sin éxito de enfrentarme a un demonio, para mí había sido él. Tal vez había estado demasiado ciega como para verlo después de que regresara de los fosos de fuego. Tal vez había estado demasiado enfadada con él por cómo había actuado al principio. Tal vez sí que había estado jugando con Zayne, incluso aunque esa no hubiera sido mi intención. No lo sabía.

Lo único que sabía era que había perdido al chico con el que había crecido. Si hubiera tenido alguna duda al respecto, el hecho de que me hubiera dejado allí sola me decía todo lo que necesitaba saber. Con lo protector que siempre era Zayne conmigo, era increíble que me hubiera dejado sin vigilancia con un Lilin todavía suelto. No a menos que permanecer alejado de mí fuera más importante que mantenerme a salvo.

No sé durante cuánto tiempo me quedé allí sentada, pero al final sentí una calidez antinatural que se extendía por mi nuca, alertándome de la presencia de un demonio. Esperando encontrar a Cayman cuando levantara la cabeza, miré a mi alrededor, a la cafetería. Mi mirada pasó por los tonos suaves de las auras hasta que vi a un hombre joven que se encontraba en la parte delantera de la cafetería, sin nada a su alrededor.

Aquel era mi demonio, y no se trataba de Cayman.

Agradecida de tener algo en lo que concentrarme para no pensar que acababa de

destrozar el corazón de Zayne hasta dejarlo hecho escombros, examiné al hombre que había allí mientras me echaba el pelo hacia delante, para ocultar mi cara. Debido a mi herencia dual, los demonios no eran capaces de sentirme, lo que hacía que la caza a la que me había dedicado en el pasado estuviera chupada. Además, la mezcla de Guardián y demonio me había dado la habilidad única de marcar a los demonios. Con un toque se convertían en una luz de neón, y dejaba un rastro en ellos que los Guardianes podían seguir con facilidad.

No había identificado demonios desde... bueno, desde que Roth había entrado en mi vida, mostrándome que incluso los demonios tenían un propósito en la vida. De él había aprendido que algunos demonios no eran tan malos, como los Esbirros, que tendían a trastear con cosas como los postes telefónicos, los lugares en construcción, cualquier cosa electrónica, y tenían cierta inclinación hacia la piromanía.

Aquel demonio no me daba la sensación de ser un Esbirro, y estaba dispuesta a apostar que tampoco se trataba de un Impostor, un demonio cuyo mordisco convertía a un humano en algo que se parecería a un extra en el rodaje de *The Walking Dead*.

No, aquel demonio me daba la sensación de ser de los de Nivel Superior, lo que significaba que podría ser un Duque, o un Rey, o cualquier otra variedad de malo de élite. Se suponía que no podían estar en la superficie, porque la clase de cosas que podían hacer podrían sembrar el caos de una forma desagradable y sangrienta.

Fruncí el ceño.

Al parecer, eso también significaba que tal vez yo tampoco debiera estar en la superficie. No dejaba de olvidar que ahora olía como ellos, y que más o menos me parecía a algunos de ellos. Suspiré.

El demonio inclinó la cabeza a un lado, y un mechón de un impactante pelo de un rubio blanquecino cayó sobre las cejas oscuras, que destacaban en claro contraste. Tenía aspecto como de roquero, y daba la sensación de que si el cinturón de tachones que llevaba se rompía, sus vaqueros ajustados se le caerían. Mientras examinaba la cafetería me echó un vistazo, siguió adelante, y después su mirada volvió hacia mí de golpe.

Me quedé paralizada.

El demonio se quedó paralizado.

Oh, oh.

Los demonios no podían sentirme, pero aquel me estaba mirando directamente, como si me hubiera brotado un tercer brazo en la parte superior de la cabeza. Su piel palideció hasta el color de su pelo mientras retrocedía un paso y chocaba contra una mujer con el aura de un azul pálido. Casi se le cayeron el bolso y el café mientras trataba de pasar junto a él.

Entonces, el demonio giró sobre sus talones y empujó a un hombre mayor para apartarlo de su camino. Este gritó, pero el demonio llegó hasta la puerta. No pensé cuando me puse en pie. La curiosidad y la sorpresa se habían apoderado de mí. Atravesé la cafetería corriendo, dejando atrás lo que quedaba de mi moca. Me

encontraba a unos pocos pasos por detrás del demonio cuando este atravesó la puerta y salió a la acera. Lanzó una mirada de pánico por encima del hombro, en mi dirección.

Me detuve en seco bajo el toldo de la cafetería.

—Eh...

El demonio aumentó la velocidad, bajando corriendo por la acera, y desapareció al otro lado de la manzana, perdido en el mar de auras tenues.

—Vaya —murmuré, echando un vistazo detrás de mí y medio esperando ver a un montón de Alfas, pero tan solo estaba yo, yo y nadie más, lo que únicamente significaba una cosa.

El demonio de Nivel Superior había salido huyendo... de mí.

Capítulo seis



No le conté a Cayman lo de la huida del demonio de Nivel Superior, y él tampoco me preguntó cómo había ido la charla con Zayne, cosa que me pareció perfecta. Después de un trayecto casi silencioso, me dejó enfrente de la casa.

—Pásatelo bien con eso —fue todo lo que dijo, y después se marchó zumbando.

Me giré hacia la supermansión, sin tener ni idea de a qué se refería Cayman, pero supuse que iba a averiguarlo enseguida.

La casa estaba oscura pero no silenciosa cuando entré por la puerta principal y la cerré detrás de mí. Los acordes bruscos de una guitarra, perdidos con rapidez entre los golpes de una batería, bajaban flotando desde el segundo piso.

Frunciendo el ceño, me abrí camino hasta la escalera, y más o menos a mitad de camino me encontré con algo extraño. Me agaché y recogí una botella vacía de cerveza. Al levantar la mirada, me di cuenta de que había una sobre cada escalón, todo el camino hasta llegar arriba. Diez botellas vacías.

Ay, madre.

Mis ojos se ensancharon cuando volví a dejar la botella sobre la escalera. No tenía forma de recogerlas todas sin ir a por una bolsa, y lo último que quería hacer era bajar hasta la despensa. Me apresuré a subir el resto de los escalones.

Como un rastro de miguitas de pan, las botellas se encontraban regularmente por el ancho pasillo, dirigiéndose hacia la habitación enfrente de la cual Roth se había detenido la noche anterior, cuando yo había continuado hasta la principal.

Mi corazón se sobresaltó cuando llegué hasta su habitación. La puerta se encontraba entreabierta, y la música era fuerte e intensa. Una luz suave salía por el hueco. Respiré hondo, abrí la puerta... y me detuve por completo al entrar en la enorme habitación.

Nada en este mundo podría haberme preparado para lo que estaba viendo.

Bambi estaba bailando y serpenteando por el suelo de madera. Se detuvo y retorció su cuerpo normalmente grácil hacia mí. Sus ojos rojos estaban vidriosos, desenfocados. Su lengua bífida salió de su boca, y después siguió con lo suyo, abriéndose camino con lentitud hasta el asiento que había junto a la ventana. Allí, subió la mitad de su cuerpo de alrededor de dos metros hasta el asiento y de inmediato se cayó y chocó contra el suelo.

Sentí una gran preocupación, pero mientras daba un paso hacia *Bambi*, algo más

me llamó la atención. Sobre la cama, el familiar gatito blanco y negro de Roth estaba tratando de abalanzarse contra el que era todo blanco, que parecía estar roque, despatarrado boca arriba y con las patitas extendidas. El blanco y negro, que tenía el adecuado nombre de *Furia*, saltó hacia *Nitro*, el que dormía, pero falló por poco y aterrizó sobre la almohada. El gatito se convirtió en una bola peluda blanca y negra mientras bajaba rodando de la almohada y golpeaba a *Nitro*.

Me quedé boquiabierta.

El tercer gatito, uno negro que se llamaba *Thor*, estaba sentado sobre una cómoda, con los ojos entrecerrados en delgadas rendijas. Mientras miraba a *Thor*, este se balanceó de un lado a otro. Entonces me vio y abrió la boca, probablemente para bufarme, porque esos gatitos eran un poco cabrones, pero en lugar de eso un eructo bastante humano salió de ella.

Ay, Dios mío, los familiares estaban borrachos.

Se me escapó una risa, pero la puerta se cerró de golpe detrás de mí, acallándome enseguida la salvaje risita. En un segundo estaba ahí de pie, y antes de que pudiera respirar, mi espalda estaba contra la puerta. Un pecho duro, cálido y muy desnudo estaba contra el mío, y un aliento bailaba sobre mi mejilla mientras dos manos golpeaban la puerta, a cada lado de mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió Roth, y mi corazón chocó contra mis costillas y después dobló sus latidos mientras los labios del demonio rozaban la curva de mi mandíbula. Inhaló profundamente—. Joder, qué bien hueles. Como a menta y... y el sol. —Eh. No tenía ni idea de qué responder a eso—. Te dejé marchar —continuó, bajando la cabeza hasta mi cuello, y un escalofrío me recorrió—. Ayer tenías razón. Te hice daño. No como él, sino peor. Te dejé salir de esta casa para que pudieras ser feliz con él. ¿No era eso lo que querías? Pero estás aquí. Te dejé marchar, y me mató hacerlo, pero estás aquí.

Ay, Dios mío.

Roth estaba divagando, pero mi corazón implosionó mientras sus palabras agitaban algo profundo y fiero en mi interior. La expresión en su rostro aquella mañana cuando le dije que tenía que hablar con Zayne de pronto tenía sentido. Si me hubiera dado la oportunidad de explicar lo que estaba haciendo, no habría pensado que iba a abandonarlo, que iba a escoger a Zayne.

Pero Roth me había dejado marchar para que pudiera ser feliz. El Príncipe Heredero del Infierno, que aseguraba ser el más egoísta de todos los demonios, me había dejado irme porque creía que podía ser más feliz con otra persona. Me quedé sin palabras mientras una clase diferente de lágrimas llenaba mis ojos. En el pasado ya se había apartado a un lado para protegerme, y había vuelto a hacerlo para que pudiera ser feliz con otra persona. No había ni un gramo de egoísmo en esas acciones. En realidad, era todo lo contrario, y la revelación cosió la grieta raída de mi corazón, reparando la dolorosa herida. Sin embargo, eso no sanó las cicatrices que quedaron atrás cuando dejé que Zayne se marchara. Esas jamás se desvanecerían.

Cerré los ojos con fuerza.

Él levantó la barbilla con lentitud y apoyó la frente en la mía.

—¿Por qué estás aquí, Layla?

—Estoy aquí... estoy aquí porque aquí es donde soy feliz, contigo.

Roth no se movió, y ni siquiera estaba segura de que respirara. Había muchas posibilidades de que mis palabras no atravesaran la neblina causada por el alcohol que obviamente había consumido, lo cual era una buena indicación de que aquella conversación tenía que ocurrir después. Coloqué las manos sobre su pecho y estaba a punto de decírselo cuando se movió.

Sus brazos me rodearon, y me aferró con fuerza a él. Me gustaba estar así; era más que gustarme. Cada parte de nuestros cuerpos se tocaba mientras él enterraba la cabeza en mi cuello y respiraba hondo. Mi pulso latía con fuerza y mis manos temblaban. Un profundo estremecimiento se elevó a través de él. Tembló en mis brazos, y entonces se movió.

Sujetando mis mejillas con sus grandes manos, dijo algo demasiado bajo y con demasiada rapidez como para que lo entendiera, antes de inclinar mi cabeza hacia atrás y besarme. No había nada suave en ello. Su boca estaba sobre la mía, y la bola de metal de su lengua chocó con mis dientes mientras me presionaba contra la puerta. Sabía a algo dulce, y el sabor fuerte y amargo del alcohol estaba todavía en su lengua. Unos pequeños estremecimientos de placer recorrían mi cuerpo mientras yo gemía en el beso. Mis manos subieron deslizándose hasta sus hombros, y mis dedos se clavaron en su piel suave. El beso estaba haciendo algo demencial con mis sentidos, aniquilando mi sentido común cuando la mitad inferior de su cuerpo se apretó contra la mía.

Y parecía que había pasado una eternidad desde que había sentido eso. El dulce salvajismo que había en un solo beso, la liberación y la libertad de dejarme llevar por fin, de una aceptación completa y absoluta, de tener lo que quería, lo que anhelaba. La inmediata y absoluta ráfaga de deseo era tan potente que nublaba mis pensamientos, y sentía la nerviosa energía y la euforia que surgían al saborear el amor en la punta de mi lengua. Nada podía compararse con eso.

Roth rompió el beso, respirando con fuerza mientras me acunaba la cara.

—Dilo otra vez —ordenó con aspereza—. Dilo otra vez, Layla.

Apenas podía recuperar el aliento.

—Soy feliz aquí contigo. Yo...

Llevé las manos hasta su cuello, y pasé los pulgares por su mandíbula. Había más cosas que quería decir, pero él me sujetó las muñecas y las mantuvo entre sus brazos, mirándolas fijamente sin decir nada. El corazón me latía con fuerza, pero notaba la sangre como si estuviera perezosa.

Un mechón de pelo oscuro cayó sobre su cara y, cuando por fin levantó la barbilla, su expresión volvió a mostrar vulnerabilidad. Su belleza era irreal, casi demasiado perfecta, pero en ese momento parecía más humano que nunca.

—He... he estado bebiendo.

No era exactamente lo que esperaba que dijera.

—Me he dado cuenta.

Me soltó las manos, dio un paso hacia atrás y se giró, dándome una visión bastante buena de su espalda tonificada. Cuando se movió hacia un lado me alegró ver que tenía a *Tambor* encima: un dragón que no era precisamente de bolsillo no habría sido cosa de risa estando borracho. También me alegraba poder ver el terso relieve de su pecho.

Me alegraba mucho.

Tenía los pantalones tan caídos que casi resultaba indecente. Casi. Tomó una botella de la cómoda y la agitó.

—Me he emborrachado tanto que literalmente era incapaz de ir detrás de ti para detenerte. —Examinó la botella vacía que sujetaba, frunciendo el ceño—. Pero ¿sabías que el embriagamiento funciona de forma diferente para nosotros? Únicamente ha durado tal vez una hora, y entonces solo me he sentido como una mierda, así que he tenido que beber un poco más. Y... puede que todavía esté un poco borracho...

Apreté los labios para evitar reírme.

—No me digas.

Una comisura de sus labios se elevó mientras me miraba de reojo.

—Sé que no debería estar bebiendo. Me convierte en un chico malo, muy malo.

—Sí, y al parecer también emborracha a tus familiares. —Hice un gesto hacia *Bambi*, que estaba dormitando donde se había caído, un patético montón serpentino sobre el suelo—. A lo mejor no te emborrachas tanto porque tus pobres amigos de ahí se empapan de todos los efectos.

Roth inclinó la cabeza hacia un lado.

—Vaya. Vive y aprende. —Volvió a girarse hacia mí, y había un calor reconocible en su mirada—. Quiero besarte otra vez.

A pesar de que había partes de mí que estaban más que dispuestas a subir a bordo del tren de Roth, sabía que eso no iba a ocurrir aquella noche, por demasiadas razones.

—Como ya has señalado, estás borracho.

Me miró con la barbilla baja y los labios gruesos ligeramente separados.

—Todavía sigo queriendo besarte. Quiero hacer otras cosas. Muchas de ellas tienen que ver con tocarnos, con ropa o sin ella. —Mis mejillas se calentaron. Él echó la cabeza hacia atrás y soltó un fuerte suspiro—. Pero sí, estoy borracho. Lo siento.

—Roth. —Di un paso cauteloso hacia él. Incluso estando pedo, era rápido—. ¿Cuánto tiempo llevas bebiendo?

Levantó un hombro mientras se giraba hacia la cama.

—¿Desde que te has marchado? Si no lo hubiera hecho, habría salido detrás de ti, y posiblemente habría dejado que *Tambor* se comiera al Rocosó, y seguro que eso no

te habría hecho mucha gracia.

—No —susurré—. Evidentemente no.

—Tal vez no debería haber bebido tanto. Tú no... Sí, te mereces algo mejor que esto. —Se detuvo a los pies de la cama, y me miró fijamente mientras se rascaba con los dedos el pelo desordenado—. ¿De verdad estás aquí? ¿O he conseguido convertirme en el primer demonio de la historia en intoxicarse con alcohol?

Una parte de mí quería romper a reír, pero había un tenso nudo de tristeza en mi pecho. Estaba formado por una culpa amarga y rancia. Mis acciones habían creado un efecto dominó. Por supuesto, yo no le había llevado esas botellas a Roth a la boca, pero nunca lo había visto beber.

—Estoy aquí de verdad —le dije.

Parecía que iba a decir algo cuando quiso sentarse a los pies de la cama. Me disponía a avanzar cuando vi que había calculado mal la distancia, pero ya era demasiado tarde.

Roth cayó al suelo de culo delante de la cama. Echó la cabeza hacia atrás y se rio con fuerza mientras yo me tapaba la boca con la mano. No había estado segura de lo que me encontraría después de marcharme de la cafetería. Había sentido miedo (aunque un miedo bastante irracional) de que Roth me diera una palmada en la cabeza y me mandara seguir mi propio camino. También había una parte de mí que había pensado que me abrazaría, profesándome amor eterno. En cualquier caso, encontrármelo borracho no había estado siquiera entre las posibilidades.

Se sentó en el suelo y apoyó las manos sobre los muslos mientras me echaba un vistazo.

—Entonces, ¿de verdad has vuelto?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Él bajó la mirada y soltó un fuerte suspiro.

—Seguro que ahora te arrepientes.

—No —respondí sin dudar mientras caminaba hacia donde se encontraba—. No me arrepiento.

Levantó una ceja, confundido.

—¿De verdad?

Me senté en el suelo junto a él y negué con la cabeza.

—Estás borracho. Ya ves. O sea, probablemente no deberías estar tan borracho, ni siquiera eres... humano. Y, bueno, eres el Príncipe Heredero del Infierno. No creo que consumir alcohol sea para tanto allí de donde vienes.

—Nah, supongo que no. —Dobló una pierna por la rodilla mientras se humedecía los labios—. Tú... No quiero que eches la mirada hacia atrás y pienses: «Vaya, esto ha sido una decisión terrible, porque él habría...».

—Para —dije. O, más bien, se lo supliqué—. No voy a arrepentirme de mi decisión, incluso aunque salgas huyendo y gritando para que me aleje de ti.

—No creo que eso vaya a pasar —replicó con voz seca.

Me acerqué más a él y estiré las piernas junto a las suyas.

—Lo que estoy tratando de decir es que he tomado una decisión. No voy a arrepentirme de ella. Sin importar lo que pase entre nosotros. —Mordiéndome el labio, observé un despliegue de emociones que recorrían su impresionante rostro—. Mira, no me parece que debamos hablar sobre esto ahora mismo. Puede esperar. Tiene que esperar, porque creo... creo que he hecho daño de verdad a Zayne esta noche. No. Sé que se lo he hecho. Y tú no estás en el estado mental adecuado. —Me detuve otra vez, porque vaya, estaba sonando tan madura que casi quería darme unas palmaditas en la espalda—. Esto puede esperar. Tenemos mañana.

Roth no respondió mientras me examinaba, y yo no tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero entonces se inclinó hacia mí. Puso la cabeza sobre mi regazo, tal como había hecho la noche que me había despertado tras ser sanada por el brebaje de los brujos, pero en esta ocasión no dudé. Mis manos no tardaron ni un segundo. Fueron de inmediato hacia él, y una se entrelazó entre los mechones sedosos y negros de su pelo mientras la otra se curvaba alrededor de su hombro.

Él se aovilló de lado y cerró los ojos. Las espesas pestañas le rozaban las mejillas. Pasamos unos momentos en silencio, pero sabía que no estaba despierto. Sus músculos estaban demasiado tensos.

—He... he hecho cosas bastante jodidas, Layla.

Sentí una presión en el pecho mientras lo miraba, y en ese momento no estaba pensando en el Lilin, en mis alas ni siquiera en Sam o Zayne. Estaba cien por cien concentrada en Roth, y el mundo a nuestro alrededor y todos los problemas que no dejaba de lanzarnos se desvanecieron.

—Más o menos ya lo suponía.

Y eso era cierto. Era un demonio de Nivel Superior de sangre completa; y encima, un Príncipe Heredero. Nunca me había engañado a mí misma para hacerme creer que era un santo disfrazado de pecador.

—Cosas bastante turbias —murmuró.

—Lo pillo.

Mis labios se crisparon. Él logró rodearme la pierna con uno de los brazos.

—La... primera vez que el Jefe me envió a la superficie fue solo un año después de que me crearan. Tenía que encontrar a un Duque que ya no estaba haciendo caso a las invocaciones del Jefe —continuó mientras yo movía los dedos por su pelo con suavidad. No me atrevía a hablar, porque en realidad Roth nunca había hablado abiertamente sobre lo que su Jefe le había obligado a hacer—. El Duque había encontrado a una mujer, a una humana. No creo que ella supiera lo que él era en realidad. Aunque no importaba. El Jefe lo estaba llamando para que volviera, pero él no quería dejarla.

Mordiéndome el interior de la mejilla, tuve la sensación de que esa historia no iba a terminar con un «felices por siempre jamás».

—Había otros conmigo que también habían sido enviados —continuó, y su brazo se tensó alrededor de mi pierna—. Las cosas se pusieron... feas. —Cerré los ojos, con el corazón dolorido—. Y esa no fue la única vez. Hubo otras... situaciones parecidas. Y esas situaciones, bueno, nunca habían sido un peso para mí antes. En mi estructura genética no está el sentir culpa. —Una sonrisa irónica apareció en su cara y desapareció con rapidez—. No hasta que te conocí. Ahora pienso en esas cosas y me pregunto si habrá alguna... bondad en mí. O qué es lo que puedes ver tú en mí.

Ay, Dios, mi corazón se estaba rompiendo en pedazos otra vez. No sabía lo que era ser Roth, ser algo que no era más que el último en una larga línea que había habido antes que él. Otros Príncipes de los que el Jefe se había cansado, destruidos de una forma u otra, antes de crear a la actual versión de Astaroth. Y yo no sabía todo lo que Roth había hecho en su pasado, pero, con total sinceridad, no me importaba. ¿Quién era yo para juzgarlo? Dado que yo no era perfecta ni de cerca, y también era mitad demonio, había hecho cosas que desearía no haber hecho, y sabía que habría cosas en el futuro de las que querría retractarme. Pero Roth había pasado dieciocho años complaciendo al Jefe del Infierno. No había nada en su oscuridad que me sorprendiera.

Tan solo me entristecía.

Agaché la cabeza para darle un beso en la mejilla y, mientras me enderezaba, él dirigió hacia mí sus grandes ojos ambarinos.

—Yo puedo ver cosas que tú no puedes ver. —Le pasé la mano por el brazo de un lado a otro—. No eres egoísta, aunque a veces actúes como si lo fueras. Todos lo hacemos. No eres malvado, aunque hayas sido creado por el mayor mal que existe. Me has demostrado, y también a ti mismo, que tienes libre albedrío, y has tomado las decisiones correctas una y otra vez.

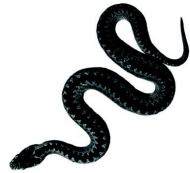
Mientras mi mano subía por su brazo, él se estremeció.

—Has aceptado quién y qué era yo desde el principio —continuó—. Nunca has tratado de cambiarme ni... ni de ocultarme. Siempre has confiado en mí, incluso cuando lo más probable era que no debieras hacerlo. —Me reí ante eso, pensando en la vez que me había dejado sola en el club de los Palisades, con instrucciones específicas de no alejarme—. Has... has celebrado lo que soy, y muy pocos pueden decir eso. Como ya he dicho antes, eres más que el último Príncipe Heredero. Eres Roth.

Por un momento, no se movió ni pestañeó. Después, el asombro llenó su expresión mientras me miraba desde abajo y, al fin, la tensión desapareció de sus músculos.

—Y soy tuyo.

Capítulo siete



En algún momento conseguí meter a Roth en la cama, y *Bambi* acabó siguiéndolo. Fue un verdadero espectáculo: una anaconda demoníaca borrachísima tratando de subirse a una cama. Tuve que intervenir y levantarle la parte trasera, y después tomar con mucho cuidado al gatito que dormía en la cómoda para dejarlo también sobre la cama. Tan solo podía esperar que *Bambi* no se comiera al pequeño *Thor* si se despertaba en mitad de la noche con hambre a causa de la resaca.

Después me dispuse a recoger las botellas. Dejé de contar las que había en la habitación y llevé la ruidosa bolsa hasta la basura. Luego, me hice un sándwich y llamé a Stacey para ver cómo estaba.

Se encontraba tan bien como cabría esperar, y confirmó que Roth había hecho efectivamente una llamada anónima.

—Esta tarde ha venido la policía. Mamá pensaba que era por el incendio de la casa, pero era... era por Sam.

Sentada en el sofá, aovillada contra un cojín demasiado grande, cerré los ojos.

—Su familia...

—Lo sé. —Oía su respiración temblorosa al otro lado de la línea—. Me lo han contado. También me han preguntado si lo había visto. Les he hablado de la última vez que había estado en el instituto. Ayer.

—Eso ha sido muy inteligente.

Hubo una pausa, y entonces:

—Dios, Layla, ¿cómo ha podido pasar todo esto? Hace dos meses, ni siquiera me lo hubiera imaginado... Espera —dijo, y oí que una puerta se cerraba—. Mi madre ha estado siguiéndome por la casa desde que vino la policía. Está preocupada y asustada. La policía piensa que Sam... que se le fue la olla y se cargó a su familia. Mañana lo sabrá todo el instituto, y no está bien. ¿Sabes? Que la gente vaya a creer que Sam hiciera algo parecido.

—No lo está —asentí, abriendo los ojos. Había un cuadro colgado en la pared, enfrente de mí. Un camino pintoresco, con el otoño en todo su apogeo, pero los naranjas y rojos brillantes estaban apagados—. Sam no se merecía nada de esto.

—Ninguno de nosotros. —Hubo otra profunda inhalación al otro lado de la línea—. Vale. Necesito distraerme, porque de lo contrario voy a perder el control otra vez. Lo he estado perdiendo cada hora, más o menos. ¿Vale? Distráeme.

—Eh... —El cerebro se me vació. Menuda ayuda era—. Ah, soy un asco para eso.

Soltó una risa ronca.

—¿Qué está haciendo Roth?

—Bueno, está... Sí, está un poco incapacitado ahora mismo.

Hice una mueca, sabiendo cómo había sonado.

—¿De verdad? —Había despertado su interés—. ¿Por qué?

Eché un vistazo al ancho arco.

—Esta mañana le he dicho que tenía que hablar con Zayne, y supongo que había pensado que eso significaba que iba a decirle que quería estar con él. Así que puede que se haya emborrachado un poco.

Una risa estrangulada salió del teléfono, y el corazón me dio un salto de alegría.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Y sus familiares... también están borrachos. —Hice una pausa, sonriendo un poco—. Ha sido todo un espectáculo.

—Ya me lo imagino. No. Espera. No me lo puedo imaginar. Tienes que ir a hacerle fotos para mí. —Sonreí, a pesar de que aquello no iba a pasar—. Entonces... ¿no quieres estar con Zayne? Has estado obsesionada con él desde que te conozco.

—Yo no diría «obsesionada». —Me parecía muy mal hablar de ese tema con Stacey, pero me había pedido que la distrajera, así que haría cualquier cosa que quisiera—. Ya sabes que quiero a Zayne. Siempre le he querido y siempre lo haré, pero Roth... Lo de él es...

—Lo de él es de verdad —dijo ella en voz baja.

—Sí. Y aunque a veces me cabrea muchísimo, es como que me encanta que lo haga. Sé que suena retorcido, pero es cierto. —Desdoblé las piernas, me puse en pie y me rodeé el estómago con un brazo mientras comenzaba a recorrer la habitación, trazando un caminito en la alfombra oriental—. Le... le quiero, Stacey. Le quiero de verdad.

—No estoy sorprendida —fue su respuesta.

Comencé a sonreír de nuevo mientras pasaba por segunda vez por delante del sofá.

—¿De verdad?

—Nop. He visto cómo te mira. He visto cómo lo miras tú. Con Zayne siempre era diferente. No es que lo menosprecie... ya sabes que daría el ovario izquierdo por una oportunidad con él... Dios, eso ha estado fatal de verdad ahora mismo, ¿no? ¿No es muy pronto, incluso aunque sea una broma? —Soltó un fuerte suspiro—. Soy una persona horrible.

—¡No! Ay, Dios, ¡no! No pienses eso; no eres una persona horrible.

—¿Puedo... puedo preguntarte una cosa? ¿Y me responderás con sinceridad?

Me detuve enfrente del cuadro.

—Pues claro.

—¿Prometido? —susurró.

—Prometido.

Transcurrió un momento antes de que hablara.

—He estado pensando un montón en esto. En realidad, no comencé a prestarle atención a Sam hasta que empezó a cambiar, ¿sabes? Cuando empezó a vestirse de forma diferente y a peinarse. Cuando empezó a volverse confiado... —Oh, no—. Y todo este tiempo, ese nunca fue Sam. —Su voz se rompió un poco—. Era esa cosa que fingía ser él. ¿Significa eso que me he enamorado de esa cosa, Layla, y no de Sam? ¿Y qué dice eso sobre mí?

—Ay, Stacey... no vayas por ese camino. La verdad es que creo que Sam siempre te ha gustado, solo tardaste un tiempo en reconocerlo. No te has enamorado del Lilin.

—¿Estás segura?

Su voz sonó casi como un susurro infantil.

—Estoy segura, y míralo de este modo. El Lilin actuaba tanto como Sam que ninguna de nosotras se dio cuenta de la diferencia. Tú pensabas que era Sam. Yo pensaba que era Sam... una versión de él que había descubierto al fin cómo utilizar un peine.

La risa de Stacey fue sorprendente pero agradable.

—Sí. Vale.

Unos pequeños nudos se formaron en mi estómago.

—Comprendes lo que estoy diciendo, ¿verdad? No pienses eso sobre ti.

—No. O sea, es solo... que necesitaba oírte decir lo que has dicho. Eso es todo —prometió, y esperé que me estuviera diciendo la verdad—. ¿Cuándo puedo verte para que me cuentes los detalles sobre Roth y tú en persona?

No estaba segura de qué detalles podría darle, ya que en realidad todavía no habíamos hablado, al menos no estando los dos sobrios.

—¿Vas a ir a clase el lunes?

—Probablemente. ¿Y tú?

Mis hombros se desplomaron.

—Quiero hacerlo, de verdad, pero ahora mismo tenemos que averiguar cómo ocuparnos del Lilin, y he perdido mucho tiempo.

—Ay, Layla.

Negué con la cabeza, sin querer ahondar en ello en ese momento.

—Una vez que esté todo controlado, ya vere qué hacer. De todos modos, puedo intentar ir a verte después de clase. Depende de lo que hagamos.

Hicimos planes para concretar por mensaje, pero, antes de que pudiera colgar el teléfono, ella me detuvo.

—¿Layla?

—¿Sí?

Su brusca inhalación fue audible.

—Prométeme que vas a ayudar a Sam. Que podemos arreglar esto por él.

Mi mano libre se apretó en un puño hasta que los bordes de mis uñas se clavaron en las palmas.

—Te prometí que lo haría. Y no voy a romper esa promesa.

* * *

Una vez que hubo caído la noche y comprobé que Roth seguía dormido, rodeado por los familiares que roncaban, tomé una manta de los pies de la cama de la habitación principal y salí a un balcón que daba a una reserva natural.

Una pequeña y neblinosa nube de aliento visible salió de mis labios mientras echaba la cabeza hacia atrás. La noche era clara, llena de estrellas que parpadeaban como un millar de pequeños y lejanos diamantes. Caminé hasta la barandilla, arrebujándome en la manta.

Mi mente no se apagaba. Había demasiadas cosas dando vueltas todo el tiempo. La conversación con Stacey se repitió en mi cabeza, centrándose en sus miedos. Me dolía por ella, deseaba que hubiera algo más que pudiera hacer, pero la única opción que me quedaba era liberar el alma de Sam, así que iba a hacerlo. Ya sabía por dónde empezar: con Ángel. Solo tenía que esperar hasta la siguiente semana, y eso me ponía enferma, porque a saber lo que le ocurriría al alma de Sam hasta entonces.

Teníamos que ocuparnos del Lilin, porque sabía que no iba a permanecer a cubierto durante mucho tiempo, pero mis pensamientos se dirigieron hacia el demonio que había huido de mí en la cafetería, y después a mis alas emplumadas. Inevitablemente, eso me hizo pensar en los Alfas y en por qué creían que yo era ahora una abominación, cuando había sido completamente tolerable durante diecisiete años.

Suponía que tenía algo que ver con las alas y la forma en la que me había transformado.

Una estrella fugaz se separó de las demás, atravesando el cielo y atrayendo mi atención. Cuando era pequeña, pensaba que eran ángeles bajando. Zayne sabía la verdad, pero me complacía y se inventaba historias sobre que eran ángeles de la guarda que llegaban para proteger a los humanos.

Cerré los ojos con fuerza, y me dolió cuando respiré. No sé durante cuánto tiempo permanecí ahí fuera, pero mi nariz estaba fría y tenía los labios entumecidos cuando me dirigí hacia el interior. Dejé la manta sobre la cama y me puse el pijama, pero me detuve antes de poder meterme en la cama.

Con el corazón acelerándose, me di la vuelta y salí de la habitación. No tuve tiempo de pensar de verdad en lo que estaba haciendo mientras caminaba hasta la habitación donde dormía Roth. Abrí la puerta, me colé en el interior y me acerqué a la cama en silencio.

Roth se encontraba tumbado de costado, de cara a la puerta. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos y su pelo era un revoltijo desordenado sobre la frente. Tenía la manta a la altura de su estrecha cintura, y pude ver que *Bambi* había encontrado la

forma de volver a él. Descansaba en forma de tatuaje a lo largo de su brazo izquierdo. Parecía que una parte de ella se encontraba sobre su espalda, pero no podía verlo, así que no estaba segura. No vi a los gatitos, pero sabía por experiencia que podían hallarse en cualquier parte, listos para abalanzarse sobre mis pies y mis tobillos.

No quería regresar a mi cama, sola con todos mis pensamientos. Quería estar allí, con él. Con el corazón alojado en algún lugar de mi garganta, me dirigí hacia la cama con rapidez, levanté la manta y me metí dentro.

Los movimientos no despertaron a Roth, y me sentí aliviada por ello, porque me sentía extraña metiéndome en su cama como una acosadora profesional. Me di la vuelta hasta quedar de cara a él y llevé el estatus de acosadora a un nivel completamente nuevo mientras dejaba que mi mirada recorriera su cara. Me picaban los dedos por las ganas de recorrer la línea de su mejilla, pero mantuve las manos cerradas bajo mi barbilla, y tras unos pocos minutos todos los pensamientos que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza se calmaron. Estar cerca de él, bueno, me tranquilizaba de una forma que necesitaba con mucha desesperación.

Mientras escuchaba su respiración firme y constante, mis ojos acabaron cerrándose. Tan solo unos minutos después, cuando comenzaba a quedarme dormida, oí algo que sonó como un pequeño motor zumbando al otro lado de Roth. Tardé un segundo en darme cuenta de que se trataba de uno de esos gatitos diabólicos, y a pesar de lo malvados que eran, una sonrisa me estiró los labios.

Dormí profundamente, arrullada por la calidez cercana del cuerpo de Roth, y no estaba segura de cuántas horas habían transcurrido cuando sentí que un brazo me rodeaba por la cintura y tiraba de mí hacia un lado. Mi parte delantera chocó contra un pecho duro, y abrí los ojos con un pestañeo.

Unos ojos ambarinos estaban mirándome fijamente.

—Buenos días.

Tenía la voz áspera a causa del sueño y su aliento olía a menta, como si se hubiera lavado los dientes antes de volver a meterse en la cama. El sueño se aferraba a mis pensamientos mientras levantaba la mirada. Tenía el pelo húmedo.

Debió de leer la confusión en mi rostro.

—Me he refrescado un poco —explicó. Levantó una mano, atrapó un mechón de mi pelo con los dedos y me lo colocó por detrás de la oreja—. Estabas fuera de combate cuando me he despertado. He pensado que podría utilizar el tiempo para borrar los restos que quedaran de anoche. —Su mirada me recorrió la cara mientras las puntas de sus dedos trazaban un camino por la línea de mi frente—. Tengo que admitir que despertar y encontrarme contigo en mi cama ha sido una sorpresa agradable.

Se me despegó la lengua.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Su dedo me recorría ahora la nariz—. Cuando desperté, me di cuenta de que nunca había hecho eso. Ni contigo, ni con nadie. Siempre había...

Las pocas ocasiones en que me había quedado dormida en la cama con él, siempre había desaparecido cuando me despertaba, salvo cuando estaba sanando, pero Roth no parecía contar esa ocasión, y yo tampoco lo hacía.

Una sonrisa extraña apareció en sus labios. No era extraña en el mal sentido, sino que era una que nunca había visto en él. Rezumaba encanto añorado.

—Me ha gustado tanto que ahora estoy consentido. Una sola mañana y ya estoy consentido para toda la vida. Te quiero aquí todas las mañanas, conmigo. Bueno, a lo mejor en la habitación principal. Esa cama es más cómoda.

La neblina del sueño se estaba disipando, y me encontré sonriéndole como si fuera una auténtica imbécil.

—A mí me ha parecido que esta cama está bien.

—¿Porque yo estoy en ella?

—Vaya. —Mi sonrisa bobalicona se extendió—. Es bueno saber que tu ego todavía sigue funcionando con normalidad.

Recorriéndome la frente con el dedo, soltó una profunda carcajada. El sonido se desvaneció, al igual que su sonrisa.

—Sobre lo de anoche... Siento... siento lo que pasó —dijo, forcejeando con la disculpa, y por alguna razón eso me hizo querer soltar una risita. Los demonios no se disculpaban con facilidad. Las palabras «lo siento» no entraban en su vocabulario—. De verdad pensaba que te estabas marchando, así que me emborraché para no ir a buscarte. Y eso no es excusa, ya lo sé, pero de verdad que si... que siento lo que ocurrió.

—No pasa nada. Estabas muy mono.

—¿Mono? —Sus dedos se habían abierto camino hasta mi mandíbula—. Yo prefiero «bestia sexy».

La risita se me escapó al fin.

—Lo siento, pero estoy bastante segura de que esa descripción está reservada para *Tambor*.

Su mirada buscó en la mía mientras sus dedos se detenían sobre mi barbilla, justo por debajo del centro de mis labios.

—¿Cómo te encuentras? —Al ver que no respondía, me acarició el labio inferior con el pulgar—. Puedo sumar dos y dos. Ayer por la tarde hablaste con Zayne, y hoy te estás despertando conmigo. Sé que no puede haber sido fácil para ti.

—No lo fue —susurré, pensando en la angustia que había visto en la expresión de Zayne. Aquello era una parte de los pensamientos que me habían atormentado la noche anterior.

La luz se derramaba por el hueco entre las gruesas cortinas que había más allá de la cama, acariciando su mejilla.

—Entonces, ¿cómo estás?

Al principio quería decirle que me encontraba bien, pero eso habría sido una mentira. Más o menos. Y no quería que hubiera más mentiras entre nosotros.

—Fue difícil —admití, colocando la mano sobre su pecho. Él dio una pequeña sacudida, y eso me gustó; que mi caricia tuviera esa clase de efecto—. Probablemente haya sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer, porque me importa mucho. Le quiero, y nunca he querido hacerle daño. Nunca.

—Lo sé. —Sus labios rozaron mi frente—. Perderte no sería fácil, pero creo que...

—¿Qué?

Dejé que mis dedos exploraran un poco. Pensé que era extraño, mientras trazaba un círculo sobre su pecho, que tocarlo de ese modo fuera algo así de poderoso. No del mismo modo que mantenerme firme frente a los demonios Feroces o enfrentarme a mi clan, pero seguía siendo una sensación embriagadora.

—No puedo creer que vaya a decir esto —me confió con un suspiro—. El Rocosó es un buen tío, pero lo más probable es que vaya a necesitar espacio.

Cerré brevemente los ojos.

—Sí, lo sé.

El brazo alrededor de mi cintura se tensó.

—¿Podemos hacer una cosa?

Mis dedos se detuvieron sobre el primer abdominal duro y tenso.

—Eh...

—Chica sucia, saca tu mente de las alcantarillas. No estaba hablando de esa clase de cosas. Todavía —añadió, de una forma que hizo que se me tensara el estómago—. Lo que quería decir es... ¿podemos comenzar de nuevo con la noche de ayer?

No lo pillaba.

—¿Cómo?

—Estaba borracho, pero creo que me dijiste que querías estar conmigo, y bueno, quiero oírtelo decir otra vez.

Mi corazón dio una voltereta hacia atrás y yo incliné la cabeza de modo que nuestras bocas se encontraran cerca.

—Quiero estar aquí contigo. —El brazo que me rodeaba se tensó todavía más, sellándome contra su pecho como había hecho la noche anterior, y de nuevo me gustó mucho—. Quiero estar contigo.

Roth presionó la frente contra la mía mientras se giraba ligeramente para ponerse boca arriba y acercarme a él. Acabé tumbada a medias encima de él, con ambas manos agarradas a su pecho y las piernas enredadas con las suyas. El brazo sobre mi cintura era firme, y su mano curvándose alrededor de mi nuca provocó un desmadre de sensaciones que bajaron correteando por mi espalda.

Pero no había terminado. Mirando unos ojos que eran tan brillantes y hermosos como una joya color leonado, dije algo que nunca había dicho. Y lo dije estando segura con cada parte de mi ser.

—Te quiero, Roth. —Mi voz temblaba a causa de la emoción—. Estoy enamorada de ti.

Roth volvió a moverse. En esa ocasión, quedé yo boca arriba y él se situó encima de mí, con una pierna entre las mías y su mano todavía acunando mi cuello.

—Dilo una vez más —me suplicó, con una voz que apenas era un susurro.

—Te quiero. Te quiero.

Y lo dije una y otra vez, hasta que ya no pude decirlo más, porque me silenció con su boca.

El beso no se parecía en nada al de la noche anterior. Sus labios eran suaves sobre los míos, un dulce roce que resultaba muy extraño con su enorme fuerza, y lo sentí en cada parte de mi ser. Me besó con suavidad, y después se separó solo el tiempo suficiente como para que pudiera verlo. Me quitó la mano de su hombro, entrelazó los dedos con los míos, llevó nuestras manos unidas hasta su pecho y las presionó. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza.

—Te ansío como lo haría cualquier demonio que se precie. —Su otra mano se tensó en mi nuca—. Y mi deseo por ti se incrementa con cada segundo que paso despierto de una forma que debería asustarme, aunque en realidad tan solo me emociona. Pero, por encima de todo, te quiero —aseguró, y mi cuerpo entero tembló ante las palabras. Él no pareció darse cuenta—. Yo, Astaroth, Príncipe Heredero del Infierno, estoy enamorado de ti, Layla Shaw. Ayer. Hoy. Mañana. Dentro de cien décadas, todavía seguiré enamorado de ti, y será un amor tan feroz hoy como dentro de una década.

Escuchar sus palabras era como darle un abrazo de oso al sol. Una calidez se derramó en mí mientras reafirmaba aquellas palabras con un beso que iba más allá del otro, más suave y tentativo, que acabábamos de compartir. Fue profundo y concienzudo, y me sentí como si me estuvieran reclamando y yo lo estuviera reclamando a él a cambio. Como si al fin, después de tanto tiempo, hubiéramos destruido esa línea entre nosotros y ya no hubiera marcha atrás.

Nos dijimos «te quiero» una y otra vez, entre besos y después entre los gemidos que esos besos acababan arrancándonos. Incluso cuando dejamos atrás las palabras, lo gritábamos con cada beso y caricia.

Soltando nuestras manos, Roth me agarró la cadera mientras presionaba su cuerpo contra el mío. Los delgados pantalones de pijama no suponían ninguna barrera real entre nosotros, no cuando estábamos tan hambrientos el uno del otro. Lo deseaba, tanto que me dolía de una forma que tenía que ser física, que era totalmente física, pero iba más allá, era más profundo, se tatuaba en mi piel, se tallaba en mis músculos y se grababa en mis huesos. Y él tenía que estar sintiendo lo mismo, porque pude notar cuánto lo deseaba con cada movimiento de sus caderas, y cuando deslizó la mano por debajo de mi camiseta, subiendo el tejido más y más, apenas era capaz de respirar. Mi corazón latía como un martillo neumático mientras Roth se elevaba sobre un brazo y bajaba la mirada hasta mí.

Me quedé desnuda de cintura para arriba, y aunque aquella no era la primera ocasión que había visto tanto de mí, un nido de mariposas caníbales comenzó a batir

las alas en mi estómago. Mi experiencia en esas situaciones era limitada, pero la sed absoluta en su mirada fogosa resultaba evidente, y sabía en lo más profundo de mi ser que estaba encantado con lo que veía.

Y me lo demostró con sus palabras.

—Hermosa —dijo, con la voz pastosa mientras sus dedos recorrían ligeramente mi estómago. Di una sacudida y después me mordí el labio—. Eres tan hermosa, Layla... Y si pudiera elegir una cosa a la que mirar durante el resto de la eternidad, serías tú.

Mi corazón se hinchó tan rápido y tan grande que pensé que saldría flotando hasta el techo y llegaría a las estrellas. Tal vez incluso al propio Cielo.

Los dedos de Roth avanzaron hacia arriba, con caricias reverentes.

—Siempre serías tú.

Y entonces comenzó a besarme otra vez, y esos besos, esos momentos, eran preciados, poderosos y hermosos a su manera.

Los labios de Roth se deslizaron por mi mejilla en dirección a mi oreja, y susurró palabras que me provocaron un rubor embriagador que recorrió mi piel e hizo que mis músculos se tensaran de una forma extraña y deliciosa. Cuando levantó la cabeza, su mirada era interrogativa, deseosa y un millar de cosas más.

Asentí con la cabeza.

La comisura de sus labios se elevó, y entonces dijo:

—Gracias.

Ni una sola parte de mí comprendía por qué me estaba dando las gracias, pero entonces todos los pensamientos salieron volando por la ventana, porque me besó la comisura de los labios y después comenzó a trazar una línea de besitos que empezaba en mi barbilla, descendía por mi garganta y después iba todavía más abajo.

Mis dedos se clavaron en el edredón cuando se detuvo y después se quedó ahí, arrancándome un gemido entrecortado. Verdaderamente no comprendía por qué me estaba dando las gracias mientras hacía aquello, porque en realidad debería ser al revés.

Sus labios se deslizaron por encima de mis costillas.

—Creo que tendríamos que buscarte un tatuaje.

Tardé unos cuantos minutos en comprender el sentido de sus palabras.

—¿Un... un tatuaje?

—Sí. —Me besó justo encima de mi ombligo—. Un familiar.

—¿Puedo hacer eso?

Roth levantó la barbilla y sonrió de una forma que hizo que el corazón me diera un vuelco.

—No veo por qué no, y sé quién podría hacértelo. —Su mirada descendió por mi cuerpo, provocándome un escalofrío que bailó sobre mi piel—. Este sería un buen lugar. —Arrastró la mano hasta el lateral de mis costillas—. ¿O aquí? —La misma mano se abrió camino por debajo de la goma de mis pantalones de pijama y se curvó

sobre mi cadera. La temperatura de su mirada se incrementó—. La verdad es que me gusta la idea de que esté aquí.

—¿De verdad importa dónde me haga el tatuaje? —pregunté—. Va a moverse de todos modos, ¿no?

—Ah, sí que importa. —Besó la zona por debajo de mi ombligo—. Sobre todo, me importa a mí.

Me reí.

—Vale, entonces.

Sonriendo, se elevó una vez más y se colocó sobre mí. Sus brazos eran enormes y poderosos, y sus manos bajaron a ambos lados de mi cabeza. Se me cortó el aliento mientras sus labios tomaban el control de los míos. Lo rodeé con los brazos, acercándolo más a mí. Su lengua se introdujo en mi boca, y el sabor de Roth me enloqueció.

Comenzó a moverse de nuevo, deslizando sus manos hacia abajo una vez más. Mis dedos jugaban en su pelo, y ya no era capaz de saber hacia dónde se dirigía, porque destrozó cualquier habilidad de pensamiento racional que pudiera tener.

Ni siquiera sé cómo me quedé sin pantalones, ni dónde acabaron. Era como magia. Roth era magia. También tenía una deliciosa inclinación traviesa en sus labios mientras sus manos ascendían por el lado exterior de mis muslos. No había nada entre mi piel y sus manos, y podía sentir cada toque e incluso las más suaves caricias como si estuvieran fulminándome con voltios de electricidad.

—¿Enana?

Aflojé la mano que tenía en su pelo, permitiendo que mis manos cayeran sobre el edredón.

—¿Sí?

—¿Qué te parece hacerte el tatuaje aquí? —Besó el lateral de mi muslo, justo por encima de mi rodilla, por dentro—. Es un lugar muy interesante. Me gusta.

Me mordí el labio inferior.

—Seguro que sí.

Sus ojos ardieron con un ocre brillante.

—¿Sabes qué más he estado pensando? —Tratándose de él, a saber lo que sería—. Creo que voy a tener que hacerlo oficial. Ya sabes, lo de ser el presidente del club de fans demoníacos de Layla.

Se me escapó una risa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Fabricarte una camiseta que diga que eres el presidente oficial?

—Y chapas. De verdad, voy a hacerme unas chapas.

Comencé a reír, pero sus dedos encontraron el delgado tejido (lo único que me quedaba ya puesto), y las cosas estaban desde luego yendo más lejos que nunca. Me sentía nerviosa, pero también confiaba en él. Recordé lo que me había susurrado al oído antes. Sabía que aquello tan solo llegaría hasta cierto punto. Antes de que mis

nervios pudieran superarme, sus labios estuvieron en el mismo lugar que sus manos, y yo ya no estaba pensando en nada. Solo había sentimientos; únicamente él y la hermosa y alocada ráfaga de emociones que me arrancaba. Era un maestro en ello, absolutamente brillante, porque no me sentía como si fuera yo. Yo no temblaba ni me estremecía de ese modo, y desde luego esos ruidos suaves no estaban saliendo de mí. Me sentía como una prenda de ropa demasiado estirada, hasta que de repente toda la tensión se rompió y me quedé atrapada en el torbellino, volando tan alto que podía besar las estrellas.

Roth se elevó con lentitud, pasó un brazo por debajo de mí y me llevó contra su pecho. Cuando abrí los ojos, parecía que estuviera flipando, pero eso me resultaba extraño, porque era yo la que había estado flipando. Era yo la que recibía.

—Eso... —Mi lengua no quería funcionar—. Eso ha sido increíble.

Su sonrisa era en parte arrogancia, como si ya supiera con exactitud lo increíble que había sido, pero había algo añinado en la curva de sus labios. Se estiró junto a mí, manteniéndome cerca. Bajó la cabeza para besarme con suavidad, y yo me quedé blanda y débil entre sus brazos.

Su boca estaba caliente sobre mi frente húmeda.

—Quiero una eternidad de mañanas como esta. —Me dio un beso junto a la oreja—. Una eternidad.

Un escalofrío me recorrió mientras mis ojos se abrían de golpe. El resplandor feliz se apagó, y la neblina se disolvió. De pronto me di cuenta de algo muy importante, algo en lo que ninguno de los dos había pensado hasta el momento. Roth jamás envejecería. Por mucho tiempo que caminara por esta Tierra, tendría el mismo aspecto que entonces, mientras que yo envejecería y moriría como cualquier otro mortal gracias a mi sangre de Guardián.

Roth tenía una eternidad.

Yo no.

Capítulo ocho



La sensación fría e intranquila me siguió durante el resto de la mañana, y lo odiaba, porque Roth y yo estábamos por fin en el mismo punto por primera vez, y lo que habíamos hecho (lo que él había hecho) era sinceramente increíble y hermoso, y sí, querría una eternidad de mañanas como esa. Pero me sentía atormentada, como si hubiera una sombra cerniéndose sobre nosotros, convirtiendo el tiempo infinito en minutos o segundos. Aquello era una estupidez, pues era consciente de que me quedaba mucho mucho tiempo hasta que tuviera que preocuparme por la extrañeza de un tío bueno pasando tiempo conmigo cuando estuviera bien adentrada en mis años dorados.

Pero no dejaba de imaginar a Roth, con un aspecto tan bueno y fresco como aquella mañana, mientras salía de la cama y lanzaba una sonrisa cómplice en dirección a mí. En mi cabeza, yo no tenía el mismo aspecto que ahora. En lugar de eso, tenía el pelo gris, una cara que rivalizaba con la de esos perros de piel arrugada, y la espalda encorvada. Y en lugar de hacer lo que habíamos hecho aquella mañana, nos habíamos pasado el rato jugando al bingo.

Aunque me gustaba el bingo, más o menos.

En cualquier caso, todo aquel asunto resultaba extremadamente incómodo.

Pero había asuntos más urgentes de los que ocuparnos en ese momento, lo cual era la razón por la que estábamos reunidos en la cocina con Cayman y otro demonio al que no conocía, pero que utilizaba el nombre de Edward. Dudaba seriamente que ese fuera el verdadero nombre del rubio, porque el nombre de Edward en realidad no provocaba el miedo en el corazón de nadie.

Cayman se encontraba sentado en la encimera, junto al lavabo, balanceando los pies como si estuviera en un parque infantil. Yo me encontraba en la isla, tras haberme comido mi peso en salchichas, y Roth se hallaba a mi lado. Cuando habíamos entrado en la cocina juntos, casi esperaba que Cayman sacara una cámara y comenzara a tomarnos fotos: su expresión había sido de claro entusiasmo. Yo estaba haciendo lo posible por no mirar a Roth en ese momento, porque cuando lo hice pensé en lo que habíamos hecho esa mañana y lo que no habíamos hecho, y entonces me ruboricé. Las cosas podrían haber ido más allá de no ser porque Roth había sentido la presencia de otro demonio, obligándonos a salir de la habitación para investigar.

Edward se encontraba junto a Cayman, y sus ojos tenían una luz extraña que se reflejaba cuando inclinaba la cabeza de cierta manera. Desde luego, no era un demonio de Nivel Superior, y me pareció que tal vez fuera un Esbirro.

—Veamos, ¿qué hay hoy en el menú, chicos? —preguntó Cayman.

La lenta sonrisa de Roth extendió un fuego por mis mejillas mientras lanzaba una larga mirada en mi dirección. Abrió la boca, pero la mirada que le dirigí prometía asesinato si respondía a esa pregunta tal como pensaba que lo haría.

Se rio entre dientes mientras apoyaba la cadera en la encimera.

—Supongo que tenemos que ir a la ciudad y comenzar a buscar áreas donde pensemos que podría haberse escondido el Lilin. Los Guardianes están haciendo lo mismo, pero dudo que vayan a tener éxito.

—El Lilin los sentirá acercándose a un kilómetro —asintió Edward—. Mientras que nosotros nos mezclaremos con las masas de demonios, al menos hasta que tengamos la oportunidad de acercarnos.

Crucé los brazos por encima del estómago, donde *Bambi* se encontraba actualmente después de abrirse camino hasta allí cuando salimos de la habitación. Pensé en cómo el demonio de Nivel Superior había reaccionado ante mí el día anterior, y después aparté el recuerdo a un lado.

—¿Creéis que los brujos que adoran a Lilith podrían haber acogido al Lilin?

Cayman negó con la cabeza.

—No lo creo. Están obsesionados con tu madre, pero saben lo arriesgado que sería dar refugio a algo tan malvado como el Lilin.

Normalmente, oír que se referían a Lilith como mi madre me provocaba un nerviosismo épico de proporciones nunca vistas, pero en ese momento tan solo fue... bueno, tan solo era la verdad. Lilith era mi madre, lo quisiera yo o no.

—Pero ¿algún demonio le daría refugio a estas alturas? —pregunté.

—Uno listo, no. —Roth se movió y colocó una mano sobre la parte baja de mi espalda. Aunque llevaba un jersey, uno de esos que se ajustaban horriblemente a mi cuerpo y que Cayman tenía que haber sacado sin duda de alguna esquina, el peso de su mano me abrasaba la piel de todos modos—. Tendrían que saber que no solo los Guardianes estarán buscando al Lilin, sino también el Jefe, y por extensión también yo, y seguro que no quieren meterse en problemas conmigo.

—Sí que eres malote... —Edward se reclinó contra la encimera, y su codo rozó la cafetera. Di una sacudida sobre el taburete cuando la máquina chisporroteó de pronto, y el olor a ozono quemado llenó la cocina mientras el demonio echaba una ojeada por encima del hombro. La jarra se rajó justo por el medio mientras Edward nos miraba—. Uy, perdón.

Sip. Estaba claro que era un Esbirro.

Roth frunció el ceño.

—Vas a tener que reemplazar eso antes de mañana por la mañana.

El demonio hizo una mueca.

—Sí, señor. —¿Señor? Bajando la mirada hasta la encimera, apreté los labios para evitar sonreír—. Ninguno de los Esbirros ayudará al Lilin. Os lo puedo asegurar —continuó Edward, sacudiéndose la vergüenza, y me pregunté si sería un portavoz de su raza.

Todavía había muchas cosas que no sabía sobre la población demoníaca, y eso me hizo retorcerme en mi asiento. Había marcado a muchos de ellos en el pasado, sentenciándolos a volver al Infierno, y suponía que el Jefe no toleraba el fracaso de ninguna clase. ¿Habría castigado el Jefe a los Esbirros como el que se encontraba en la habitación con nosotros, cuyo único crimen parecía ser aniquilar electrodomésticos? La culpa me carcomía.

Soltando aire con lentitud, levanté la mirada, me recogí el pelo y comencé a retorcerlo, sin otra razón que tener algo que hacer con las manos.

—Bueno, esta es una ciudad grande. No podemos empezar a dar vueltas por ahí sin un objetivo.

—Mierda —murmuró Cayman, y guiñó un ojo—. Yo estaba deseando hacer eso. Puse los ojos en blanco.

—Lo que tenemos que hacer es comenzar a buscar cualquier muerte sospechosa; gente que estaba sana y haya muerto de repente. Dudo que el Lilin vaya a quedarse por ahí sentado sin hacer nada. Si comienza a arrancar almas, los cuerpos tienen que estar amontonándose.

—Buena idea —dijo Edward.

—Esa es mi chica.

Roth me colocó los dedos por debajo de la barbilla, inclinando mi cabeza hacia atrás y a un lado. Sus labios estuvieron sobre los míos en un nanosegundo, y al principio me puse rígida. No estaba acostumbrada a que me besaran delante de otras personas. En realidad, tampoco estaba muy acostumbrada a que me besaran, punto. Nuestra relación era demasiado nueva, menos de veinticuatro horas, pero sus besos tenían la habilidad de fundir las reservas y las preocupaciones. Me suavicé, y entonces la habitación desapareció. Me besó como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor, pero no estábamos solos.

Alguien se aclaró la garganta, y entonces Cayman gruñó:

—¿En serio, chicos?

Me ardía la cara mientras me separaba, pero Roth estaba imperturbable.

—¿Qué? —preguntó.

—Aunque me alegro de que hayáis decidido convertirlos en la pareja del año, de verdad que no quiero verlos comiéndose la boca —comentó Cayman. No estaba segura de creerlo, ya que él estaba por completo de parte de Roth—. Me provoca problemas de indigestión. Muchos problemas.

—A mí no me importa —dijo Edward.

Abrí mucho los ojos. Vale. Aquello era extraño.

Roth se enderezó, pero dejó el brazo alrededor de mis hombros.

—Cayman, puedes echar un ojo a las morgues y hospitales, y Eddie, vigila los clubs que haya por la ciudad. Simplemente no toques nada.

El Esbirro parecía avergonzado de verdad mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer nosotros? —pregunté, y cuando los ojos de Roth se profundizaron, supe hacia dónde se dirigía. Levanté la mano y la puse sobre su boca —. No lo digas.

Él me mordisqueó los dedos y sonrió cuando aparté la mano.

—Hay un par de lugares que deberíamos comprobar.

Entonces nos separamos en caminos distintos, y me sentí bien por hacer algo más que quedarme sentada. Me dirigí hacia el salón para buscar un coiletero para el pelo que había dejado en la mesita auxiliar. La recogí y, cuando me di la vuelta, me encontré con Cayman de pie, a medio metro de distancia.

—¿Todavía quieres ir a ver a Ángel la semana que viene, Layla Pantalones Caídos?

Lo miré fijamente durante un momento, tratando de asimilar el mote, y después eché un vistazo hacia la puerta.

—Sí, pero aún no le he dicho nada a Roth.

—Yo no lo haría, porque no va a estar dispuesto a hacerlo. —Mantuvo la voz baja mientras hablaba deprisa—. Recuérdalo, bomboncito. Te conté que el Jefe no está muy contento con él. Si vuelve abajo, van a entretenerlo allí. Y tú no quieres eso.

El estómago me dio un vuelco mientras me acercaba más a Cayman.

—¿No podría el Jefe subir aquí y atraparlo si quisiera?

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí, pero ahora mismo lo dudo mucho. Más tarde, quién sabe. Puedo distraer a Roth el viernes que viene y darte tiempo para bajar hasta allí, pero, una vez que estés abajo, vas a tener que darte prisa.

—¿Darme prisa? Por si lo has olvidado, nunca he estado en el Infierno, así que no tengo ni idea de cómo es el entorno —señalé, tratando de no perder los papeles ante el hecho de que iba a ir al Infierno. Literalmente—. Necesito algo de distracción por aquí.

Cayman sonrió.

—Es más fácil de lo que piensas. Créeme, bizcochito. Sabrás exactamente adónde tienes que ir en cuanto llegues. —Entonces me guiñó un ojo—. Por cierto, estoy orgulloso de ti. Tomaste la decisión correcta ayer, eligiendo el futuro... eligiendo a Roth.

Abrí la boca, pero desapareció antes de que pudiera decir una palabra. Me di la vuelta con lentitud y miré a mi alrededor, a la habitación ahora vacía.

—Odio que haga eso.

—¿El qué?

Di un respingo ante el sonido de la voz de Roth, aunque no me sorprendió encontrarlo a medio metro por detrás de mí.

—¡Eso! Lo que hacéis de aparecer y desaparecer de las habitaciones. Es raro y antinatural.

—Solo estás celosa porque tú no puedes hacerlo.

Puse los ojos en blanco, pero tenía algo de razón. Estaba un tanto celosa por no tener esa habilidad tan útil. Si la tuviera, estaría apareciendo y desapareciendo aquí y allá, por todas partes. *Bambi* escogió ese momento para cambiar de posición. Se deslizó por mi cintura y dejó descansar la cabeza sobre mis costillas. También podría desaparecer y dejarle el culo en el sofá cuando se ponía nerviosa.

—¿Qué estaba haciendo aquí Cayman?

Roth tomó un mechón de mi pelo y comenzó a rodearse el dedo con él.

La idea de mentirle a Roth, sobre todo después de lo que había pasado, me hacía sentir como si acabara de bañarme en lodo, pero sabía que si le contaba lo que planeaba hacer con el alma de Sam, no iba a dejarme ir allí abajo sola, y tal vez ni siquiera acompañada. No podía permitir que me detuviera. Y aquello era mucho más que querer proteger a Roth de un Jefe descontento. Salvar el alma de Sam era más importante que lo que cualquiera de los dos queríamos.

—Solo estaba siendo Cayman —dije al fin.

Roth tiró del mechón de pelo que se había envuelto alrededor del dedo, guiándome para acercarlo más a él.

—Esa es una declaración muy malintencionada. —Sus ojos se encontraron con los míos y mi corazón se aceleró. Se inclinó hacia abajo y apoyó la frente contra la mía—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Si te portas bien hoy, tengo una sorpresa para ti después.

Mis labios se curvaron hacia arriba.

—¿Si me porto bien?

—Ajá. —Me besó la frente mientras se enderezaba y soltó mi pelo—. Y por «portarte bien», me refiero a ser tan traviesa como puedas.

Riendo, me recogí el pelo y lo retorcí en un moño rápido.

—No estoy segura de que pueda ser tan traviesa si estamos en público, buscando al Lilin.

—Siempre hay tiempo para las travesuras, enana.

—No me sorprende que creas eso.

Me lanzó una mirada.

—¿Cuándo me he equivocado en alguna de mis creencias?

Arqueé una ceja.

—Muchas muchas veces.

—Creo que tienes una memoria distorsionada —replicó, y yo volví a reír, echando de menos aquello (ese charloteo juguetón), y me alivió ver que no se había estropeado por todo lo que habíamos necesitado para llegar hasta ese punto.

—Sigue diciéndote eso si quieres. —Sonreí cuando hizo un mohín—. Antes de

nada, quiero pasarme por casa de Stacey para verla.

—De acuerdo. —Levantó la mano para rozarme la mejilla con los nudillos, y era otro aspecto de Roth que nunca había cambiado, ni siquiera cuando estábamos separados. Sin duda era un demonio muy sobón—. ¿Quieres ir a visitarla sola?

La verdad era que su consideración ya no me sorprendía. No es que no siguiera impresionándome, porque sí lo hacía, y mi corazón estaba hinchándose otra vez, pero no era capaz de comprender cómo no podía ver su propia bondad. Me estiré y le besé la comisura de los labios antes de volver a quedarme donde estaba.

—Creo que le alegrará verte.

—Pues claro que se alegrará —murmuró, y su mirada se detuvo sobre mis labios. Me estremecí, a pesar de que no tenía frío. Nop. Nada en absoluto—. Todo el mundo se alegra de verme.

Negué con la cabeza.

—¿Estás listo? —Cuando hizo un asentimiento, lo miré con una sonrisa—. ¿Vas a decirme adónde vamos?

—Lo haría, pero eso estropearía la diversión. —Se rio entre dientes mientras mi expresión sonriente daba paso a un ceño fruncido—. Vale. No vamos a ir a ninguna parte. Bueno, a ninguna parte en particular. Vamos a vagar por las calles sin objetivo.

—Vaya. Ese es un plan genial.

Se mordió el labio inferior mientras sonreía.

—En realidad, es un plan inteligente de narices.

—Eso está por ver.

Roth me tomó la mano y comenzó a dirigirme hacia la puerta principal.

—Así están las cosas: No creo que tengamos que hacer demasiados esfuerzos para encontrar al Lilin. De hecho, no creo que tú tengas que buscar al Lilin.

—¿Y eso por qué?

Me echó un vistazo por encima del hombro, y todo el humor se desvaneció de su cara.

—Porque creo que el Lilin va a venir a buscarte a ti.

Capítulo nueve



No había nada como oír que un demonio psicótico que tú habías ayudado a crear sin querer te estaba gustando para hacerte sentir como si necesitaras entrar en el programa de protección contra gente chunga.

Pero esperaba que Roth se hallara en lo cierto, porque eso haría que encontrara a nuestro objetivo fuera más fácil.

Dado que era por la tarde, fuimos en coche hasta la ciudad y estacionamos en uno de los edificios de aparcamientos. No teníamos demasiada suerte en lo relativo a esas estructuras en particular, pero no podíamos ir por el cielo a plena luz del día. Aunque los residentes humanos de la ciudad eran muy conscientes de la existencia de los Guardianes y Roth era bastante parecido a ellos, si algún humano lo miraba con demasiada atención surgirían preguntas que no estábamos preparados para responder.

Roth me echó un vistazo mientras yo abría la puerta.

—¿No te has traído una chaqueta? —Negué con la cabeza y él cerró la puerta del conductor—. ¿Y una bufanda?

—No.

—¿Y tampoco guantes?

Mis labios se crisparon.

—Nop.

Me observó mientras rodeaba el coche por la parte delantera.

—¿Ni siquiera un gorrito para tu cabecita?

Me reí.

—No, papá, estoy bien.

Sus ojos centellearon.

—Me gusta cuando me llamas...

—Para.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Hablando en serio, hace frío aquí fuera, enana.

Eso ya lo sabía. Roth solo llevaba una camiseta de manga larga y unos vaqueros, porque, al igual que los Guardianes de sangre completa, su temperatura interna estaba en algún lugar entre ardiente e hirviente. Uno pensaría que, como yo era una mezcla de ambos, también tendría una alta tolerancia al frío, pero nunca había sido así.

Hasta el momento, suponía. No podía hacer más de cinco grados.

—No tengo frío.

Una expresión extraña cruzó sus facciones mientras me observaba con atención.

—Qué raro.

Había cosas en mí que eran más extrañas, por ejemplo, mis alas con plumas. No había nada normal en ellas, y mientras Roth y yo salíamos sin peligro del edificio de aparcamientos de F Street, decidí sacar el tema.

—Pues bueno...

Arrastré las palabras mientras pasaba junto a una horda de chicos jóvenes de uniforme con auras suaves y blancas que estaban siendo conducidos hasta un autobús que aguardaba junto al bordillo. La acera abarrotada era un arsenal de colores, y mi atención quedó atraída de inmediato hacia aquellos con tonos más oscuros, los rojos carmesí y el color ciruela. La mayoría eran gente trajeada, sujetando maletines. Habían pecado, y lo habían hecho de una forma muy mala. El estómago se me tensó a causa del ansia, pero la necesidad ni se acercaba a la intensidad que solía tener, y eso también me confundía.

Roth me tomó la mano y entrelazó los dedos con los míos. Mi corazón se quedó atolondrado. Recordaba un tiempo en el que habría apartado la mano de la suya con tanta rapidez que su cabeza habría dado vueltas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Estaba distraída por el hecho de que estuviéramos tomados de la mano de verdad, caminando por la acera abarrotada como una... como una pareja de verdad, una pareja de verdad. El aire se me quedó atascado en la garganta. Aquella era la primera vez que íbamos de la mano como una pareja y, a pesar de que no nos habíamos llamado «novio» o «novia», desde luego que lo éramos.

Una sonrisa atontada y estúpida tiró de mis labios y, mientras mi mirada bailaba sobre la gente que se apresuraba a llegar a donde fueran, dejé de enfrentarme a ella. Sonreí tan ampliamente que había muchas posibilidades de que mi cara fuera a partirse justo por la mitad.

En ese segundo, no pensé en lo que había pasado con Zayne, ni tampoco en el Lilin, en mis alas con plumas o el millar de problemas más que estaban esperando para abalanzarse sobre nosotros. Esa felicidad en la boca de mi estómago se extendió con rapidez, como si se hubiera roto un dique, y la calidez me recorrió zumbando. Mis pasos parecían de pronto más ligeros, y quería detenerme en mitad de la acera, tomar la cara de Roth y plantarle un beso. ¿Cuántas veces había querido que hiciera eso antes? Incluso aunque había estado apartándolo de mí, lo había deseado. Y ahora era mío.

—¿Layla? —Roth me apretó la mano—. ¿Por qué estás sonriendo? No es que me queje. Es una sonrisa bonita que flipas, y me hace querer...

Hice lo que quería hacer.

Me detuve en mitad de la acera, ignoré las miradas severas lanzadas en nuestra dirección, y nadie nos dijo nada después de recibir una mirada de Roth. Me estiré

sobre las puntas de los pies. Con mi mano libre rodeándole la nuca, guie su cabeza hacia abajo. Un destello de sorpresa apareció en su cara, y entonces cerré los ojos y presioné mi boca contra la suya. El beso fue breve, pero, cuando me aparté, su expresión me alegró el día.

Bajó la mirada hasta mí, con los ojos muy abiertos y las pupilas ligeramente dilatadas. Sus labios se encontraban entreabiertos, y la bolita de metal de su lengua relucía. La parte superior de sus pómulos estaba ruborizada. Parecía... parecía patidifuso.

—¿A qué... a qué ha venido eso?

Mi sonrisa iba a partirme la cara de verdad.

—Es solo que... bueno, es que hubo muchas veces que deseé en secreto que tú hicieras eso, y he pensado: ¿por qué no hacerlo yo?

Su mirada examinó mi cara.

—Solo quiero que sepas que, siempre que sientas la necesidad de hacer eso, quiero que lo hagas. No me importa lo que estemos haciendo, siempre voy a estar dispuesto a ello. Siempre.

Fue mi turno de ruborizarme, pero me centré en lo importante mientras comenzábamos a caminar otra vez. Sabiendo que nadie prestaría atención a lo que dijera, porque se oían cosas mucho más extrañas en las calles de Washington D. C., continué hablando.

—Vale, ¿qué piensas sobre mis alas con plumas?

Soltó una risa estrangulada.

—Me gusta cómo dices «plumas». —Hice una mueca—. Creo que son sexis —añadió.

Puse los ojos en blanco mientras nos deteníamos en un cruce.

—Por supuesto que sí, pero en realidad eso no me dice gran cosa. Quiero decir que eso no es normal, ¿verdad? Sé que Zayne las ha visto antes, y tú también, pero él me contó que solo las había visto una vez, en un demonio de Nivel Superior. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué ahora soy distinta, después de todo este tiempo?

Una expresión pensativa cruzó su rostro mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde.

—Bueno, has comenzado a transformarte recientemente. A lo mejor era así como se suponía que tenías que ser.

—Lo dudo —murmuré, y cuando el hombrecito verde se iluminó en el semáforo, comencé a cruzar.

—Ya, solo estaba tratando de ser optimista. —Roth ralentizó sus largas zancadas mientras examinaba la multitud a nuestro alrededor. Sonó un claxon, seguido por otro, y al pasar junto a un restaurante de aspecto delicioso nos llegó el fuerte aroma a carne asada—. Mira, había visto alas como esas antes, pero no tiene sentido.

—¿Por qué no...?

Me detuve al captar un vistazo de un blanco brillante reflejándose en las ventanas

delanteras de un edificio de oficinas. Me paré, con el corazón acelerado mientras buscaba su fuente.

Roth sintió el cambio de inmediato.

—¿Qué pasa?

—He visto un aura toda blanca —expliqué, caminando otra vez mientras me esforzaba por captar otro vistazo del aura a través de los colores mareantes que pasaban junto a nosotros—. Era deslumbrante, demasiado brillante para ser de un humano.

—¿Un Guardián?

Asentí con la cabeza. Tenía que ser un Guardián, a menos que se tratara de un Alfa. Aunque dudaba que los últimos estuvieran merodeando por las calles. Por lo que yo sabía, tenían el mismo aspecto todo el tiempo, y no había forma de que escondieran esas alas.

La mano de Roth se tensó alrededor de la mía, y una sensación de alarma arraigó en mi estómago. Podía ser cualquier Guardián, pero, si había captado su aura, también podría habernos sentido a Roth y a mí. Si se trataba de Nicolai o de Dez, seguramente se acercarían. Quizá Zayne no lo haría, dadas las circunstancias, y ese pensamiento me mataba.

Recorrimos otra manzana, silenciosos y alerta. Justo cuando nos encontrábamos a unos metros de un callejón, volví a notarlo. El Guardián estaba cerca.

Roth bajó la barbilla.

—¿Lo sientes?

Asentí con la cabeza y, mientras cruzábamos la boca del callejón, capté un vistazo de un blanco brillante otra vez, y mi cabeza se inclinó bruscamente hacia la derecha. Allí, hacia la parte trasera del callejón, había una enorme fuente de luz perlada. El aura se desvaneció y puede observar lo que existía más allá del resplandor.

Algo helado me bajó por la columna mientras tomaba aire con brusquedad. Incluso a pesar de la distancia, reconocía esa cara. ¿Quién no lo haría? La cicatriz serrada que la atravesaba desde el borde del ojo hasta los labios era inconfundible.

Se trataba de Elijah.

Mi padre.

En el fondo de mi mente, tuve un pensamiento un tanto débil sobre lo engañosa que era esa aura blanca. Me había querido muerta durante toda mi vida, a su propia hija. Pero los Guardianes tenían almas puras, sin importar qué pecados las mancharan.

Separé la mano de la de Roth y no pensé mientras me lanzaba por el callejón, corriendo hacia la parte trasera, donde lo había visto. No sabía por qué estaba siguiéndolo. No lo había visto desde que había ordenado que su hijo, mi medio hermano, acabara conmigo. Cuando Petr había desaparecido, Elijah se había marchado, y entonces yo había quedado bajo la protección de mi clan. Aunque ya no lo estaba tanto.

Pero ahora ya no necesitaba su protección.

En esos momentos, ninguno de nosotros necesitaba a Elijah merodeando por la ciudad. Ya teníamos suficientes problemas, y si había ido para enfrentarse a mí, lo cual era casi seguro, prefería ocuparme de él ahora en lugar de estar mirando por encima del hombro, esperando a que atacara.

—Joder —oí que Roth gruñía justo antes de salir corriendo detrás de mí.

Yo era rápida cuando quería, pero al doblar por la parte trasera del callejón, mi objetivo no estaba allí. Levanté la cabeza. Elijah estaba subiendo por la escalera de incendios con rapidez, y la gabardina oscura que llevaba se elevaba detrás de él.

—Podría ser una trampa —señaló Roth mientras me alcanzaba y miraba hacia arriba, en dirección a la parte superior. No me había dicho nada que yo no supiera—. Layla, tenemos que pensar en esto.

—Lo último que necesitamos es que nos persiga. Ya es lo bastante malo que su hijo haya estado haciéndolo como espectro. —Me giré hacia él—. Eso es lo último de lo que ninguno de nosotros necesita preocuparse.

—Enana...

Mi mirada se cruzó con la suya durante un momento, y después me di la vuelta. Corrí hasta la escalera de incendios, di un salto y me aferré al pasamanos. Mi cuerpo se inclinó hacia un lado y después al otro. Mis pies golpearon la escalera.

—Vale —dijo Roth detrás de mí—. Estás loca, pero eso ha sido una locura sexi. —Soltó un gruñido mientras aterrizaba en la escalera, junto a mí—. He pensado que podría compartirla contigo.

Subí a toda prisa por la escalera, decidida. Tan solo tardé unos segundos en subir lo que tenían que ser al menos diez pisos, y en el fondo de mi mente me pregunté cómo era posible. Siempre había sido más rápida y fuerte que un humano, pero no de ese modo. Pero aquel no era el momento para centrarme en las razones.

Al llegar a la parte superior de la escalera, me impulsé sobre el saliente y aterricé acucillada. Mis ojos se ensancharon mientras contemplaba la escena que había ante mí y mi estómago daba un vuelco.

Ah, puede que Roth tuviera razón.

Cayó junto a mí, maldiciendo entre dientes mientras los dos nos levantábamos. Elijah se encontraba de pie al otro lado de la azotea, pero no estaba solo. Había tres Guardianes con él, y los reconocí de cuando su clan había visitado el edificio.

El viento soplaba sobre la azotea, hinchando el abrigo de Elijah a su alrededor mientras su fría mirada se clavaba en mí. Una emoción fea y odiosa se elevó en mi interior, extendiéndose a través de mis venas como si fuera ácido para baterías.

—Hola, papá.

La sorpresa se grabó en sus duras facciones. Fue breve, y desapareció cuando sus labios se curvaron en una mueca, distorsionando la cicatriz serrada.

—No me llames así.

—¿Por qué? —pregunté mientras Roth se acercaba más a mí, pero yo estaba

concentrada en ese ser que se suponía que tenía que quererme. ¿No era eso lo que hacían las madres y los padres, de forma innata o algo así? ¿Por qué los míos eran la excepción a la norma?—. Eres mi padre.

Uno de los otros Guardianes, un hombre alto de pelo oscuro, le dirigió una mirada interrogativa a Elijah. ¿Es que no lo sabían? Una sonrisa horrible tiró de mis labios, carente de toda calidez. En lugar de eso, estaba llena de desprecio y diecisiete años de preguntas.

—Sí, a lo mejor recuerdas cómo te enrollaste con Lilith —continué—. La mismísima Lilith.

—Cállate —siseó, y sus manos formaron unos puños carnosos.

Un bajo gruñido de advertencia retumbó desde Roth mientras una oleada de calor emanaba de su cuerpo, pero mi sonrisa se ensanchó.

—Y vosotros dos fuisteis quienes me produjisteis a mí. ¿Qué pasa? ¿Creías que no lo sabía? —Dos de los Guardianes que se encontraban detrás de él intercambiaron miradas de inseguridad—. ¿Qué pasa? —repetí—. ¿Ellos no lo sabían?

—Eso no importa.

Su nariz comenzó a aplanarse y su mandíbula se estiró, extendiéndose para abrir hueco a los enormes colmillos que podían atravesar sin esfuerzo el acero y el mármol.

—¿Seguro? —Sabía que estaba presionándolo; su furia parecía una tercera persona sobre la azotea. Prácticamente podía estirar el brazo y tocarla, pero estaba demasiado concentrada en mi propia furia como para tener miedo. Después de tanto tiempo, por fin era capaz de enfrentarme a él. Era como una fantasía secreta que se estuviera volviendo realidad por fin—. Te tiraste a Lilith.

—¿«Tiraste»? —Roth se rio entre dientes y después dijo—: Dios, te quiero.

Elijah saltó ante ese comentario.

—¿Querer? ¿Un demonio? ¿Hablas en serio?

—No —le advertí, sintiendo que el espacio por debajo de mi cuello comenzaba a cosquillar—. No intentes actuar como si supieras algo sobre lo que es querer. No eres mejor que yo, y ni de coña eres mejor que él. Él es mil veces mejor de lo que tú jamás podrías esperar ser.

Elijah resopló.

—¿Él? ¿Un demonio? Eres una...

—Es el Príncipe Heredero —lo atajé, y mis manos se cerraron con fuerza—. No es cualquier demonio. Pero, aunque solo fuera un Esbirro, seguiría siendo mejor que la gente como tú.

—Esa es mi chica —murmuró Roth.

—¿Por qué estás aquí? —exigí saber, impulsada por una furia que ardía tan profundamente y de forma tan brillante que era como mi propio sol personal—. Espera, deja que lo adivine. ¿Quieres matarme?

—Te estaba siguiendo el rastro. Sabía que con el tiempo acabarías reapareciendo. —Su piel comenzó a oscurecerse—. Y debería haberme ocupado de ti cuando no eras

más que un bebé. Desde el momento en que esa zorra te dejó conmigo tendría que haber sabido que no estabas bien. Que serías como esa puta...

—Ten mucho cuidado con lo que estás a punto de decir —aconsejó Roth con suavidad—. Estás a punto de insultar a mi chica, y no me va a hacer ninguna gracia. En absoluto.

—Qué más da. —Me obligué a encogerme de hombros. Sí, lo que había dicho Elijah dolía, pero ya había superado de sobra mis problemas paternos—. Es lo mismo de siempre, otra vez. Prueba con algo nuevo en la próxima ocasión.

El Guardián de pelo oscuro que había detrás de Elijah mostró los colmillos, pero él lo detuvo.

—No puedo decir que me sorprenda encontrarte con un demonio.

Roth dio un paso hacia delante y se situó entre Elijah y yo.

—No puedo decir que me sorprenda descubrir que eres tan feo como tu hijo. Ah, espera. Tu hijo muerto. No me acordaba.

La mirada helada de Elijah se dirigió hacia él.

—No hables de mi hijo.

—No voy a hablar de él, pero solo porque es peor que la escoria que llena las calles ahí abajo —dijo Roth, con la voz siniestramente calmada—. Pero ¿quieres saber qué es lo que hice con su columna vertebral después de arrancársela del cuerpo?

Eso fue lo que la lio.

Sobre todo porque, después de que yo le arrebatara el alma a Petr en defensa propia, Roth le había arrancado la columna a Petr de su cuerpo, y supuse que Elijah lo habría averiguado.

Los Guardianes se transformaron. La ropa se desgarró mientras los cuerpos se expandían y la piel se endurecía. Las alas se extendieron, y aparecieron unas garras. La gabardina que llevaba Elijah quedó hecha jirones por la espalda. Era impresionante en su verdadera forma, y unos cuernos dividían su pelo oscuro.

—Voy a acabar con los dos —prometió.

—Por favor —se rio Roth.

Y entonces, el demonio se puso en plan malote. No se transformó. A esas alturas no necesitaba hacerlo, porque no le parecía que fueran una amenaza lo bastante grande.

El Guardián de pelo oscuro se lanzó hacia delante y Roth se agachó y lanzó una patada que lo alcanzó en las rótulas, barriéndole las piernas por debajo del cuerpo. El gran peso sacudió la azotea, pero tan solo se quedó allí durante medio segundo. Volvió a ponerse en pie y se giró hacia Roth, pero este era tan rápido como el rayo. Se agachó por debajo del brazo extendido del Guardián y apareció por detrás de él. Plantó la bota sobre la espalda del Guardián, haciéndolo caer de rodillas.

Por encima de la cabeza del Guardián, Roth levantó la mirada y me guiñó un ojo.

Me guiñó un ojo en mitad de una pelea.

Vaya.

Los otros dos Guardianes se lanzaron hacia Roth, y mi corazón se encogió cuando uno casi lo alcanzó. Pero el demonio giró, y una luz roja y palpitante salió de su palma. Como si sus dedos estuvieran hechos de gasolina, un fuego lamió su mano y después salió disparado como un misil, que el Guardián esquivó por los pelos.

Elijah comenzó a dirigirse hacia mí.

—¡*Bambi!*— dije, invocando a la familiar—. Ayuda a Roth.

Hubo un cosquilleo por encima de mi ombligo, y después, por debajo del dobladillo de mi jersey, una sombra oscura y retorcida salió flotando y se derramó en el espacio que tenía delante. La sombra se dividió en un millón de bolas del tamaño de canicas, rebotando en silencio por la azotea. Se lanzaron las unas hacia las otras, tomando forma con rapidez.

Bambi levantó la cabeza en forma de diamante, con sus ojos rojos reluciendo a la luz del sol. Su boca se abrió, revelando unos colmillos del tamaño de mi mano. Parecía hambrienta.

Claro que *Bambi* siempre parecía hambrienta.

La serpiente se lanzó a través de la azotea y se dirigió hacia la derecha, en dirección a un Guardián de pelo más claro. Roth se quitó de su camino como un remolino mientras *Bambi* atacaba y clavaba las mandíbulas en la garganta del Guardián. Hubo un sonido como un chillido muy agudo.

La risa baja de Roth me provocó escalofríos sobre la piel mientras avanzaba hacia el tercer Guardián, jugando con él y disfrutando claramente. Era hermoso observar la gracia en su forma de moverse, casi como un bailarín actuando sobre un escenario.

—¿Ahora contaminas tu cuerpo con familiares?

La voz de Elijah estaba cargada de desprecio.

—¿En serio? ¿Es que tengo que repetir lo que he dicho? ¡Tú te enrollaste con Lilith!

Elijah rugió.

—Y me arrepiento de haber provocado tu creación con cada aliento que tomo. Al igual que estoy seguro de que Abbot se arrepintió de salvarte la vida.

Ay. Eso... Vale, eso me hería más profundamente de lo que pensaba, así que me encogí de dolor, porque la herida era demasiado reciente. Pero ese dolor dio paso a algo ardiente y rojo en mi interior. Los músculos de mi estómago y mis piernas se tensaron, y dejé que el cambio me dominara.

Era hora de jugar en serio.

Un aire frío me azotó la espalda mientras mi camiseta se rompía por el cuello. Mis alas se desplegaron, formando un arco por detrás de mí mientras sentía que mi piel se endurecía, como si se estuviera congelando.

Elijah se detuvo en seco de inmediato, boquiabierto.

—¿Qué demo...?

—Sí. Mis alas tienen plumas ahora. Es muy raro. Lo sé.

Negó con la cabeza mientras daba un paso hacia atrás para alejarse de mí; literalmente retrocedió. En lugar de detenerme a pensar en eso, lo usé como ventaja. Recordando todas las técnicas ofensivas que Zayne me había enseñado a lo largo de los años, empleé el poder en mis piernas y en mi interior. Me di la vuelta, más rápido de lo que jamás me había movido antes, y lancé una patada hacia arriba que golpeó a Elijah en el pecho.

El golpe lo hizo tambalearse, pero fue una victoria pequeña. Lanzando un puñetazo que haría sentir orgulloso a un boxeador, golpeé a Elijah en la mandíbula, echando su cabeza hacia atrás. El dolor estalló en mi mano, pero lo ignoré mientras levantaba la mirada para cruzarla con la de Roth.

—Joder —dijo, sin quitarme los ojos de encima mientras su mano salía disparada y atrapaba al Guardián por la garganta. El orgullo y algo mucho más profundo ardían en esas profundidades leonadas—. Sigue siendo sexy que flipas.

Lancé una sonrisa rápida en su dirección antes de volver a girarme hacia Elijah, justo a tiempo para esquivar las garras que estaban tratando de alcanzar mi cara.

—No puedes existir —gruñó, con las pupilas dilatadas.

Di un salto hacia atrás mientras él trataba de alcanzarme otra vez, pero atrapó mi ala con sus garras y retorció la mano. Oí un crujido casi delicado, y un dolor alarmante cruzó mi ala como un arco, hasta golpear mi hombro y descender por mi columna.

Incapaz de detenerlo, se me escapó un grito, pero esa chispa de dolor encendió un fuego en mi interior. Comencé a levantar la rodilla, pero, antes de que pudiera musitar «gilipollas», Elijah me golpeó el pecho con la palma.

El golpe me hizo perder pie y atravesar el aire, como si me hubiera lanzado. Salí volando hacia atrás, por encima del borde de la azotea que daba al callejón.

—¡Layla!

Roth profirió un grito aterrorizado.

Mientras comenzaba a caer por el aire vacío, el instinto salió del modo piloto automático. El dolor en mi ala izquierda me arrancó el aire de los pulmones, pero me enfrenté a él y apreté los dientes mientras recuperaba el control. El movimiento fue como llevar una cerilla encendida a mi ala, pero me elevé un par de metros por encima de la azotea.

¡Me había roto el ala!

Sobresaltado, Elijah gritó mientras buscaba en su abrigo desgarrado y sacaba una daga, y supe sin tener que acercarme siquiera que se trataba de hierro... y si tenías la más mínima cantidad de sangre de demonio, el hierro podía ser letal.

Se agachó y después se lanzó al aire, y ese fuego dentro de mí ardió hasta quedar fuera de control. Atravesé la azotea a toda velocidad mientras Elijah levantaba la mano y lanzaba la daga en mi dirección. Me tiré al suelo de hormigón y la daga pasó volando por encima de mi cabeza. Le atrapé las piernas al Guardián, clavándole las garras mientras tiraba hacia abajo con todas mis fuerzas.

Elijah no había esperado ese movimiento, así que cayó mientras yo le lanzaba un zarpazo, con las puntas de mis garras esquivándolo por un par de centímetros. Me di la vuelta y atacé con las garras, pero esta vez no lo rocé: mis garras lo golpearon justo en el pecho, clavándose profundamente y abriendo la piel endurecida. La sangre brotó y después se derramó. La impresión cruzó el rostro de Elijah mientras retrocedía dando traspiés, en dirección al borde de la azotea, apretándose el pecho con las manos. No era un golpe mortal, pero, mientras me miraba fijamente, vi que era mi oportunidad. Su garganta era vulnerable y estaba expuesta. Si lo alcanzaba allí, ya no se recuperaría.

Di un paso hacia él, y mis alas se crisparon mientras levantaba la mano otra vez. Tenía los músculos muy tensos a causa de la expectación. Quería hacerle caer de rodillas, acabar con él. Era mi padre, y había tratado de que me mataran más veces de las que probablemente yo fuera consciente siquiera. Matarlo sería comprensible, estaría justificado incluso, porque, si no lo hacía, seguro que iba a ir a por mí una y otra vez.

Mis ojos se clavaron en los suyos, azules, y toda esa furia y ese dolor giraron juntos en un ciclón de emociones revueltas y sucias. Todos esos años sintiéndome como si no encajara, como si fuera repudiada e indeseada. El aturdimiento al saber que mi propia carne y sangre me quería muerta me golpeó con tanta fuerza como cuando había descubierto la verdad, y entonces...

Me sentí triste por él.

Podría haber sido la niña pequeña que lo admirara. Podría haber sido una buena hija para él. Podría haber tenido años para conocerlo. Podría haberlo querido.

Pero él había tomado la decisión de no tener nada de eso.

Al final, me di cuenta de que él no merecería la vida de culpa que tendría que soportar.

Bajé la mano y me alejé un paso de Elijah mientras notaba que un Guardián caía en la azotea, con fuerza suficiente para agrietar el cemento. Mientras comenzaba a hablar, un borrón oscuro, una sombra, apareció por encima del saliente, y después atravesó la azotea.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera moverse o reaccionar, Sam apareció allí, de pie entre Elijah y yo. Pero no era Sam, tal como comprendí con una nueva punzada de dolor, sino el Lilin. No se detuvo a charlar mientras se lanzaba hacia Elijah. El último Guardián que quedaba en pie gritó, pero sus palabras se confundieron en su cara agrietada, y su grito se interrumpió cuando Roth lo derribó y lo dejó fuera de combate.

En un nanosegundo el Lilin estuvo encima de Elijah, rodeando su garganta con la mano y haciéndolo bajar casi medio metro, hasta su nivel. Al principio, estaba tan aturdida que me quedé inmóvil. Ver lo que parecía Sam incapacitando por completo a un Guardián era muy extraño. Mi cabeza casi no podía hacerse a la idea del hecho de que aquel no era el flacucho Sam, sino una versión tuneada de la peor pesadilla de

todo el mundo.

Los hombros del Lilin se elevaron mientras inhalaba profundamente. El terror me inundó al darme cuenta de que se estaba alimentando de Elijah. Su aura parpadeó, como una luz fundiéndose, y entonces desapareció. Un viento frío me golpeó, agitando los mechones de pelo que estaban sueltos alrededor de mi cara mientras yo me tambaleaba hacia un lado, sabiendo que era demasiado tarde. El Lilin era demasiado rápido, demasiado letal. Había atacado como una cobra, y su veneno era el más mortal de todos.

Roth apareció de repente detrás de mí, rodeándome la cintura con un brazo para mantenerme atrás, pero a decir verdad yo no me movía, porque sabía... Dios, sabía que había terminado.

En cuestión de segundos, el Lilin liberó a Elijah. La espalda del Guardián estaba antinaturalmente rígida mientras retrocedía hasta el saliente. A esas alturas esperaba que se transformara en algo horrible, tal como lo había hecho Petr cuando le arranqué el alma, pero eso no sucedió.

La piel de Elijah se volvió rosada mientras regresaba a su forma humana y sus alas se plegaban dentro de su espalda. Los colmillos y las garras retrocedieron. La herida de su pecho, la herida que yo le había provocado, era ahora todavía más gore, y la cicatriz de su cara destacaba con claridad.

No había ningún espectro.

No quedaba nada del alma de Elijah.

Aquellos ojos azules, normalmente llenos de odio, estaban apagados y desenfocados mientras Elijah caía hacia atrás, por encima del saliente. Desapareció.

El Lilin se giró con rapidez para mirarnos. De inmediato, comenzó a transformarse, y su cuerpo se contorsionó mientras se doblaba hacia delante antes de enderezarse y echar la cabeza hacia atrás. Ganó volumen tanto a lo largo como a lo ancho.

—Ay, Dios mío —susurré al comprender algo nuevo y horrible.

El Lilin estaba adoptando la forma de Elijah, al igual que había hecho con Sam. Se estaba convirtiendo en algo totalmente diferente, y en cuestión de unos momentos lo que parecía Sam ya no se encontraba delante de nosotros.

En lugar de eso, había una réplica exacta de Elijah, incluso con la cicatriz que le cruzaba un lado de la cara, hasta llegar a la comisura de sus labios.

—De nada.

El Lilin también sonaba como Elijah; lo único que faltaba era su aura. Tal como había ocurrido con el doble de Sam, no había nada alrededor de él.

El Lilin se inclinó sobre sus poderosas piernas mientras sacudía los hombros. Su piel se endureció hasta volverse de granito y unas enormes alas aparecieron, extendiéndose tras él. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa burlona, y después se lanzó al aire y desapareció con rapidez por encima de los demás edificios.

Respirando con fuerza, tiré de Roth, y su brazo se apartó de mí. Caminé hacia el borde del edificio y miré hacia abajo, hasta la calle. Se había reunido una multitud de personas. Algunos estaban retrocediendo, llevándose las manos a las bocas. Alguien se dio la vuelta y se dobló sobre sí mismo.

Cerré los ojos con fuerza mientras mi estómago se retorció. El verdadero Elijah había caído a la acera, y la cosa estaba... hecha un desastre. Con la garganta tensa, aparté la mirada y me obligué a respirar hondo.

—Tenemos que advertir a los demás Guardianes.

Capítulo diez



Caían copos desde las gruesas nubes que había en el cielo, y una fina capa de nieve cubría los tejados de los edificios. El crepúsculo estaba invadiendo la ciudad con lentitud, y abajo las farolas se estaban encendiendo, junto con las luces blancas de Navidad que habían colgado entre los árboles.

Mientras permanecía cerca del saliente mirando hacia abajo, observando a los humanos caminar con prisa o detenerse para pedir un taxi, pensé que si pudiera capturar aquel momento con una cámara de fotos casi parecería la tarjeta de felicitación navideña perfecta.

Había algo tranquilizador en el hecho de que millones de personas continuaran adelante con sus vidas, completamente inconscientes de esa oscuridad real que amenazaba su ciudad. Después de tanto tiempo, lo comprendía al fin: por qué los Alfas exigían que los humanos no tuvieran ni idea de la existencia de los demonios. Tenía que ver con más que el deseo de tener fe en un poder superior. También era una cuestión de protección, al permitir a los humanos vivir sus vidas cada día, porque, si supieran la verdad, el mundo cambiaría de forma irrevocable y quedaría dañado aún más de lo que estaba por la forma descuidada en que los humanos trataban a otros humanos.

Una calidez mantuvo a raya el frío cuando Roth se colocó detrás de mí. Me rodeó la cintura con el brazo y apoyó la barbilla por encima de mi cabeza. No había ninguna rigidez en su abrazo, ni en mi reacción ante él. Aunque aquello era nuevo para ambos, aquella sinceridad sobre nuestros sentimientos, no había nada de la extrañeza que imaginaba que tenían muchas parejas.

No estábamos en el mismo edificio que antes. Ahora nos encontrábamos cerca del distrito federal, esperando a los miembros de mi clan. Por hábito, le había mandado un mensaje corto a Zayne, diciéndole que no confiaran en Elijah, y que si lo veían, no era el Guardián que conocían. Habían pasado unos minutos antes de que respondiera, demostrando que no había estado dormido envuelto en piedra, tal como habría estado normalmente a esas horas. Había solicitado una reunión, así que estábamos esperando. Los nervios formaron una maraña en la boca de mi estómago. Iba a ver a Zayne otra vez, y eso ya sería muy duro, pero lo peor era que suponía que también vería a otros miembros del clan. Tal vez incluso a Abbot, así que me sentía como una bola de temor y ansiedad.

Roth no estaba demasiado emocionado con todo este asunto, lo cual explicaba por qué *Bambi* se hallaba una vez más enroscada alrededor de mi cintura y Cayman también se encontraba allí, junto con Edward. Estaban de pie en las esquinas del edificio, como dos centinelas.

Dos centinelas muy bien vestidos.

Los dos llevaban pantalones oscuros, una camisa blanca y zapatos de cuero brillantados. No tenía ni idea de cuál sería la razón. A lo mejor habían salido de clases de baile de salón o algo parecido. Podía imaginar perfectamente a Cayman haciéndolo.

—¿Cómo está tu espalda? —preguntó Roth tras unos momentos.

Yo no había mencionado que me dolía la espalda por donde Elijah me había agarrado el ala, pero Roth tuvo cuidado de evitar la zona y no irritar el foco del dolor.

—Ya no duele tanto, pero creo que me ha roto algo.

Los músculos de su brazo se tensaron.

—Cuando lleguemos a casa, quiero echarle un vistazo, si transformarte no te hace demasiado daño.

Casa. Mi casa estaba con Roth. Eso era tan cierto que ni siquiera necesitaba cuestionármelo. Permanecimos en silencio durante unos cuantos segundos, y entonces dije abruptamente:

—Ya lo entiendo.

Su mano se aplanó sobre mi estómago, justo por encima del ombligo, mientras él levantaba la barbilla. *Bambi* se movió en mi piel, estirándose y moviéndose más cerca de él.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó en voz baja.

—Por qué los Alfas exigen que los humanos no sepan la verdad —expliqué, descansando la cabeza sobre su pecho—. Antes pensaba que eso era una gran estupidez. ¿Cómo podría causar ningún daño saber la realidad? Sabrían que hay un Cielo y un Infierno, y todo lo demás que hay en medio. A lo mejor entonces la gente actuaría bien.

—A lo mejor —murmuró, y su brazo se tensó mientras nos movía ligeramente.

—Pero de eso se trata. La gente actuaría bien, pero solo porque no vivirían, no en el momento. —El viento se aceleró, y sonreí un poco al darme cuenta de que Roth se había movido para bloquearlo—. Estarían petrificados. Por eso no pueden saberlo. O, al menos, es parte de la razón.

—Supongo que tiene sentido. Para mí es difícil de comprender, ya que cuando me crearon ya lo sabía... bueno, todo. —Se rio entre dientes cuando puse los ojos en blanco, aunque era imposible que me hubiera visto—. Entonces, ¿qué? ¿Ahora quieres protegerlos?

Fruncí ligeramente el ceño mientras miraba la ciudad desde arriba.

—Siempre he querido protegerlos.

Su pecho se elevó contra mi espalda.

—Eres más que eso, Layla. ¿No quieres una vida alejada de identificar demonios?

—Ya no estoy tan convencida de eso. Tú lo sabes. —Me giré e incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo. Me estaba observando desde arriba, con la cabeza inclinada tal como hacía siempre que trataba de comprender alguna emoción humana que no entendía—. Y sí que quiero más.

—¿Como qué? —me desafió—. ¿Qué quieres hacer cuando esto termine?

¿Cuando terminara qué? ¿La pelea con el Lilin? ¿Recuperar el alma de Sam? ¿La guerra entre los Guardianes y los demonios? No tenía ni idea de si aquello terminaría, ni de cuándo sería, pero tenía que aferrarme a la esperanza de que ocurriera. De que los dos seguiríamos en pie al final, al igual que todos aquellos que quería. No podía permitirme considerar aunque fuera brevemente la idea de que no habría un después.

—Creo... creo que me gustaría ir a la universidad —le dije—. Bueno, eso significa que tendré que terminar el instituto primero. Eso tiene sentido.

Sus labios se crisparon.

—¿Ese es tu gran plan?

Pensé en todas las solicitudes que llenaban el suelo de mi antigua habitación, en el edificio de los Guardianes, y asentí con la cabeza.

—Sí, y... y quiero viajar primero. Quiero ver lugares fuera de esta ciudad.

—¿Como cuáles? —preguntó, levantando la mano y recorriendo la línea de mi mandíbula con los dedos—. Yo sigo pensando en Hawái.

Sonreí.

—Eso estaría bien. Pues sí, añádelo a la lista.

—Necesitamos otros lugares para hacer una lista, enana.

—Vale. Quiero ir a Nueva York... Dez dice que es increíble. Y Miami. Quiero caminar por la playa. —Y ya que estaba, comencé a decir más lugares—. Quiero pasear por el Barrio Francés de Nueva Orleans, y quiero visitar Galveston...

—Galveston... ¿en Texas? ¿Por qué?

—Una vez leí un libro ambientado allí. No importa. Quiero ver Dallas, en plan vaqueros de verdad y tal.

Se rio mientras me apartaba un mechón de pelo.

—Los vaqueros de verdad son un poco difíciles de encontrar.

—Los encontraremos. Estoy segura. Y después quiero ver el cartel de Hollywood, y tal vez incluso Portland. Allí llueve bastante, ¿verdad? No sé si querría quedarme mucho tiempo, pero creo que realmente me gustaría ver el Monte Rushmore... ah, y Canadá. Puedo continuar —añadí—. Pero creo que es un buen comienzo.

Los ojos de Roth tenían los párpados caídos, y eso me provocó un rubor en las mejillas.

—Es una lista genial.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. ¿Qué quieres hacer cuando todo esto acabe?

—¿En serio? —Cuando asentí con la cabeza, él bajó la suya y me dio un beso rápido en la punta de la nariz—. No puedo creer que tengas que preguntármelo.

Planeo estar donde quiera que estés tú.

Mis labios se curvaron de inmediato en una de esas sonrisas grandes de aspecto extraño mientras mi corazón se hinchaba dentro de mi pecho, como si fuera un personaje de dibujos animados de la vieja escuela. Estaba esperando a que mis ojos se convirtieran en corazones exagerados y saltones.

—Esa es... esa es la respuesta perfecta.

—Eso es porque soy perfecto.

—Bueno, pues esa no es la respuesta perfecta —repliqué, seca.

La advertencia de Cayman cortó la risa con la que me respondió Roth.

—Ya vienen.

Nos giramos hacia donde estaba señalando. En la distancia, parecían grandes pájaros atravesando las nubes. El estómago me dio un vuelco cuando descendieron para aterrizar. Zayne se encontraba allí; estaba en mitad del grupo, e incluso con su auténtica forma, yo sabía que se trataba de él.

Otros tres Guardianes estaban con él, y cuando se acercaron a la azotea reconocí a dos de ellos como Nicolai y Dez. Parte de la intranquilidad disminuyó, pero no toda. Dez era del clan de Nueva York, y había visitado por primera vez Washington D. C. con su pareja, Jasmine. Aunque no había estado muy seguro de mí al principio, parece que pronto le caí bien. Supongo que fue porque los dos éramos forasteros a nuestra manera. Nicolai siempre había tenido debilidad por mí, y yo por él. No era mucho mayor que Zayne cuando había perdido a su pareja y a su hijo. Rara vez sonreía, pero, cuando lo hacía, podía dejarte sin aliento.

El cuarto miembro del grupo me conmocionó.

Tenía que ser Danika.

—Interesante —dijo Roth, apartando el brazo que me rodeaba. Sin embargo, no se alejó.

Lo de «interesante» se quedaba muy corto. Los Guardianes no permitían salir mucho a sus mujeres, pues preferían tenerlas en jaulas doradas. Era una de las muchas cosas que había odiado sobre nuestra raza. Por supuesto, comprendía que la población de Guardianes estaba menguando y que las mujeres eran los objetivos principales de los Demonios de Nivel Superior, pero, aun así, la idea de que las dejaran recluidas hacía que me entraran ganas de darle un puñetazo a algo.

Al igual que sabía que ponía furiosa a Danika.

Danika era mucho más salvaje y alocada que su hermana mayor, Jasmine, y yo me había pasado buena parte de mi etapa formativa odiándola sin ninguna razón más que el hecho de que le gustaba Zayne, y sería capaz de monopolizar todo su tiempo con una sacudida de su lustroso pelo negro.

Cayman y Edward no se movieron de sus puestos, pero miraron en dirección a los Guardianes que se aproximaban. El grupo de cuatro aterrizó en el tejado, y su impacto retumbó como un trueno. Entonces Cayman le echó un vistazo a Roth, que asintió con la cabeza. Tanto Cayman como Edward desaparecieron, como si nunca

hubieran estado allí, pero yo todavía podía sentirlos. Se encontraban cerca, vigilando, y si yo podía sentirlos, los Guardianes también podían.

Zayne avanzó a zancadas, con la barbilla inclinada hacia abajo y las alas plegadas. El estómago me dio un vuelco inestable mientras mi mirada se dirigía hacia Nicolai y después a Danika. La estaban bloqueando, manteniéndola detrás de ellos.

Eso era algo que a ella claramente no le emocionaba demasiado.

Caminó hacia delante y pasó junto a Zayne rozándolo, y él dirigió la mirada hacia el cielo con un músculo palpitando en su mandíbula. Danika cambió a su forma humana y se dirigió directamente hacia donde Roth y yo nos encontrábamos, con su piel gris dando paso a un alabastro inmaculado. Dez murmuró algo entre dientes mientras Nicolai la seguía, con una expresión de preocupación tirando de las comisuras de sus labios.

Sin volver a mirar a los hombres, ella dirigió la mano en su dirección y todo lo que dijo fue:

—Que no se os ocurra tratar de detenerme.

Nicolai se detuvo en seco, con las cejas levantadas.

Yo me puse rígida, al igual que Roth.

Absolutamente impávida, Danika fue directamente hasta donde nos encontrábamos y, antes de darme tiempo a pestañear, me rodeó con los brazos y me apretó. Un aroma afrutado, como de manzanas, me envolvió mientras *Bambi* se deslizaba hasta mi espalda, alejándose de ella. Danika era fuerte, como una jugadora de fútbol, y me tragué un gritito mientras me apretaba contra su pecho. El dolor apagado se encendió hasta una aguda sensación palpitante a cada lado de mi columna vertebral, reforzando mi creencia paranoica de que Elijah podría haberme roto una de las alas... una de mis alas con plumas.

—Con cuidado —aconsejó Roth, solo lo bastante fuerte como para que nosotras lo oyéramos—. Está herida.

—¡Ay, Dios! Lo siento. —Danika me liberó de inmediato, y me habría caído hacia atrás si Roth no hubiera estado ahí para estabilizarme—. ¿Qué ha pasado? ¿Que te...?

—Estoy bien —le aseguré, todavía sorprendida por la bienvenida. Seguía sin estar acostumbrada a nuestra nueva amistad.

Le echó un vistazo cauteloso a Roth; era evidente que no confiaba en él al cien por cien. Él le contestó con una sonrisa retadora de labios tensos.

—He estado muy preocupada —continuó ella, dando un pasito hacia atrás mientras se pasaba las manos por las caderas, envueltas en tela vaquera—. Cuando Zayne dijo que habías contactado con él porque había ocurrido algo y que iban a venir a hablar contigo, decidí venir. Necesitaba decir que lo sentía.

—Danika —la llamó Nicolai con suavidad.

—¿Que sentías qué? —pregunté, mirando hacia los demás Guardianes. Zayne estaba observando ahora a Roth como si quisiera tirarlo de la azotea. Dez no parecía

sorprendido del todo, pero Nicolai... bueno, él tenía aspecto de querer tomarla en brazos y salir volando, lo cual era... era extraño.

—Lo que te hicieron —contestó ella, y sus mejillas se volvieron rosadas—. Este clan. No estuvo bien, y quería darle una patada en los huevos a Abbot.

—Las disculpas se dan con demasiada frecuencia como para que signifiquen algo, pero me caes bien —murmuró Roth—. De verdad que sí.

La mirada de Danika fue con rapidez desde él hasta mí, y entonces dio otro paso hacia atrás mientras Nicolai se acercaba.

—En cualquier caso, estuvo mal. Tú nunca harías daño a propósito a Zayne ni a nadie más.

Bueno, la verdad era que le había hecho daño a Zayne, aunque no fuera de forma física, y eso era incuestionable. Suponía que Danika lo sabía. Cuando volví a mirarlo, vi que él todavía no había mirado en mi dirección. Me sentí repulsiva por ello, pero volví a centrarme.

—Gracias, Danika, y... eh, lo agradezco mucho. —Me giré hacia Nicolai y Dez—. Y también estoy en deuda con vosotros. Gracias por buscar a Roth y ayudarme a salir de ese almacén. Todos ayudasteis a salvarme la vida.

Era cierto.

Gracias a ellos, yo seguía estando en pie. En lugar de seguirle la corriente a Abbot, habían buscado a Roth y se habían enfrentado a su propio clan, corriendo un gran riesgo personal para salvarme.

—Me alegra ver que te has recuperado —dijo Dez, y yo sonreí.

—Lo mismo digo —añadió Nicolai—. Te he conocido durante casi toda tu vida, pequeña, y nunca creí, ni una sola vez, que tú fueras responsable de lo que estaba pasando en el edificio o fuera de él. —Noté una sensación cálida y agradable por dentro—. Tal vez te alegre saber que los problemas no han desaparecido en absoluto desde que tú no estás. Todavía no hemos sido capaces de exorcizar el espectro de Petr. Cada vez que lo intentamos, él lo percibe y abandona la casa.

—Está demostrando ser tan imbécil como lo era en la vida real —comentó Dez, demostrando que el hijo de Elijah, mi medio hermano, no le caía demasiado bien. Hizo una pausa—. Por cierto, Jasmine te manda saludos.

—Salúdala también de mi parte —respondí débilmente, y, como una idiota, levanté la mano y meneé los dedos.

Dez sonrió y apartó la mirada, algo que hacía a menudo cuando estaba conmigo. Casi me entraron ganas de clavarme los malditos dedos en los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al fin Zayne, y cuando lo hizo, mi mirada se dirigió hacia él. Estaba observando fijamente a Roth, y eso hizo que mi estómago se retorciera de forma dolorosa—. El mensaje decía que había habido un incidente con Elijah, y que no confiáramos en él.

Nicolai cruzó los brazos por encima del pecho mientras plegaba las alas. Permaneció en su forma de Guardián, como los otros dos; era impresionante.

—Nosotros nunca hemos confiado en Elijah. —Sus ojos estaban centrados en mí —. Sus creencias y acciones siempre han sido una fuente de disgusto entre nosotros.

—Bueno —dijo Roth, arrastrando la palabra—. Elijah ya no va a ser la fuente de nada nunca más.

Todas las miradas de los Guardianes se dirigieron hacia él, y su sonrisa de labios apretados se expandió.

—Estaría bien tener detalles —exigió Zayne, con la fría brisa agitando los mechones rubios alrededor de sus cuernos oscuros.

Decidí intervenir antes de que la conversación se fuera cuesta abajo.

—Elijah está... ya no existe —expliqué, y después me apresuré a continuar al oír la brusca maldición de Dez—. Nosotros no lo hemos matado.

—Aunque no es porque no lo hayamos intentado —me corrigió Roth, y, cuando le lancé una mirada envenenada, él se encogió de hombros—. ¿Para qué mentir, enana? Habíamos salido a buscar al Lilin...

—Nosotros nos estamos ocupando de eso —lo atajó Zayne, levantando la barbilla.

—Seguro que sí —replicó Roth, y aunque se trataba de una provocación, yo sabía que era capaz de mucho más en lo relativo a ser un gilipollas con Zayne. Aquello había sido muy suave—. ¿Y cómo os va con eso a todos?

Zayne movió la mandíbula, como si fuera a hacerse añicos todos los dientes. Al no haber ninguna respuesta inmediata, Roth añadió:

—¿Alguna pista? Nop. Eso pensaba. —Cambié el peso de un pie a otro mientras Dez entrecerraba los ojos y Danika comenzaba a mirar el suelo de la azotea—. Bueno, como estábamos diciendo, habíamos salido a buscar al Lilin cuando Layla vio a Elijah. Él y otros tres miembros del clan nos estaban rastreando desde los tejados. Nos enfrentamos a ellos, y nos atacaron.

—Todavía me quería muerta —explicó—. Ninguna novedad, vaya.

Zayne echó un vistazo en mi dirección, pero no entabló contacto visual.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, *Bambi* se comió a uno de los Guardianes. La verdad es que no me da ninguna pena —continuó Roth, y *Bambi* movió la cola junto a mi cadera, como si estuviera contenta por el reconocimiento. Cerré los ojos durante un momento—. Y yo... digamos que puse a otro fuera de servicio, de forma permanente. Fue en defensa propia, lo juro.

—Seguro que sí —murmuró Nicolai, mientras avanzaba para ponerse ligeramente enfrente de Danika.

Ella no parecía molesta por lo que había ocurrido.

—Si eran de su clan, no los echarán de menos.

—Danika —la reprendió Dez.

—¿Qué pasa? —Ella levantó las manos—. Es la verdad. Son todos imbéciles, y todos lo sabemos.

Los labios de Nicolai se crisparon.

—¿Qué pasó con el tercer Guardián?

—Estaba echándose una siesta en la azotea cuando nos marchamos. No sé si se habrá despertado, o si algún demonio habrá aparecido para hacerle cosas muy muy malas. —Roth volvió a encogerse de hombros—. Ni lo sé, ni me importa.

—¿Y Elijah? —preguntó Zayne con voz tensa.

Respiré hondo mientras levantaba la mano para apartarme el pelo suelto de la cara.

—Estaba luchando contra él...

—¿Estabas luchando contra Elijah? —preguntó Nicolai, alzando las cejas.

—Eh. ¿Sí?

Danika me dirigió una amplia sonrisa.

—Increíble.

Negué con la cabeza.

—El Lilin apareció y se interpuso entre nosotros. Tomó el alma de Elijah... la consumió. No hubo ningún espectro. No quedó nada, y después el Lilin cambió su apariencia.

—Ahora tiene el aspecto de Elijah —añadió Roth—. Por eso Layla pensó que sería una idea inteligente advertiros. El otro Guardián que estaba con él, si es que todavía sigue vivo, estaba fuera de combate cuando el Lilin tomó el alma de Elijah. No tendrá ni idea de que no se trata del verdadero Elijah si el Lilin decide regresar al clan.

—Joder —murmuró Dez—. No estoy seguro de que sepamos dónde están escondidos aquí para poder advertirles. A lo mejor Geoff lo sabe.

La expresión de Nicolai se volvió pensativa.

—Si no, tengo la sensación de que Abbot podría tener una idea.

Me encogí internamente ante la mención de su nombre, pero seguí hablando.

—Como he dicho, queríamos advertiros a todos, solo por si intenta ir al edificio. —La siguiente parte fue la peor—. Basándome en cómo el Lilin pudo hacer una imitación de Sam tan convincente, creo que obtiene los recuerdos de la persona cuando consume su alma.

—Eso tiene sentido —dijo Danika, echando un vistazo a los chicos—. El alma es la esencia, el mismo núcleo de nuestro ser. Seguro que lo contiene todo.

Nicolai exhaló con aspereza.

—Si ese es el caso, entonces el Lilin sabrá muchas cosas.

—Demasiadas —afirmó Zayne, y comenzó a darse la vuelta, desplegando sus alas de un gris profundo—. Tenemos que hablar con mi padre y con los demás.

Dez y Nicolai estuvieron de acuerdo. Danika se quedó atrás, mirándonos a Roth y a mí.

—No te pierdas —dijo en voz baja—. ¿Vale? Tenemos que trabajar juntos si queremos detener a esa cosa.

Asentí con la cabeza, sintiéndome extraña mientras los observaba. Era difícil pensar en un momento en que Zayne se estuviera marchando a alguna parte y yo no fuera a ir con él. Mientras los Guardianes se daban la vuelta, di unos pasos hacia delante. Aunque en lo más profundo sabía que debería dejarlos marchar, dejarlo marchar a él, no pude detenerme. Había demasiados años entre nosotros como para limitarme a fingir que éramos extraños.

—¿Zayne? —lo llamé.

Se encontraba en el borde cuando pronuncié su nombre, y me pareció que sus hombros se tensaban, pero entonces se arrodilló y se lanzó hacia el cielo sin mirar atrás.

Sin responderme siquiera.

Capítulo once



Ya había caído la noche cuando llegamos a los Palisades para encontrarnos con Cayman.

El club que había bajo el edificio de apartamentos de Roth estaba repleto de demonios, además de humanos con auras oscuras y turbias que los rodeaban. Noté que se me revolvía un poco el estómago, pero nada importante. Una música sensual sonaba con fuerza mientras las súcubos balanceaban sus caderas cubiertas de diamantes sobre el escenario. Relucían y centelleaban como las luces de Navidad colgadas del techo.

Las luces de Navidad eran algo irónico, tal como estaban las cosas.

La mano de Roth rodeaba la mía con firmeza mientras me conducía alrededor del escenario. Cuando pasábamos por las esquinas a oscuras, me esforzaba por ver lo que estaba ocurriendo allí, pero lo único que pude distinguir fue otro juego de cartas entre una mujer demonio y un humano que no tenía muy buen aspecto, a juzgar por el tono amarillento de su piel.

Una de las bailarinas de la jaula llevó la mano hasta mí, y después soltó unas risitas salvajes cuando Roth la miró con el ceño fruncido, en señal de advertencia. Él tensó la mano sobre la mía.

—No voy a alejarme de ti —le dije. La última vez que habíamos ido allí, él me advirtió que no bailara con nadie, y bueno, yo acabé bailando con un súcubo y un incubo. A veces, necesitaba la supervisión de un adulto.

Su risa sonó por encima de la música.

—La verdad es que no voy a correr ningún riesgo ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

Él me soltó la mano, me pasó el brazo por encima de los hombros y me apretó contra su costado mientras nos abríamos paso entre las mesas. Bajó la cabeza, rozó mi mejilla con los labios y después me dijo al oído:

—¿Te he dicho lo mucho que me gustan esos pantalones?

—¿Eh? —Bajé la mirada y contuve un gruñido. Eran ajustados, y prácticamente había tenido que tumbarme aquella mañana para poder ponérmelos—. Tu gusto y el de Cayman para la ropa son un asco.

Se rio entre dientes.

—No puedo dejar de mirarte el...

—¿Rostro? —sugerí, servicial.

—Hum...

Me besó el lóbulo de la oreja mientras por fin dejábamos atrás el escenario.

—¿Tal vez el pelo?

—No precisamente —respondió él.

Sonreí.

—Entonces, tienes que estar mirando mi ombligo.

—Eso se acerca más. —Hizo una pausa mientras nos aproximábamos a la barra—. Más tarde puedo darte una explicación con manos incluidas de lo que llevo mirando todo el día.

Mis mejillas se ruborizaron.

—Qué amable eres.

—¿Qué puedo decir? Me sacas el lado altruista.

Cayman salió de detrás de la barra antes de que pudiera responder a esa última afirmación y tiró el paño blanco sobre el mostrador.

—Vamos al despacho —dijo.

Yo nunca había visto el despacho, así que sentía curiosidad. Cayman nos condujo por una puerta justo al lado de la barra en la que ponía «SOLO EMPLEADOS», pero alguien había tachado el «LE» de «EMPLEADOS» y había añadido un «AL» encima, convirtiendo el cartel en un «SOLO EMPALADOS».

Qué agradable.

El pasillo era estrecho y estaba iluminado por antorchas de verdad sujetas a la pared con argollas.

—Qué elección decorativa tan interesante —comenté.

Cayman sonrió mientras Roth cerraba la puerta detrás de nosotros, cortando el zumbido de la música.

—Caramelito mío, ya sabes que lo hacemos todo con estilo.

Roth resopló.

El despacho se encontraba tres puertas más allá, y la habitación no se parecía en absoluto a lo que esperaba. Para ser sincera, ni siquiera estaba segura de qué era lo que esperaba, pero desde luego no aquello. El lugar estaba decorado con colores pálidos: paredes azul turquesa, escritorio blanco y una estantería vacía. Había una silla de un rosa intenso delante del escritorio, junto a un sillón reclinable con estampado de leopardo. Un sofá de cuero gris se encontraba contra la pared, y encima había una foto gigante enmarcada de One Direction.

Y estaba firmada por todos los miembros, incluido el que se había marchado.

Me quedé boquiabierta.

—Yo no he decorado este despacho —explicó Roth al ver la expresión de mi rostro.

Cayman se sentó en una silla de aspecto bastante normal que había tras el escritorio y colocó los pies encima del mueble.

—Lo quería todo negro. Paredes negras. Muebles negros. Bla, bla, bla. A mí me gusta tener algo de color de vez en cuando.

Guardándome mis opiniones, me dirigí hacia el sofá y me senté.

Antes de que fuéramos al club, le había mandado un mensaje a Stacey explicando lo que había ocurrido mientras Roth ponía al día a Cayman. A cambio, ella envió un montón de signos de exclamación y un montón de caras con el ceño fruncido a causa de lo que había ocurrido con Elijah. Aunque sabía que no había ningún cariño en absoluto entre nosotros, también sabía que ver morir a Elijah no había sido fácil.

Y saber que cualquier parte de él que estuviera fuera del Lilin se encontraba en el Infierno tampoco me sentaba demasiado bien. Odiaba a ese tío, pero una eternidad en el Infierno, entre las criaturas que él había ayudado a encerrar ahí, no podía ser como un paseo por el parque.

Peor todavía, ahora que había visto lo ocurrido con Elijah, sabía lo que le había pasado a Sam, y sentí náuseas. En algún lugar ahí fuera estaba el cuerpo de Sam, frío y olvidado, y ya sabía dónde se encontraba lo que quedara de su alma.

No quería pensar en ello, pero era incapaz de detenerme. Mis pensamientos se dirigían hacia otra cosa y después volvían a Sam de golpe, a lo que le había ocurrido.

Cuando Roth terminó con Cayman, me levanté del sofá de un salto.

—¿Podemos subir a tu *loft* en lugar de volver a la casa?

—Si eso es lo que quieres... —dijo, apartándose del escritorio en el que había estado reclinado—. Dudo que los Guardianes vengan a buscarnos ahora. Estaremos a salvo.

Aliviada por eso, supe que me alegraría ver el *loft* otra vez. Me había puesto nostálgica, y la verdad era que lo prefería a la enorme casa de Maryland. Sí, la supermansión tenía cosas buenas y todo eso, pero era demasiado grande y parecía fría, formal.

Cayman me pellizcó la nariz mientras pasaba junto a mí, dirigiéndose hacia la puerta del despacho.

—Pediré que os suban algo rico y grasiento.

El estómago me gruñó, recordándome que no había comido desde aquella mañana. Teníamos que subir la escalera ya que el ascensor solo bajaba, hasta ahí abajo, y para cuando logré llegar a pie hasta el piso superior, casi deseé haberme subido a la espalda de Roth.

Los pequeños sabuesos no estaban protegiendo la puerta.

—¿Dónde están tus amigos?

—Es su hora de comer —dijo—. No necesitas saber más que eso.

Uf.

Cuando Roth abrió la puerta del *loft*, un aire cálido nos dio la bienvenida. Entró, encendió las luces, y yo caminé hasta la mitad de la habitación y miré a mi alrededor.

—Todo está igual que antes —señalé, observando la enorme cama de tamaño extragrande. Las sábanas negras estaban alisadas y bien colocadas, y mientras miraba

en dirección a la puerta que llevaba a la azotea, vi que no había ni una sola mota de polvo que manchara el piano. Los mórbidos cuadros de fuego y sombras oscuras seguían colgados a la perfección.

Roth se dirigió hacia la estantería llena de tomos antiguos de aspecto aburrido y se quitó los zapatos.

—Nadie lo cambiaría.

—Pero alguien lo ha mantenido limpio.

—Cayman. —Aquello tenía sentido—. ¿Esperabas que estuviera diferente? —preguntó mientras se quitaba la camiseta.

Se me secó la boca, como si fuera la primera vez que me encontraba en su *loft* y lo observaba hacer eso. Su cuerpo era una obra de arte esculpida.

—Su... supongo que sí.

Sus pestañas bajaron y me dirigió una sonrisa arrogante, como si supiera que me había distraído por él.

—Hemos estado lejos de aquí por lo que parece una eternidad, pero en realidad no ha sido tanto tiempo.

Roth tenía razón.

Pero demasiadas cosas habían cambiado desde entonces. Yo había cambiado, así que era extraño ver algo que permanecía intacto desde... desde antes. Roth se frotó el esternón con la mano y la bajó hasta el cinturón de los vaqueros, cerca del colorido tatuaje del dragón, y hubo algo en ese movimiento que me provocó un hueco en el estómago. Tomé aliento de forma entrecortada. Él levantó las pestañas, y sus ardientes ojos color ámbar se encontraron con los míos.

La embriagadora tensión estaba ahí, empujándonos y tirando del uno hacia el otro. Siempre había sido así entre nosotros, y la cosa no estaba disminuyendo.

Tres sombras salieron de su cuerpo y flotaron con lentitud hasta el suelo. Se solidificaron en la forma de los gatitos. Dos de ellos corrieron a esconderse debajo de la cama. El tercero, *Thor*, trotó hasta mí, se frotó contra mi pierna ronroneando como un motor en miniatura, y después desapareció también debajo de la cama sin hacerme sangre, lo cual era una mejora.

—Me pregunto qué harán allí abajo.

Roth levantó uno de sus anchos hombros.

—Si te soy sincero, yo no quiero saberlo.

—Probablemente sea una sabia elección. —Fui hasta la cama, me senté en la esquina y me quité las botas—. Me alegra que estemos aquí. Echaba de menos este sitio.

Él sonrió ligeramente mientras yo levantaba los pies del suelo, sin confiar en esos malditos gatos incluso aunque por el momento se estuvieran portando bien conmigo.

—La verdad es que tiene su encanto.

Me disponía a responder cuando Roth se estiró con lentitud; había algo en el hecho de ver todos esos músculos y la piel funcionando juntos con fluidez que me

hizo perder por completo el hilo de mis pensamientos.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

Incapaz de hablar, negué con la cabeza.

Mientras bajaba los brazos, Roth caminó hasta el minifrigorífico negro y sacó una botella de agua. Le quitó el tapón y dio un buen trago antes de volver a dejarla en su sitio. Después me miró. Me observaba no como si estuviera esperando que me derrumbara en cualquier momento, sino como si estuviera preocupado. No tuvo que preguntar nada mientras caminaba hacia mí.

—No... no dejo de pensar que así fue como... como murió Sam —admití—. Aunque piense en cualquier otra cosa, él vuelve a entrar en mi mente.

Roth se arrodilló delante de mí.

—Layla...

—Ya viste lo que hizo el Lilin. Tomó el... tomó el alma de Elijah, ¡y después se la tragó! El alma quedó consumida, y esa cosa se parecía a él después. —Levanté la mirada y la crucé con la de Roth—. Así es como murió Sam, y esa es la razón por la que el Lilin tenía su aspecto. Debe de haber sido muy doloroso. —Cerré los ojos con fuerza durante un momento—. Pero habrá sido rápido, ¿verdad? Con Elijah, me pareció que sucedía muy rápido.

Él me puso las manos sobre las rodillas y frotó con suavidad.

—Fue rápido.

Bajé los hombros mientras negaba ligeramente con la cabeza.

—En... en realidad no estoy mal por lo de Elijah, pero él era mi padre. ¿Qué dice eso sobre mí?

Su expresión se endureció.

—No dice nada sobre ti. Ese gilipollas donó esperma. Esa es la verdad; eso es todo. No era tu padre. No le debes ni un solo momento de tristeza. No le debes nada.

Lo que decía era cierto, pero...

—Sigue siendo difícil no sentirme culpable.

No respondió mientras me examinaba con atención.

—A veces... a veces eres muy humana, Layla, y a pesar de ello no hay ni una gota de sangre humana en ti.

—¿Socialización? —sugerí, y Roth se rio entre dientes—. Pero lo digo en serio. Es la influencia de Stacey y de... y de Sam sobre mí, creo. Me mantuvieron humana, y eso me gusta. Me gusta sentirme humana.

—Me encanta eso de ti.

Su respuesta fue rápida y me sorprendió.

—¿De verdad?

Asintió solemnemente con la cabeza, y yo sonreí un poco.

—No le debes nada a Elijah —insistió—. Por favor, dime que lo comprendes.

—Lo comprendo.

Pero era más difícil aceptarlo. Su mirada siguió examinándome.

—No estarás planeando nada, ¿verdad?

Me quedé inmóvil.

—¿Como qué?

—¿Algo para recuperar el alma de Sam? —dijo, y sus ojos se clavaron en los míos—. No intentes negarlo; sé que eso es lo que quieres. Yo iré y...

—No —lo interrumpí—. No puedes bajar allí. Sé que, si lo haces, te atraparán. No puedes hacerlo.

Entrecerró los ojos.

—Alguien ha estado hablando con Cayman.

No traté de negarlo.

—No quiero que te arriesgues.

—¿Ni siquiera por Sam? —me desafió.

Saber lo que planeaba hacer hacía más difícil pronunciar la siguiente palabra.

—No.

—Y yo no quiero que tú te arriesgues por él —replicó—. No me importa que suene cruel. Tú no quieres que lo intente, y a mí me pasa lo mismo contigo.

Decir lo que dije a continuación fue todavía más difícil que esa única palabra, porque iba a mentir y no quería que hubiera ninguna mentira entre nosotros, pero tenía que hacer algo por Sam. No tenía otra opción, y sabía que si se lo contaba a Roth, él encontraría la forma de detenerme, o bajaría hasta allí conmigo. Ninguna de esas dos cosas podía ocurrir.

—¿Cómo podría conseguir el alma de Sam? —pregunté—. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Roth me miró fijamente en silencio, y supe que tenía las respuestas. Si Cayman las tenía, él también debía de tenerlas, pero si Cayman sabía también que Ángel no estaba en el Infierno en esos momentos, entonces había muchas posibilidades de que Roth también fuera consciente de ello. Y yo también sabía que existía la posibilidad de que Roth planeara acudir a Ángel a pesar de los riesgos.

Tendría que llegar yo primero, antes de que él lo hiciera.

—¿Crees que podrías transformarte rápido, antes de que llegue Cayman con la comida? Quiero echarles un vistazo a tus alas.

Negarle eso a Roth solo iba a retrasar lo inevitable, y di gracias por el cambio de conversación. Me quité el jersey. Había dos pequeñas rasgaduras en la parte de atrás, donde mis alas habían atravesado el tejido antes, pero la camiseta sin mangas de debajo parecía intacta.

Antes de cambiar de forma, probé lo que Roth había hecho con los gatitos. Me pasé los dedos sobre la zona donde *Bambi* estaba descansando y, como si nada, esta salió de mi piel. Genial.

Bambi fue hasta Roth primero, y le dio un golpecito en el muslo con la nariz. Él se agachó y le respondió con unas palmaditas sobre la cabeza. Ella, apaciguada por eso, se deslizó hasta la silla de respaldo bajo que había junto al piano. Se enroscó,

dejó descansar la cabeza sobre el brazo, y pareció quedarse mirando por la ventana.

Transformarme ya no me resultaba difícil. En realidad, ni siquiera tenía que concentrarme, ni levantarme siquiera. Quise que ocurriera, y eso fue lo que pasó. Noté un cosquilleo en la espalda y después mis alas comenzaron a salir, con un dolor en la izquierda, y cuando le eché un vistazo, vi que colgaba ligeramente, como las alas de bebé de Izzy.

—Creo que está rota —le dije.

Roth caminó hasta la cama, se sentó y se giró hacia mí. Examinó el ala.

—¿Te duele?

—Sí —admití—. Pero no demasiado.

Su mirada se dirigió hasta mi cara, y después regresó a mi ala.

—Puede que te la rompiera, pero parece que ya se está curando. —Sus dedos rozaron el borde de las plumas, sin acercarse a la parte dolorida. Aunque su toque era suave, me provocó un escalofrío que me atravesó de todos modos. Apartó la mano de inmediato—. ¿Te he hecho daño?

—No. Solo están supersensibles. —Arqueó una ceja mientras abría la boca y después la cerró. Sonreí y dije—: Creo que tu mente acaba de bajar a las alcantarillas.

—Enana, mi mente existe allí. —Me guiñó un ojo ante mi risa, y después me examinó el ala durante unos momentos más—. Creo que si puedes dejarla descansar durante unas horas, un día como máximo, estarás perfectamente.

Miré hacia atrás, al ala triste y torcida.

—¿Crees que se me caerán las plumas?

—¿Qué?

Me ardieron las mejillas.

—A lo mejor estoy pasando por alguna clase de metamorfosis y voy a mudar esas alas.

Parecía que Roth quería reírse, pero en lugar de eso me besó sabiamente el hombro desnudo. Se levantó de la cama y caminó hasta donde había dejado el agua.

—Odias mucho esas cosas, ¿verdad?

—No es que las odie. No exactamente. —Moví el ala derecha más cerca de mí y me pasé los dedos sobre las plumas, con cuidado—. Es solo que no las entiendo. Algunos demonios de Nivel Superior las tienen. Yo también las tengo, pero no soy ningún demonio de Nivel Superior.

Roth tomó un trago y después bajó la botella.

—Ya sabes que ahora pareces un demonio de Nivel Superior a otros Guardianes y demonios, lo cual podría ser porque estás madurando. A lo mejor las plumas son otra señal de esa madurez. No eres como somos los demás, como ningún demonio, en realidad. Eres una mezcla, y eso hace que tus patrones de crecimiento sean difíciles de predecir. —Encogió un solo hombro—. En cualquier caso, esa es la mejor suposición que se me ocurre, pero la verdad es que estoy un poco fuera de mi elemento en ese aspecto. La mayoría de nosotros fuimos creados casi formados por

completo, y el crecimiento que otros tardan décadas en conseguir nosotros lo terminamos en un día.

—Sí que eres especial —murmuré entre dientes, y él sonrió.

—Las plumas y el aspecto que tienes ahora al transformarte... No, yo tampoco lo entiendo. Sé que mi respuesta no es de mucha ayuda, pero tú eres la primera que tiene tanto sangre de Guardián como sangre de demonio... y no la sangre de cualquier demonio, sino la de Lilith. Esto podría ser una etapa de ti convirtiéndote por fin en lo que eres en realidad.

En ese momento recordé que no le había contado lo del otro demonio, en la cafetería.

—Cuando fui a hablar con Zayne sobre... bueno, ya sabes sobre qué, un demonio de Nivel Superior entró en la cafetería después de que se marchara. Ya sabes que los demonios normalmente no me perciben, ¿verdad? Pues este sí lo hizo.

—Los demonios de Nivel Superior son diferentes, enana. Probablemente, algunos de ellos podrían sentir lo que eres.

Vaya.

Levanté la mirada hasta la suya.

—Pero ese demonio... huyó de mí, Roth. —Él levantó ambas cejas—. Salió corriendo cuando me vio, y parecía asustado —continué, inquieta por el recuerdo—. Nunca he sabido de ningún demonio de Nivel Superior que huyera de nada, ni siquiera de los Guardianes.

—No lo hacen. —Sus facciones se tensaron—. Lo único de lo que huiría un demonio de Nivel Superior sería del Jefe, de mí o de...

El corazón me dio un fuerte vuelco.

—¿O de qué?

El ceño fruncido de Roth no disminuyó su belleza, pero hizo que mi estómago se revoliera de todos modos.

—Huirían de uno de los originales.

—¿Los originales?

Se reclinó contra la pared, observándome con las pestañas bajas.

—Los originales, enana, esos que son como el Jefe. Los que cayeron.

—¿Los que cayeron...? —susurré para mí misma, y entonces lo comprendí—. ¿Te refieres a los ángeles que cayeron cuando fueron enviados aquí por primera vez para ayudar a la humanidad? —Roth asintió con la cabeza, y mis ojos se ensancharon—. ¿Tienen alas negras como un cuervo?

Sus labios se crisparon otra vez.

—Sí. Al igual que el Jefe.

Una presión se instaló sobre mis hombros.

—Pero eso...

—Eso no tiene sentido, lo sé. Por eso no había sacado el tema. Tú no eres una de los originales que cayeron. Evidentemente —añadió, y se llevó la palma de la mano

al pecho—. Por eso creo que es alguna clase de etapa. Acabas de comenzar a transformarte, enana. Todavía no sabes de qué eres capaz en realidad.

Suspiré. Si aquello era de verdad una fase, entonces, ¿qué sería lo siguiente? Cuernos por mi columna vertebral, como si fuera alguna clase de dinosaurio. O tal vez escamas como las de *Tambor*.

—Entonces, ¿por qué piensas que huyó el demonio?

—Hueles como yo.

—Eh... ¿me lo repites?

La sonrisa torcida reapareció.

—Tienes mi olor por todas partes. Otros demonios son capaces de percibirlo. —Resistí la necesidad de olfatearme—. Es único para los demonios —explicó—. Nuestros olores, digo. Es un poco como las huellas dactilares. La mayoría de los demonios con alguna neurona que funcione captarían mi olor y se marcharían en dirección contraria.

Todavía estaba tratando de no olfatearme cuando recordé que Zayne había dicho una vez que podía oler a Roth en mí. De pronto, lo que siempre olía estando con él tuvo sentido.

—Tú hueles a algo dulce y... almizcleño.

La sonrisa se desvaneció, y transcurrió un largo momento mientras me observaba con intensidad.

—Tú hueles a la luz del sol.

El aliento se me quedó atascado en la garganta. No tenía ni idea de a qué olería la luz del sol, pero imaginaba que sería algo bueno, y pensé que había sido muy bonito por su parte decírmelo.

De repente cohibida, llevé la mano hasta el borde de mi ala derecha y jugueteé con ella.

—Me siento como... un pavo real.

—Por lo visto, volvemos a los pájaros. —Su expresión se suavizó—. Muchos creen que los pavos reales son hermosos.

—¿Qué hay de las cacatúas?

Los ojos de Roth se iluminaron.

—Estoy seguro de que también habrá quien las encuentre hermosas.

—¿Y las palomas?

Se rio entre dientes.

—Layla, no hay nada en ti que me recuerde a una paloma.

—Está bien saberlo.

Hubo una pausa.

—¿Te has mirado a ti misma de verdad desde que ocurrió este... este cambio, mientras estás transformada? ¿Aparte de la primera vez?

Bajé la mirada y negué con la cabeza.

—Deberías hacerlo. A lo mejor entonces verás lo que yo veo. A lo mejor verás lo

que todos ven —dijo en voz baja—. Porque eres hermosa, Layla, y aunque puede que te diga esa palabra muy a menudo, no la pronuncio porque sí. Y he visto muchas, muchísimas cosas hermosas. La gente tan hermosa como los demonios son una atrocidad. Tú brillas con mucha más fuerza que ninguno de ellos, con diferencia. Es más de lo que hay en el exterior, viene desde dentro de ti. He visto un montón de cosas, y no hay nada nada que se acerque siquiera a ti.

Ay, Dios, mientras levantaba la mirada tenía el corazón y todas las estrellas del cielo en los ojos. Aquella era posiblemente la cosa más bonita que nadie me había dicho jamás, y sabía con cada célula que formaba mi ser que él creía en esas palabras. Que eran ciertas para él. Aquellas palabras eran su realidad.

Cayman llegó con la comida antes de que pudiera formular una respuesta medio decente, y Roth encendió el televisor. Volví a transformarme y entonces atacamos una fuente de hamburguesas, pollo frito y patatas. Él lo bañó todo de salsa ranchera, incluso su hamburguesa, algo en lo que no me había fijado antes.

Después me dirigí hacia el cuarto de baño para lavarme las manos y la cara, suponiendo que debía hacerlo después de que básicamente hubiera metido la cara en el plato de la comida. Cuando regresé, lo único que iluminaba la habitación era la luz de la pantalla. El plato ya no estaba y Roth se había estirado sobre la cama, con los brazos tras la cabeza. Su estómago estaba increíblemente plano, mientras que yo sabía que mi aspecto debía de ser de estar embarazada de un bebé hecho de comida.

A veces, y ese era uno de esos momentos, me sentía completamente sobrepasada en lo relativo a Roth.

Caminé hasta él, me subí a la cama y me tumbé de costado, de cara a él. Mi corazón estaba acelerado, como si hubiera corrido desde el cuarto de baño hasta la cama una docena de veces.

Roth giró la cabeza y me miró.

Yo me acerqué más a él.

Él me observó.

Me acerqué todavía más, hasta que la parte delantera de mi cuerpo quedó apretada contra su costado. Sin levantar la mirada hasta él, dejé descansar la cabeza sobre su pecho. Transcurrió un momento, y entonces bajó los brazos.

—Esta tarde no ha resultado ser como pretendía —dijo.

Entonces recordé su sorpresa.

—No pasa nada.

—Quería que fuera una cita —continuó, casi como si no me hubiera oído—. Algo normal. A cenar. O tal vez al cine. —Levanté la cabeza para mirarlo, sobresaltada. Sus ojos se encontraron con los míos—. Sé que parece una locura con todo lo que está pasando, pero eso es... eso es lo que hacen los humanos. Salen por ahí. Van a comer. Ven una película a la que en realidad ninguno de los dos le está prestando atención.

—Es verdad.

Se movió para ponerse de lado y bajó para dejar sus ojos a la altura de los míos.

—Creo que se pasan toda la cena y toda la película pensando en la otra persona, en lo que estará a punto de pasar cuando sea tiempo de marcharse. ¿Lo invitará ella a entrar? ¿La invitará él? ¿Habrá un beso? ¿O algo más?

Los dedos de mis pies se curvaron.

—¿Así es como tú pasarías el tiempo?

—Sí. Totalmente, sí —dijo—. Pero quería darte esa cita. Quería darte esa noche. Esa era mi sorpresa.

Conmovida, me estiré y le di un ligero beso en los labios.

—Quiero tener esa noche contigo, pero no la necesito. Lo que necesito es esto... estos segundos y minutos contigo. Eso es lo que siempre necesitaré.

Su mano se detuvo sobre mi brazo.

—Te mereces más que eso.

Y por estas palabras, él se merecía otro beso. Y por estas palabras, yo me enamoré más de él, a pesar de no saber cómo era posible.

—Hemos cenado juntos, y la tele está encendida. Eso vale tanto como una película. Y has apartado mi mente de las cosas malas, y me has dicho que soy hermosa. Me has dado la noche que querías.

Me miró fijamente durante un momento, y después las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Una sonrisa recorrió su cara, suavizando las líneas duras. Pasaron unos momentos antes de que hablara.

—¿Sabes por qué a veces tengo que alejarme de ti? —preguntó, deslizando los dedos por mi brazo.

La pregunta me pilló desprevenida.

—No.

Roth siguió el movimiento de su mano con la mirada.

—Cada vez que estoy contigo quiero tocarte. —Los músculos de la parte baja de mi estómago se tensaron como respuesta a su confesión—. Ni siquiera estoy seguro de si es un deseo o una necesidad de hacerlo —continuó, y sus espesas pestañas descendieron, ocultando sus ojos. Sus dedos avanzaron por mi estómago hasta llegar a mi cadera—. Siempre ha sido así, desde la primera vez que te vi. Incluso entonces, quería tocarte. Creo que es porque... no hay nada como tú en el lugar de donde vengo. Tu bondad inherente —dijo, levantando la mirada hasta la mía—. Puedo sentirla. No sé, a lo mejor es solo que me gusta cómo siento tu piel bajo mis manos. ¿Quién sabe? Puede que tenga un problema con los límites.

Sonreí.

—Quizás un poquito, pero no me importa. —Nos quedamos tumbados en silencio durante unos momentos y mis pensamientos comenzaron a alejarse más allá de esa noche, más allá de todos nuestros problemas más apremiantes, hasta llegar a un futuro muy desconocido—. He estado pensando.

—Oh, no.

Me reí con ligereza, y después todo el humor que sentía se desvaneció.

—¿Qué vamos a hacer? —susurré.

Roth se puso rígido.

—Esa es una pregunta muy amplia, enana.

—Lo sé. —Me acerqué más a él y permití que la calidez de su cuerpo se colara dentro del mío—. Pero estoy pensando en dentro de una década.

—Hum... Una década. Me gusta cómo suena eso.

—Estaba pensando en dentro de dos décadas. Tres. Cuando esté en la cuarentena y parezca una cuarentona, y tú estarás igual que ahora —expliqué, mirando fijamente a la oscuridad—. ¿No va a ser extraño?

—No.

No hubo ni un solo momento de duda por su parte, pero me reí.

—Venga ya, en algún momento va a parecer que eres mi hijo. La sangre de Guardián que hay en mí significa que envejeczo, Roth. Puede que parezca más joven de lo que seré cuando sea mayor, pero envejeceré y también...

—No lo digas. —Su voz sonaba entrecortada—. No termines esa frase.

Tragué saliva mientras levantaba la cabeza, encontrándome con su mirada brillante.

—Pero es cierto. ¿Cómo vamos a estar juntos cuando yo tenga noventa años y tú aparentes dieciocho? ¿Cómo...?

—No sé cómo vamos a hacerlo, pero conseguiremos que funcione. De algún modo. ¿Y quién sabe si continuarás envejeciendo? Entiendo que lo hayas hecho hasta el momento, pero tal vez eso pare. Layla, eres mitad demonio, y los demonios no envejecen. Tal vez la sangre de Guardián ha diluido algunos aspectos, pero fíjate en lo que ha pasado al transformarte últimamente. Estás cambiando, y no sabes... no sabemos todo lo que significa eso.

—Haces que suene demasiado fácil —dije tras un momento—. Como si parecerme a tu abuela algún día no fuera para tanto.

—No lo es. —Me puso la mano sobre la mejilla—. Me parece que no entiendes lo que significa que un demonio se enamore, Layla. No desaparece. No se termina, incluso aunque nosotros lo deseemos. Amamos hasta la muerte. No es solo algo que decimos. Amamos, y amamos una vez, y es para siempre. Pase lo que pase. Y eso es un poco retorcido si piensas en ello, pero por suerte tú sientes lo mismo, así que esto no es incómodo. ¿Me comprendes?

Paimón, el demonio de Nivel Superior que había amado a Lilith y había puesto en marcha todo esto cuando trató de liberarla, había dicho algo similar, pero viniendo de Roth era como probar el chocolate por primera vez. No eliminaba todas mis preocupaciones, pero me hacía sentir mejor al respecto, me daba esperanzas de que podíamos enfrentarnos a ellas juntos, incluso aunque necesitara un andador cuando nos enfrentáramos al problema.

—Dios, Roth, a veces... a veces eres simplemente perfecto.

Esperaba una respuesta sarcástica, tal como haría normalmente, pero su mano subió hasta mi mejilla y después se deslizó alrededor de mi nuca. Me guio de modo que quedara acurrucada contra él, con la cabeza bajo su barbilla y una de sus piernas enroscada alrededor de la mía.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Pues claro.

El pulgar de Roth se movió de forma perezosa por la base de mi cuero cabelludo.

—Yo también necesito momentos como este.

Capítulo doce

De pie enfrente del sillón, me sentía como si hubiera bebido una caja de refrescos con mucha cafeína. Una energía nerviosa me consumía, y cambié el peso de un pie a otro de forma muy parecida a como había visto hacer a *Tambor* en casa de Stacey.

—¿No podemos esperar? —pregunté, secándome las palmas húmedas en las caderas—. O sea, de verdad creo que podríamos esperar.

Sonriendo como un gato que acabara de acorralar a una manada de ratones, Roth sabía que lo mejor era no acercarse demasiado a mí por el momento, porque había muchas posibilidades de que fuera a pegarle un puñetazo.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro, enana.

Arrugué la nariz mientras cruzaba los brazos por delante del pecho y echaba un vistazo a Cayman, que estaba trasteando con un artilugio enorme que parecía una herramienta eléctrica, aunque yo sabía que no lo era.

—¿De verdad puede hacerlo?

Cayman levantó la mirada hasta mí y sonrió.

—Puedo hacer cualquier cosa, pastelito.

—Cualquier cosa no —le recordó Roth.

Cayman se encogió de hombros y después presionó algo en la herramienta que sostenía y un fuerte zumbido llenó el despacho de la parte trasera del club. Mis ojos se ensancharon mientras mis músculos se tensaban.

—¿Se... se supone que tiene que hacer tanto ruido?

Cayman se rio.

—Enana, te has enfrentado a Trepadores Nocturnos y demonios Feroces, no puede darte tanto miedo hacerte un tatuaje.

Me giré hacia Roth como una exhalación.

—Tú no eres quien va a hacerse el tatuaje, así que a lo mejor podrías cerrar el pico. —Detrás de mí, Cayman resopló, y entonces me volví hacia él y le lancé mi mejor mirada fulminante—. Y tú también. Cállate.

Se calló.

—Tengo cinco tatuajes, enana, sé lo que se siente —me dijo Roth, adulador, con las manos levantadas a sus costados—. Dolerá un poco, pero eres fuerte. Lo superarás.

Yo no quería superarlo.

Tampoco quería estar actuando como un bebé, pero no podía tener ganas de sentarme y permitir que alguien me metiera tinta dentro del cuerpo. ¿Por qué había pensado que aquello era una buena idea?

Cayman se levantó.

—¿Vamos a hacerlo o no? Porque estoy seguro de que todos estamos atareados. Vosotros tenéis un Lilin que encontrar, y yo tengo tratos que hacer.

—Depende de ti, Layla —dijo Roth—. Si no quieres hacerlo, no lo hagas.

Una enorme parte de mí quería aceptar la salida que me ofrecía, pero tatuarme un familiar en la piel era lo más inteligente que podría hacer. Me haría más fuerte, y así tendría mi propio sistema de refuerzo incorporado si las cosas se salían de madre. Así que debía ser una mujer y seguir adelante.

—Quiero hacerlo.

Roth me sonrió mientras Cayman rodeaba el escritorio.

—Entonces, siéntate en el sillón —ordenó el demonio—. Vamos a comenzar con el espectáculo.

Me senté tal como me indicaba, y casi solté un chillido cuando Cayman presionó algo en un lateral y, de forma inesperada, puso el sillón en posición reclinable. Me aferré a los brazos del sillón, fulminándolo con la mirada.

—Habría estado bien que me avisaras.

—¿Y qué gracia habría tenido eso? —replicó—. ¿Ya sabes lo que quieres hacerte?

Eché un vistazo a Roth y asentí lentamente con la cabeza. Habíamos hablado sobre el tema la noche anterior, y había sido más difícil de lo que imaginaba elegir un familiar. La mayoría de mis ideas eran cutres. En un momento dado había sugerido una llama, y entonces Roth había anunciado que era hora de dormir, dado que mi cerebro claramente necesitaba recargarse.

—Un zorro —le dije a Cayman—. Porque son rápidos e inteligentes.

—Como yo —añadió Roth.

Puse los ojos en blanco.

—No es porque sean como Roth.

—¿Un zorro? Interesante —murmuró Cayman mientras hacía un gesto con su mano izquierda. Un taburete bajo apareció de la nada, y pensé que aquello molaba mucho—. Voy a necesitar algo de espacio para hacerlo. Levántate la camiseta.

La cabeza de Roth giró hacia él.

—Tal vez quieras volver a pensar en esa petición.

Cayman resopló mientras levantaba la mirada a través de un mechón de pelo.

—Por favor. Por muy guapa que sea nuestro pastelito de manzana, a mí no me va. Pero, si eres tú quien se quita la camiseta, me parece más que estupendo.

Fruncí los labios mientras Roth murmuraba:

—Lo que tú digas.

Respiré hondo y me levanté la camiseta de forma que mi estómago quedara

expuesto.

—Tengo la sensación de que esto va a doler.

—Estarás bien. —Roth se colocó detrás del sillón y me puso las manos sobre los hombros—. Tú puedes.

Cayman manejaba el instrumento como si supiera lo que estaba haciendo mientras comenzaba a inclinarse sobre mí. Me tensé, y él negó con la cabeza.

—Tienes suerte, caramelito. Esto va a ser mucho más rápido y fácil que con los humanos.

—¿Por qué?

Levantó la mirada hasta mí.

—Por la magia. —Lo dijo como si yo no fuera capaz de juntar dos neuronas—. Y porque te curarás muchísimo más rápido de lo que lo haría un humano. Ni siquiera necesitarás cubrirte el tatuaje.

—Vale.

Tendría que creerle.

—¿Cómo vas a llamar al zorro? —preguntó Cayman.

Me sentía tan tensa que pensé que muchas partes de mi cuerpo comenzarían a romperse.

—*Robin*.

Él alzó las cejas.

—¿Por qué *Robin*?

—Mi película favorita de Disney es esa en la que Robin Hood es un zorro —expliqué—. Así que *Robin*.

—Esa es mi chica —dijo Roth por detrás de mí—. De la cabeza a los pies.

Cayman levantó la mirada hasta Roth y después colocó la mano junto a mis costillas. Salté un poco ante el contacto, y entonces, como no podía apartar la mirada aunque sabía que debía hacerlo, lo observé llevando la pistola de tatuar hasta mi piel.

—¡Joder! —chillé, aumentando mi agarre férreo sobre los brazos de la silla. Un dolor agudo y punzante, como si me hubiera revolcado en un nido de avispas, encendió mi estómago entero—. ¿Que solo iba a doler un poco? ¿Estás de coña?

—Mejorará —me aseguró Roth, frotándose los hombros.

Sin mirarlo siquiera, oí la sonrisa en su voz, y me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara. Me ardía el estómago mientras Cayman me hacía el tatuaje, y solo después de una eternidad el dolor disminuyó, y creo que fue porque mi estómago simplemente se entumeció. Pero me quedé sentada y lo aguanté todo como una buena mitad demonio, mitad Guardián, y luché contra la necesidad de transformarme para protegerme.

Roth hizo lo que pudo para distraerme, preparándose para lo que sería tener mi propio familiar, y no solo uno del que teníamos una especie de custodia compartida.

Robin, mi familiar zorruno, probablemente dormiría durante el primer día o así y no se movería demasiado, y tampoco saldría de mi piel durante ese tiempo. Roth me

explicó que se vincularía a mí de forma no solo física, sino también emocional y mental. Mientras *Robin* descansara, accedería a mis recuerdos. Sabría todo de mí, y sí, eso daba un poco de mal rollo, pero, al igual que con *Bambi* y Roth, el familiar sería capaz de sentir cada vez que yo estuviera metida en problemas o necesitara que tomara forma.

Tan solo esperaba que no apareciera como un gigantesco zorro mutante, porque eso también daría muchísimo mal rollo.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero finalmente Cayman se apartó y apagó la pistola de tatuar.

—Ya está —dijo, y estiró los brazos por encima de su estómago.

Miré mi estómago dolorido, y lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo. Había un tatuaje enorme allí, que iba desde mi caja torácica hasta mi ombligo. Tal vez no fuera tan grande para algunos, pero para mí era gigantesco.

Y también precioso.

Dado que no había estado prestando atención a lo que hacía Cayman cuando se detenía y comenzaba otra vez, lo que vi fue una completa sorpresa. La capa de un castaño rojizo que cubría al zorro era tan realista que casi esperaba sentir el pelaje si bajaba la mano para tocarlo. Su cola estaba muy poblada, y tenía unas vetas blancas. El familiar estaba aovillado, con las patas traseras metidas por debajo del cuerpo y su largo hocico descansando sobre las delanteras. El detalle de Cayman era extraordinario, incluidas las espesas pestañas, los penachos blancos alrededor de los ojos cerrados y los bigotes negros.

Y lo que resultaba increíble de verdad era lo deprisa que la rojez se estaba desvaneciendo alrededor de los bordes del tatuaje. Cayman no había estado de broma al decir que tenía suerte. Sabía que, en cuestión de una hora o así, la piel habría sanado por completo.

Sin advertencia, uno de los bigotes del zorro se crispó, haciéndome dar un respingo en el asiento. Con una sonrisa, levanté la mirada hasta Roth.

—¡Ha movido el bigote!

Su sonrisa le llegó a los ojos, aclarando el color.

—Qué rápido. Tengo la sensación de que este va a ser activo.

—Espero que *Bambi* y él se lleven bien.

Era un poco como presentar al hermano pequeño a la hermana mayor, y esperar que ella no pusiera al intruso delante de un camión en marcha.

—Lo harán —aseguró él, curvando la mano alrededor de mi nuca—. Has estado muy bien, enana. Te mereces una recompensa.

Arqué una ceja, sabiendo que en realidad tampoco había estado tan bien. En realidad, había actuado como un bebé enorme.

—¿Una recompensa?

Roth asintió con la cabeza y después se agachó para besarme, pero no fue solo un roce rápido en los labios. Todos mis sentidos volvieron a concentrarse en él. Ni

siquiera sentía ya el dolor apagado en mi estómago. Su mano se deslizó hasta mi barbilla, manteniéndome donde estaba mientras profundizaba el beso y yo sentía esa bolita de metal en su lengua.

Ah, ese beso... Me hizo pensar en otras cosas, cosas que no eran apropiadas del todo teniendo en cuenta dónde nos encontrábamos y en el hecho de que el día se abría de par en par frente a nosotros. La noche anterior, después de que habláramos del familiar, habíamos estado demasiado agotados como para hacer nada que no fuera dormir, y ahora deseaba que hubiéramos usado de forma más sabia ese tiempo en privado. Necesitábamos ponernos en marcha, ya que había cosas muy importantes que teníamos que hacer, pero mi cuerpo se ruborizó y entonces levanté la mano para ponerla por detrás de su cabeza y entrelacé los dedos con su pelo revuelto.

—No os preocupéis por mí —dijo Cayman—. Yo no estoy aquí. Nop. No soy ningún sujetavelas que tiene que ver cómo os coméis la boca.

Roth levantó la cabeza y le lanzó una mirada envenenada a Cayman mientras yo me quedaba ahí sentada, disfrutando de los efectos secundarios del beso.

—¿Sabes? Podrías haberte marchado y ya está.

—No trates de aportar lógica a esta conversación —replicó él, poniéndose en pie. Cuando lo miré, vi que la pistola de tatuar había desaparecido. Cayman me guiñó un ojo mientras yo me bajaba la camiseta—. Como ha dicho Roth, no te sorprendas si tu familiar no se mueve demasiado al principio. Básicamente dormiré, pero cuando esté listo y sienta que estás en peligro, lo más probable es que salga.

Asentí con la cabeza y después me bajé del sillón para ponerme en pie. No me sentía distinta ahora que tenía mi propio familiar, pero estaba un tanto emocionada por ver a *Robin* en carne y hueso por primera vez.

Era el momento de salir a las calles. Había posibilidades de que, ya que el Lilin había aparecido el día anterior, también lo hiciera entonces, pero en esa ocasión estaríamos preparados. Teníamos que estarlo.

Cayman retrocedió hasta el escritorio, se reclinó contra él y cruzó los brazos.

—Antes de que os marchéis, ¿puedes hacerme un favor, Roth?

—Depende —dijo él, arrastrando las palabras.

—Tienes un libro arriba... el de los demonio menores. ¿Puedes prestármelo?

Roth levantó una ceja.

—Sí. ¿Cuándo me has pedido nada antes?

—Estoy pasando página.

Los ojos ambarinos de Roth se entrecerraron mientras miraba a Cayman.

—Puedes utilizarlo.

—¿Podrías traérmelo tú? —Roth lo miró fijamente—. *Je suis* cansado —dijo Cayman, imitando un acento francés que había oído una vez en un vídeo de YouTube—. Además, no quiero aparecer luego para buscarlo si tú y Layla estáis ahí haciendo travesuras, porque entonces tendrías que hacerme daño si viera sus partes femeninas, y...

—Vale —lo atajó Roth, rascándose el pelo con los dedos, irritado—. Pero deja de hablar.

Cayman sonrió.

Murmurando entre dientes, Roth caminó hacia la puerta y desapareció. Pestañeé, odiando que lo hiciera. Resistí la necesidad de tocarme el vientre ahora tatuado y mantuve las manos a mis costados.

—Esa ha sido una petición muy extraña.

—En realidad, no quiero ese libro. Leer es muy aburrido —replicó, apartándose de la mesa.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿por qué...?

—No tenemos mucho tiempo. Esta mañana fui al *loft* y escondí ese libro detrás de un montón de libros polvorientos que parecían un coñazo, pero Roth volverá aquí enseguida —explicó—. Anoche recibí noticias de que Ángel ha regresado pronto al Infierno. Ya está allí.

Al principio, lo único que pude hacer fue mirar fijamente a Cayman. Ángel, el mismísimo Ángel de la Muerte, había vuelto al Infierno, y era el único ser que podía liberar el alma de Sam. La emoción y el temor explotaron como un cohete dentro de mí. Por fin podía hacer algo por Sam, pero también sabía que aquello no iba a ser sencillo.

—Si estás lista para ir ahí abajo, te sugeriría que lo hicieras pronto, por si acaso Ángel cambia de idea —continuó—. Además, he oído que está de buen humor, así que ahora sería un momento genial para rogarle y suplicarle. Porque en realidad eso es lo único que puedes ofrecerle, ¿verdad? Tus ruegos.

Pestañeé.

—Eso es lo único que se me ocurre. Es el Ángel de la Muerte, y si pasa parte de su tiempo en el Cielo, en realidad no puede ser malo del todo.

—Entonces, ¿tienes la esperanza de poder apelar a su sentido innato del bien y la justicia? —preguntó, y cuando yo asentí con la cabeza él se rio—. Ay, mi loca Layla, qué mona eres.

Crucé los brazos y exhalé sonoramente.

—¿Qué más podría ofrecerle? Si tienes alguna sugerencia, sería de mucha ayuda.

—No tengo ninguna. —Se apartó de la cara un mechón rubio mientras se encogía de hombros—. La verdad es que no sé qué podría querer a cambio Ángel, ni siquiera si querrá algo. Tendrás que averiguarlo y ya está. ¿Todavía quieres hacerlo?

En el fondo de mi mente, reconocía la idea terrible en la que se estaba convirtiendo aquello. ¿Quién era yo para colarme en el Infierno y exigirle algo al mismísimo Ángel de la Muerte? Pero ¿qué otra opción tenía? No podía arriesgarme a que Roth lo hiciera, pues si en esos momentos bajaba al Infierno, tal vez no volviera a salir, y tampoco podía dejar allí a Sam. No podía permitirme el lujo de no hacer nada, tenía que intentar algo.

—Por supuesto —dije, y mis nervios se tensaron todavía más.

Él inclinó la cabeza, y su típica actitud juguetona desapareció de su expresión.

—¿Cuándo?

El corazón me latía con fuerza mientras echaba un vistazo a la puerta. Estar en el Infierno iba a ser tan peligroso como cruzar una circunvalación durante la hora punta. Había demasiadas cosas que podían salir mal, y si me marchaba ahora, Roth saliendo de la habitación podía ser la última vez que le viera. Los mensajes que había intercambiado con Stacey podían ser nuestra última conversación, y mi encuentro con Zayne el día anterior podía ser el último. Tener un par de horas o días más no iba a arreglar nada con Zayne, pero me daría tiempo para ver a Stacey, y me daría tiempo con Roth para...

Para meter una eternidad dentro de unas pocas horas.

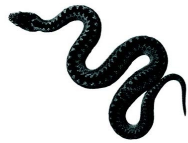
Para experimentar todo lo que no habíamos explorado todavía antes de que perdiéramos la oportunidad.

—¿Puedo tener esta noche? —pregunté.

Cayman me observó y después asintió con la cabeza.

—Nos veremos por la mañana en el recibidor. Aprovecha al máximo el día de hoy. Mañana puede pasar cualquier cosa.

Capítulo trece



Esa tarde, me encontraba en el cuarto de baño del *loft* de Roth, mirando fijamente mi reflejo. Tenía la cara ruborizada y los ojos demasiado grandes, como siempre; en realidad, nada parecía diferente en mí. Pero yo me sentía distinta. De algún modo, me sentía mayor, y no estaba segura de qué era lo que había provocado eso.

Fuera del cuarto de baño, podía oír a Roth moviéndose por ahí, y el suave zumbido del televisor resultaba reconfortante. Eché un vistazo a la puerta, y mi corazón se convirtió en un mazo que me golpeaba el pecho. Cuando Cayman me contó que Ángel había vuelto al Infierno comprendí de verdad que iba a colarme en el Infierno para hablar con el Ángel de la Muerte. Cayman no necesitaba advertirme de que sería peligroso; ya sabía que lo sería. Podían ir mal muchas cosas, y esa noche podía ser mi última con Roth.

Quería... no, necesitaba estar cerca de él esa noche.

Si algo salía mal al día siguiente, quería experimentar tanto como pudiera antes de entonces. Quería experimentar a Roth. No era una decisión que hubiera tomado a la ligera. Llevaba todo el día obsesionada con ella mientras recorríamos las calles y acabábamos con las manos vacías. Lo que esperaba de aquella noche era muy importante. Aunque Roth y yo habíamos hecho cosas, todavía no habíamos hecho esa cosa en concreto, y supuse que el nerviosismo que sentía era normal. Roth tenía muchísima más experiencia que yo en lo relativo a ese tema, pero, mientras mi mirada volvía a dirigirse hacia el espejo, supe que estaba lista. Tan solo esperaba no... no avergonzarme a mí misma. Que él no pensara que era ingenua, o que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, porque de verdad que no tenía ni idea de lo que tenía que hacer en ese campo.

Mi mirada bajó hasta los tirantes de mi camiseta, y mi piel se calentó en un instante. Cuando entré en el baño, estaba vestida por completo. Pero ahora mis vaqueros y el jersey que llevaba estaban doblados en el borde de la bañera, y metido entre ellos se encontraba mi sujetador. El tejido de la camiseta era delgado, tanto que no tenía que mirar hacia abajo para saber con exactitud lo que podía verse y lo que no. Y tampoco necesitaba el estremecimiento que me recorría las piernas para recordarme que, aunque mi ropa interior no era exactamente reveladora, no cubría gran cosa. Nunca me había paseado medio desnuda de ese modo, y no tenía ni idea del aspecto que tendría mi trasero con esa ropa interior. No quería saberlo.

Meneé los dedos de los pies sobre el frío suelo de baldosas.

—Puedo hacerlo —le susurré a mi reflejo—. Soy una híbrida tremenda... no una especie de... burro. Con alas emplumadas. Bonitas y raras. Puedo hacerlo.

Mi discurso de ánimo no estaba ayudando.

Solo necesitaba abrir la puerta y llevar mi poca confianza hasta la habitación, sujetar a Roth por los hombros, tirarlo a la cama al estilo She-Ra, y ponernos al tema.

Fruncí el ceño.

Bueno, nada de aquello sonaba precisamente romántico, y en realidad solo necesitaba salir del cuarto de baño sin parecer una completa idiota. Tendría que olvidar todo lo demás. Me pasé el pelo por encima de los hombros, respiré hondo, exhalé aire por la boca y después me dirigí hacia la puerta, y estuve a punto de sacarla de sus goznes cuando la abrí.

Di dos pasos, y entonces me detuve.

Roth se encontraba delante de la cama, viendo la televisión con el brazo extendido y el mando en la mano. Echó un vistazo en mi dirección y se quedó inmóvil.

Mi corazón se encontraba alojado en mi garganta, y no pude pronunciar ni una sola palabra mientras él se dirigía hacia mí y el mando se deslizaba entre sus dedos y caía al suelo. El ruido fue como un trueno, pero ninguno de los dos reaccionó ante el sonido.

Su mirada comenzó por la parte superior de mi cabeza y después bajó deslizándose hasta las puntas de mis dedos enroscados, y entonces inició el camino con lentitud de vuelta hasta mis ojos. La intensidad de su mirada provocó una agitación en la parte baja de mi tripa. Cuando habló, su voz era áspera, e hizo que una serie de escalofríos subiera y bajara por mi columna.

—No sé qué te ha hecho cambiar de ropa para dormir, pero quiero que sepas que te apoyo al ciento cincuenta y cinco por ciento. —Lo único en lo que podía pensar era en que le gustaba lo que veía, y eso era una buena señal—. De hecho, si quieres vestirte así cada vez que estemos a solas... para cenar, ver la tele, leer un libro o lo que sea, también lo apoyo.

Otra señal genial.

Su mirada acalorada bajó una vez más y produjo un sonido en el fondo de su garganta, provocándome otra ronda de escalofríos.

—Joder, Layla, yo...

Pareció quedarse sin palabras, y eso me hizo sentirme un poco mejor por estar ahí plantada, con las manos temblorosas. Era evidente que estaba afectado, y eso me afectaba a mí, haciendo que un peso se asentara en ciertas zonas de mi cuerpo.

Mis piernas, que parecían extrañamente débiles, me llevaron hasta él. Cuanto más me acercaba, más tensión emanaba de él. Se puso rígido, sus pupilas se dilataron ligeramente, y apenas me sentía capaz de llenar mis pulmones de aire mientras le colocaba las manos sobre el pecho. El calor de su piel ardía a través de su camiseta, y

sentí que su pecho se elevaba con una respiración profunda. Me estiré y presioné todo mi cuerpo contra el suyo.

No tuve que pedírselo.

Roth se encontró conmigo a medio camino, bajó la boca hasta la mía y, aunque era yo quien había iniciado el beso, fue él quien me sobresaltó con la pasión que había detrás. Me había preparado para seducirlo, lo cual era risible si pensaba de verdad en ello, pero no estaba pensando de verdad. En el momento en que sus labios tocaron los míos, quedé consumida por el sabor y la sensación, por cómo el corazón me martilleaba en el pecho cuando me rodeó la cintura con un brazo y me levantó de modo que mis pies quedaran encima de los suyos, que estaban descalzos. Su otra mano se cerró alrededor de mi nuca, y entonces estuvimos besándonos, besándonos de verdad, y pude sentir la bolita de metal de su lengua. No había ni un solo centímetro de espacio entre nuestros cuerpos. Crucé los brazos alrededor de su cuello, y mis dedos se deslizaron a través de los suaves mechones de pelo.

De pronto, separó la boca de la mía. Cada aliento que tomaba mientras me miraba fijamente estaba entrecortado y lo sentía en cada parte de mi ser.

—No puedo creer que vaya a decir esto, pero tenemos... tenemos que ir más despacio.

Sentía los labios hinchados y mi piel estaba zumbando, pero mi corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—Yo... yo no quiero ir más despacio.

Sus ojos ardieron con un brillante color leonado mientras su brazo se tensaba a mi alrededor.

—Layla...

—Yo no quiero parar. —Sentía la piel demasiado tensa, y me apresuré a continuar—. Yo no quiero ir más despacio. Quiero ir rápido. —En el momento en que esas palabras salieron de mi boca, quise darme un bofetón—. Es decir, quiero...

—Entiendo lo que estás diciendo —dijo con voz ronca—. Joder, claro que lo entiendo.

Tragué saliva con fuerza y me dirigí hacia su boca otra vez, pero la mano que tenía en la nuca me detuvo. Confusa, sentí que la vergüenza comenzaba a aparecer.

—No lo... entiendo. ¿Es que no quieres hacerlo?

—¿Es una pregunta seria?

—Sí.

Con el brazo, me levantó unos pocos centímetros más, hasta que nuestros cuerpos quedaron presionados de todas las formas que importaban.

—¿Cuál crees que es la respuesta a esa pregunta?

Un fuego explotó a través de mis venas, no a causa de la vergüenza, sino porque podía sentir todas las partes de su cuerpo.

—Creo... creo que sí lo quieres.

—No hay nada que desee más en este momento. Layla, te deseo a ti. Te deseo

tanto que cada vez que estoy a solas contigo... joder, cada vez que estoy cerca de ti siquiera, necesito cada gramo de autocontrol que tengo para no tomarte. No te confundas, la simple idea de estar contigo me desarma —dijo con voz áspera, y me estremecí ante la intensidad de sus palabras—. Pero solo quiero llegar hasta allí si estás preparada. No hay ningún lugar intermedio. No hay ningún quizás, y voy a esperar todo el tiempo que haga falta.

Un asombro absoluto me inundó y me dejó pasmada. Era una respuesta tan poco propia de un demonio, una vez más... en realidad, tan poco propia de la mayoría de los tíos de cualquier especie.

En lo más profundo, sabía que una pequeña parte de mí no estaba preparada del todo hasta ese preciso momento, que estaba haciendo aquello por la posibilidad de no volver a verlo después del día siguiente. Me estaba precipitando hacia ello, porque tenía miedo de que no volviéramos a tener la oportunidad, y aquella era la razón equivocada para querer llevar nuestra relación hasta el siguiente nivel. Pero lo que me acababa de decirme borraba todas mis dudas. No el nerviosismo inherente que venía con algo tan importante, pero sí que eliminaba cualquier preocupación que pudiera quedarme.

Estaba preparada.

Estaba preparada porque él estaba dispuesto a ir más despacio. Estaba dispuesto a esperar. Estaba dispuesto a permitirme decidir el ritmo.

Mi mano no tembló mientras la colocaba contra su mejilla, y mi mirada fue firme cuando se encontró con la suya.

—Estoy preparada, Roth.

Él cerró los ojos de golpe.

—Layla. —Pronunció mi nombre con brusquedad—. No soy un santo, ya lo sabes. Quiero...

—No quiero que seas un santo. Quiero que seas tú —le dije, moviendo el pulgar por su labio inferior—. Te quiero, y deseo esto.

No pareció respirar mientras los segundos se estiraban entre nosotros.

—¿Estás segura?

—Sí.

Y entonces asentí con la cabeza para dar más énfasis, solo por si acaso se sentía confuso.

Transcurrió un largo momento antes de que Roth reaccionara ante mis palabras, y entonces sonrió. No fue la sonrisa grande que me dejaba sin aliento, sino una más pequeña, más íntima, que me rodeó el corazón. Y entonces, me besó.

El contacto inicial de nuestras bocas fue diferente al beso anterior. Era suave como una pluma, tan tierno que me rompía el corazón; un beso reverencial. Ni siquiera sabía que se podía besar de ese modo. Pero el contacto... evolucionó la segunda vez que me rozaron sus labios. Los míos se separaron para darle la bienvenida, y ese beso fue mucho más que algo físico.

En ese beso pude sentir el amor del uno por el otro, nuestra aceptación mutua. Fue como tomar todos nuestros sueños y esperanzas y meterlos en un solo beso, y estaba tan lleno de poderosa emoción que era como un puñetazo en el núcleo de ambos. Era solo un beso, y casi resultaba demasiado y al mismo tiempo no era suficiente, y era simplemente hermoso.

Roth levantó la cabeza de nuevo, pero esa vez no fue para detenernos. Nuestras miradas quedaron conectadas, y una enormidad de emociones apareció en sus ojos leonados mientras me miraba desde arriba.

—Me haces... —Tragó saliva otra vez—. Me haces desear tener alma para poder ser digno de ti.

Tomé aire con brusquedad.

—Eres digno de mí.

Roth me sostuvo la mirada, y entonces sus labios estuvieron sobre los míos otra vez. Nos movimos, y cuando la parte trasera de mis piernas golpeó la cama, él me guio hasta que quedé tumbada en el medio. Mis manos fueron hasta la colcha mientras lo observaba de pie delante de mí.

Su sonrisa era tenue cuando se llevó las manos a la camiseta para quitársela y la tiró en algún lugar por detrás de mí, y se me encogió el estómago cuando sus esbeltos músculos se movieron con gracia fluida. Los gatitos estaban fuera de él, probablemente ocultos en algún lugar de la habitación. La cola de *Bambi* era visible a lo largo de la piel tersa, y el dragón se encontraba donde siempre.

Fue hasta la mesilla de noche, sacó un paquete pequeño y lo tiró a la cama.

—No sé si podemos producir un niño... si yo puedo o si tú puedes. Así que creo que tenemos que tener cuidado.

Mi cara estaba ardiendo.

—Bien pensado.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Sí. A lo mejor algún día podríamos probarlo.

Creo que el estómago se me podría haber parado, porque tener un bebé era algo que no me había planteado ni siquiera brevemente. Siendo más joven, había supuesto que nunca tendría la posibilidad, a causa de lo que era y de lo que no era. Me habían enseñado que no tenía los atributos para tener hijos, y si eso significaba que era genéticamente imposible para mí o que simplemente no era lo que preferían los Guardianes, no lo sabía. Pero la idea de hacerlo algún día en el futuro era extraña, y me hacía sentirme eufórica y asustada.

Roth avanzó hacia la cama y colocó las rodillas a cada lado de mis piernas mientras se subía encima de mí. El aire se quedó atascado en mis pulmones cuando él me atrapó. Nuestros ojos se cruzaron, y juro que lo vi dejar de respirar durante un momento. Entonces bajó el cuerpo con lentitud, y su peso fue demoledor.

Me miró fijamente, con las puntas de los dedos recorriendo la curva de mi mejilla.

—Quiero que esto sea perfecto para ti.

El corazón se me hinchó.

—Lo será, porque es contigo.

Una comisura de sus labios se elevó.

—Me siento como... —Una risa estrangulada cortó sus palabras—. Como si nunca hubiera hecho esto antes.

—Bueno, pues ya somos dos. —Sonreí—. Así que esto podría estar muy bien...

—Va a estar mucho más que bien —dijo, arrastrando el pulgar por mi labio inferior, imitando mi caricia anterior—. Sí, mucho más. —Me estremecí mientras él bajaba la cabeza y se detenía justo antes de besarme—. Si por cualquier razón quieres que pare en cualquier momento, dímelo. ¿Vale? Prométemelo.

—Te lo prometo —susurré, rodeándole el cuello con el brazo.

Hubo un destello de algo suave e increíble en sus facciones, y entonces nos besamos y estuvimos besándonos durante lo que pareció una eternidad. Cada beso tenía una especie de efecto narcótico, que aflojaba la rigidez de mis músculos. Y cada beso era como una goma de borrar, que eliminaba todo lo que había fuera de ese pequeño mundo que estábamos creando. Me perdí en él, y él se perdió en mí. El tiempo se ralentizó y se aceleró, y ardíamos y nos ruborizábamos mientras los besos se incrementaban, retorciéndonos el uno contra el otro.

Cuando Roth levantó la cabeza una vez más, no habló ni se movió durante un largo momento, y el pecho se me tensó mientras arrastraba los dedos por su pelo. Él bajó la cabeza y me besó la mejilla.

—Recuerda tu promesa.

La recordaba, pero no iba a detenerlo, y no iba a negar lo que ambos queríamos. Él pareció darse cuenta de ello, porque se colocó sobre mí otra vez, sin llegar a tocarme, y cerró los ojos con expresión fatigada. Un chispazo de electricidad saltó entre nosotros, tirando de nosotros mientras una sensación cruda palpitaba. Giré la cabeza en busca de su boca y, cuando la encontré, derramé todo lo que sentía por él en ese beso. Mis manos se deslizaron sobre los gruesos músculos de su cuello, hasta donde se hinchaban en sus hombros, y bajaron por su esbelto costado y después rodearon sus abdominales, bajando más, por encima de cada línea tensa, y más abajo todavía. Roth tomó aire con brusquedad cuando alcancé el botón de sus vaqueros.

Me atrapó la mano, apartándola de allí y apretándola contra el colchón. El corazón me dio un vuelco mientras el calor emanaba de su cuerpo. Su piel parecía demasiado delgada, y había sombras justo detrás de la capa de carne mientras bajaba la mano hasta el dobladillo de mi camiseta.

No estaba pensando mientras levantaba los hombros y la camiseta acabó en alguna parte con la suya, ni cuando levanté las caderas y la última prenda desapareció. No estaba pensando cuando su cuerpo se arqueó y Roth me besó el espacio justo debajo de mi nuevo tatuaje. Y no hubo ningún pensamiento cuando, con manos temblorosas, comenzó a explorarme. Mi corazón latía a traspies, y el fuego en

mi estómago se había convertido en una oleada de lava fundida que recorría mis venas.

Entonces su ropa desapareció, y Roth era posiblemente lo más hermoso que había visto jamás, y cuando sus labios se encontraron con los míos, casi me vi superada por la fuerza de las emociones que fluían entre nosotros. Y todo, todo lo que comenzó a hacer era directamente delicioso. Estábamos apretados el uno contra el otro, presionándonos, hasta que comencé a flotar en las fuertes sensaciones. Mi piel cobraba vida dondequiera que nos tocáramos, y nuestras manos se encontraban por todas partes. Estaba perdida en él mientras sus labios trazaban un camino ardiente que bajaba por mi garganta y más, mucho más abajo, como ya había hecho antes, y al igual que antes, quedé hecha pedazos con cada caricia precisa y medida, y él volvió a recomponerme con besos profundos y lentos.

Cuando se elevó por encima de mí una vez más, sus dedos se encontraban sobre mis caderas, y estaba temblando mientras apoyaba la frente contra la mía. Nuestra piel estaba húmeda, y nuestros cuerpos enrojecidos.

—Necesito... necesito un momento —dijo en voz baja y áspera.

Lo miré, lo miré de verdad, y vi que estaba cerca de perder el control de su forma humana. Su piel se había oscurecido, y era pulida como el granito. Cuando vi sus ojos, estos eran dorados, pero las pupilas se habían estirado de forma vertical.

Alentada por el efecto que tenía sobre él, lo toqué mientras recordaba el comentario que había hecho hacía tanto tiempo sobre tener *piercings* en otras zonas, y desde luego no había bromeado. Produjo un sonido que me hizo enroscar los dedos de los pies. Sus ojos se cerraron mientras su pecho se elevaba profundamente, y cuando volvió a abrirlos, sus pupilas habían vuelto a la normalidad.

Sus manos volvían a estar sobre mí, y lo ralentizó todo hasta que los dos estuvimos clamándonos el uno al otro, incapaces de esperar, y entonces sucedió.

No estaba segura de lo que debía esperar, ya que no era algo de lo que hubiera recibido detalles, ni siquiera por parte de Stacey. Hubo una chispa de dolor que me robó el aliento, pero Roth... suavizó ese dolor y lo convirtió en algo verdaderamente increíble, exquisitamente hermoso. Era como estar en una montaña rusa a punto de caer cientos de metros, y cuando lo hice, Roth estaba ahí.

Nunca había experimentado nada parecido a aquello. Era perfecto y poderoso, y mientras Roth susurraba esas dos palabras una y otra vez, nuestros cuerpos se movieron el uno contra el otro. En ese momento Roth no era el Príncipe Heredero, y yo no era, bueno, lo que quiera que fuera. Tan solo éramos dos personas enamoradas, y eso lo era todo.

Tal vez pasaron unos minutos, o tal vez horas; no podía saberlo, pero al final nuestros corazones se ralentizaron y nos quedamos ahí tumbados, enredados en medio de la cama, con sus brazos a mi alrededor abrazándome con fuerza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, y sonó como si llevara años sin hablar.

Tardé un momento en conseguir que mi lengua funcionara.

—Me siento... perfecta.

Sus labios rozaron los míos.

—¿Te he hecho daño?

—No. Has estado...

—¿Increíble? ¿Divino? ¿Impresionante?

Me reí con suavidad y me acurruqué junto a él.

—Sí. Todas esas cosas.

Su abrazo se tensó, y ninguno de los dos habló durante un largo momento mientras él bajaba y subía la mano por el centro de mi espalda, arrullándome en una neblina agradable y llena de felicidad.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué me das las gracias? —susurré.

Roth me besó la frente.

—Por todo lo que me has dado.

Capítulo catorce



Me quedé dormida en brazos de Roth, pero cuando estiré los míos tiempo después, la cama estaba vacía. Abrí los ojos, pestañeé, y me encontré con la oscuridad. Todavía era de noche y, mientras meneaba los dedos de los pies, me negué a permitir que los pensamientos sobre la mañana siguiente se colaran dentro de mi lánguida felicidad.

Me di la vuelta y esperé hasta que mis ojos se ajustaron a la oscuridad. Pensé que tal vez Roth estaría en el cuarto de baño, pero cuando mi mirada recorrió la habitación vi que se encontraba junto al piano. El corazón se me aceleró y mi mente fue de inmediato a lo que habíamos hecho, lo que habíamos compartido.

Las sábanas estaban amontonadas alrededor de mis caderas, y me sentía demasiado perezosa para colocarlas bien. En lugar de eso, me crucé los brazos un poco por encima del pecho.

Roth estaba sentado en el banco, de cara a mí, con los brazos sobre las rodillas dobladas. No podía ver la mayor parte de su cuerpo mientras me ponía de costado.

—¿Qué estás haciendo?

Roth se puso en pie y salió de entre las sombras, deslizándose. Su expresión estaba relajada y abierta, pero no parecía normal. Roth nunca podría parecer normal y ya está, pero, mientras permanecía allí de pie, era lo más cerca de la normalidad que jamás podría estar.

—Seguro que voy a sonar como un acosador, pero te estaba mirando.

—Esa es la marca de la casa de los acosadores.

La comisura de sus labios se elevó, y un hoyuelo apareció en su mejilla derecha.

—No puedo evitarlo, eres demasiado hermosa como para apartar la mirada de ti. Es cierto. Soy un demonio, yo no miento. —Lo miré fijamente, y su sonrisa se extendió—. Me he levantado para ir a por algo de beber —admitió—. Y entonces he vuelto a mirarte, no sé por qué. Simplemente lo he hecho, y entonces me he detenido. —Su sonrisa se desvaneció un poco—. A lo mejor no puedo creer que estés aquí de verdad. Que estemos aquí. —Elevó un hombro, y su suave piel se estiró sobre los músculos tensos—. Y entonces me he sentado y he comenzado a pensar en... en todo lo del Lilin, y ahora estaba dando vueltas a la idea de tomarte en brazos mientras dormías y secuestrarte. Hawái me sigue pareciendo un buen sitio. A la mierda lo que pase con el Lilin y todo eso. Podríamos sobrevivir. Yo me aseguraría de ello.

Bajé las manos y mis dedos se enroscaron alrededor del borde de la colcha.

—Roth...

Él suspiró mientras levantaba la mano, y se pasó los dedos por el pelo oscuro y desordenado.

—Lo sé. No puedes alejarte de nada de esto. Ninguno de los dos puede. —Bajó el brazo—. Y eso era lo que estaba pensando mientras te observaba. —Sus ojos ámbar brillaron de forma traviesa, y yo me relajé. No estaba preparada para que el mundo exterior se entrometiera entre nosotros—. ¿Te he dicho que eres hermosa?

—Sí. —Levanté la mano hasta la masa que era en esos momentos mi pelo y me reí mientras presionaba la mejilla contra la almohada—. Pero no sé cómo puedes pensar eso. Estoy hecha un desastre.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, se dio la vuelta y se dirigió hacia el cuarto de baño. Después de unos pocos segundos, regresó con un cepillo para el pelo en la mano. Tenía los vaqueros desabotonados, y estaban caídos de forma indecente. Podía ver sin problemas hacia dónde se dirigía la cola de *Tambor*.

Aunque no es que no hubiera visto esa zona ya.

Con las mejillas ardiendo, presioné la cara entera contra la almohada, escondiendo lo que tenía que ser la sonrisa más estúpida conocida por el hombre. A pesar de toda la locura a la que nos enfrentábamos y la inseguridad de lo que podría ocurrir en la próxima hora o al día siguiente, mi pequeño pedazo del mundo parecía brillante y cálido.

Lo que Roth y yo habíamos compartido, lo que habíamos hecho, era más que hermoso, y no se podía simplificar con palabras. Para que hubiera ocurrido algo así entre nosotros, teníamos que estar enamorados: loca y profundamente enamorados.

Era la cursi más cursi de toda cursilandia.

Roth me tocó el hombro.

—Siéntate.

—Meh —murmuré contra la almohada.

Él se rio entre dientes.

—Siéntate. Por favor.

Los demonios rara vez pedían las cosas por favor. Pensaba que esas palabras no se encontraban en su vocabulario principal, así que me senté y me subí la colcha hasta el pecho. Roth se colocó detrás de mí. Tenía una pierna doblada contra mi costado, y la otra colgaba del borde de la cama.

Miré hacia atrás, hacia él, pero, antes de que pudiera hablar, él bajó la boca hasta la mía y me besó. El contacto del frío metal contra mi lengua fue demasiado breve. Se apartó y me giró la barbilla con suavidad de modo que desvié la mirada de él.

—Vamos a ver qué puedo hacer con esto —dijo, recogíendome el pelo—. Tienes razón. Está hecho un desastre. Parece como si estuvieras en un videoclip de los 80. ¿Qué le has hecho?

—Yo no he hecho nada. Esto —señalé a mi cabeza— es todo cosa tuya.

Comenzó a pasarme el cepillo por el pelo.

—Culpando al demonio. Ya veo cómo eres.

Mientras Roth trabajaba en los mechones enredados, comprendí de golpe que el Príncipe Heredero del Infierno estaba cepillándome el pelo de verdad. Aquello era muy extraño, pero también increíblemente dulce. El resplandor cálido y agradable de antes se estaba convirtiendo en ganas de llorar a causa de la emoción. Sentí unas lágrimas en los ojos.

Necesitaba un estabilizador de humor.

Roth era extraordinariamente paciente en lo relativo a trabajar en los nudos, aún más que yo. A esas alturas, yo normalmente estaba maldiciendo y cepillándome con furia. Él tarareaba entre dientes mientras trabajaba, y reconocí la melodía de inmediato.

—¿*Paradise City* es tu canción favorita? —pregunté.

—La canción se me metió en la cabeza —explicó—. Durante un par de años, lo único que nos llegaba allí abajo era la emisora de *rock* clásico, y ese verso de que la hierba es verde siempre me llamó la atención.

Sonreí mientras me imaginaba la radio sonando en el Infierno.

—¿Por qué?

Hubo un instante de silencio.

—La hierba nunca es verde allí abajo, enana.

Mis labios bajaron por las comisuras.

—Ah, ¿no? ¿De qué color es?

—Gris —respondió—. Todo es básicamente gris. Salvo por la sangre. Y hay un montón de sangre.

Un estremecimiento descendió por mi columna vertebral.

—Suenas encantador.

—Es un lugar extraño. Como ya te he dicho, imita la superficie, pero hace un trabajo de mierda. Todo es brillante al principio, casi... bonito. Todas y cada una de las veces que bajo allí, es así; es así para todo el mundo, pero las cosas no tardan mucho en ir cuesta abajo. Se desvanecen. Los edificios se derrumban, el cielo parece estar contaminado por la suciedad, y la hierba... sí, es gris. —Siguió pasándome el cepillo por el pelo y se detuvo en otro nudo—. Todo está retorcido y deslustrado. Las cosas son reales aquí arriba. Abajo no hay más que tristes réplicas hechas pedazos.

Recordé cuando Roth había admitido que aquella era una de las razones por las que disfrutaba al ir a la superficie. El corazón me dio un fuerte vuelco.

—¿Tendrás... tendrás que regresar allí?

No respondió de inmediato, lo cual hizo que unos nudos se formaran en mi estómago.

—No lo sé, enana. Si el Jefe me llama para que vaya, no puedo desobedecer durante demasiado tiempo.

Cerré los ojos ante el dolor de mi pecho, sabiendo que aquello era algo a lo que tendríamos que acabar enfrentándonos.

—¿El Jefe no te ha llamado todavía?

—No. —Hizo una pausa y depositó un beso en mi hombro desnudo—. El Jefe nos deja a la mayoría que vayamos y vengamos como nos apetezca, a menos que nos necesite para algo. Mientras siga contando con la aprobación del Jefe, no debería tener problemas.

Aquello no era muy reconfortante.

—Pero pensaba que el Jefe no estaba muy contento contigo.

—El Jefe nunca está contento —respondió él—. Hay una gran diferencia entre que no esté contento y que deje de tener su aprobación.

Me guardé esa declaración en el corazón, pero no podía imaginar a Roth contando con la aprobación del Jefe eternamente.

—No te preocupes por eso —dijo, volviendo a mi pelo. Podía sentir cómo separaba los mechones ahora desenredados en tres secciones—. Ahora mismo, no es el mayor de nuestros problemas.

Resoplé.

—Es cierto. Pero no puedo evitar preocuparme porque algún día vayas a... porque vayas a desaparecer y ya está.

—Quiero que me escuches bien. —Apoyó la barbilla sobre mi hombro y, cuando giré la cabeza hacia la suya, vi que me estaba mirando a través de las espesas pestañas—. Nada en este mundo ni de ahí abajo va a mantenerme alejado de ti. Nada, Layla. Esa es una promesa que jamás romperé.

Una emoción profunda y poderosa se revolvió en mi interior.

—Yo te hago la misma promesa.

Las espesas pestañas descendieron, ocultando sus ojos.

—¿De verdad?

—Sí. —Y sentía de verdad mis siguientes palabras—. No voy a dejar que nada te aleje de mí, y eso incluye a tu Jefe.

Roth rio entre dientes mientras levantaba la cabeza y se detuvo para besarme en el cuello.

—Me gusta cuando te pones tan guerrera. —Volvió a mi pelo, cepillándome las tres secciones. Pasaron unos momentos—. Cuando estuve en los fosos, no pensaba que fuera a salir de ahí. Suponía que al Jefe o bien no le importaría lo suficiente como para sacar mi dichoso culo de ahí, o bien se le olvidaría. —Me mordí el labio mientras hablaba. Roth jamás había hablado sobre su tiempo en los fosos sin ponerse sarcástico—. Sinceramente, no tengo ni idea de cuánto tiempo permanecí allí. El tiempo transcurre de forma diferente allí abajo —continuó, retorciendo las secciones de pelo entre ellas—. No fue agradable. —Una risa seca se le escapó—. De hecho, fue un verdadero asco, pero tú me ayudaste a superarlo.

Sus palabras tardaron un momento en calar.

—¿Cómo?

—Fácil. Pensando en ti. Eras lo único en lo que pensaba. —Su voz era baja, y el

corazón se me encogió de forma dolorosa—. Me concentré en el tiempo que habíamos pasado juntos y, por loco que suene, pensé en ti estando en la superficie con Zayne.

Hice una mueca. ¿Cómo iba a ser eso de ayuda?

Unos segundos más tarde, él respondió a la pregunta que no había pronunciado.

—Saber que estabas a salvo y que acabarías siendo feliz hizo que fuera más soportable. Y sé que Zayne habría entregado su vida para protegerte. Probablemente todavía lo haría. Estarías bien. Así que saber eso me ayudó cuando se puso... bueno, cuando se puso difícil.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Ojalá pudiera borrar el tiempo que has pasado en los fosos.

Sus nudillos me rozaron el centro de la espalda mientras continuaba con la trenza que me estaba haciendo.

—Ya lo has hecho.

El nudo triplicó su tamaño.

—Y ojalá nunca hubieras tenido que sacrificarte.

—Yo no cambiaría nada.

—Lo sé —susurré, cerrando los ojos otra vez. Tardé un momento en encontrar las palabras adecuadas—. Ya sabes que Zayne me importa muchísimo, y eso no va a cambiar. Incluso aunque ahora mismo probablemente preferiría tirarse al tráfico de una patada antes que hablar conmigo, siempre voy a quererlo.

Hice una pausa y respiré hondo.

—Ya te he dicho esto antes —continué—. Quiero a Zayne, pero no estoy enamorada de él, y no sé si eso habría cambiado alguna vez. ¿Podría haber estado con él...? —Me encogí de hombros—. Sí, podría haberlo estado, pero jamás habría sido así, tal como es entre tú y yo. No sé durante cuánto tiempo habría sido feliz con Zayne si nos hubiéramos quedado juntos y tú no hubieras regresado. O si él hubiera sido feliz con ello, pero en algún momento lo que sentía por él no habría sido suficiente. Eso es injusto para él. Así que me alegro de que saber que tenía a alguien te ayudara a superarlo, y para ser sincera, me parece una pasada, pero quiero que sepas que para mí... para mí nunca habría sido suficiente.

Roth me rodeó con los brazos y colocó la mano por encima de mi corazón. Aplanó la palma y yo levanté el brazo para cubrir su mano con la mía. Su aliento era cálido contra mi hombro cuando habló.

—Lo sé. —Se apartó y me pasó la trenza por encima del hombro—. Ya está.

Me llevé la mano hasta la gruesa trenza y deslicé los dedos por ella.

—Eres muy bueno con esto. Mejor que yo. ¿Has practicado con tus amigas demonio?

—Solo con todas mis muñecas.

Me reí mientras Roth tiraba el cepillo a un lado. Este rebotó en los pies de la cama y cayó al suelo. Un segundo más tarde, *Furia* salió disparado de debajo de la

cama y se abalanzó sobre el cepillo. Su pelaje negro y blanco estaba erizado, y las orejas echadas hacia atrás. El gatito sujetó el mango del cepillo y después lo arrastró hasta debajo de la cama. Yo no tenía ni idea de lo que pensaba hacer con él allí abajo.

Me giré por la cintura para mirar a Roth, y nuestros ojos se encontraron. Sonrió. El siguiente aliento que tomé fue tembloroso.

—Te quiero. Solo quería decírtelo.

—Te deseo. —Bajó la cabeza y sus labios se deslizaron hacia arriba por el lateral de mi cuello, hasta el punto sensible por debajo de mi oreja—. Te ansío. Te necesito. —Mordisqueó la parte carnosa de mi lóbulo, haciéndome soltar un jadeo—. Y te quiero.

Lo siguiente que supe fue que estaba boca arriba y Roth se encontraba encima de mí, y esos pequeños mordiscos estaban descendiendo por mi cuello y más abajo, y no pasó mucho tiempo antes de que todo el trabajo que había hecho con mi pelo quedara desperdiciado por completo de la forma más gloriosa posible.

* * *

Estaba mirando mi reflejo otra vez.

Mis ojos todavía parecían demasiado grandes y mi cara estaba ruborizada, pero en esa ocasión no me encontraba medio desnuda. Y aquello, siendo sincera, parecía una gran hazaña, teniendo en cuenta que... bueno, desde que cruzamos hasta ese nuevo nivel de nuestra relación, Roth había sido muy...

Mi cara ardió todavía más, y bajé la mirada mientras tiraba del cuello de mi jersey. Vale. Tenía que concentrarme. Lo de la noche anterior, y lo de la mitad de la noche y lo de aquella mañana había sido increíble, pero el día iba a ser una locura. Iba a bajar al Infierno. El nerviosismo ni siquiera se acercaba a lo que estaba sintiendo, y seguía sin tener ni idea de cómo iba a distraer a Roth para que no supiera lo que estaba planeando. Él pensaba que íbamos a ir a la ciudad en busca del Lilin. Había mencionado que pasaríamos por otro club dirigido por demonios en la ciudad. Aunque estaba emocionada por verlo, no iba a ocurrir ese día.

Y tampoco sabía lo que iba a hacer cuando regresara, si es que regresaba, porque Roth estaría muy enfadado.

Bambi se movió en mi espalda, golpeando el lateral izquierdo de mis costillas con la cola, a punto de rozar a *Robin*. En cuanto me había levantado por la mañana, ella se había pegado a mí, lo cual no había sido parte del plan, pero no podía cabrearme por tenerla encima. Roth sabría que pasaba algo, lo cual sería un asco, porque lo último que quería hacer era poner a *Bambi* en una situación difícil.

Prácticamente era nuestra hija.

Me recogí el pelo, me puse un millón de pasadores y después salí del cuarto de baño. Roth estaba reclinado contra la pared, con las largas piernas cruzadas por los tobillos y las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Lo vi, y tal vez se me olvidara

lo que estaba haciendo.

Roth era impresionante.

Con el pelo negro cayendo sobre sus ojos ambarinos y la camiseta pegándose a todas las zonas correctas, me dejaba sin aliento, pero era esa sonrisa, la que mostraba sus hoyuelos y transformaba todo su ser cuando me miraba así, lo que me desarmaba. Y me estaba sonriendo de ese modo en ese momento.

—Me gustan tus pantalones —dijo.

Bajé la mirada. Eran negros. De cuero. Solté un suspiro.

—Jamás volveré a dejar que Cayman vaya de compras por mí.

Se rio entre dientes mientras se apartaba de la pared.

—Espero que vaya de compras por ti de ahora en adelante. —Pasó junto a mí en dirección a la puerta y deslizó la mano sobre mis piernas envueltas en cuero—. O, al menos, quédate con estos. —Puse los ojos en blanco mientras me daba la vuelta—. Hum... —Su mirada me recorrió—. Por favor, quédatelos.

Riendo, planté las manos sobre su espalda y lo empujé en dirección a la puerta.

—Solo porque me lo has pedido con educación.

—¿Y porque tu culo está de lujo con ellos?

—Madre mía —dije con voz estrangulada, negando con la cabeza mientras él cerraba la puerta detrás de nosotros.

En el pasillo, me pasó el brazo por encima de los hombros y me acercó a su costado. Comenzamos a bajar por el pasillo.

—Creo que esa es una razón válida.

—Seguro que sí.

Sus manos subieron y bajaron por mi antebrazo mientras llegábamos a la escalera y comenzábamos con el largo, largo viaje hasta el recibidor.

—El aspecto de tu culo es una cosa muy importante al comprar pantalones, enana. Apreté los labios para evitar reírme.

—Estoy segura de que hay cosas todavía más importantes.

Él resopló.

—¿Como qué?

—Ah, no sé. ¿Qué tal la comodidad?

—Qué aburrido.

—¿Y la utilidad?

Me lanzó una mirada.

—No hay nada más útil que los pantalones de cuero. Protegen tu culo además de darles muy buen aspecto.

Nos estábamos acercando al primer piso.

—Tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

—Sí.

—Es un fastidio —murmuré, echando un vistazo a la puerta gris de cemento, y mi pulso se aceleró.

—Me quieres igualmente —replicó.

—Cierto.

Cuadré los hombros mientras Roth abría la puerta.

Salimos al grandioso recibidor, con su brazo todavía encima de mis hombros. Como la primera vez que lo había visto, resultaba impresionante. No podía verlo muy a menudo, porque siempre entrábamos a través del aparcamiento o por la entrada del club del sótano, y después nos dirigíamos hacia la escalera.

Una enorme lámpara de araña colgaba en el centro del vestíbulo, proyectando una luz brillante en cada esquina, pero era el mural pintado en el techo lo que realmente atraía la atención. Ángeles. Un montón de ángeles flotando arriba, enzarzados en una violenta batalla, luchando los unos contra los otros con espadas de fuego. Algunos caían a través de las algodonosas nubes blancas. Otros estaban levantando las armas. El detalle era extraordinario, desde las llamas de un naranja rojizo hasta las muecas de dolor. Incluso el resplandor virtuoso de sus ojos estaba allí.

Aparté la mirada con rapidez del cuadro, inquieta por él cuando antes tan solo me había hecho gracia.

Había sofás de cuero de estilo clásico por todas partes, y no estaban vacíos. Gente de todas las edades se encontraba desperdigada en ellos, sentados solos o en grupos, hablando y riendo. Algunos charlaban por teléfono. El aroma a café era denso. Para un humano parecerían todos normales, pero sus ojos emitían extraños resplandores.

No eran gente exactamente, no en un sentido técnico.

Unos cuantos me lanzaron miradas extrañas. Otros directamente me ignoraron. Una mujer joven vestida con un corsé que Cayman podría haber comprado se levantó de un sillón reclinable, con los grandes ojos reluciendo mientras se apresuraba a cruzar el vestíbulo para desaparecer por un pasillo.

No tenía ni idea de si aquello había tenido algo que ver con mi presencia o con la de Roth. En realidad no comprendía las dinámicas demoníacas en lo relativo a él, pero ninguno de los demonios que se paseaban por el vestíbulo se acercó a nosotros.

Mientras comenzaba a girarme hacia Roth, Cayman apareció en mitad del vestíbulo, debajo de la lámpara de araña. Me puse rígida y lo observé contoneándose hacia nosotros, y su camisa hawaiana floral de color rosa y verde azulado era probablemente lo más hortera que había visto jamás.

—Vale. Cambio oficialmente de opinión con lo de que Cayman vaya de compras por ti —dijo Roth.

Solté una risita, y Cayman ignoró el comentario.

—Es una mañana magnífica, ¿verdad? —dijo alegremente, colocándose al lado de Roth—. El sol ha salido, pero predicen nieve para esta noche. Mucha nieve. Muchísima nieve...

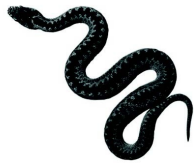
El chasquido me sobresaltó.

Se había movido tan deprisa que no me había dado cuenta de lo que había hecho hasta que las piernas de Roth se doblaron y se derrumbaron. El corazón me saltó

hasta la garganta y traté de sujetar a Roth, pero era demasiado pesado y acabé cayendo de rodillas.

Cayman le había roto el cuello a Roth.

Capítulo quince



Me invadió horror mientras la cabeza de Roth caía hacia un lado con un ángulo extraño.

—¡Dios mío! —grité, mirando a Cayman desde abajo—. ¿Qué le has hecho? ¿Qué has...?

—Tenemos que distraerlo. —Hizo un gesto hacia el suelo—. Ya está distraído. Y no tienes ni idea de cuánto tiempo llevo queriendo hacer esto. Déjame disfrutar de mi momento.

Me quedé boquiabierta.

Una mujer demonio que cruzaba el vestíbulo con dos vasos blancos de café para llevar giró sobre sus puntiagudos tacones negros.

—No quiero tener nada que ver con esto —dijo, y se apresuró a marcharse.

Con manos temblorosas miré a Roth, que estaba inmóvil. Me sentía incapaz de respirar y, mientras me ponía en pie, mi piel comenzó a endurecerse, y noté un cosquilleo a cada lado de la columna.

—Eh, eh. —Cayman levantó las manos—. Cálmate un poco, demonio agachado con Guardián oculto. Está bien. Mira, si estuviera en peligro de verdad, *Bambi* habría salido de ti en dos segundos. Se despertará en un par de minutos, me dará una paliza de la hostia, al darse cuenta de que no estás, y cuando le rompa el cuello otra vez para evitar que vaya detrás de ti, vamos a tener que repetir el proceso, así que por favor... por favor, no tardes una eternidad.

Mi corazón no se había ralentizado.

—Si está herido...

—No lo está —dijo un demonio desde el sofá, con el rostro ceniciento, mientras miraba fijamente a Roth—. No puedes matar al Príncipe de ese modo, y cuando despierte...

—Sí, va a estar cabreado —reconoció Cayman con un suspiro.

—Ni siquiera he tenido ocasión de decirle adiós, Cayman. —Tomé un corto aliento—. ¿Y si me...?

—No termines esa frase. Vas a regresar. Layla, tienes que ponerte en marcha ya. No dejes que la paliza que voy a recibir sea en vano. Tienes que marcharte.

Señaló detrás de mí, y entonces miré hacia los ascensores pintados de dorado.

Tenía que irme.

Con el corazón latiéndome con fuerza, me arrodillé y rocé la mejilla de Roth con los labios mientras pasaba la mano sobre su cabeza para apartarle el pelo de la cara. No quería dejarlo. Quería sentarme allí hasta que sus ojos se abrieran, pero no podía.

—Te quiero —susurré con voz estrangulada mientras cerraba mi mano derecha en un puño.

Me puse en pie, me giré hacia Cayman y eché el brazo hacia atrás para darle un puñetazo en el estómago con todas mis fuerzas. Varios demonios jadearon.

—¡Uf! —gruñó, doblándose hacia delante y sujetándose el estómago—. Por Moisés y su bastón de caramelo.

Sintiéndome un poquito mejor, me obligué a darme la vuelta y caminar en dirección al ascensor. No miré hacia atrás, porque si lo hacía no estaba segura de que fuera a seguir caminando. Me gustaba pensar que lo habría hecho, que habría reconocido que aquella situación era más grande que Roth y yo, pero no estaba segura de ser tan buena persona, tan altruista.

Los ascensores dorados me esperaban, y pulsé el único botón redondo del panel un poco más fuerte de lo necesario. Con un gruñido suave y casi humano, las puertas se abrieron deslizándose. Entré en el interior y me di la vuelta para mirar hacia el vestíbulo.

Cayman apareció enfrente de los ascensores, frotándose el estómago.

—Ten cuidado, Layla. Recuerda que en el Infierno nada es lo que parece.

Antes de que pudiera responder, las puertas se cerraron y el ascensor se puso en movimiento con una sacudida. Di un paso hacia atrás y tragué saliva con fuerza mientras comenzaba el lento descenso hasta allí abajo. No había música, ni paneles internos en el ascensor, y la puerta parecía estar hecha de un material extraño. Rocé con los dedos el interior de la puerta y después aparté la mano de golpe, con un jadeo sobresaltado.

Parecía como si... como si fuera piel.

Sentí un calambre en el estómago y pensé que iba a vomitar mientras se extendía.

Un extraño resplandor anaranjado se reflejaba en las paredes del ascensor. Levanté la mirada hasta el techo y me cubrí la boca con la mano.

No había techo.

Había un tejado de llamas que ardían brillantes, lamiendo los bordes de las paredes. Mis ojos se ensancharon mientras esperaba a que se tragaran el ascensor entero, pero las llamas no se extendieron. El ascensor dio una sacudida y el lento descenso se aceleró.

Caí contra la pared. Extendí los brazos y me aferré al sujetamanos mientras el ascensor caía de golpe a gran velocidad. Con el corazón latiendo con fuerza, me dolieron los nudillos por lo mucho que estaba aferrándome al trozo de metal. Parecía como si el ascensor fuera a hacerse pedazos.

Sin advertencia, se detuvo de golpe, haciéndome perder el equilibrio. Mis rodillas golpearon el suelo, aunque el dolor era tenue en comparación con el repentino mareo

que se apoderó de mí. El aturdimiento tardó unos momentos en remitir, y entonces me di cuenta de que el ascensor había dejado de moverse.

Me levanté, y acababa de enderezarme cuando las puertas se abrieron con suavidad. Me quedé con la boca abierta al ver mi primer vistazo del... ¿Infierno?

En absoluto.

Lo que había más allá de las puertas abiertas del ascensor eran paredes blancas, un suelo blanco, un techo blanco. Un blanco reluciente. Inmaculado. Mis pies me llevaron fuera del ascensor, hasta un vestíbulo ancho y enorme de forma circular con cientos de pasillos, si no miles. Había música sonando. Era música horrible y vivaz de ascensor, de la que te volvería loca si tuvieras que escucharla durante más de cinco minutos. No podía creer lo que estaba viendo. El Infierno tenía un vestíbulo.

No había nada custodiándolo. Ningún demonio esperaba para saltar sobre mí, y eso me sorprendió. Claro que Cayman me había advertido de que nada en el Infierno era lo que parecía. A lo mejor simplemente no podía ver a los demonios. Mientras giraba en busca de peligros ocultos, me di cuenta de que había carteles de oro en las paredes cerca de cada pasillo, mostrando los nombres de...

—Joder —susurré.

Los nombres de todos los demonios se encontraban claramente grabados en las placas de oro. Algunos no los reconocía, y otros hicieron que el estómago se me retorciera y después diera un vuelco. «ABADDON». «VINE». «MOLOCH». «BAEL». Los nombres seguían y seguían. Justo enfrente del ascensor se encontraba el pasillo señalado con «EL JEFE», y junto a él había uno que me dejó sin aliento.

«ASTAROTH».

Casi comencé a dirigirme hacia allí, porque algo en mi interior quería ver cómo vivía Roth de verdad cuando estaba allí abajo, pero me detuve. No tenía tiempo para eso.

Enfrente de los nombres estaba «LOS FOSOS». Y allí, a tres pasillos de distancia, se hallaba el nombre que había estado buscando: «ÁNGEL».

Respirando hondo para tomar fuerzas, caminé a paso ligero hacia el pasillo con el nombre de Ángel, y después bajé por el túnel largo, brillantemente iluminado y relativamente fresco. No había ventanas. Ningún olor del que hablar. El aire estaba estancado pero limpio, y aun así, el vello de todo mi cuerpo comenzó a erizarse.

Llegué hasta unas puertas dobles sin ventanas y, antes de poder hacer nada, estas se abrieron en silencio, revelando un mundo que nunca había visto mientras una ráfaga de calor opresivo me golpeaba.

Me detuve a un par de centímetros de la salida y me mordí el labio. Aquello... aquello era lo que había esperado. En cierto sentido. El cielo más allá del pasillo era de un rojo quemado. No había nubes. No había sol ni luna. Tan solo un profundo rojo anaranjado que parecía no tener ninguna fuente. El aroma a azufre y a algo que no podía distinguir exactamente me revolvió el estómago.

Una carretera hecha de alguna clase de piedra separaba unos edificios altos de

color ceniza. Se elevaban como rascacielos hacia el extraño cielo, y sus ventanas estaban oscuras, sin ninguna señal de vida en el interior. Mi mirada recorrió los edificios formidables e intimidatorios hasta la enorme estructura al final de la carretera, a varias manzanas de distancia. Era el más grande de todos los edificios, pero parecía recién salido de la Edad Media. Unas torres gemelas se elevaban de cada lado del tejado inclinado, y daba la impresión de ser más una fortaleza que una casa. Un poco como el edificio donde yo había crecido.

Tragué saliva con fuerza, sabiendo que ahí era a donde tendría que ir, porque por supuesto Ángel no podía vivir en una casa mona con una valla blanca o algo así. Ah, no, tenía que ser un castillo al estilo de *El Señor de los Anillos*, claro.

Sabiendo que no tenía mucho tiempo y que este en general transcurría de forma muy diferente allí abajo, me subí las braguitas de niña mayor y salí del pasillo.

Sucedió de inmediato.

Sin advertencia alguna, un escalofrío me recorrió la piel, y sentí que *Bambi* y *Robin* salían de mi cuerpo. Con pánico, traté de detenerlos, porque no estaba segura de que *Robin* estuviera preparado para ello, pero ya no había forma de llamarlos.

Dos sombras salieron desde debajo de mi camiseta y formaron dos círculos de forma irregular. Temblaron y después cayeron a la carretera de piedra, derramándose en un millón de bolitas que avanzaron juntas. Las bolitas negras como la tinta se elevaron en el aire, pero no cayeron al suelo como normalmente harían.

Los puntos giraron y giraron hasta que se formó una gruesa sombra. Ante mí, mientras mi boca se quedaba abierta, se formaron unas piernas, junto con torsos, brazos y cabezas. Durante un segundo fueron dos charcos de aceite negro con forma de personas, y después, en un latido, la turbiedad dio paso a los detalles.

Había un chico y una chica delante de mí.

La mandíbula estaba comenzando a dolerme de lo boquiabierto que la tenía, pero era incapaz de cerrar la boca. No eran un niño y una niña pequeños. De hecho, parecían ligeramente mayores que yo, pero sin duda eran de la variedad humanoide masculina y femenina.

El chico era alto y esbelto, con pelo caoba que caía sobre unos ojos color carmesí. No llevaba camiseta, y era todo gracia enjuta. Una fina capa de pelo rojizo cubría su pecho desnudo. Junto a él había una mujer con el pelo de un rojo intenso, casi a juego con sus ojos. Vestida con unos vaqueros y una camiseta sin mangas negros, parecía casi normal. Casi. Algunas zonas de su piel no eran exactamente... piel. Más bien tenía unas pequeñas escamas recorriéndola, todo muy... reptiliano.

Ay, Dios mío.

La mujer me dirigió una sonrisa resplandeciente.

—Hola, chica, hola.

—Hola —dije con lentitud, mirándolos alternativamente—. Eh...

El chico levantó la barbilla en señal de saludo, y después su nariz se crispó, y entonces... entonces sus orejas hicieron lo mismo.

—Hola.

Ay, Dios mío.

—Estaba segurísima de que estabas tramando alguna travesura, ¡y tenía razón! — La chica se giró hacia el chico, levantó la mano y le hizo un corte de mangas—. Te lo dije. Te dije que iba a venir aquí. Así que deberías alegrarte de que esté aquí, para que no te coman los dragones. Y sí, hay dragones aquí. Y no son tan majos como *Tambor*.

—Qué lista eres —replicó él con sequedad.

—Y que lo digas. —Se giró hacia mí—. Ahora mismo no es de mucha ayuda, ya que es un poco nuevo con todo esto. Por eso tenía que venir yo también.

—Eres... eres... —casi no era capaz de obligarme a decirlo—. Eres *Bambi*.

Ella dio un saltito y unió las manos.

—Y tú eres Layla. Y él es Imbécil.

Imbécil suspiró.

—Soy *Robin*. Ya sabes, tu familiar de verdad. No como el parásito que tiene que volver con papi.

Bambi resopló.

—¿Qué tal si tú vuelves contigo? ¿Eh? ¿Qué te parece?

Aquello no tenía sentido, pero el hecho de que estuviera mirando a *Bambi* y *Robin* y que parecieran humanos tampoco lo tenía.

—Entonces, vosotros dos... ¿así es como sois en realidad?

Ella asintió con la cabeza.

—Sip. Cuando podemos, lo cual trágicamente no ocurre muy a menudo. Pero podemos hablar entre nosotros, incluso con nuestras formas animales. Un poco como si fuera telepáticamente. —Hizo un mohín—. Este *Robin* es un coñazo. En realidad se ha pasado todo el tiempo durmiendo.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Porque necesitaba cargarme.

—Lo que tú digas —replicó ella—. Echo de menos a mis chicos. *Nitro*, *Furia* y *Thor*. Ellos molan. *Tambor* es como tú, otro coñazo que se pasa el tiempo durmiendo, y cuando no lo hace, es un idiota gruñón.

Pestañeeé con lentitud mientras *Bambi* levantaba los brazos por encima de la cabeza para estirarse. Su camiseta se elevó, mostrando un estómago firme, y de pronto comprendí que Roth tenía a una tía encima. ¡Roth tenía a una tía encima de verdad, todo el tiempo! En muchas partes de su cuerpo. ¡Y yo tenía a un tío en el estómago!

Roth y Cayman habían olvidado mencionarme ese pequeño detalle.

Una sensación fea e insidiosa me recorrió, y no pude evitar decir:

—Tú estás encima de Roth.

—Eh, sí. Y a veces estoy encima de ti. Obviamente. —Frunció el ceño—. ¿Te has hecho daño en la cabeza?

Vale. Cerré los ojos brevemente. Los celos eran ridículos. No podía estar celosa

de *Bambi*, que tal vez fuera una tía buena, pero también era una serpiente la mayor parte del tiempo... una serpiente enorme de verdad que se comía cosas asquerosas.

Además, yo tenía a un tío encima.

—Ay, Dios mío —gruñí, mirando a *Robin*—. Tú estabas en mí anoche. Estabas en mí cuando...

—En el momento en que comenzasteis a quitaros la ropa, me largué corriendo. —Levantó las manos y arrugó la nariz—. No quería ver nada de eso. No sentí nada de eso.

—Eh...

No tenía palabras.

—Mira —dijo *Bambi*—, durante la mayor parte del tiempo que estamos encima de ti no prestamos atención a lo que haces. Bueno, no es cierto. Cuando estabas con Zayne, desde luego que prestaba atención.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Entonces, ¿los gatitos...? ¿También...?

—Están muy buenos. Por Dios santo, son trillizos —dijo *Bambi*, y me golpeó el brazo con fuerza suficiente como para tambalearme. Trillizos, Layla. Hay tres de ellos de verdad.

—Lo he pillado. —Me froté el brazo dolorido—. Gracias.

Robin cruzó los brazos mientras dirigía la mirada hacia el cielo anaranjado.

—Tengo la sensación de que no deberíamos estar aquí.

—Esto es increíblemente extraño —murmuré, tratando de hacerme a la idea del hecho de que estaba hablando con los familiares.

Bambi se pasó el pelo color carmesí por encima del hombro.

—Yo creo que es fantástico y maravilloso. —Avanzó y sacó la lengua en dirección a *Robin*. Incluso en su forma humana, seguía teniendo la lengua bífida—. Pero ¿sabes lo que no es maravilloso? Tu gusto para los hombres. Esperaba de verdad que te enrollaras con Zayne. Parecía delicioso.

—Ya te has comido a un Guardián...

—Cariño, no es en esa forma de comer en la que pienso cuando pongo los ojos en un enorme caramelo rubio.

Me quedé con los ojos muy abiertos mientras *Robin* ponía los suyos en blanco.

—Pues... eh... ¿siento decepcionarte?

Bambi continuó como si yo no hubiera dicho nada.

—Me gustaba cuando me acariciaba, y creo que a ti también te gustaba —dijo, y mi cara empezó a arder, porque sabía a qué momento se estaba refiriendo—. Pero me pregunto lo que pensaría si supiera qué parte de mi cuerpo estaba tocando en realidad. No era mi cuello.

—Eso es asqueroso —dijo *Robin*.

Ella soltó una risita.

—Fue una pasada.

Vale. Tenía que concentrarme en lo importante, pero todavía seguía sin comprender por qué estaban en esa forma.

—¿Cómo es posible que suceda esto? —pregunté.

Bambi abrió la boca, pero fue una voz masculina detrás de mí la que respondió.

—Ah, habla como una verdadera recién llegada. Permíteme que te ilumine, joven inocente. Siempre que los familiares están en el Infierno, adoptan esta forma automáticamente. Como es evidente, nadie pensó en decírtelo, porque pensaban que no supondría ningún problema.

Me di la vuelta y me enfrenté a la necesidad de retroceder. El instinto me exigía que me alejara del hombre alto que se encontraba de pie enfrente de las puertas que conducían al pasillo. Lo de «alto» en realidad no le hacía justicia; debía de medir más de dos metros de altura. Era un hombre robusto y guapo, siempre que te gustaran las barbas oscuras y los ojos duros y glaciales.

—También pueden adoptar esta forma en la superficie —continuó.

Bambi soltó una risita detrás de mí.

—Astaroth me deja hacerlo. No muy a menudo, pero, cuando lo hace, siempre es divertido. Ojalá lo hiciera con más frecuencia.

El hombre arqueó una ceja.

—No es una decisión muy inteligente. Verás —añadió, volviendo a dirigir su atención hacia mí—, los familiares tienen muy poco control de los impulsos, y no funcionan según una brújula moral humana.

—Ya te digo yo a ti que no —asintió *Bambi*.

—Tú y yo tenemos que hablar —me dijo el hombre, levantando la mano. Chasqueó los dedos, y sentí más que vi que los familiares desaparecían—. No te preocupes. Están bien. Bueno, lo estarán siempre que permanezcan alejados de los fosos y de cualquier demonio que pueda estar algo enfadado con el Príncipe, pero estoy seguro de que esos dos causarán más problemas que cualquier problema que pueda encontrarlos. Quédate tranquila, que regresarán a ti cuando te marches.

Abrí mucho los ojos mientras mi ritmo cardiaco se incrementaba. No vi ningún aura alrededor del hombre, pero, de hacerlo, imaginaba que sería oscura y enorme. De él irradiaba un poder, de la clase suprema. No había hecho ni un solo movimiento en mi dirección, pero supe en cuestión de un segundo que podría terminar conmigo.

Podría terminar con todos.

—Sabía que vendrías —continuó, y sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba por detrás de la barba—. Incluso apresuré mi llegada desde las puertas perladas por la expectación de este momento. Pero ¿no tienes nada que decir, niña? Después de todo, querías verme. Y aquí estoy.

Aquel era Ángel... el Ángel de la Muerte.

Capítulo dieciséis



Por todos los santos del cielo y más allá, estaba haciendo todo lo que podía por no flipar, pero aquel era el Ángel de la Muerte, y me había estado esperando. Por supuesto que sí, porque, siendo quien era, lo más probable era que lo viera todo.

Lo cual era algo incómodo.

Un temblor de intranquilidad me recorrió mientras un millón de preguntas acudían a mi cabeza, preguntas que era lo bastante consciente como para no hacerle. Pero quería hacerlo. Quería saber si de verdad era el Ángel de la Muerte. Si podría llevarme a ver a Sam. Si conocía a Lilith. Si sabía adónde había ido Elijah después de que el Lilin lo matara. ¿Y qué pasaba con toda esa pobre gente? Las preguntas seguían llegando, y necesité todo mi autocontrol para permanecer en silencio.

Ángel sonrió por detrás de la barba recortada.

—El Príncipe se va a enfadar mucho contigo cuando regreses.

—Ya.

No tenía sentido negarlo. Solo esperaba que acabara regresando.

Su sonrisa se extendió, pero no alcanzó sus ojos ni suavizó su rostro. Sinceramente, hacía que diera aún más mal rollo.

—Sobre todo teniendo en cuenta que he bloqueado todas las entradas al Infierno. No puede venir a por ti. No quería que nos interrumpieran... necesitamos estar juntos, y sí, tengo esa clase de poder y todavía más.

El corazón me dio un fuerte vuelco mientras mi boca se secaba. Eso de «estar juntos» me provocaba escalofríos. Sin embargo, no podía dar marcha atrás.

—Tenía que venir. Tenía que...

—Sé por qué estás aquí, pero no quiero hablar de eso. —Comenzó a caminar junto a mí, en dirección a la fortaleza—. Todavía no.

Me giré para seguirlo.

—Pero...

—Si fueras inteligente, no me cuestionarías. Por favor, dime que eres inteligente.

Molesta, me guardé lo que en realidad quería decir.

—Me gusta pensar que sí.

—Entonces, vendrás a dar un paseo conmigo —replicó con burlona cortesía, lanzando las palabras por encima del hombro—. Y hablarás conmigo sobre lo que quiero hablar. —No tenía ni idea de lo que querría hablar Ángel conmigo que no

tuviera que ver con Sam, pero me apresuré a alcanzarlo—. Una chica lista —murmuró mientras bajaba por el centro de la carretera vacía, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Los edificios a nuestro alrededor se encontraban en silencio—. Aunque es una lástima que no seas muy observadora.

Apreté los labios para evitar decir algo de lo que estaba segura de que me arrepentiría y me concentré en las piedras de la carretera. Ellas también tenían un tono rojizo.

—Por ejemplo, ¿qué crees que sabes sobre tu madre? —preguntó Ángel, sobresaltándome—. Sí, Lilith. Sobre eso es de lo que quiero hablar. ¿Sabías, niña, que Lilith no es un demonio? Bueno, no exactamente.

Durante un momento, fui incapaz de hablar.

—Sí que es un demonio. Todo el mundo dice...

—Todo el mundo puede decir lo que le apetezca, pero eso no significa que tengan razón, y la verdad a veces se pierde en la traducción cuando no se comprenden los hechos —replicó, y las comisuras de sus labios se elevaron—. Y la verdad, los hechos, son que Lilith no es un simple demonio.

Pasamos junto a un edificio de estilo cabaña, incrustado entre los rascacielos más altos y feroces. Con el rabillo del ojo me pareció ver un movimiento en la ventana de la choza, pero cuando miré no vi nada.

—No... no lo entiendo.

—Tengo la sensación de que entiendes muy poco. —Me lanzó el insulto como si nada—. Conoces el pasado de Lilith, ¿correcto? La expulsaron del Edén porque era, bueno, exigente. A partir de ahí copuló con demonios, y entonces creó una raza completamente nueva... pero nada de eso sucedió de inmediato. Oh, no. Verás, el aprieto de Lilith le había ganado la simpatía de un ser muy poderoso. Se hizo... amiga de un aliado inesperado, y cuando el Edén cayó en pedazos y todos sus antiguos habitantes fueron despojados de su inmortalidad a causa del pecado, Lilith también. Y a su nuevo amigo, bueno, a ese ser no le parecía bien que Lilith fuera... castigada una vez más.

—Creo que se me ocurre quién era ese ser —dije, esperando que no me diera una paliza por sugerirlo siquiera—. ¿El Jefe?

—Correcto. En ese momento, eran como dos guisantes en una vaina muy perturbada. El Jefe no había creado ningún demonio antes de conocer a Lilith ni tenía idea de cómo se hacía, pero se negaba a permitir que ella muriera de una forma mortal. Quién sabe si el Jefe le tendría cariño de verdad a Lilith, o si tan solo lo hacía como una forma de... de enseñarle el dedo corazón una vez más al grandullón del cielo. Pero, al final, el porqué de todo eso en realidad no importa. El Jefe descubrió que la sangre de un ángel original que hubiera caído, si se ingería, otorgaba la inmortalidad, entre otras cosas. Le dio esa sangre a Lilith, y su inmortalidad quedó restaurada. —Hizo una pausa mientras yo procesaba ese nuevo conocimiento—. Estoy seguro de que el Jefe se arrepiente ahora de ese don, pero pensar en

retrospectiva es inútil.

Me dirigió una amplia sonrisa mientras nos acercábamos a un estrecho puente construido con la misma piedra sobre la que caminábamos. El olor a azufre y metal se volvió más fuerte.

—Así que Lilith... en realidad no es un demonio. Era, bueno, lo que quiera que fuera la primera gente, y después la hicieron mortal, y después le dieron la sangre de un ángel caído. —Mi ceño fruncido se incrementó—. Vale, pues entonces... ¿qué narices se supone que es?

Él elevó un hombro mientras me echaba un vistazo.

—¿Qué narices se supone que eres tú?

Un escalofrío helado descendió por mi columna vertebral a pesar del aire ardiente y ácido.

—Supongo que en realidad no lo sé.

—Es interesante cómo la naturaleza siempre cuida de sí misma, desarrollando un sistema de control y equilibrio, su propia Ley del Equilibrio. A pesar de recuperar su inmortalidad, Lilith tenía una debilidad, básicamente un botón de apagado. Si tuviera un hijo de forma natural y algo le ocurriera a ese hijo, eso acabaría con ella. Al darte vida a ti, puso en marcha la única arma verdadera que podía acabar con ella. La naturaleza. Esa sí que es una zorra.

Abrí mucho los ojos. Eso significaba que... ¿cuando muriera, Lilith también lo haría? Yo era su botón de apagado. Vaya.

—Para ser sincero —continuó—, jamás comprendí por qué decidió correr el riesgo de crearte. No te ofendas.

—No me ofendo —murmuré—. A lo mejor es que no sabía lo del... ¿botón de apagado?

—Ah, estoy seguro de que sí lo sabía. Su arrogancia rivaliza con la del Jefe —replicó, y yo me puse rígida, esperando a medias que el Jefe apareciera delante de nosotros para hacernos pagar por el insulto—. Pensaba que su hijo sería igual que ella: traicionero, obsesionado con el poder y con el control. Y era un plan muy retorcido. Fornicar con un Guardián y dejar al hijo para que el enemigo lo criara, y así acabar usurpando a los Guardianes y posiblemente incluso al Jefe. Lilith quería el mundo entero, ya que sentía que se lo habían arrebatado cuando la exiliaron del Edén. No importaba que le hubieran otorgado la inmortalidad de nuevo y que pudiera haber encontrado alguna clase de paz. Quería venganza contra toda la humanidad; siempre la ha querido y siempre la querrá. Darte a luz a ti era un plan retorcido, pero en el fondo una empresa fallida, ya que tú no eres como ella. No de ese modo.

—No —susurré, pisando el puente. No sabía cómo me sentía por tener la confirmación de que para Lilith (mi madre) yo no era más que una herramienta, un arma en una guerra infinita. La furia y la decepción se agitaron juntas, y me obligué a soltar una risa áspera. Lo que había significado para Lilith ya no podía importarme. No había importado antes—. Yo no soy como ella.

—Pero tampoco eres como los Guardianes, o eso es lo que piensas.

Se rio entre dientes con suavidad, y se detuvo para mirar por encima del muro de piedra del puente, hacia el río que había abajo. Y menudo río era.

De un rojo intenso, el río burbujeaba y era espumoso y lodoso, y tenía la sensación de que de allí era de donde venía aquel olor repugnante. No quería saber de qué estaba hecho el río, pero parecía espeso, así que dudaba que se tratara de agua.

—Voy a contarte una historia, una a la que deberías prestar mucha atención.

No estaba segura de poder enfrentarme a otra historia, pero me obligué a concentrarme.

Ángel se sacó las manos de los bolsillos y las puso sobre el muro con suavidad.

—Cuando los ángeles fueron enviados para iluminar al hombre, fracasaron de la forma más gloriosa posible. Sucumbieron al mal y a la tentación, se volvieron codiciosos por la comida y la bebida. ¡Fornicaron! —Hizo una pausa para sonreír y me echó un vistazo—. Y hubo muchos fracasos, Layla. Tantos, que el grandullón del cielo sabía que tenía un problema enorme entre manos. Esos ángeles eran poderosos, creados a imagen de sus propias virtudes, y estaban corruptos. Podían deshacer todo lo que él había creado, así que tenía que encargarse de ellos, y fueron castigados por los Alfas.

Perdida en una parte de la historia que nunca habían compartido abiertamente conmigo ni de la que me habían hablado, me quedé en silencio mientras escuchaba. También estaba tratando de no respirar demasiado hondo, puesto que el hedor estaba a punto de hacerme perder la conciencia.

—Algunos de aquellos que cayeron —continuó—, los ángeles originales enviados al hombre, escaparon del castigo descendiendo al Infierno. El Jefe les dio la bienvenida con los brazos abiertos. Ellos son los ángeles caídos, los originales que temen otros demonios. Hay algunos que se refieren a ellos como demonios, pero no fueron ni jamás han sido creados por el Jefe ni engendrados por otro demonio. Sería inteligente recordar de dónde vinieron —explicó, levantando un poco la barbilla. Sus hombros se tensaron bajo la sencilla camisa blanca que llevaba—. Después están aquellos que cayeron y aceptaron su castigo, esas criaturas devotas que se dieron cuenta de que se habían equivocado y de que su amor hacia su creador era mayor que su deseo de libertad. Y fueron castigados. ¿Sabes cómo, Layla?

Mi nombre salió de sus labios como una ráfaga de aire ártico, y yo me estremecí.

—No.

Se volvió hacia mí y se reclinó contra el muro con una confianza en su arquitectura que yo no compartía.

—Fueron convertidos en piedra. —Jadeé cuando la comprensión me inundó—. Ya sabes de lo que estoy hablando. —Sus ojos relucieron fríamente—. Aquellos que cayeron y aceptaron su castigo fueron convertidos en piedra, y les dieron apariencias horribles y bestiales no solo para recordar a la humanidad que el mal existe, sino para servir como lección tangible para aquellos que deberían estar por encima de la

tentación de que ellos también pueden caer en desgracia.

—Vaya.

Mi cabeza daba vueltas. ¿Los Guardianes eran originalmente ángeles que habían caído? De pronto, lo que Roth les había llamado de forma provocadora, repudiados celestiales, cobró sentido. Él lo sabía, pero siempre había dicho que esa historia no era suya para contarla.

—Durante muchos siglos, esos penitentes caídos permanecieron sepultados, hasta que los Alfas los despertaron para combatir contra la población demoníaca que se expandía con rapidez y los Lilin que habían sido creados hacía tantos siglos —continuó Ángel, dirigiendo la mirada de nuevo hacia el río—. No los despertaron a todos, Layla. Algunos todavía duermen. Hasta tu clan debería saberlo, pero aquellos cuyos pecados fueron los más ofensivos son los que todavía siguen atrapados en su castigo.

—Dios —suspiré, pensando en todas las gárgolas que adornaban los edificios solo en Washington D. C. Todo aquel tiempo había creído que el hombre simplemente los había tallado.

—Aquellos que fueron despertados se convirtieron en los primeros Guardianes, pero sus castigos los habían cambiado. Por eso tienen dos formas, y también por eso, en su verdadera forma, se parecen a las mismas criaturas que tienen la misión de eliminar. Es irónico, ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Estoy seguro de que tu clan no ha olvidado su verdadera historia, pero les encantaría hacerlo, ¿verdad? Los únicos seres más arrogantes que los Alfas son los Guardianes.

Esa era otra cosa que no podía negar.

—Esto es todo fascinante, pero...

—¿Por qué te estoy contando esto, la historia de tu madre y la raza que te crio como si fueras de los suyos? Quieres algo de mí, pero yo quiero que entiendas lo que eres. —Se apartó del muro y me miró a apenas medio metro de distancia—. Aquí estás ante mí, acobardada como una chica indefensa.

El vello se erizó otra vez en mi nuca.

—Eso es porque eres... eres el Ángel de...

—Sé lo que soy. Al menos yo puedo decir eso, pero tú no.

—Sí, eso lo entiendo, pero...

Su mano salió disparada y me rodeó la garganta. Había tomado mi último aliento antes de saberlo siquiera. El pánico me inundó mientras levantaba los brazos para sujetar su enorme mano. Deseé que mi cuerpo se transformara, pero Ángel sonrió mientras me levantaba del suelo.

—No puedes transformarte. Aquí no. ¿Cayman no te contó eso? Demonio estúpido, tiende a no mencionar la información importante. Tú no eres de esta esfera, niña, y por lo tanto no puedes adoptar tu auténtica forma aquí —dijo, levantándose todavía más alto—. Podría romperte el cuello en un segundo, ¿y sabes lo que ocurriría entonces?

Que moriría.

Pero no podía decirlo, ya que estaba ocupada tratando de conservar el oxígeno que quedaba en mis pulmones, que no era demasiado. Me ardía el pecho, y mi corazón palpitaba con furia.

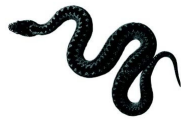
—Te dolería. Quedarías inconsciente, pero no, no morirías —continuó, como si fuera capaz de leer mis pensamientos—. La verdad es que lo único que podría matarte sería una daga de hierro en el corazón, o que alguien te cortara la cabeza. — Sus palabras estaban atravesando la neblina ardiente, pero no tenían mucho sentido —. ¿Fuego? Nop. ¿Caer desde una altura de cien pisos? No te mataría. ¿Destripada? Tampoco. En cuanto entiendas eso, serás más fuerte y feroz que cualquier otro Guardián que camine por la superficie, e incluso los demonios de Nivel Superior huirán ante tu presencia.

De pronto, apartó la mano que me sujetaba. Caí en el puente y me tambaleé hasta el muro de piedra. Este se derrumbó como si fuera ceniza bajo mi peso, y cayó hasta el agua que bullía debajo. Me balanceé en el borde, agitando los brazos.

Ángel me atrapó por el brazo, me apartó del borde y me llevó contra su pecho. El contacto con su cuerpo completo era como acurrucarme con un muñeco de nieve; un muñeco de nieve psicótico. Se me heló la piel y, mientras exhalaba ásperamente y después tomaba aire en tragos enormes, una nube brumosa se formó delante de mis labios.

—¿Ves ahora lo que he estado tratando de mostrarte, el propósito de todas mis historias? No eres un demonio. Nunca has sido un demonio, niña tonta.

Capítulo diecisiete



«No eres un demonio».

Dejé de esforzarme por tomar aire mientras miraba fijamente sus fríos ojos. Lo que me había dicho sobre Lilith y los Guardianes me había aturcido, pero ahora me había quedado con cara de estúpida por pura incredulidad.

—Eso no tiene sentido —jadeé.

—¿Por qué? ¿Porque tu clan piensa que sí lo eres? ¿Porque el Príncipe nunca ha dicho lo contrario? Eso es lo que le había dicho el Jefe, porque si los demonios de Nivel Superior supieran lo que el Jefe había hecho por Lilith hace tantos años, no les haría mucha gracia. A ningún demonio le gusta la idea de que el Jefe haya tenido favoritos y siga teniéndolos. El Príncipe no tenía ninguna razón para creer algo diferente. Para todos ellos, tú eres como un demonio, solo porque te pareces a un ángel caído original. —Su agarre era tenso, rayando lo cruel—. Si has prestado atención a mi historia, podrás seguir a donde quiero ir a parar con esto.

Tenía partes de mi cuerpo congeladas por el contacto con él, así que en realidad en ese momento no estaba siguiendo una mierda.

Ángel bajó la cabeza, y me quedé rígida cuando su boca se detuvo a un par de centímetros de la mía.

—Eres mitad Guardián y mitad lo que demonios fuera Lilith cuando naciste, lo cual te convierte en algo completamente diferente. La sangre de Guardián dentro de ti debilitó lo que quiera que te dejara Lilith en herencia. Eras tan mortal como cualquiera de ellos, y ni siquiera eras tan poderosa, con un beso letal como único don, pero esos malditos brujos... —Se rio y su aliento helado rozó mis labios, provocándome un estremecimiento—. Esos que adoran a tu madre. Te dieron algo de beber, ¿verdad?, después de que te apuñalaran y del heroico rescate del Príncipe. Te pusieron fuera de mi alcance de forma bastante eficaz. ¿No es así?

—Sí —logré decir—. No sabemos qué era. Roth no lo sabía...

—Pero ¿ahora eres capaz de averiguarlo? ¿De demostrar que has estado prestando atención a mi pequeña lección de historia?

La sangre tronaba dentro de mi cabeza, y supe adónde quería ir a parar, pero no podía creérmelo; la idea de que me hubieran dado sangre de uno de los ángeles caídos originales. Primero, porque aquello era asqueroso que flipas. Y segundo...

—¿Por qué iban a hacer eso? ¿Cómo es que la tenían?

—Eso solo pueden responderlo ellos. —Sus pestañas bajaron, ocultando sus ojos—. Pero lo que hicieron... eliminó cualquier sangre de Guardián que pudieras tener dentro. Ahora... eres algo completamente diferente.

Pensé en lo que habían dicho Zayne y Danika sobre parecerles un demonio de Nivel Superior, pero eso fue antes de que los brujos me dieran ese... ese brebaje. Pero todo comenzó a conectarse. Roth tenía razón en parte. Todavía me estaba transformando, y dado que no era lo que nadie esperaba que fuera, lo que los Guardianes estaban sintiendo podría haber sido aquello en lo que quisiera que estuviera madurando. Además, un demonio había huido de mí desde que había bebido esa cosa, y desde luego parecía diferente.

—Ay, Dios mío —susurré, olvidando quién me estaba sujetando—. ¡Por eso tengo plumas en las alas!

Su boca se crispó.

—Entre otras cosas.

—¿Soy... soy inmortal?

Me soltó y dio un paso hacia atrás, pero me sentía tan abrumada que apenas noté cómo la calidez regresaba a mí con lentitud.

—Tan inmortal como algo que solo pueda ser matado de las dos formas que he mencionado antes. En el momento en que consumiste la sangre de los originales, te convertiste en lo que los Alfes llamarían una abominación. Pero de lo que no se han dado cuenta es de que tú sola puedes acabar deteniendo lo que está por venir.

Aturdida por lo que había dicho, levanté una mano temblorosa y me aparté de la cara el mechón de pelo que se me había soltado. Había ido hasta allí para recuperar el alma de Sam, y había acabado descubriendo que todo lo que pensaba que sabía sobre mi vida y mi identidad había sido erróneo... otra vez. Una parte de mí no sabía qué pensar al respecto. La otra parte estaba burbujeando con dulce comprensión. Era increíblemente egoísta, sí. Pero no habría andadores en mi futuro mientras Roth permanecía intemporal.

—Eres como Lilith... completamente única. Algo que no debería existir, pero existe. Y lo mismo ocurre con el Lilin. No debería existir, pero tú... tú puedes detenerlo.

Dirigí la mirada hacia él mientras bajaba la mano.

—Lo detendré.

—¿De verdad? —Inclinó la cabeza—. Porque lo único que has hecho desde que el Lilin se reveló es llorar por tu amigo, estar de morros, meterte en dramas amorosos que normalmente solo esperaría de una triste adolescente humana, y entregar tu castidad.

Me aparté de golpe, con los músculos rígidos.

—¿Qué?

—Creo que he hablado con claridad. —Avanzó hacia mí y en esa ocasión no retrocedí, aunque todavía me dolía la garganta desde la última vez que me había

mantenido firme—. Tienes que detener al Lilin, pero lo único que has conseguido en realidad es perder tu virginidad. Aun así, supongo que debo darte la enhorabuena. Después de todo, es un hito. Por favor, hazle llegar mi felicitación al Príncipe.

Avergonzada y furiosa, sentí que me quedaba boquiabierta.

—¡Eso no es cierto!

—Ah, ¿no? —Ángel echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa oscura—. Cuéntame, ¿qué más has conseguido?

Abrí la boca, lista para disparar todo aquello en lo que había... en lo que habíamos estado trabajando, pero las únicas cosas que él no había mencionado en realidad fueron nuestros intentos chapuceros de localizar al Lilin, el fin de Elijah, y mi nuevo tatuaje, que actualmente estaba fuera haciendo Dios sabía qué con *Bambi*... que, por cierto, ni siquiera debería estar allí.

Acorralada verbalmente en una esquina, dije la primera cosa que me llegó a la punta de la lengua.

—¡Yo no he pedido nada de esto!

En el momento en que esas palabras salieron de mi boca, supe que eran un error. Además del hecho de que no ayudaran gran cosa a la conversación, era posiblemente lo más increíblemente infantil que había dicho jamás.

Y eso era mucho decir.

Ángel sonrió con suficiencia.

—Nadie pide nunca lo que la vida le lanza. Tú tampoco eres especial.

Bajé la mirada hasta sus botas, y entonces cerré los ojos con fuerza. Dios, tenía razón. Sin importar lo que estuviera ocurriendo con mi vida, no había hecho lo suficiente para detener el mal que había ayudado a crear sin advertirlo cuando Paimón había realizado el ritual para intentar liberar a Lilith... y más gente inocente moriría como consecuencia. No estaba segura de qué más podría haber hecho, pero era evidente que algo habría.

Respiré hondo y levanté la mirada hasta la suya.

—Tienes razón. No he estado haciendo lo suficiente, pero haré lo que haga falta para detener al Lilin.

Sus ojos emitieron un resplandor extraño, como si tuvieran su propia fuente de luz.

—¿Lo que haga falta?

—Lo que haga falta —repetí, aunque esas palabras no cambiaban la razón por la que estaba allí—. Pero no voy a olvidarme de Sam. Su alma está aquí, y este no es su lugar.

Volvió a moverse a la velocidad del rayo, pero di un salto hacia atrás mientras levantaba el brazo para bloquear su intento de agarrarme la garganta otra vez. Un dolor palpitó por mi brazo, y probablemente tendría un moratón después, pero mejor allí que alrededor de mi cuello.

Ángel se apartó, y me pareció ver que la aprobación ardía en sus ojos.

—A lo mejor todavía no comprendes lo que está en riesgo aquí.

Y después, sin advertencia alguna, me sujetó la muñeca, y ya no nos encontrábamos sobre el puente, sino en un edificio, y una pared de llamas se cernía frente a nosotros. El calor emanaba de la pared del edificio mientras unas llamas crepitantes tocaban el suelo y el techo, pero de algún modo, como el fuego del ascensor, no se extendieron.

Desorientada por el cambio repentino, retrocedí y choqué contra Ángel. Me aparté de golpe, pero no llegué demasiado lejos antes de que un fuerte brazo me rodeara la cintura, tirando de mí hacia atrás. El aire escapó de mis pulmones.

—Creo que hay alguien que deberías conocer —me dijo al oído en voz baja.

Las llamas palparon y después bajaron del techo hasta desaparecer en el suelo, revelando lo que existía al otro lado. Era una habitación, una especie de dormitorio, con una gran cama ornamentada y exquisitas pieles que cubrían el suelo de piedra desnuda. Había una mesa pequeña y dos sillas, e incluso un televisor, y una risa histérica burbujeó en mi interior mientras recordaba lo que Roth había dicho sobre la señal ahí abajo. Desde el techo salía un enorme poste de acero conectado a una cadena que bajaba por la pared, y recorrí toda su longitud hasta el cuello de la mujer que se encontraba de pie a la derecha, con la esbelta cadera apoyada contra la pared.

Me quedé sin aliento.

Iba toda de blanco, con un vestido de gasa que lo mostraba todo desde el cuello hasta el dobladillo, y todas las zonas ocultas debajo. Aquella mujer, con el pelo tan rubio que casi parecía blanco y los ojos de un pálido tono de gris, era asombrosamente hermosa, de una forma inusual, con los ojos algo inclinados en los laterales y una boca exuberante y roja.

Y esa boca roja se curvó hacia arriba, en una sonrisa arrogante.

Entonces habló con una voz antigua y tan densa como las pieles que cubrían el suelo.

—Vaya, ya era hora.

—Lilith —jadeé.

Capítulo dieciocho



Por primera vez en mi vida, me encontraba de pie delante de Lilith, mi madre, y ella era una criatura que vivía y respiraba. No sé por qué eso era lo que más me conmocionaba, pero en mi mente siempre había sido más mito que realidad.

Había algo dentro de mí que se sentía repelido por la cadena que rodeaba su cuello esbelto. Era una sensación extraña, una de vinculación familiar. Después de todo, pasara lo que pasase, ella era mi madre, y estaba encadenada. No me gustaba. Ni siquiera me gustaba la sensación, y no sabía qué pensar de todo aquello.

—«Madre» habría sido un saludo más apropiado —dijo, y su voz sonó como un millar de *Bambis* deslizándose bajo mi piel—. Pero, por otro lado, tampoco debería esperar tal cortesía por tu parte.

Pestañeeé ante el insulto vagamente velado.

Pues vale...

Lilith no caminó hasta el centro de la habitación, sino que más bien fue flotando hacia allí. No estaba segura de que sus pies tocaran la piedra siquiera.

—¿Por qué está aquí? No creo que sea para liberarme, no si tú estás aquí.

—Sabes que nunca quedarás en libertad —replicó Ángel, mordaz—. Da igual lo que piense el Lilin, tu tiempo aquí abajo no es precisamente finito.

Hubo un cambio en la cara de Lilith, que suavizó la etérea belleza.

—¿Mi hijo? ¿Traes noticias de él?

Su voz sonaba como si estuviera sin aliento, y eso fue como una patada en el pecho que me despertó.

—¿Tu hijo? ¿Te refieres a esa cosa demente que está suelta por la superficie, sembrando el caos?

Sus ojos pálidos se entrecerraron mientras me miraba.

—Estás hablando de tu hermano. Un poco de respeto.

—¿Mi hermano? —resoplé—. Sí, pero no.

Ella sacudió la cabeza, y las largas ondas bailaron alrededor de su cara.

—No puedes negar la realidad. Él es parte de ti, y tú eres parte de mí. Los tres estamos conectados.

Me puse rígida.

—Yo no soy parte de ti, ni de él.

Lilith levantó la barbilla.

—Siempre fuiste una gran decepción para mí —dijo, e hice una mueca de dolor, incapaz de contenerme—. Tenía grandes esperanzas para ti. Tú eras quien debía no solo liberarme, sino ascender conmigo. Habríamos cambiado el mundo, pero esto... —Hizo una pausa y levantó las manos—. Esto es lo único que me queda. No me respetas. No me honras.

—Hala —murmuré, y tomé un aliento tembloroso—. En serio... hala. ¿Alguna vez te has preocupado por alguien... has querido a alguien?

—¿Querer?

Arrugó la nariz con disgusto.

—Paimón te quería —repliqué.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ese estúpido. Fracasó a la hora de liberarme, y él es la razón por la que todos están observando ahora con tanta atención. El amor no existe, y por favor, no expongas un nuevo nivel de idiotez discutiendo conmigo. Volveré a preguntártelo. —Dirigió la mirada hacia Ángel, que todavía me estaba sujetando desde atrás—. ¿Por qué está aquí?

—Yo haré las preguntas. —El agarre de Ángel sobre mi cintura no se aflojó, como si esperase que fuera a salir corriendo para arrancar la cadena del techo. No tenía por qué preocuparse, porque aquello no iba a suceder—. ¿Vas a invocar al Lilin? Sé que puedes hacerlo. Incluso desde esta celda, podrías detener esto.

—¿Por qué no puedes obligarla? —pregunté.

Ángel prácticamente gruñó.

—No es tan sencillo.

La mirada de Lilith parpadeó entre nosotros, y entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa gutural.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Me estás pidiendo que detenga a mi hijo? —Bajó la cabeza, y su mirada relució como el acero—. Si no puedo salirme con la mía, entonces no puedo esperar a la destrucción que causará en la humanidad. Provocaré lo único que yo nunca fui capaz de lograr... el fin.

—¿Por qué? —inquirí—. ¿Por qué quieres hacer eso? Nadie ganaría en esa situación. Ni siquiera tú.

—¿Por qué? —La incredulidad inundó su cara—. ¿Es que no tienes ni idea de lo que he sufrido? ¿Primero, gracias al que me creó, y después, a manos del hombre? ¿Es que no tienes ni idea de lo que he perdido? ¡Me han arrebatado mi libertad una y otra vez! ¡Han hecho pedazos mis opciones! Me expulsaron del Edén, ¡abandonándome para valerme por mí misma en un mundo oscuro lleno de horrores! No tienes ni idea de lo que he experimentado. No te atrevas a preguntar por qué.

—Has sufrido —dijo Ángel en voz baja—. Y también lo han hecho las muchas almas que he tomado por tu causa.

Ella soltó una risa amarga.

—Y no me arrepiento absolutamente de nada. —Me echó un vistazo—. Bueno,

tal vez de algunas cosas.

Salté y le espeté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Soy tu hija.

Su cara se tensó.

—Entonces, hónrame.

—No puedo —dije con un susurro estrangulado—. No si honrarte significa que morirán millones de personas.

—Entonces, ya hemos terminado.

—Desde luego que sí —murmuró Ángel.

La pared de llamas regresó con un estallido estruendoso, y después ya no estábamos allí. Nos encontrábamos de nuevo en el puente, y Ángel me soltó. Me alejé de él dando traspies, en dirección al muro.

Bajé la mirada hasta el agua durante unos momentos, sintiendo náuseas y... dolor en el corazón. Había una herida allí, una que me había pasado la mayor parte de mi vida ignorando o fingiendo que no era para tanto, pero sí que lo era, y sí que dolía. Sin importar lo que fuera Lilith, era mi madre, y ni ella ni mi padre se habían preocupado jamás por mí.

—¿Por qué me has llevado con ella? ¿Además de para demostrar que no le importo y nunca lo he hecho?

—Puede que haya parecido cruel, pero necesitabas ver lo que es en realidad, porque te muestra lo que es el Lilin en realidad. Nada va a cambiar a ninguno de los dos. Ninguna lógica o negociación. Hay que detener al Lilin.

—Lo sé. No necesitaba conocerla para comprenderlo. —Recelosa por todo lo que Ángel me había contado y por conocer a la madre para la que había sido una decepción tan grande, me giré hacia él. Estaba harta de todo—. Quiero el alma de Sam. Tú puedes liberarla para que vaya a donde se supone que tiene que ir, y yo detendré al Lilin. Pero quiero que su alma quede libre.

Ángel me miró fijamente, con expresión apática.

—No puedo hacer eso.

Preparada para esa respuesta, uní las manos para evitar atacarlo y descubrir lo fácil que sería para Ángel dejarme fuera de combate, a pesar de mi recién descubierta inmortalidad.

—Por favor. Él no se merece esto. ¡Por favor! Haré lo que quieras que haga.

—Jamás deberías ofrecer un trato así a nadie. —Su mirada no mostraba crueldad, pero me estremecí de todos modos—. Especialmente no a mí, porque podría pedirte algo que no estés dispuesta a entregar.

Otra vez me recorrió el escalofrío.

—Tengo que hacer esto por él. Tú no lo entiendes. Sam era una buena persona... una buena persona de verdad. Su alma era casi pura. No se merece una eternidad de tormento.

—No digo lo contrario, pero no hay nada que pueda hacer.

Mis manos comenzaron a temblar, así que las separé.

—No. Sé que puedes. Tú controlas las almas que han pasado al otro lado. Eres el...

—Sé lo que soy, niña, como ya te he dicho —me soltó, y la pasividad de su expresión se transformó en irritación—. Y sé que no puedo liberar lo que no tengo.

La frustración emanaba de mi voz.

—Entonces, ¿quién tiene su alma? ¿A quién tengo que suplicarle? Porque lo haré.

—No lo comprendes. —Ángel negó con la cabeza, casi con tristeza—. Su alma ya no existe. ¿Puedes entenderlo? A pesar de lo que ha dicho Lilith, lo que eres tú y lo que es un Lilin son dos cosas muy diferentes.

—¿Qué? —susurré, y mi corazón de pronto latía demasiado deprisa. Comprendía lo que me estaba diciendo, pero quería equivocarme. Necesitaba equivocarme. El labio inferior me tembló—. ¿Dónde está su alma?

—¡El Lilin la consumió, niña! Ya lo sabes. ¿Cómo si no podría adoptar su forma o cualquier otra? Cuando el Lilin consume un alma, no es lo mismo que arrebatarla. Por eso cualquier Lilin, aunque sea solo uno, es tan increíblemente peligroso.

El horror me inundó. No. No. No. Yo no sabía eso. No había un manual de instrucciones de los Lilin que explicara esas cosas. Había asumido que todavía quedaría alguna parte de la esencia de Sam que hubiera sido enviada al Infierno. Había asumido que la habilidad del Lilin sería como la mía. No había permitido que la idea de nada más me cruzara la mente.

—¿Me estás...? —Apenas podía hacer pasar las palabras a través de la bola de amarga emoción que se estaba formando—. ¿Me estás diciendo que no hay nada que puedas hacer?

—No tengo ningún alma que pueda liberar —respondió en voz baja.

—Ay, Dios.

Cerré los ojos y me giré mientras un dolor crudo y la decepción me dejaban sin aliento.

No era justo. No lo era en absoluto. Sam jamás había hecho daño a una sola persona, y ahora simplemente había... ¿Dejado de existir? Algunos argumentarían que eso era mejor que una eternidad de tormento, pero para mí era peor. Que todo lo que había sido Sam alguna vez, todo lo que había hecho alguna vez, simplemente no importara. Había desaparecido, no quedaba nada de él en este mundo ni en ningún otro, y aquello estaba muy mal.

¿Y qué narices iba a decirle a Stacey? Aquello... aquello la destruiría, pero ¿cómo podría mentirle, sabiendo lo que sabía? Sin embargo, preferiría asumir yo esa carga antes que hacer que ella tuviera que soportar ese conocimiento.

—No he dicho que no hubiera nada que pudiera hacerse.

Abrí los ojos de golpe y me giré hacia él.

—¿Qué?

—El Lilin consumió el alma, y esa alma está dentro de él, junto con cualquier otra

alma que haya consumido. No todo está perdido.

Durante un segundo no me atreví a respirar, y entonces perdí el control.

—¡Ya podrías haber comenzado la conversación con eso en lugar de dejarme pensar que había desaparecido y ya está!

—Y tú podrías vigilar tu tono —replicó con aspereza.

Cada gramo de mi ser quería enfurecerse con él, pero me obligué a calmarme, porque era él quien tenía todo el conocimiento.

—Lo siento —logré decir—. Es solo que Sam es importante para mí.

Ángel arqueó una ceja.

—Eso puedo verlo. —Cruzó los brazos por delante del pecho y me observó con rigurosa seriedad—. Tú y yo queremos lo mismo. Tú quieres liberar el alma de Sam, y yo quiero detener al Lilin. Creo que esto es lo que los humanos llamarían matar dos pájaros de un tiro. Mata al Lilin. Sam y todas las demás almas que haya consumido quedarán liberadas.

—Hecho.

No hubo ni un segundo de duda.

—Te advierto de que no será fácil. Las almas no duran de forma indefinida atrapadas de ese modo. Nunca he oído de ninguna que dure más que unos cuantos meses —dijo—. El tiempo es esencial.

Sam llevaba ya un tiempo desaparecido.

—¿Es demasiado tarde para él?

—No —respondió, y le tomé la palabra porque era quien era—. Pero no tienes mucho tiempo. Por numerosas razones.

Asentí con la cabeza, no solo aferrándome a la esperanza de que todavía podría ayudar a Sam a encontrar la paz que merecía, sino comprendiendo por completo que, en el momento en que llegara a la superficie, tendría que encontrar al Lilin.

—No fracasas en esto. No es solo el alma de tu amigo lo que está en riesgo —añadió, y una ráfaga de aire helado hizo retroceder el calor opresivo—. Si el Lilin continúa descontrolado, los Alfas van a intervenir. Erradicarán a todos los demonios y Guardianes de la superficie, y si eso ocurre, el Infierno tendrá que contraatacar. No hay forma alguna de que el Infierno se aparte a un lado y lo permita. El Jefe liberará a los cuatro jinetes.

Tragué saliva con fuerza.

—Supongo que no estás hablando de los jinetes de una carrera de caballos, ¿verdad?

—No. —No parecía que le hubiera hecho gracia—. Los jinetes se pondrán en marcha, y traerán el apocalipsis. Morirán miles de millones de personas, Layla, y la Tierra quedará hecha escombros. Solo Lilith y el Lilin podrían desear eso de verdad. Ni yo, ni el Jefe ni el grandullón del Cielo. Ninguno de nosotros quiere eso, porque entonces todos entraríamos en guerra.

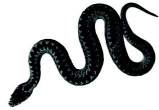
—Sin presiones ni nada —murmuré con un suspiro—. Tan solo tengo que detener

el apocalipsis.

Sus labios se crisparon en una sonrisa, pero desapareció con tanta rapidez que tal vez me la hubiera imaginado.

—A diferencia de tu madre, yo tengo fe en ti, Layla. Pero recuerda una cosa: al final, todo el mundo paga con sangre.

Capítulo diecinueve



Bambi y *Robin* regresaron a mí justo antes de que volviera a salir al pasillo, significativamente más fresco. En el momento en que aparecieron, comenzaron a discutir entre ellos, aunque no sabía muy bien por qué, puesto que estaba consumida por todo lo que Ángel me había contado y mostrado.

Abrumada, no sentí a los familiares recuperando sus formas animales y uniéndose a mí, y en realidad no recuerdo gran cosa del camino de vuelta hasta el ascensor o el trayecto hasta la superficie. Mis pensamientos seguían dando vueltas en un círculo vicioso cuando las puertas del ascensor se abrieron una vez más.

Unos relucientes ojos color ámbar se encontraron con los míos y, antes de poder pronunciar palabra o decirle lo aliviada que me sentía de verlo, Roth estuvo delante de mí. Una furia apenas contenida tensaba las líneas de su cara mientras entraba en el ascensor como una exhalación.

—¿Te han hecho daño? —inquirió.

—¿Qué? No.

—¿Estás herida de cualquier forma que no pueda ver?

Cuando negué con la cabeza, parte de la tensión se desvaneció de él, aunque solo un poco. Comencé a levantar las manos.

—Estoy...

Mis palabras terminaron en un gritito cuando me levantó los pies del suelo. En un segundo, me quedé balanceándome en el aire, y solté un gruñido cuando mi abdomen chocó contra su hombro. Por instinto, me agarré al cinturón de cuero que rodeaba sus caderas. Él giró y el ascensor dio vueltas mientras salía al vestíbulo.

—Roth...

—No —gruñó él.

Mi agarre se intensificó mientras avanzaba hacia delante.

—¡Bájame!

—Eso no va a pasar.

Se giró hacia el pasillo que llevaba a la escalera, y yo levanté la cabeza. El vestíbulo se encontraba vacío, a excepción de Cayman. Estaba junto a los sofás y sillones, y su rostro habitualmente hermoso estaba destrozado con una variedad de moratones púrpuras y rojos.

No tenía ni idea de que los demonios pudieran sufrir moratones.

Sonrió, pero parecía dolorido.

Le di un golpe a Roth en la parte baja de la espalda y traté de obtener su atención.

—Bájame. Ahora. —Como no respondió, comencé a patear, pero su brazo libre me rodeó las piernas—. ¡Roth!

—No —volvió a decir mientras las puertas que daban a la escalera se abrían y rebotaban contra las paredes de cemento. Hice una mueca cuando el sonido reverberó—. No digas ni una palabra más hasta que llegemos arriba.

Me quedé boquiabierta.

—¡No me digas que no hable!

Él soltó una risa oscura entre dientes, carente de cualquier humor.

—Eso es lo que acabo de hacer, enana.

Diciéndome que ya sabía que se iba a enfadar, que la furia tenía que ser el resultado de estar demasiado preocupado por mí, me esforcé por permanecer racional. En realidad, solo quería darle una patada.

—Sé que estás enfadado...

El brazo alrededor de mis piernas se tensó.

—No tienes ni idea de lo enfadado que estoy. Ni la más remota idea.

Cerré los ojos con fuerza para contar hasta diez, pero solo llegué al cinco.

—Vale. Lo entiendo. Pero no hace falta que me subas a peso por las escaleras.

En lugar de responder, él siguió subiendo con brío, sacudiéndome mientras subía los escalones de dos en dos. Cuando llegamos al rellano del cuarto o quinto piso, ya estaba harta. Comprendía que estuviera enfadado, pero aquello era ridículo.

Accediendo a la fuerza que sabía que tenía, levanté la mano y sujeté sus hombros mientras echaba el peso hacia atrás al mismo tiempo. El movimiento pilló a Roth desprevenido, y su brazo se aflojó el tiempo suficiente como para poder romper el agarre.

Me deslicé por la parte delantera de su cuerpo, y el contacto envió un destello de calor a través de mis venas. Ignorándolo, retrocedí, poniendo distancia entre nosotros de inmediato, lo cual probablemente fuera una de las cosas más inteligentes que había hecho hasta el momento.

Roth estaba furioso de verdad.

La ira emanaba de cada célula de su cuerpo tenso, y relucía detrás de sus ojos dorados. Su piel era más delgada, revelando el tono más oscuro que existía más allá de la carne. Abrí mucho los ojos. No por miedo, ya que jamás me sentiría asustada por él, sino porque era más que furia lo que veía en sus facciones: había una gran ansiedad. Sí, parecía feroz, pero también parecía que había pensado que no volvería a verme.

—Roth —dije con suavidad, y él cerró los ojos con una mueca ante el sonido de su nombre—. Sé que estás enfadado. Lo siento, pero tenía que ir allí abajo, y sé que no era seguro...

—Sí, ¡vamos a hablar de seguridad! —Su voz retumbó como un trueno por la

escalera—. ¿Sabes lo mucho que has arriesgado al ir allí abajo? ¿Lo increíblemente afortunada que eres de estar aquí en pie, ilesa?

—Sí, pero...

—No hay «peros» que valgan, Layla. Hay muchísimas cosas extremadamente perturbadoras y retorcidas que podrían haberte ocurrido. ¿Y para qué?

—¿Para qué? Sabías que tenía que ayudar a Sam. Que no podía...

—¡Yo podría haberte ayudado si me lo hubieras permitido! —Sus ojos emitieron un intenso destello ambarino—. Sé lo que puede pasar ahí abajo, y me da igual lo que te dijera Cayman, no tenías forma de estar preparada. Los demonios podrían haberte atrapado, y te habrían hecho cosas que te harían suplicar la muerte.

Me estremecí ante el pensamiento, pero me esforcé por mantener la voz tranquilizadora.

—No me ha pasado nada, Roth. Estoy bien...

—Pero yo no lo sabía, ¿verdad? Me desperté después de que ese gilipollas me rompiera el cuello y tú no estabas, Layla, habías ido al Infierno, y yo no podía bajar detrás de ti. Lo intenté, pero el maldito ascensor no subía. Sabía que la entrada había sido bloqueada, y no tienes ni idea de lo que me hizo pensar eso. No sabía si te encontrabas bien. ¡Me he pasado un día y medio temiendo lo peor! —gritó, y el estómago me dio un vuelco, porque había olvidado que el tiempo transcurría de forma diferente allí abajo. Lo que a mí me había parecido una hora como máximo, para él habían sido horas y horas de incertidumbre.

Tragué saliva.

—Roth, lo siento. De verdad que sí. No quería que te preocuparas.

—Si no querías que me preocupara, no deberías haber conspirado en mi contra. Te ofrecí mi ayuda, y tú me quitaste esa elección. —Su mandíbula era una línea dura—. Y no pude ayudarte. Joder, Layla, tengo ganas de estrangularte.

—Bueno, pues eso no ayuda mucho.

Entrecerró los ojos y me di cuenta de que mi triste intento de humor básicamente había caído en picado por la escalera.

—¿Crees que esto es una broma?

—No —murmuré, comenzando a perder la paciencia.

Avanzó hacia delante, con un músculo palpitando en la mandíbula.

—Te has arriesgado demasiado, Layla. Has...

—¡No iba a ponerte en peligro a ti! —grité, y mi autocontrol se había esfumado. Di un paso hacia delante, planté las manos sobre su pecho y empujé con fuerza. Él solo retrocedió medio paso—. ¿Entiendes eso? Tenía que ir allí abajo para ayudar a Sam, pero no iba a ponerte en peligro a ti, así que, aunque pudiera volver atrás y cambiarlo, no lo haría. ¡Lo siento! Puedes enfadarte todo lo que quieras.

—Estoy cabreado porque te quiero, Layla, ¡y la idea de perderte me deja acojonado!

—¡Y yo no iba a arriesgarme a perderte a ti! Porque te quiero, pedazo de

fastidioso, vanidoso y controlador...

Roth se lanzó hacia delante y me rodeó las muñecas con las manos. Me presionó contra la pared y me sujetó las manos por encima de la cabeza. Nuestros cuerpos estaban bullendo, y mi corazón latía de forma errática mientras él bajaba la cabeza.

La boca de Roth estuvo sobre la mía y fue un beso crudo, uno que no daba espacio a la negación. Aunque jamás podría negárselo a él. El beso era casi demasiado poderoso, demasiado primitivo. Abrió de golpe la bola de temor que había en la parte baja de mi estómago, porque era la clase de beso nacido del miedo de perder a alguien, y eso hacía que nuestra situación fuera todavía más real.

Hacía que lo que yo había hecho resultara mucho más doloroso.

Le devolví el beso, igual de sedienta e igual de exigente. Él entregó. Yo tomé. Y mientras estábamos aferrados el uno al otro, supe que había más amor en sus palabras que la furia que había mostrado.

Después de lo que pareció una eternidad, separó la boca de la mía. Con nuestras frentes juntas, mantuvo las manos sobre mis muñecas. Estaba respirando pesadamente, y podía sentir su corazón acelerado contra mi pecho.

—No puedo perderte —dijo con un ronco murmullo, y su voz me retorció por dentro—. No puedo.

—No lo harás —respondí también susurrando, pero esas tres palabras me parecían huecas, incluso después de lo que me había contado Ángel—. ¿Todavía estás enfadado conmigo?

Su aliento era cálido sobre mis labios.

—Todavía quiero estrangularte —dijo—. Pero de la forma más amorosa posible.

Apreté los labios.

—Está bien.

Los labios de Roth me rozaron la frente, y entonces retrocedió y sus manos se separaron de mis muñecas y descendieron por mis brazos. Sus movimientos eran rígidos mientras se giraba hacia la escalera, y aunque me daba cuenta de que la mayoría de la furia se había desvanecido, aún no había desaparecido por completo.

Comenzó a subir la escalera y, después de respirar hondo un par de veces, yo lo seguí. No hablamos durante el camino hasta su *loft*, ni cuando entramos en él. Cerró de un portazo detrás de nosotros.

—*Bambi*. Fuera.

El familiar dejó mi piel de inmediato, y en lugar de flotar hacia él, la sombra se apresuró a esconderse bajo la cama.

—Creo que has herido sus sentimientos —dije, mirándolo—. Y se te olvidó mencionar que los familiares son gente de verdad. Es una cosa bastante gorda para olvidar, ¿sabes?, lo de tener a una mujer adulta arrastrándose por tu piel.

Se detuvo, con ambas cejas en alto.

—¿Estás celosa? Porque tú tienes a un tío encima ahora mismo.

Me estremecí.

—Gracias por recordármelo.

Me miró fijamente.

—¿En serio? No estás celosa, ¿verdad?

Con un suspiro, caminé hasta el banco que había enfrente del piano y me senté.

—Al principio, sí, lo estaba. Pero entonces me di cuenta de lo estúpido que era eso. Y, además, al parecer está loca por Zayne.

—¿Por qué será que no me sorprende? *Bambi* siempre ha tenido mal gusto.

Fruncí los labios.

—Podrías habérmelo dicho.

Roth me lanzó una mirada envenenada mientras cruzaba la habitación.

—Para ser sincero, no se me había pasado por la cabeza. Tonto de mí, por pensar que no había posibilidades de que te fueras a dar un paseo por el Infierno.

Resistí la necesidad de poner los ojos en blanco.

—*Bambi* dio a entender que la dejás adoptar esa forma mientras está en la superficie.

—A veces. —Cruzó los brazos por encima del pecho—. No lo suficientemente a menudo como para que sea algo en lo que suela pensar.

—Aun así, habría sido útil saberlo. Imagina mi sorpresa cuando salieron de mí como si nada. —Bajé la mano hasta donde *Robin* estaba enroscado junto a mi cadera—. Creo que no se caen muy bien. Lo único que hacían era discutir. —Eché un vistazo a la cama—. De verdad que pienso que está escondida.

—Pues claro que sí —replicó él, observando la cama con una mezcla de cariño e irritación—. Sabía que ibas a ir allí abajo, o como mínimo lo sospechaba. Tendría que haberte detenido.

Apoyé las manos sobre las rodillas, devolviéndole la dura mirada.

—Cuando he dicho que lo sentía, lo decía en serio. No sabía que Cayman iba a distraerte de esa manera. Le pegué un puñetazo, si eso te hace sentir mejor. —Él arqueó una ceja, pero no parecía apaciguado. Continué hablando—. Pero tenía que intentar ayudar a Sam. Tenía que hacerlo.

Roth permaneció en silencio durante un largo momento y después exhaló sonoramente.

—¿Has visto a Ángel? ¿Has conseguido lo que estabas buscando?

—He averiguado muchas cosas que no estaba buscando —dije, deslizando las palmas por las rodillas—. Me contó lo que eran los Guardianes antes... quiénes eran.

—Repudiados celestiales —dijo con rostro impasible—. Nunca fue mi historia como para contarla. Ni siquiera estaba seguro de que me creerías si lo hiciera.

—¿Al principio? Probablemente no —admití, y entonces continué—. Me dijo que algunos de ellos nunca fueron despertados, que todavía están sepultados en piedra. Yo no lo sabía. ¿Y tú?

Roth negó con la cabeza.

—Había oído rumores, pero algunas gárgolas son solo figuras talladas en roca y

nada más.

—También me contó lo de Lilith. Lo de que nunca fue un demonio.

Arrugó el ceño.

—Creo que se estaba burlando de ti, Layla. Lilith es un demonio.

Negué con la cabeza, cansada, y después le expliqué todo lo que Ángel me había contado sobre ella. Vi el momento en que Roth me creyó, cuando le conté que el Jefe lo había encubierto todo.

—Por eso os parezco un demonio. Y lo mismo pasa con Lilith, pero solo porque nadie sabía lo que éramos en realidad, y supongo que si el Jefe le dijo a todo el mundo que ella era un demonio, nadie pensó en cuestionárselo. La gente ve lo que quiere ver. Incluso los demonios, supongo.

Roth se había acercado a mí mientras le contaba lo que me había dicho Ángel, pero entonces se arrodilló delante de mí.

—No eres un demonio.

—No. No según Ángel, y eso tiene sentido. Ya sabes que los demonios no podían sentirme al principio, no hasta hace poco... no hasta que los brujos me dieron lo que me dieron. —La comprensión ardió profundamente en sus ojos, y ver eso hizo que fuera más fácil contarle qué más había descubierto—. Me dieron la sangre de uno de los ángeles caídos originales. Lo mismo que le habían dado a Lilith. Por eso ahora parezco diferente cuando me transformo. Supongo que debilitó la sangre de Guardián que tenía dentro. Y desde entonces, no tengo la misma necesidad de... de alimentarme. Todavía sigue ahí, pero no se parece en nada a lo que era antes. No necesito nada para tranquilizarla; puedo ignorarla. En cualquier caso, la buena noticia es que soy un poco inmortal, así que no tienes que preocuparte de que algún día vaya a parecer tu abuela.

Me miró fijamente y en silencio durante un largo momento, y al fin, cuando comenzaba a preocuparme, dijo:

—No veo ninguna mala noticia en lo que me acabas de contar.

Casi sonreí.

—Bueno, supongo que soy un bicho raro todavía más grande de lo que pensabas al principio.

—No me importaría que te saliera una tercera teta al transformarte ni que fueras mitad Sabueso Infernal —dijo con fervor—. O si tres días al mes necesitaras consumir la carne de los muertos. —Eh. Aquello era un poco fuerte—. Voy a quererte igualmente. —Puso las manos sobre las mías—. Pero saber que no voy a tener que hacer algún trato demente en el futuro para evitar que te mueras de vieja es la guinda del pastel, cariño.

No pude detener la sonrisa que me tiró de los labios.

—Eres ridículo, ¿lo sabías? ¿De verdad harías un trato?

Su mirada era firme.

—Haría cualquier cosa por ti.

—Lo mismo digo. —Lo observé llevándome las manos a su boca y entonces presionó los labios contra los nudillos—. No he conseguido el alma de Sam.

—Lo siento —dijo, y aunque pronunció las palabras en voz baja, sabía que eran ciertas. Y también sabía que lo único que le importaba en realidad en ese momento era que me encontrara sentada enfrente de él, ilesa.

Curvé los dedos alrededor de él.

—El Lilin todavía tiene el alma de Sam. Se queda con las almas que consume. Matar al Lilin liberará las almas, pero Ángel dijo que no sabe si su alma durará mucho más dentro del Lilin.

Roth sonrió, mostrando un profundo hoyuelo.

—Bueno, pues tampoco es una mala noticia. Planeábamos matar al Lilin de todo modos, así que eso resuelve ambos problemas.

No me gustaba pensar en si Sam sería consciente o no de lo que estaba ocurriendo mientras se encontraba atrapado dentro del Lilin.

—Ese es nuestro plan, pero ¿cómo? Imagino que el Lilin no será fácil de matar.

—No lo será. —Me soltó ambas manos, se levantó y caminó hasta la cómoda. Abrió el cajón superior y sacó con cuidado algo envuelto en un cuero grueso. Lo llevó hasta la parte superior del piano, y entonces lo dejó encima y apartó el material—. Pero lo haremos de la misma forma que mataríamos a cualquier demonio... con una estaca de hierro.

Incapaz de contener el estremecimiento al ver tres estacas de hierro de forma tan inocua, levanté la mirada hasta Roth mientras algo se me ocurría.

—Si no soy un demonio, entonces, ¿cómo me ha herido antes el hierro?

—Porque, hasta donde yo sé, también es fatal para los originales. Aunque no son demonios, siguen estando malditos de muchas formas iguales a ellos. Después de todo, ellos pecaron de modos que se consideraban imperdonables. —Sonrió ligeramente mientras me miraba—. Ya sabes lo de mi pequeña colección. Esto es todo lo que me queda.

Roth no manejaba las armas, porque le quemarían la piel. El vendaje en el extremo grueso de la estaca tan solo lo protegería durante un tiempo. Para mí no era así, porque podía manejarlas, cosa que siempre había supuesto que se debía a mi sangre de Guardián, pero ahora ya no estaba segura.

Extendí el brazo y rocé rápidamente el frío metal con los dedos antes de que Roth pudiera detenerme. Soltó una maldición brusca mientras me sujetaba la mano y me la apartaba.

—No me ha quemado —le dije—. Al igual que antes. Supongo que soy especial.

Él entrecerró los ojos.

—Esa es una forma de verlo.

Hice una mueca, y él se rio entre dientes mientras volvía a cubrir las estacas con el cuero. Tenía calor, así que me subí las mangas del jersey.

—Tenemos que detener al Lilin. Sé que lo hemos estado diciendo, pero...

—¿Qué es esto? —Me sujetó los dedos y levantó mi brazo en el aire. Al principio no comprendía qué estaba mirando, pero cuando le dio la vuelta a mi brazo vi los moratones, con la forma de tres dedos presionándome. Sus ojos fueron de mi brazo hasta mi cara, y sus facciones se tensaron—. ¿Te lo he hecho yo?

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. No.

La inquietud burbujeó mientras sus pupilas se estiraban de forma vertical.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Eh...

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Para amararte la piel, alguien tendría que haberte sujetado el brazo con fuerza suficiente como para partirte el cuello si fueras humana.

—Mi brazo está bien.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No creo que vaya a responder a tu pregunta, porque te pondrías como loco.

Los labios de Roth se estrecharon.

—Estoy completamente calmado. Solo quiero saber quién te ha dañado la piel para poder ponerle nombre y rostro a la criatura que voy a matar con mucha lentitud.

—Creo que tenemos definiciones distintas de lo que es la calma —dije con ironía.

—Nunca he estado más calmado. —Le lancé una mirada de incredulidad, su pecho se elevó al respirar profundo—. Ha sido Ángel, ¿verdad? Ese cabrón sobón e impaciente...

No respondí.

—Tengo la sensación de que no puedes matarlo.

—Puedo intentarlo.

Su voz sonaba seria.

—¿De qué serviría intentarlo? Tenemos suficientes problemas sin añadir más a ellos, y si vas a por Ángel sería un enorme dolor de cabeza que ahora mismo no necesitamos.

Roth bajó la barbilla mientras cerraba los ojos.

—Está en la esencia de mi ser buscar venganza contra aquellos que dañen lo mío.

Uno jamás podría olvidar lo que era Roth. Debería sentirme preocupada, o tal vez incluso furiosa porque estuviera dispuesto a buscar venganza, pero había una parte de mí que estaba encantada en secreto por el nivel de su actitud protectora. Porque lo cierto era que, si la situación fuera al contrario, yo querría asesinar a quienquiera que le hiciera daño.

—Lo dejaré correr —continuó, y levantó mi brazo hasta su boca. Me besó ligeramente el moratón, y mi pecho se enterneció—. Por ahora. —Gruñí mientras me soltaba el brazo—. Oye, es mejor que irrumpir ahora mismo en el Infierno, ¿verdad?

—Sí, si lo dices así, claro. —Caminó hasta la cama y se sentó—. Ángel dijo algunas cosas más —añadí, dirigiendo la mirada hacia los moratones. Me bajé la manga—. Cosas que eran cien por cien ciertas.

—¿Como que voy a romperle todos los dedos de la mano?

Dio unas palmaditas sobre la cama.

—No. —Suspiré mientras *Bambi* echaba un vistazo desde debajo de la cama. Se elevó con gracilidad, y le dio un golpecito en la pierna a Roth con el hocico—. Básicamente nos llamó la atención por no hacer nada sobre el Lilin.

Bambi colocó la cabeza sobre la rodilla de Roth, y él la acarició de forma distraída. De inmediato recordé lo que había dicho sobre Zayne y donde la había acariciado de verdad, y tuve que obligarme a no caminar hasta allí y mover la mano de Roth hasta la punta del hocico, porque suponía que ese no podía ser un lugar inapropiado de su cuerpo.

Dios, tenía que dejar de pensar en eso.

—Tampoco es que no estemos haciendo nada precisamente —dijo, sonriéndole a *Bambi*—. Encontrar al Lilin no es sencillo. No es que se haya aliado con alguien.

—¿Qué hay del club que mencionaste?

—Ah, ¿el que planeaba investigar antes de que te escaparas al Infierno?

—Ese mismo —dije de forma avergonzada.

Roth se palmeó el pecho y, sin que tuviera que decir ni una palabra, *Bambi* se fundió en su piel y desapareció bajo el dobladillo de su camiseta.

—Todavía podemos ir a echarle un vistazo, pero, Layla, sé que Ángel es capaz de meterse en tu piel. ¿Que siempre podemos hacer mal para luchar contra el mal? Sí. ¿Que deberíamos dejar de vivir nuestra vida en el proceso? No. Estamos haciendo lo que podemos... más de lo que tendríamos que hacer.

Me disponía a responder cuando alguien llamó a la puerta. Los ojos de Roth se entrecerraron una vez más.

—Ven aquí si tienes huevos.

Alcé las cejas de golpe, pero entonces la puerta se abrió para revelar a Cayman, y medio entendí el saludo mientras él entraba en la habitación.

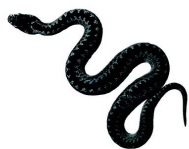
El humor habitual y la arrogancia habían desaparecido de su expresión, y había un matiz enfermizo en su apariencia que no había estado allí cuando lo había visto en el vestíbulo. Supe de inmediato que no tenía nada que ver con la tensión entre él y Roth, pero la mirada de Cayman estaba clavada en él.

—¿Qué pasa?

Roth comenzó a levantarse, aparentemente también percibiendo problemas.

—Lo siento —dijo Cayman, con los hombros rígidos—. Los brujos están aquí. Han venido a por lo que tuve que prometer.

Capítulo veinte



Cerré los ojos con fuerza y me tragué un gruñido.

Aquello era lo último de lo que necesitábamos encargarnos en esos momentos, pero los brujos me habían salvado la vida. Y también eran responsables de mi estado actual. No estaba segura de si debería enfadarme con ellos por haberme dado algo tan poderoso como la sangre de un ángel caído. ¿Cómo podría hacerlo? Dios, era asqueroso solo pensar en el hecho de que había consumido la sangre de alguien, pero me habían dado lo más cercano a la inmortalidad, algo a lo que en realidad todavía no había tenido ocasión de hacerme a la idea.

Roth y yo no sabíamos qué podrían querer los brujos a cambio de su ayuda la noche que Maddox me había apuñalado, pero, a juzgar por la expresión en el rostro de Cayman y su forma decaída de caminar por el pasillo que llevaba hasta el club, era causa de gran preocupación.

Ya sabía que aquello iba a ser malo.

Roth plantó ambas manos sobre la puerta, la abrió y entró en la planta principal del club. Se encontraba en silencio, una atmósfera completamente diferente a la que estaba acostumbrada. Ninguna de las luces deslumbrantes estaba encendida, y el espacio parecía casi ordinario bajo el brillante resplandor de las del techo. No había bailarines en el escenario con forma de herradura, y en las esquinas sombrías del club no quedaban demonios ni juegos de cartas.

Los brujos estaban sentados a una de las mesas altas y redondas justo al otro lado del escenario. Eran dos: el hombre mayor que nos había recibido cuando fuimos al restaurante para hablar con la bruja suprema y descubrir más sobre el Lilin, y una mujer más joven que no podía ser mucho mayor que yo. Los dos estaban vestidos con normalidad, aunque era una estupidez que eso me sorprendiera, porque la mayoría de los brujos no iban por ahí con una capa negra de hechicero o las brujas con un vestido blanco y ondulado. Compartían características similares; pelo y ojos marrones, narices y bocas pequeñas, y me pregunté si estaban emparentados. Padre e hija.

La bruja suprema que recordaba de nuestra última visita, la que parecía estar al cargo de todo, no se encontraba con ellos... pero no me sorprendía, porque dudaba que esa mujer pudiera viajar mucho. Era tan vieja cuando la conocí que había esperado que se cayera muerta en cualquier momento y explotara en una nube de polvo.

Los brujos eran una raza muy extraña. Eran humanos en su mayor parte, pero en algún lugar de su linaje había sangre demoníaca, y de ahí obtenían sus habilidades. Pero, incluso aunque tenían ancestros demoníacos, no reivindicaban esa conexión. Los brujos no confiaban en los demonios, y tampoco confiaban en los Guardianes. Para mí, no eran ni buenos ni malos, y por lo general permanecían lejos, muy lejos del drama.

El aquelarre al que pertenecían los dos que estaban sentados frente a nosotros adoraba a Lilith, y de inmediato quise empezar a darles una lección sobre la idea horrible que era eso.

—¿Qué hay? —anunció Roth mientras iba contoneándose hasta su mesa, completamente impávido, mientras yo tuve el sentido común de permanecer alejada unos pasos. No sabíamos de qué eran capaces de verdad los brujos.

El hombre observó a Roth con cautela antes de dirigir la mirada hacia donde yo me encontraba junto a Cayman.

—Veo que te encuentras bien.

—Gracias a todos vosotros —repliqué mientras Roth entrecerraba los ojos. Me obligué a dar un paso hacia delante, esperando mantener la calma de todo el mundo—. Lo siento, pero ¿cómo te llamas?

Él levantó ligeramente la barbilla.

—Soy Paul.

—¿Paul? —repitió Roth—. Qué gracia, por alguna razón pensaba que serías un Eugene o un Omar.

Me giré hacia él con lentitud, pero Paul ignoró el comentario.

—Y esta es Serifina.

—Es un nombre muy bonito —dije, y la chica me sonrió—. Sé lo que me dio vuestro aquelarre cuando me hirieron. —Paul permaneció en silencio e hice la siguiente pregunta—: ¿Cómo teníais la sangre de un ángel caído?

—¿Importa eso? —me interrogó él.

—Supongo que no, pero soy... bueno, soy una cotilla. —Me encogí de hombros—. Supongo que la gente, brujos incluidos, no tiene sangre de ángel caído en abundancia.

—No. Y puedo decirte que no fue fácil de obtener y que no la entregamos sin gran reflexión —explicó Paul.

El aburrimiento tiró de la expresión de Roth mientras se reclinaba contra el escenario.

—Eso es... interesante.

Paul sonrió de un modo forzado.

—Todos hemos oído hablar de la arrogancia del Príncipe. Es reconfortante ver que ese rumor es cierto.

Me quedé rígida mientras los labios de Roth se elevaban por una comisura, con la voz tan densa como la melaza.

—¿También has oído el rumor de que una vez colgué a un brujo por los dientes? Porque ese también es cierto.

Paul palideció, y entonces sus mejillas se tiñeron de rojo mientras yo abría mucho los ojos.

—Esto se va a ir cuesta abajo enseguida —dijo Serifina, con voz suave mientras su mirada iba desde Roth hasta mí—. No queremos eso. Hemos venido a por lo que nos prometieron, eso es todo.

—¿Y qué os prometieron? —inquirió Roth—. Terminemos con esto.

Paul le echó un vistazo a Cayman, con un terror miserable grabado en sus facciones envejecidas.

—¿No se lo has contado?

Oh, no. Aquello no sonaba bien.

—No se lo he preguntado. No ha sido una de mis prioridades —replicó Roth, y su tono emanaba desdén.

Paul exhaló con aspereza.

—Vais a honrar esa promesa.

—¿Acaso he dicho que no fuera a hacerlo?

Serifina parecía horrorizada y perturbada.

—Pero ni siquiera sabes qué es lo que pedimos a cambio.

Miró a Cayman y pareció palidecer todavía más, hasta el punto que me temí que fuera a desmayarse y caerse de la silla.

—Se me está agotando la paciencia —advirtió Roth.

Paul se aclaró la garganta y pareció echarle valor. Una parte de mí quería impedirle que hablara, porque la sensación de que lo que quisiera que fuera a decir iba a ser desastroso lo consumía todo.

—A cambio de salvarle la vida —dijo—, pedimos que nos dieras tu familiar.

Tomé un aliento brusco y ardiente mientras sus palabras rebotaban por mi cabeza. No. No podía haber dicho lo que pensaba que había dicho.

Roth descruzó los brazos con lentitud.

—¿Disculpa?

—A cambio de sal... salvarla, pedimos que nos dieras tu familiar —respondió Paul, y su nerviosismo se filtró en la habitación—. Ese es el tra... trato que hicimos.

Boquiabierta, me giré hacia Cayman, que estaba mirando la espalda de Roth.

—Te dije que no te gustaría lo que querrían a cambio, pero me dijiste que les diera...

—Te dije que les dieras cualquier cosa —lo atajó Roth con voz dura—. Sé lo que dije.

Cayman hizo una mueca de dolor y después bajó la mirada.

—Esperad —dije, negando con la cabeza—. No podéis hablar en serio. ¿Para qué querríais a uno de sus familiares?

Serifina se bajó de la silla con cuidado y se quedó de pie junto a la mesa,

evidentemente más valiente que Paul.

—Los familiares son seres muy poderosos, sobre todo cuando se vinculan a una persona. Son como un sifón, o un conducto. Cuando los familiares del Príncipe se vinculan a alguien más, después de un periodo de tiempo, la nueva...

—La nueva persona con la que se vinculan desarrolla algunas de las habilidades del anfitrión original —la interrumpió Roth—. Queréis mis talentos.

Ella tragó saliva con esfuerzo.

—Esa no es la razón principal.

—Es suficiente para mí. —Roth avanzó y la chica se encogió un poco, pero él no siguió acercándose. Sabía que estaba furioso, pero también que no iba a hacerle daño—. Estáis pidiendo mucho.

—Un trato es un trato —dijo Paul en voz baja—. Y tengo la sensación de que no hay ningún precio que no pagarías por la vida que hemos salvado. Y por eso no queremos a un familiar cualquiera. Fuimos bastante específicos con nuestro trato.

Cayman cerró los ojos.

—Lo fueron. Muy específicos.

Roth lanzó una mueca en dirección a los brujos mientras mis pensamientos se aceleraban para descubrir una forma de salir de aquella situación.

—¿Cuál de ellos?

Ninguno de los brujos parecía querer pronunciar el nombre, pero Paul al fin reunió valor y dio un paso hacia delante.

—Pedimos la serpiente.

—¡No! —La palabra escapó de mi boca antes de que pudiera detenerme. Dirigí mis ojos salvajes hacia Roth—. *Bambi* no. No puede ser. —Roth no dijo nada mientras miraba fijamente a los brujos, con los hombros imposiblemente tensos—. ¿Por qué no puede ser otro? —pregunté. Entregar a *Tambor* o a los gatitos sería difícil, pero desprenderse de *Bambi* sería lo peor—. ¿Por qué ella?

—Porque es la más poderosa —replicó Paul con sencillez—. Se ha vinculado no solo con el Príncipe, sino también contigo. Ningún otro familiar ha demostrado ser capaz de eso. Tiene más posibilidades de vincularse con uno de los nuestros.

Me giré hacia Roth.

—No. No tienes que hacerlo. A la mierda. No pueden hacerte daño, ni a mí tampoco. —Bueno, suponía que no podrían, pero en fin—. No tenemos que hacerlo.

Paul me dirigió una mirada incrédula.

—¿Quieres que no cumpla con su palabra?

—Quiero que cierres el pico —solté, cerrando las manos en puños.

La culpa se retorció en la boca de mi estómago. Aquello estaba ocurriendo por mí. No había dejado que me apuñaran a propósito, pero involucrarme con Zayne sin cuestionarme de verdad por qué había sido capaz de besarlo había llevado al incidente de que me besara. Lo cual había llevado a todo lo que había ocurrido después.

—Tiene razón. —Cayman se frotó la mandíbula amoratada con el dorso de la mano—. Roth, tiene razón. Ya sabes que hay una forma de salir de esto. No te lo... tendría en cuenta. Sé lo mucho que significa *Bambi* para ti, y lo sabía cuando acepté el trato.

Roth se dio la vuelta para mirar a Cayman.

—¿Hiciste el trato creyendo que no iba a cumplirlo? —Cayman asintió con la cabeza, y un destello de incredulidad apareció en el rostro de Roth—. Ya sabes lo que ocurrirá si no cumplo con este trato.

Cayman asintió con la cabeza una vez más.

Roth soltó una maldición mientras levantaba la mano y se pasaba los dedos por el pelo antes de dirigirse hacia el otro demonio. Me preparé para una pelea de proporciones épicas, pero Roth puso la mano sobre la nuca de Cayman.

—Estúpido hijo de puta —dijo, aunque no sin furia. El corazón se me retorció en el pecho; el tono de Roth estaba lleno de dolor—. ¿Morirías? Sabes que eso es lo que ocurriría. Si haces un trato y no lo cumples, mueres.

Ay, Dios.

—Tú harías cualquier cosa por salvarla —susurró Cayman, devolviéndole la mirada a Roth—. Y yo haría cualquier cosa para servir a tus intereses, incluso aunque eso signifique mi muerte. Nunca esperé que fueras a entregar a *Bambi*, pero eso es lo que pedían a cambio de salvar a Layla. Así que eso es lo que prometí.

Creo que se me paró el corazón mientras las palabras calaban en mí. Cayman había hecho el trato sabiendo que Roth tal vez no entregara a *Bambi*. Lo había hecho para salvarme, porque eso era lo que Roth quería.

La lealtad que Cayman sentía hacia Roth me rompía el corazón.

Me giré hacia los brujos.

—Vosotros podéis anular el trato, ¿verdad?

Serifina negó con la cabeza.

—La bruja suprema quiere a la familiar.

—Y la bruja suprema obtiene lo que quiere —terminó Paul.

Las lágrimas me escocían en los ojos, y sentí que *Robin* se movía por mi costado, evidentemente sintiendo mis emociones tumultuosas. Aquello no estaba bien, no era justo en absoluto.

Todavía con la mano en la nuca de Cayman, Roth cerró brevemente los ojos y entonces lo soltó y se giró para mirar a los brujos. La dureza de su mandíbula habría hecho escabullirse a cualquier persona inteligente.

—No sufrirá ningún daño —insistió Serifina, en un intento de apaciguarnos—. La tratarán como a una reina.

Oír eso no ayudaba, porque no los conocíamos, y *Bambi*... no nos pertenecía. Había hecho muchas cosas por nosotros, por mí, ¿y ahora se suponía que teníamos que entregarla a unos extraños y ya está? Era parte de nosotros, y nos estaban pidiendo que se la diéramos, que Roth se librara de ella.

Caminé hasta Roth, sin saber muy bien qué decir. Nuestros ojos se encontraron durante un momento, y el resplandor duro de sus ojos desapareció solo el tiempo suficiente como para hacerme ver el verdadero alcance de la agitación que estaba sintiendo. Puse la mano sobre su brazo, y él asintió con la cabeza.

—*Bambi* —dijo, con los ojos todavía clavados en los míos—. Fuera.

No quería verlo, pero, al igual que todas las veces anteriores, *Bambi* salió de su piel, se derramó en el espacio junto a él y tomó forma con rapidez. La serpiente se elevó y giró el cuello hacia los brujos antes de darle un golpecito en la cadera a Roth.

Tenía que saberlo. Estaba segura, porque así era como funcionaba el vínculo, y el pecho me dolía mientras ella se estiraba para pincharme el brazo con el hocico. Las lágrimas emborronaron mi visión mientras estiraba el brazo y pasaba la mano sobre las suaves escamas entre sus ojos.

—Tiene que haber otra manera —dije con voz ronca.

—No la hay —replicó él, en voz baja—. Cayman no tiene la culpa. Hizo lo que tenía que hacer.

—Lo sé.

—Y no voy a hacerle eso —continuó—. Cuando los demonios mueren, no es como con los humanos. Tiene que ver con los fosos.

Aquello tampoco sería justo, y aunque Roth y Cayman se habían peleado por haberme ido al Infierno, los dos eran amigos. Sinceramente, estaba bastante segura de que él era el único amigo de Roth aparte de mí, así que este tenía que elegir entre dos opciones malas. Entregar a *Bambi* a un aquelarre de brujos o sentenciar a muerte a su amigo.

Bambi se giró hacia Roth y se elevó en toda su altura. Apoyó la cabeza sobre su hombro y, cuando la levantó, Roth le dio un beso entre los ojos.

—¿Con cuál de vosotros se supone que va a ir? Dudo que penséis salir caminando con ella en esta forma.

—No. —Serifina se alisó con las manos los pantalones oscuros—. Por eso estoy yo aquí.

—Ah, ¿sí? —preguntó Roth, y después levantó los ojos hasta ella. Cuando la bruja asintió con la cabeza, él sonrió con crueldad—. Si le causáis siquiera una pizca de dolor, lo sabré. Y no me importan las consecuencias a las que pueda enfrentarme, te cazaré no solo a ti, sino a todo tu aquelarre.

—No sufrirá ningún daño —prometió ella.

Roth bajó la mirada hasta *Bambi* y trató de sonreír, pero fracasó.

—Ve.

Pero el familiar dudó, y Roth tuvo que decirle otra vez que fuera. Un dolor muy real me atravesó mientras levantaba la mano y me quitaba con el dorso de la mano la humedad que se acumulaba en mi mejilla. Al fin, después de sentir como si me hubieran arrancado el corazón del pecho para tirarlo al suelo, *Bambi* se alejó de nosotros deslizándose con la cabeza gacha.

Roth dio un paso adelante, como si fuera a ir a por ella, pero se detuvo. Caminé hasta él y le rodeé la cintura con los brazos. Él puso las manos sobre los míos, pero, en lugar de apartarlos, se aferró a ellos.

Serifina se levantó la manga del grueso jersey para mostrar su brazo y esperó con una agitación evidente. A un metro de ella, *Bambi* se disolvió y formó una sombra gruesa que se asentó en su brazo.

Serifina dio un respingo mientras *Bambi* se fundía con su piel, y apretó la mandíbula cuando la serpiente desapareció bajo el jersey. Dio una sacudida y después se retorció, doblándose por la cintura. Un segundo más tarde se enderezó, y arqueó la espalda cuando *Bambi* apareció, formando un círculo alrededor de su cuello.

Paul soltó una maldición y sujetó a Serifina por los brazos. Pero *Bambi* aflojó su agarre, y supuse que esa era su pequeña advertencia de que aquello no le hacía ninguna gracia. La serpiente volvió a desaparecer bajo el jersey, y por la forma repentina en que el rostro de la bruja se ruborizó, dudaba que se hubiera establecido como en casa en un lugar muy cómodo.

Ya estaba.

Ninguno de nosotros podría haber predicho aquello. Comprendía por qué Cayman no había dicho nada antes, porque me daba la impresión de que haber sabido que aquello iba a pasar habría sido un golpe más duro. O tal vez no. La pérdida era amarga, sin importar que fuera esperada o imprevista.

Y aquello era una pérdida.

—Marchaos. Ahora. Mismo —gruñó Roth, y sus ojos emitieron un intenso resplandor carmesí.

Hubo un momento de duda. Paul y Serifina se movieron con más rapidez de lo que probablemente lo hubieran hecho jamás. Se dieron la vuelta y los observé marcharse, con ganas de agarrar el pelo castaño de la chica, tirarla al suelo y exigir que nos devolvieran a *Bambi*.

Pero no podía.

Un demonio no se echa atrás en sus promesas.

Serifina se detuvo junto a la puerta y se giró hacia donde nos encontrábamos. Paul agachó la cabeza y habló demasiado bajo como para que lo oyéramos. Serifina tomó aliento y nos miró a cada uno de nosotros por turnos.

—Comprendemos lo serio que es el asunto con el Lilin. Por favor, no penséis que no. Por eso necesitamos al familiar.

—¿Porque *Bambi* os ayudará a sobrevivir al apocalipsis? —Solté una risa ronca—. Es increíble, pero ni siquiera ella puede hacer eso.

Hubo una mueca de dolor en su rostro.

—Eso no es lo que pensamos, pero nos hará más fuertes. Ya lo sabes. Y nos protegerá desde todos los lados, incluido el suyo. —Su mirada se dirigió brevemente hacia Roth—. Él se asegurará de que ningún peligro nos aceche, puesto que la tenemos.

Maldita sea. Tenía mucha razón, y aun así parecía muy erróneo.

—Entonces, ¿es un rehén en lugar de una reina? —disparé.

—Vámonos —la urgió Paul—. No tiene sentido razonar con ellos.

—Sí, marchaos. —Roth dio un paso hacia delante, con la barbilla hacia abajo—. Marchaos antes de que me arrepienta.

Serifina parecía dividida, pero se mantuvo firme. La admiraba por eso, porque Roth tenía expresión homicida, y no estaba segura de que yo fuera tan diferente.

—El Lilin no ha ido muy lejos —dijo, alejándose de Paul cuando este se giró hacia ella—. Hay una oscuridad creciendo en la ciudad, una que nunca habíamos visto, pero podemos sentirla. —Un escalofrío descendió por mi columna vertebral mientras continuaba—. No sabemos lo que es, pero ¿qué más podría ser la causa? Allí está ocurriendo algo antinatural.

—La ciudad es un lugar bastante grande —dije—. Eso no nos aclara mucho las cosas.

La bruja lanzó una mirada enfática a Paul.

—Díselo. —Cuando él dudó, ella levantó la voz—. Si no detienen al Lilin, habrá muy pocos lugares donde podamos escondernos. Díselo.

Contrariado y con la cara roja, Paul elevó los hombros.

—Llevamos ya un tiempo vigilando a la Iglesia de los Hijos de Dios.

Ay, madre, prácticamente me había olvidado de ellos, lo cual era una locura, pero habían pasado muchas cosas. La Iglesia no pertenecía a ninguna secta habitual, y eran de la peor clase de seres humanos que jamás había tenido la desgracia de conocer. No solo odiaban a los demonios, sino que detestaban a los Guardianes.

Y sentían una verdadera aversión hacia mí.

Traté de no pensar en el día que dos de ellos nos habían seguido hasta el aparcamiento, y en cómo había perdido los nervios, haciendo algo verdaderamente horrible que tenía que ver con una Biblia y la cara de un hombre. Mis acciones habían conducido a la muerte de uno de ellos, y aunque eran horribles de verdad, saber que había causado la muerte de un ser humano era difícil de aceptar.

—Sus creencias fanáticas los hacen tan peligrosos como cualquier demonio —continuó Paul—. Han estado activos hasta este pasado miércoles, pero nadie ha visto u oído a un solo miembro desde entonces. —Hizo una pausa, y sus labios se estrecharon—. Nos infiltramos entre ellos hace tiempo, pero nuestro hermano tampoco se ha puesto en contacto con nosotros.

—No somos tan estúpidos como para comprobarlo —dijo Serifina—. Somos demasiado vulnerables como para ponernos en peligro, pero, suponiendo que nuestras sospechas sean ciertas, si encuentras la Iglesia, podrías encontrar la oscuridad... y al Lilin.

Capítulo veintiuno



El paradero de la Iglesia de los Hijos de Dios no era ningún secreto. Su dirección estaba impresa por todas partes en los muchos folletos que yo había arrancado de escaparates y postes telefónicos. Se hallaba cerca de Adams Morgan, lo cual siempre había pensado que era una ubicación extraña para la iglesia, dado que aquel barrio era bastante animado y conocido por su vida nocturna. Se estaba convirtiendo cada vez más en un distrito de entretenimiento, así que el edificio utilizado como iglesia verdaderamente destacaba como un pulgar hinchado.

Pero no salimos corriendo a Adams Morgan.

Los tres nos quedamos en el club vacío después de que los brujos se marcharan, llevándose a *Bambi* con ellos. Roth era la encarnación de la furia apenas contenida mientras permanecía de pie en el centro de la pista de baile, abriendo y cerrando repetidamente la mano a su costado.

Fue él el primero en hablar.

—Creo que tenemos que ser inteligentes en lugar de ir a toda prisa a la Iglesia. Si el Lilin está ahí, dudo que esté sentado y cantando himnos con esa gente.

Eché un vistazo a Cayman, que todavía parecía afectado por lo que acababa de suceder, y después volví a centrarme. ¿Por qué demonios iba a estar el Lilin con ellos? ¿Y viceversa?

—Por mucho que odie sugerir esto, tenemos que llamar a los Guardianes —continuó Roth mientras caminaba hasta donde se habían sentado los brujos, tomaba una de las sillas y, de forma cuidadosa y meticulosa, la colocaba bajo la mesa—. Sí, sus perfectas almas perladas estarían en riesgo, pero podrían actuar como apoyo.

—Roth...

Avancé hacia él, pero me ignoró mientras colocaba la otra silla.

—Tenemos las armas necesarias para eliminar al Lilin, y los Guardianes también. Vamos a hacerlo.

—Roth —repetí, esta vez con más fuerza y más alto. Sus ojos dilatados se clavaron en los míos, y el resplandor que había en ellos era claramente asesino—. Paremos un segundo.

—¿Qué tal si no? —replicó con calma... con demasiada calma.

El dolor en mi pecho se triplicó.

—Lo que acaba de ocurrir... tenemos que hablar de ello.

Sus labios formaron una línea delgada e increíble.

—¿Tú crees? Porque centrarnos en ello parece bastante inútil. ¿Qué cambiaría?

—No cambiaría nada —dije mientras Cayman se giraba hacia un lado y se pasaba la mano por el pelo rubio—. Pero no podemos fingir que no ha ocurrido. *Bambi*...

—Creo que lo mejor es fingir justo eso. —Habían comenzado a dibujarse unas sombras bajo su piel mientras sus facciones se afilaban y formaban ángulos duros—. Porque estoy a esto de hacer pedazos ese aquelarre, y entonces incumpliría el trato que hizo Cayman.

Él bajó la cabeza mientras colocaba las manos sobre sus esbeltas caderas.

—Esperaba que no vinieran a recibir su pago.

Roth no respondió, y yo no sabía qué decir para mejorar la situación. Roth había perdido a un ser querido. Y no importaba que el ser querido fuera un familiar que mayormente adoptaba la forma de una serpiente gigante. Aquellos dos estaban vinculados a un nivel que ni siquiera yo podía comprender por completo, y yo me había vinculado con *Bambi*. Puse la mano sobre mi costado, donde descansaba *Robin*. Ya me estaba vinculando con el zorro.

—Lo siento —dije.

Los hombros de Roth se tensaron.

—¿Por qué te disculpas? Tú no te la has llevado.

—Si alguien debería disculparse, ese soy yo. Fui quien hizo el trato —intervino Cayman de modo taciturno—. Sabía que...

—Estabas haciendo tu trabajo —lo atajó Roth, y su furia resurgió—. Te dije que daría cualquier cosa, y por tanto tú hiciste el trato. No tienes por qué disculparte.

Cerré los ojos, obligándome a no decir lo que quería. La culpa me golpeaba, pero sabía que no necesitaba oír eso de mí en ese momento. Por mucho que quisiera enfurecerme por perder a *Bambi*, aquello no era cosa mía, y lo que pudiera sentir yo no era nada comparado con lo que debía de estar sintiendo Roth.

Me coloqué el pelo por detrás de las orejas y reuní mis emociones hechas jirones, las aparté a un lado y me centré.

—Vale. Puedo contactar con Zayne.

Roth asintió con la cabeza, y entonces nos dirigimos de vuelta hasta su *loft* para buscar mi teléfono. Cayman no nos siguió, y me sentí tan mal por él como con Roth. Entrar en la habitación y saber que nunca volvería a ver a *Bambi* deslizándose hasta el piano me arrancó el aire del pecho mientras caminaba hasta mi bolso, junto al escritorio.

—Estará bien —dijo Roth en voz baja mientras yo sacaba el teléfono. Me volví y lo encontré mirando fijamente al piano—. Sé que lo estará. *Bambi* no va a permitir que la traten mal.

Me mordí el labio. Me ardía la garganta.

Con un suspiro, levantó la mirada hasta mí y la furia todavía se encontraba allí, bullendo justo por debajo de la superficie, pero también lo estaba la decepción

destrozada.

—De verdad espero que esos brujos tuvieran razón, porque tengo un montón de agresión acumulada que necesito sacar de mi sistema.

—Yo...

Perdí el hilo, impotente, mientras aferraba el teléfono.

Sus espesas pestañas descendieron.

—Saldrá bien.

Caminé hasta él y coloqué la mano libre sobre su hombro, y después me estiré para besarle en la mejilla. Él se puso rígido durante un momento y después cruzó los brazos a mi alrededor, enterrando la cara en la curva de mi cuello durante un breve instante antes de apartarse y frotarse el pecho con la palma.

—Escribe a Zayne.

Y eso es lo que hice.

* * *

Roth y yo esperamos a los Guardianes en la azotea de un banco cerca de la zona de Adams Morgan, después de que el sol se pusiera.

Una energía nerviosa hacía que me resultara difícil quedarme quieta, y *Robin* lo estaba captando, correteando por mi estómago como si fuera su propia pista de carreras personal. Por suerte, solo transcurrieron unos diez minutos antes de que un movimiento en el cielo atrajera nuestra atención.

Desde la distancia, al principio parecían aves de presa, como si fueran a abalanzarse hacia la gente que había abajo para atraparla. Pero, a medida que se acercaban, no había forma de confundirse con lo que eran. Incluso aquellos que se encontraban en las calles ahí abajo serían capaces de distinguir las diferencias.

También me daba cuenta de que había un montonazo de Guardianes acercándose.

—Joder —murmuré, poniéndome rígida.

Roth se encontró junto a mí en menos de un segundo. No debería haberme sorprendido. Evidentemente, lo que estaba a punto de suceder era algo muy gordo, y había sabido que en algún momento iba a tener que enfrentarme a algo más que solo Zayne, Dez y Nicolai.

Pero una parte de mí no estaba preparada.

Nop.

—Esto va a ser muy incómodo —dije, apartándome el pelo de la cara.

—No. —Roth situó la mano sobre mi cintura—. Pero podría ponerse sangriento.

Le lancé una mirada.

—Compórtate.

—No puedo prometer eso, en absoluto.

—No es con ellos con quien tienes que descargar tu agresión.

Sonrió con suficiencia.

—Deja que sea yo quien lo decida.

Aquello no iba a salir bien ni de broma, pero ya era demasiado tarde para cambiar nuestros planes. Los resplandores blancos y perlados se desvanecieron, y Zayne aterrizó primero. En su verdadera forma, era enorme. Su piel era de un gris oscuro, y sus cuernos se curvaban hacia atrás, revelando su pelo rubio. No resultaba feo ni terrorífico, al menos no para mí, pero su mirada fue como una ráfaga de aire ártico que nos azotó, un doloroso recordatorio de lo mucho que habían cambiado las cosas.

Quería esconderme de esa mirada y todo lo que sacaba a la luz, pero encontré el valor y me aferré a él. Yo me había metido en esa situación con él, y tenía que enfrentarme a las consecuencias.

Dez y Nicolai fueron los siguientes, seguidos por dos miembros más del clan, pero fue la última llegada lo que hizo que el temor explotara como un perdigón en mi estómago y le sacara una brusca maldición a Roth.

Abbot estaba ahí.

La azotea tembló cuando aterrizó detrás de los hombres del clan y se enderezó, unos buenos quince centímetros más alto que el resto. Con el pelo tan dorado como su hijo, unos hombros anchos y grandes, siempre me había recordado a un gran león.

En cierto sentido, Abbot era un rey.

Durante años yo había temblado ante su mera presencia, en sus formas humana y de Guardián, y él había sido la mayor autoridad que había conocido. Y durante años, me había esforzado por obtener aunque solo fuera una mínima esquirla de orgullo por su parte. Básicamente había funcionado según la teoría de que cualquier atención era buena atención, como un cachorro. Pero ahora, lo que me sacudía era una furia descontrolada, y desde luego estaba segura de que me daba igual que estuviera orgulloso o no de ello.

Abbot había creído lo peor de mí con pocas evidencias o incluso ninguna. No tenía ni que preguntarme a mí misma por qué había tenido una autoestima tan mala y también había pensado lo peor. Aunque él no había sido quien me había clavado una maldita daga en el estómago, me había enjaulado como a un animal y después me había encadenado también como si fuera uno.

Aquello resultaba un tanto difícil de olvidar.

—¿Qué está haciendo él aquí? —inquirió Roth, y a pesar de que la pregunta sonaba como si estuviera hablando del tiempo, sabía que no estaba calmado en absoluto.

Abbot caminó hacia el frente, y su clan (incluido su hijo) permaneció cerca de él. Su mirada se dirigió hacia Roth, y apenas fue capaz de mantener el desdén alejado de su cara, pero entonces me miró, y todas las líneas duras de su cara de granito se suavizaron.

—Layla, lo...

—No. —La única palabra que se me escapó me sorprendió—. No te disculpes. Unas cuantas palabras no van a arreglar lo que has hecho.

Se estiró hasta su altura completa.

—Sé que nada de lo que diga borrará jamás lo que sucedió, pero me... me arrepiento del papel que tuve en todo aquello.

¿El papel que tuvo? Para mí, había sido el maldito capitán que lideraba el desfile de Matar a Layla por la calle principal.

Abbot no había terminado.

—Era mi responsabilidad criarte y protegerte. Te he fallado.

—Sí, lo has hecho —replicó Roth—. Y yo no lo haré, pero esta es la cuestión, y quiero que este mensaje vaya a todo el mundo. Ella no necesita protección. Ya no.

Noté una sensación cálida y agradable al oír eso, pero el sentimiento se evaporó con rapidez cuando mi mirada captó la de Zayne, que apartó la vista sin siquiera un destello de emoción.

—He oído de mi hijo que eres... algo diferente —dijo Abbot, hablándome directamente a mí—. Que ya no te pareces a nosotros.

—No soy como vosotros. —Mis manos se cerraron en puños, y *Robin* comenzó a ponerse nervioso—. Resulta que nunca he sido un demonio. —Eso captó la atención de Zayne, y vi una emoción en él. De sorpresa—. Sí, tengo algunas habilidades demoníacas, pero... En fin, ¿eso importa?

—No —respondió Zayne, impactándome—. Nunca ha importado, para ninguno de nosotros. Y ahora tampoco.

El corazón se me llenó de tensión.

—Has dicho que tenéis una pista sobre el Lilin —habló Nicolai, siempre el más pacífico del grupo—. ¿Que podría estar escondido con la Iglesia de los Hijos de Dios?

Roth estaba observando a Abbot como si quisiera arrancarle la cabeza, y lo habría hecho la noche que me habían capturado si yo no lo hubiera detenido.

—Sí. Layla y yo vamos a ir a comprobarlo, y si el Lilin se encuentra ahí, vamos a necesitar refuerzos.

—Por eso estamos aquí —respondió Dez—. Decidnos lo que queráis que hagamos; esta es vuestra fiesta.

Los hombros de Abbot se desplomaron, y era evidente que no le hacía mucha gracia esa decisión. Roth parecía arrogante cuando dijo:

—Necesitamos que permanezcáis cerca. Si las cosas se ponen peliagudas, lo sabréis.

—¿Cómo? —preguntó Nicolai.

Una comisura de los labios de Roth se curvó hacia arriba.

—*Nitro*. Fuera.

Mi mirada se dirigió hacia Roth mientras la pequeña nube negra aparecía ante él. Descendió hasta el suelo y después se ensambló con rapidez, formando a un pequeño gatito.

Zayne negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa con los animales más pequeños de la camada?

—Paciencia, Rocosó, paciencia.

Antes de que Roth terminara de pronunciar esas palabras, el pequeño mordedor de tobillos incrementó su tamaño ante nuestros ojos. Los frágiles hombros se expandieron hasta volverse poderosos. El lomo se alargó, con unos gruesos músculos cubiertos de elegante pelaje blanco. Lo que comenzó como un suave gruñido se transformó en un rugido amenazador y retumbante que me erizó el vello de la nuca.

Nitro parecía una pantera, suponiendo que las panteras fueran blancas.

Madre mía.

—*Nitro* os avisará si las cosas se descontrolan —explicó Roth—. Será evidente.

No podía dejar de mirar al felino. Plantó el trasero en el suelo, y su lengua rosada se movió sobre sus dientes. Se veía hambriento, y los Guardianes no parecían nada nada contentos, sobre todo cuando el familiar tosió lo que recordó sospechosamente a una risa.

Roth se giró hacia mí.

—¿Preparada?

—Sip.

Me había metido la hoja en la bota, al igual que había hecho Roth con la suya. Caminamos hasta el saliente que había sobre el callejón de abajo. La forma más rápida de descender esa saltando. Roth se transformó con rapidez, plegando las alas para no derribarme del borde con ellas.

Sabiendo que todos los ojos estaban clavados en nosotros, permití transformarme. Mi piel zumbó con el cambio, y cuando sucedió fue como despertar por fin después de llevar varios días dormida. Mis alas se desplegaron, formando un arco alto por encima de mí, y las plumas cosquilleaban a causa del viento.

Alguien murmuró un improperio detrás de nosotros, y sonaba un montón a Abbot. Le eché un vistazo a Roth y sonreí.

—Nos vemos allí abajo —dijo, y entonces saltó.

—Presumido —murmuré.

En lugar de saltar, más o menos salí caminando del saliente, y el espacio vacío se elevó de inmediato para atraparme. La gravedad era como una bestia. El callejón se lanzó hacia mí, y entonces dejé que mis alas se extendieran para ralentizar el descenso.

Aterricé acuclillada, y al levantarme me encontré al nivel de los ojos de un hombre mayor con la cara sucia y sin afeitarse.

—Virgen santa —jadeó, retrocediendo hasta la pared y después deslizándose por ella, aferrando su bolsa marrón contra su pecho.

Hice una mueca mientras mis alas se plegaban y desaparecían.

—¿Ups?

Roth rio entre dientes, de nuevo en su forma humana, mientras bajaba la mano para tomar la mía. Lancé al pobre hombre una mirada de disculpa, y después nos

apresuramos a rodear el lateral del edificio para llegar a la calle principal. El corazón me palpitaba con fuerza mientras nos uníamos a la gente que había en las aceras.

—Espero que eso no cuente como exposición —dije mientras cruzábamos la calle.

Él me apretó la mano.

—Creo que los Alfas tienen problemas más graves de los que preocuparse ahora mismo. —Después se encogió de hombros—. Y, en serio, tenías que haber visto la cara de ese hombre cuando me ha visto a mí. Eso sí que ha sido gracioso.

Negué con la cabeza, pero una sonrisita se asomó. Roth se encontraba de mucho mejor humor de lo que lo había estado después de que los brujos se marcharan con *Bambi*. Distraerse con lo que teníamos que hacer estaba funcionando, y era extraño sentirse agradecida por ello, pero así era.

—Ahí está —dijo, a dos edificios de distancia del que albergaba la Iglesia.

Él arqueó una ceja oscura mientras examinaba la estructura de cuatro pisos.

—¿Las ventanas han estado así siempre?

Asentí con la cabeza mientras una puerta que daba al edificio frente al cual nos encontrábamos se abría. Una ráfaga de música y risas siguió al hombre joven que salía. Su aura era de un verde musgoso, y arremolinó con suavidad mientras él se arrebujaba en su chaqueta y caminaba en dirección contraria.

—Sí —respondí—. Siempre han tenido las ventanas cubiertas desde dentro, para que nadie pudiera ver nada. Hace que sea todavía más turbio, ¿verdad?

Él resopló.

—¿Recuerdas al tío que te echó agua bendita encima?

Puse los ojos en blanco.

—No es fácil de olvidar.

—Espero de verdad que esté ahí.

—Ay, madre —murmuré.

—¿Sabes qué es lo que acabo de pensar?

Lo miré.

—¿Qué?

Parte de la chispa traviesa regresó a su mirada ambarina.

—No tuve ocasión de desflorarte en mi Porsche.

—Ay, Dios mío. —Lo miré boquiabierto—. ¿Qué narices te ha hecho pensar en eso ahora?

—Se llama ser multitarea. —Me guiñó un ojo—. Y todavía es algo que planeo hacer, solo para que lo sepas.

—No seas ridículo. —Le solté la mano y comencé a caminar hacia el edificio, y la sonrisa de mi rostro se desvaneció como un recuerdo antiguo en cuanto nos acercamos a la puerta—. ¿Sientes eso?

—Es como estar en casa.

Ignoré aquello, ya que había estado en el Infierno y ni siquiera ese lugar se

parecía a ello; era como si hubieran vaciado litros de aceite sobre nuestras cabezas. Caminar era como tratar de atravesar el lodo. Había algo espeso en el aire, un mal denso que tenía que ser aquello de lo que habían estado hablando los brujos, y en mi vida había sentido algo parecido.

Roth pasó junto a mí y llevó la mano al pomo de la puerta.

—Está cerrada. —Lo retorció con brusquedad, tal como había hecho en el sótano del instituto, cuando habíamos estado siguiendo el rastro de la fuente de un olor muy podrido y demoníaco, y partió la cerradura mientras la golpeaba con una dosis de calor no demasiado celestial—. Y ahora, abierta.

En el momento en que abrió la puerta, el olor prácticamente nos golpeó, haciéndonos retroceder en un metro.

—Ay, Dios mío.

Me llevé la mano de golpe a la boca, conteniendo las náuseas mientras miraba a mi alrededor, al vestíbulo tenuemente iluminado.

—Jesús —murmuró Roth, y sus labios formaron una mueca.

El olor era como de carne dejada fuera demasiado tiempo, mezclada con algo que no lograba situar del todo. Era peor que el azufre, o que un callejón trasero sucio de la ciudad. Con cuidado, bajé la mano, tratando de no respirar por la nariz. Si el olor suponía alguna indicación, las cosas estaban muy muy mal allí.

Detrás del escritorio vacío del recepcionista había un enorme cartel colgado. Unos Guardianes muy mal dibujados, que se parecían más a murciélagos enormes que a gárgolas, se encontraban a cada lado de las palabras «EL FIN ESTÁ CERCA».

—Menudo cliché. —Roth comenzó a rodear el escritorio en dirección a unas puertas dobles y sin ventanas—. Como si hubieran inventado algo nuevo.

Lo seguí, decepcionada porque el olor estuviera empeorando.

—Pero el fin sí que está cerca.

—Eres adorable —dijo, echándome un vistazo por encima del hombro mientras llegaba hasta las puertas dobles.

Habría sonreído ante eso, pero las puertas se habían abiertos así que lo único que pude hacer fue apretar bien los labios para evitar vomitar sobre la espalda de Roth.

Había velas por todas partes, que emitían una luz suave y parpadeante a través de una amplia habitación de estilo atrio que había sido convertida en el lugar donde darían los sermones, con bancos y un presbiterio sobre una plataforma elevada.

Los bancos no estaban vacíos.

También eran la fuente del horrible olor.

Estaban llenos de cuerpos.

Capítulo veintidós



Respiré hondo y, aunque me arrepentí de inmediato, el hedor quedó ensombrecido por el horror ante lo que estábamos viendo.

Había docenas y docenas de cuerpos desperdigados entre los bancos, algunos caídos mientras que otros seguían sentados, con las cabezas hacia atrás y las mandíbulas abiertas. Se encontraban en varios estados de descomposición. A pesar de lo mucho que había experimentado en los últimos meses, nunca había visto nada parecido.

—Dios santo —dije, horrorizada.

Roth se puso rígido cuando un movimiento cerca del presbiterio atrajo nuestra atención. Estaba vacío unos momentos antes, pero ahora había una figura enfrente del altar. Hice una mueca. Se trataba del Lilin; y una vez más había adoptado la forma de Sam.

—Creo que esto es apropiado —comentó la criatura, extendiendo los brazos a los costados—. Tengo una congregación de muertos.

—La mayoría de la gente aspiraría a algo más —replicó Roth, observando la masacre con disgusto.

—Pero yo no soy como la mayoría de los seres, ¿verdad? —Sonrió ligeramente desde su lugar elevado—. He estado esperando a que vinieras, hermana.

—Yo no soy tu hermana —dije con los dientes apretados.

—La aceptación es el primer paso para la recuperación, o eso es lo que dicen. —El Lilin caminó hasta el borde del presbiterio y se agachó—. Estás aquí para ayudarme.

Desde luego, aquello no era una pregunta, pero respondí de todos modos.

—No. Estoy aquí para detenerte.

Aquella cosa se rio entre dientes con suavidad.

—No puedes detenerme. Y tampoco el Príncipe.

—Yo no apostaría nada —contestó Roth.

Unos ojos de un blanco lechoso se dirigieron hacia él mientras el Lilin sonreía de forma misteriosa.

—Supongo que eso ya lo veremos, ¿verdad? —Su mirada encontró la mía—. Tenemos que liberar a nuestra madre. Es una vergüenza que una fuerza así deba permanecer encadenada. Estamos juntos en esto, y...

—Puedes parar con el discurso promocional —lo interrumpí—. No hay nada que puedas decir que vaya a hacerme cambiar de opinión. No vas a liberar a Lilith. ¿Es que no lo entiendes? Nada la liberará. Después de que Paimón intentara hacerlo, se tomaron medidas extraordinarias para evitar que escapara.

—Cierto —asintió Roth, con cierta arrogancia—. El Jefe la tiene encerrada. No va a suceder.

—En eso os equivocáis —respondió el Lilin desde el presbiterio—. Si logro con éxito provocar el Infierno en la Tierra, nadie de allí abajo le prestará atención a Lilith. Será la menor de sus preocupaciones.

Los músculos de mi espalda se tensaron.

—Si provocas el Infierno en la Tierra, los Alfas intervendrán. Nos eliminarán a todos, incluyéndote a ti.

—No pueden pulsar un botón mágico y hacernos desaparecer a todos.

Roth suspiró.

—En eso no le falta razón.

—Eso no ayuda —dije en voz baja.

—Los Alfas se enfrentarán a nosotros y nosotros nos enfrentaremos a ellos, incluso aquellos que no quieran ver a Lilith libre ni que el Infierno abra sus puertas. Lucharán —continuó el Lilin—. Y yo también lo haré, y mientras todos estemos luchando por sobrevivir, el mundo se hará pedazos. Si no puedo liberar a nuestra madre, no tengo nada que perder.

Aquello de lo que Ángel me había advertido se estaba volviendo realidad, pero no era ninguna sorpresa. Lo cierto era que aquella criatura no tenía pensamientos propios. Lo único que le preocupaba era liberar a Lilith, y si no podía conseguirlo, sembraría el caos y la destrucción absoluta.

El Lilin se levantó con un movimiento fluido.

—Ya lo verás. Al final, no tendrás más opción que ayudarme.

La oscuridad que cubría la pared, que había permanecido inmóvil e imperceptible hasta ese momento, de pronto se movió. Unas gruesas sombras se transformaron y crecieron, deslizándose hacia arriba y por el techo como un aceite lodoso y resbaladizo. El hedor de la habitación creció, y el mal que había en ella se volvió sofocante. Ahí estaba la fuente de la oscuridad, y habíamos estado en mitad de ella todo el tiempo.

—Espectros —dije con un jadeo, retrocediendo.

Recorrieron el techo como un enjambre, como recién salidos de una película de terror, y después cayeron al suelo, entre los bancos.

Pero eso no fue todo.

Ahora podíamos ver la pared, podíamos ver que había varias estatuas dispuestas en hilera. Se parecían a las gárgolas de piedra que se encontraban encima de muchos de los edificios de la ciudad, pero más crudas, más grotescas que las auténticas. Algunas parecían trasgos. Otras eran mitad león, y unas pocas parecían pájaros. Pero

no de los bonitos, estilo palomas, sino más bien como si fueran pterodáctilos. Había alrededor de veinte estatuas.

—Los crearon a partir de la piedra. —El Lilin hizo un gesto hacia los cuerpos que había sobre los bancos—. Muy extraño. Los utilizaban como recordatorio del mal con el que tantas ganas tenían de luchar. Es irónico.

Transcurrió un latido.

La primera fila de bancos voló por los aires, haciéndose pedazos y lanzando cuerpos en todas las direcciones. A continuación la siguió la segunda, y después la tercera, la cuarta...

Los tablones volaban junto a los trozos de los que habían quedado atrás. Cada estallido de los bancos era como un trueno.

—Será mejor que alguien llame a los Cazafantasmas —murmuró Roth—. Porque no tenemos tiempo para esto.

Me habría reído, quería hacerlo, pero un trozo de madera se abrió camino volando en mi dirección. Me agaché, y evité por los pelos que me diera un buen golpe. El tablón se estampó contra la pared que había detrás de nosotros.

Me transformé de inmediato, dando la bienvenida al cambio. Roth hizo lo mismo mientras saltaba, y atrapó un trozo de tablón bastante grande en el aire. Lo partió por la mitad y lo tiró al suelo.

Unas chispas saltaron, y las llamas se elevaron desde la esquina más alejada mientras las velas derribadas provocaban un incendio entre los escombros.

Bajé la mano para sacar la daga de mi bota, y después comencé a bajar por el pasillo central, en dirección al presbiterio. A los espectros no les gustó eso, así que fueron a por mí. Tenían forma humana, pero no eran más sustanciosos que el humo, así que luchar con ellos era bastante complicado. Uno logró agarrarme el pelo, y echó mi cabeza hacia atrás. Siseé mientras me retorció para liberarme de él.

El Lilin gritó algo en un idioma antiguo de sonido gutural que no significaba nada para mí, pero los espectros respondieron. Se alejaron, y después salieron disparados hacia las paredes.

—Ay, mierda —dijo Roth—. Esto está a punto de ponerse feo.

No tuve que esperar demasiado para ver a qué se refería. Los espectros golpearon las estatuas, y las cubrieron como si fueran una manta. No sabía qué estaban haciendo, pero todos mis instintos me decían que no me iba a gustar.

Las sombras palpitaron y entonces desaparecieron, filtrándose en las estatuas y abriéndose camino a través de las grietas y aberturas. Algunos espectros permanecieron cerca del techo, con sus formas retorciéndose y temblando.

Un estremecimiento grande y terrible recorrió el edificio, desperdigando los tablones rotos y los cuerpos, y entonces se convirtió en un gruñido cortado por el sonido de la piedra frotándose contra la piedra.

Entonces, las estatuas se movieron.

—¿Qué demo...? —dije.

Un gruñido bajo sonó en la garganta de Roth mientras aquellas cosas se enderezaban y se estiraban, como despertando de un sueño. La gárgola con forma de león echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido ensordecedor que resultaba demasiado realista.

Una gárgola con aspecto de trasgo se alejó de la pared. Solo mediría un metro y medio, pero sus pisadas sonaron como un trueno mientras corría hacia Roth, carcajeándose con voz grave.

Roth se apartó a un lado y se volvió. Sujetó el brazo del trasgo, y después se lanzó hacia el techo. Con un veloz arco, volvió a bajar con una velocidad terrible, y golpeó al trasgo contra el suelo.

La superficie se agrietó mientras la criatura de piedra quedaba destrozada en grandes pedazos, liberando al espectro. La sombra negra salió de entre los restos y derribó a Roth un par de metros hacia atrás.

Mi familiar se movió sobre mi estómago y salió de mí antes de que pudiera detenerlo. *Robin* apareció, al principio del tamaño de un zorro, y entonces creció hasta adoptar el tamaño de un dóberman, y vaya, aquello sí que era extraño.

Robin corrió por el pasillo, y su cuerpo demasiado grande pero elegante se movía increíblemente rápido. Dio un salto, atrapó el extremo posterior del espectro y lo hizo caer. Me quedé boquiabierto. No tenía ni idea de que los familiares pudieran tocar a los espectros, pero *Robin* no estaba solo tocándolo. Estaba sacudiendo la cabeza, como un pitbull con un aperitivo nocturno, agitando al espectro de un lado a otro.

Las otras estatuas convergieron contra nosotros y, en un momento, perdí de vista a Roth. Sabiendo que la hoja no serviría de nada contra esas cosas, volví a envainarla en mi bota.

Chillando desde el techo, la gárgola con aspecto de pterodáctilo se abalanzó sobre mí, abriendo el pico como si planeara tragarme entera. Me aparté a un lado de un salto, pero el pájaro se retorció, y entonces vi su cola. Esta me alcanzó en la cadera y me derribó.

Caí al suelo, y mis manos aterrizaron sobre algo húmedo y pegajoso. No tenía la menor intención de pensar en lo que era mientras me levantaba del suelo y miraba a través de la cortina de mi pelo. La criatura volvió a abalanzarse sobre mí, y yo giré para ponerme boca arriba. Levanté las piernas y después volví a bajarlas para quedarme acucillada.

El pájaro me atacó otra vez, pero ahora estaba mejor preparada: di un salto y atrapé una de sus alas. Accediendo a la fuerza que siempre había tenido en mí pero que nunca utilizaba, que nunca había comprendido del todo, le rompí el ala cerca del pequeño cuerno.

Con un chillido, el pájaro cayó al suelo en espiral y se estampó contra los bancos destrozados. Tomé un tablón y lo seguí, a los pies del presbiterio. Levanté el tablón y, mientras la criatura de piedra se elevaba sobre sus patas traseras, se lo estampé sobre la cabeza. La madera se rompió, y la piedra se resquebrajó del cuello para arriba. El

resto de la estatua se derrumbó mientras un humo negro se lanzaba hacia el techo, recordándome a esa serie de televisión a la que Sam me había hecho adicta.

Me di la vuelta y vi a Roth lanzando una de las estatuas contra la pared de una patada, y después retorciéndose para atrapar a la que tenía detrás. Se movía con una gracia brutal, destruyendo todo lo que se acercara lo suficiente como para tocarlo.

Robin había acorralado a otro espectro, así que me giré hacia la plataforma elevada, donde el Lilin se erguía supervisando la masacre. Me sonrió de una forma tan parecida a Sam que me entraron ganas de subir hasta allí y darle una paliza que...

Una estatua se estampó contra mí, lanzándome un par de metros por el aire. Mis alas se expandieron, evitando que cayera contra la pared como una de las estatuas de Roth. Planeé durante un momento, observando a la criatura parecida a un león.

Era enorme, y sus poderosos músculos se movían y se tensaban mientras avanzaba hacia mí, con la boca abierta revelando unos colmillos de piedra.

Aquella era una criatura que no quería que me atrapara.

Me volví hacia el Lilin y aterricé sobre el presbiterio. Tal como esperaba, el león no se dirigió hacia mí, sino que retrocedió justo cuando las puertas dobles se abrieron con una explosión.

Los Guardianes habían llegado.

—Perfecto —dijo el Lilin, y su sonrisa se extendió.

Me lancé hacia él, pero la criatura me esquivó y bajó de la plataforma de un salto. Maldije entre dientes y la seguí. Llegué a dar dos pasos antes de que Roth apareciera a mi lado, me sujetara el brazo y me hiciera girar hacia la izquierda, para quitarme del camino de otra criatura con aspecto de trasgo.

—Gracias —murmuré.

—Un placer. —Roth se elevó disparado, y después se apartó de la densa nube de humo que salía del fuego—. Tenemos que salir de aquí antes de que se incendie todo este sitio.

El fuego estaba lamiendo las paredes, hambriento mientras consumía todo lo que tocaba. Una sección del techo ya se había derrumbado.

Avancé hacia el Lilin, me detuve y me agaché cuando otra de las criaturas de piedra poseídas corrió hacia mí. Sus manos carnosas engancharon mi camiseta, pero yo me aparté de golpe y rompí su agarre. Dando la vuelta, lancé una patada, golpeando su pecho con el pie y derribándolo.

Agitando los brazos, la criatura cayó en las llamas, pero de inmediato volvió a salir, en esa ocasión ardiendo.

—Dios santo —gruñí, y entonces me agaché y salté para alejarme de su alcance. Aterricé a unos metros de distancia y vi a *Robin* corriendo entre los bancos rotos, persiguiendo a un espectro.

La criatura ardiente cambió de dirección, distraída por Nicolai. El Guardián la esquivó con facilidad, escuchando a Roth cuando este le gritó instrucciones para hacerla pedazos. Yo me giré de nuevo hacia el Lilin y vi que había alcanzado a uno

de los Guardianes y tenía intención de alimentarse. Con el rabillo del ojo vi que Abbot había atrapado a una de las criaturas por el cuello.

Corrí por el pasillo ganando velocidad, con la intención de darle una buena paliza a ese gilipollas, pero él se volvió en el último momento, me vio y se lanzó contra mí. No tenía forma de detener la colisión.

Nos estampamos el uno contra el otro, caímos al suelo y giramos varias veces hasta detenernos a un par de metros del fuego, con el Lilin encima. Me dirigió una sonrisa.

—Ríndete.

—Ni de broma.

Levanté las piernas, rodeé su cintura y eché mi peso atrás para quitármelo de encima. Me moví levantando la daga, a unos segundos de clavarla profundamente en su cara que sonreía con suficiencia.

Algo me golpeó, derribándome a un lado y arrancándome el aire de los pulmones. Me levanté y quedé cara a cara con el maldito león. Más allá de él y del Lilin, vi a Zayne subiendo por el pasillo central, con una daga en la mano. Retrocedí con lentitud, clavando los ojos en las garras perturbadoramente afiladas.

El Lilin se rio.

—¿Te gusta mi mascota?

—¿Y a ti te gusta esto? —gruñó Zayne, bajando la daga en una amplia caída.

El Lilin se dio la vuelta y giró por la cintura, pero no fue lo bastante rápido. La daga acertó a unos pocos centímetros por encima del corazón.

Mi cuerpo sufrió un espasmo, y la daga cayó de entre mis dedos mientras un fuego intenso que me dejó sin aliento explotó en mi interior. Gritando ante el estallido de dolor repentino e inesperado, retrocedí dando traspiés, tropecé contra una pierna (si era humana o de piedra, no podía saberlo) y caí al suelo. Traté de tomar aire, pero tenía los pulmones cerrados. Bajé la mirada y vi que una línea roja sangraba a través de mi jersey, justo por encima de mi corazón y cerca del hombro.

—¿Qué demo...?

Roth giró en mitad del aire. Sus ojos muy abiertos fueron de mí hasta el Lilin, y después hasta Zayne, que volvió a levantar la daga. Me apreté la mano justo por debajo del hombro, restañando el flujo de sangre mientras me esforzaba por ponerme en pie.

—¡No! —gritó Roth, cambiando de dirección—. ¡Zayne! ¡No! —Aterrizó en el suelo junto a Zayne, le dio un golpe en el hombro y lo obligó a retroceder varios pasos. Estiró el brazo para sujetar la mano que sostenía la daga mientras miraba fijamente el rostro desconcertado de Zayne.

—Para.

El Lilin soltó una risa estrangulada mientras se tambaleaba hacia un lado, acercándose a las llamas. La sangre se derramaba por su pecho mientras se esforzaba por respirar.

—Si me matáis —resopló—, la matáis a ella.

Capítulo veintitrés



Las palabras del Lilin me golpearon la cabeza, pero no tuve mucho tiempo para centrarme en ellas. Las puertas se abrieron de repente detrás de mí, y la pelea se derramó en el vestíbulo, con el humo demasiado denso como para ver o respirar. El fuego ardía con furia, descontrolado.

Zayne se zafó de Roth mientras el Lilin retrocedía hasta el humo y desaparecía de la vista. Me di la vuelta y me doblé mientras la sensación ardiente de mi hombro se extendía. Busqué a mi familiar entre el caos, y entré en pánico al no poder ver a un metro por delante de mí.

—*Robin* —lo llamé, y apreté los dientes para soportar el dolor.

Él salió de detrás de la nube de humo, encogiendo su tamaño mientras corría hacia mí. Dio un salto, me golpeó la mano y entonces adoptó la forma de mi tatuaje. Roth apareció de pronto junto a mí y me rodeó la cintura con un brazo.

Zayne se encontraba a mi otro lado, con la cara llena de confusión al ver la sangre de mi camiseta. Salimos de la habitación, hacia el vestíbulo. Allí, Dez y una de las criaturas de piedra estaban enfrentándose a golpes, puño contra puño, hasta que otra gárgola de piedra salió por las puertas, impactó contra la cintura de Dez y lo lanzó por la ventana. El cristal se rompió y entonces la pelea salió al exterior, a la calle.

Nicolai se encontraba enfrente de nosotros, y su mirada iba de un lado a otro.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Apuñalé al Lilin, y a ella le pasó esto. Tienes que volver a tu forma humana —dijo Zayne mientras salíamos al aire nocturno, más fresco y limpio—. Y tú también. Destacáis demasiado.

Roth se transformó antes de que yo lo hiciera. Tardé un momento, porque la adrenalina bombeaba demasiado deprisa en mi sistema, pero mis alas se desvanecieron y, cuando levanté una mano para apartarme el pelo de la cara, vi una locura.

La gente corría por las calles desde los bares y edificios cercanos. En su estado de pánico y aterrorizado, probablemente no pudieran distinguir la diferencia entre los Guardianes y las gárgolas. Lo único que veían era una batalla brutal. Los gritos se elevaron, al igual que el humo. Estaba saliendo ya del edificio.

El fuego se había extendido, alcanzando los pisos superiores de la sede central de la iglesia y saltando hasta los tejados de los edificios colindantes, dando al cielo un

tinte anaranjado y quemado.

—Estoy bien. —Tratando de ignorar el dolor, me alejé de Roth y de Zayne—. ¿Dónde está...?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, el maldito león salió del edificio como una explosión. Se lanzó al aire y golpeó a Zayne en la espalda, haciendo que ambos cayeran sobre un coche aparcado. El metal se aplastó bajo el peso de ambos. Giraron, destrozando el parabrisas.

—Permanece alejada de la pelea —dijo Roth, y no tuve oportunidad de responder. En su forma humana, corrió hacia donde el león tenía a Zayne atrapado sobre el capó.

Incluso con su forma humana, Roth era una fuerza con la que tener cuidado. Sujetó al león por los hombros y tiró de él hacia atrás. Se retorció y lanzó a la criatura.

Un taxi que recorría la calle a toda velocidad frenó de golpe, pero no a tiempo para evitar un impacto directo. El león se estampó contra la puerta del copiloto, elevando al taxi por un lateral, pero aterrizó sobre sus cuatro patas de piedra.

Aquella cosa no moría.

De improviso, una ráfaga de aire caliente me golpeó la espalda, y cuando me volví vi a la criatura de piedra que había estado en llamas. Ignorando el dolor, giré para alejarme antes de que pudiera atraparme.

Dez apareció, y sus alas agitaron la ceniza que se asentaba sobre el suelo. Aterrizó acuclillado, y entonces se elevó. Con la patada épica del siglo, lanzó a la criatura de vuelta al edificio. Antes de que pudiera siquiera chocarle los cinco, otra gárgola impactó contra él.

Me giré y observé al Lilin mientras salía tambaleándose de los restos ardientes del edificio, con la cara cubierta de hollín. Nuestros ojos se encontraron, y entonces la criatura giró y comenzó a correr por la calle. Ni siquiera sé en lo que estaba pensando cuando salí corriendo tras ella.

Porque estaba mucho más herido que yo, o eso imaginaba, lo alcancé enseguida. Me lancé contra él y golpeé mi hombro bueno contra su espalda. El Lilin cayó al suelo, conmigo encima de él. Se retorció de inmediato, pero no se lo permití.

Le puse la mano sobre la parte posterior de la cabeza, obligándolo a bajar, pero la criatura forcejeó mientras yo plantaba las rodillas a ambos lados de sus caderas. Consiguió levantar la cabeza.

—¿De verdad eres tan estúpida? No puedes matarme sin matarte a ti misma. Estamos juntos en esto.

El estómago me dio un vuelco ante esas palabras.

—¡Eso no significa que no pueda darte de hostias! —Golpeé su cabeza contra el suelo y unas estrellas explotaron tras mis ojos, haciéndome soltar un grito—. ¡Dios! —gruñí.

—Idiota. —Soltó una risa resollante—. Tienes que aprenderlo todo del modo difícil.

Sin preocuparme ya de si iba a hacerme daño, eché el brazo hacia atrás y estampé el puño contra sus costillas. Apenas sentí ese nuevo beso de dolor. Me aparté para darle otro puñetazo que probablemente fuera a dolerme a mí más que a él, pero que me daría una enfermiza sensación de satisfacción, cuando un gruñido bajo me detuvo.

Miré por encima del hombro y solté un suspiro al ver al león.

—Tú. Otra vez.

El Lilin se elevó y me apartó de encima de él. Caí de espaldas y me puse en pie con lentitud, clavando los ojos en la nueva amenaza. Fui consciente de que la criatura salía corriendo, pero no me atreví a perseguirla. No parecía que ninguno de aquellos monstruos hubiera recibido el mensaje de que matarme a mí mataría al Lilin. El león avanzó hacia mí, meneando su cola de piedra. Esta golpeó otro coche y destrozó una ventana.

Alguien gritó, pero no sabía quién era la fuente. El león se acuclilló, preparado para atacar, y supe que aquello iba a doler de verdad. Se lanzó por el aire, y lo único que pude ver fueron sus garras. Eran enormes, y estaban hechas de piedra. Pero, de repente, un enorme Guardián apareció enfrente de mí. Era alto y ancho, y su pelo rubio era tan brillante como el de un león de verdad.

El Guardián recibió el golpe directo en la parte superior de su cuerpo, y se tambaleó bajo la fuerza del ataque. Jadeé mientras agarraba los lados de la cabeza del monstruo, mientras este atacaba con sus garras, atravesando la textura de granito de la piel del Guardián y salpicando sangre.

Con un chasquido demoledor, el Guardián retorció la cabeza de la criatura hasta arrancarla limpiamente. Unas sombras oscuras se unieron al humo creciente, pero la criatura había caído por fin.

El Guardián se volvió hacia mí, y el terror me invadió mientras clavaba los ojos en los de Abbot. El vibrante azul apareció mientras su piel comenzaba a volverse rosada, revelando el horror de sus heridas, el implacable alcance de los daños.

—No —susurré, dando un paso hacia delante.

Abbot abrió la boca, pero no hubo palabras, tan solo aire burbujeando a través de su cuello destrozado. Sus piernas cedieron bajo él, y me lancé hacia delante para tratar de detener su caída. Pero entre su peso y mis heridas, fue un esfuerzo inútil y los dos caímos sobre la acera. Él aterrizó sobre su espalda, y yo junto a él.

Había muchísima sangre.

Apreté las manos contra su cuello mientras levantaba la cabeza, examinando las calles y gritando para pedir ayuda. Ni siquiera sé a quién estaba llamando, pero Roth emergió por fin desde el humo, y sus pasos flaquearon al ver lo que quedaba de la criatura leonina y a Abbot. Volví a gritar, esta vez llamando a Zayne, y después a Dez y a Nicolai, porque alguien tenía que ayudarlo.

Alguien tenía que hacerlo.

Roth pasó junto a las piernas de Abbot y se arrodilló a mi lado, llevando las manos a las mías.

—¿Qué estás haciendo, Layla? —Su voz sonaba ronca, y cuando lo miré vi un moratón formándose por su mandíbula—. ¿Qué estás haciendo?

Me parecía obvio.

—Estoy parando la sangre. Estoy...

—Layla. —Negó con la cabeza mientras me rodeaba las manos—. Ya es demasiado tarde.

—No —dije, bajando la mirada hasta Abbot; el hombre que me había criado, que me había traicionado, pero que al final había acabado salvándome la vida. No podía ser demasiado tarde.

Los ojos de Abbot, una vez tan vibrantes y azules, eran de un tono apagado, y estaban fijos en... en la nada. No había ningún aura a su alrededor, sin importar lo mucho que me esforzara por verla. Pero vi que las heridas no se limitaban solo a su garganta. Su pecho...

—Ay, Dios. Ay. Dios, no.

Roth apartó mis manos, y yo no forcejeé, porque tenía razón. Era demasiado tarde. Mi corazón se rebeló ante lo que estaba viendo, ante lo que había pasado con tanta rapidez.

Otros Guardianes se acercaron a nosotros, saliendo del humo y del caos. Primero fue Nicolai, que se detuvo en seco, y después la única persona que no quería que viera aquello, pero era demasiado tarde.

Zayne vio a su padre.

Cayó de rodillas en el otro lado de Abbot y después llevó las manos hasta su padre, pero se detuvo y sus manos se quedaron flotando sobre el pecho inmóvil y destrozado del Guardián. Estaba temblando.

—¿Padre?

No hubo respuesta. Jamás la habría.

El tiempo pareció detenerse. Nadie se movió, y no fui capaz de oír ningún sonido a pesar de que tenía que haber gritos y chillidos, sirenas y llamas crepitando mientras el fuego devoraba los edificios. No había nada más que Zayne mirando a su padre, con la cara llena de horror.

No había nada más que Zayne.

Me liberé de Roth y me arrastré alrededor de Abbot. Llegué hasta donde se encontraba Zayne, me agaché bajo sus alas y lo rodeé con los brazos. Él temblaba con tanta furia que mis dientes traqueteaban, pero seguí abrazándolo, y cuando Zayne bajó los brazos para agarrarme los míos, yo no los aparté. Se aferró para no... para no estar solo.

Abbot estaba muerto.

Capítulo veinticuatro



La siguiente hora fue como un borrón.

Recuerdo a Zayne y Nicolai recogiendo el cuerpo de Abbot y metiéndolo en un deportivo grande que ni siquiera estaba segura de que les perteneciera. Recuerdo subirme con ellos, junto a Roth. Recuerdo oír sirenas y ver luces parpadeantes azules y rojas mientras Nicolai recorría las calles abarrotadas llenas de coches destrozados y gente presa del pánico.

Después llegamos al edificio de los Guardianes, un lugar al que no había pensado que fuera a regresar jamás, y allí estaban Geoff, Jasmine y Danika. Las caras de los tres estaban llenas de horror y aturdimiento mientras sacaban a Abbot del coche para meterlo en la casa.

Pero fue Morris quien me destrozó el corazón.

Había pasado mucho tiempo desde que lo había visto, el hombre para todo de los Guardianes, y había tenido que detenerme antes de echar a correr hacia él cuando salió de la cocina, con la tristeza grabada en las profundas arrugas de su cara. Cuando me vio me dirigió una ligera sonrisa, aunque esta no alcanzó sus ojos oscuros llenos de conmoción.

Jasmine, la práctica Jasmine de pensamiento rápido, había tomado una sábana para extenderla sobre el suelo. Habían colocado a Abbot sobre ella, y Morris había sujetado los extremos para envolverlos a su alrededor, formando un sudario.

Zayne permaneció junto a su padre, con la cabeza inclinada, y yo me quedé cerca de él, por si me necesitaba. No estaba segura de que fuera a hacerlo, ni de qué podría hacer por él, pero haría todo lo que pudiera. Roth y yo quedamos olvidados mientras los miembros del clan entraban y salían de la habitación.

Cuando Dez llamó por teléfono, descubrí que todas las criaturas de piedra habían sido destruidas, y que en esos momentos él y los demás Guardianes estaban dando caza a los espectros que había creado el Lilin. Por lo que había oído, también estaban tratando de hacer un poco de control de daños. Algunas de las personas de las calles habían visto a los espectros, y para ellos estos serían los fantasmas estereotípicos... un nivel de exposición al que los Guardianes no querían arriesgarse. Dez iba a tener que hablar mucho y rápido para convencer a todos de que eso no era lo que habían visto. Por suerte, aquellos que habían estado en el lugar no habían sido capaces de distinguir a las criaturas de piedra de los Guardianes.

Todo iba a ser un caos. Ya era un caos, y solo el tiempo diría cómo de malo, pero dudaba que ninguno de nosotros estuviera pensando más allá del momento presente.

—¿Por qué no te sientas? —preguntó Roth, con los ojos llenos de preocupación.

Negué con la cabeza mientras cambiaba mi peso de un pie al otro.

—Estoy bien.

Él me miró, y después miró hacia donde se encontraba Zayne. Me di cuenta de que Roth quería decir algo más, pero se estaba obligando a permanecer en silencio.

Al fin, después de lo que pareció una eternidad, Zayne unió los pliegues restantes de la sábana y cubrió la cara de Abbot.

—¿Estás preparado? —preguntó Geoff estoicamente.

Zayne presionó sus muslos con las manos y se puso en pie.

—Sí.

Nicolai avanzó y los hombres levantaron el cuerpo de Abbot para sacarlo de la habitación. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y supe que iban a llevarlo a algún lugar más privado, para preparar su cuerpo y limpiarlo lo mejor posible.

Cuando los Guardianes morían, sus cuerpos hacían lo que haría el cuerpo de cualquier humano, pero para ellos el proceso era más rápido. En cuestión de un día, ya no quedaría nada salvo los huesos. Por eso quemaban a sus muertos.

Habían pasado horas para cuando Dez y el resto del clan regresaron, y aunque mis piernas y todo mi cuerpo estaban entumecidos, me quedé allí cuando levantaron a Abbot hasta la pira hecha de forma apresurada, y estuve allí cuando Zayne colocó con cuidado una antorcha encendida a los pies de su padre caído. Estaba allí para ver a Nicolai rodeando los hombros de Danika con el brazo.

Estaba allí cuando no quedó nada salvo cenizas.

Cuando todo terminó, Roth colocó con cuidado el brazo alrededor de mi cintura, sobresaltándome. No es que hubiera olvidado que se encontraba ahí, pero me sentía... en otra parte. Pensándolo en retrospectiva, probablemente me parecía increíble que el Príncipe Heredero del Infierno hubiera sido testigo del funeral ritual de un Guardián.

Roth me guio de vuelta hasta la casa, pero no llegamos demasiado lejos antes de que Jasmine apareciera enfrente de nosotros. Todos sus poros irradiaban tristeza, pero había una expresión de acerada determinación en su hermoso rostro.

—Ven conmigo —ordenó, volviéndose hacia la escalera.

Cuando no me moví, Roth decidió tomar cartas en el asunto. Se giró hacia mí, pasó un brazo por debajo de mis rodillas y, en un suspiro, me levantó del suelo y me acunó contra su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí.

—Llevas todo este tiempo en pie, y estás herida. —Se dirigió hacia la escalera, detrás de Jasmine—. No me digas que te encuentras bien. Deja que Jasmine te eche un vistazo.

Me disponía a protestar, pero ya estaba en mitad de la escalera, y entonces me

golpeó de repente todo lo que había ocurrido en el último par de días. El agotamiento se apoderó de mí, y ya no me soltó. Se clavó profundamente en mi interior, y me sentí agotada hasta los huesos.

Jasmine se detuvo delante de la que había sido mi habitación, y cuando la puerta se abrió una oleada de nostalgia me golpeó. Miré a mi alrededor mientras Roth me llevaba hasta la cama hecha a la perfección y me dejaba encima. Permaneció cerca, sentado al otro lado.

En realidad no habían tocado nada, solo habían hecho la cama, porque desde luego yo no había sido. Mi escritorio seguía abarrotado de cuadernos, papeles sueltos y libros. La puerta del armario se encontraba entreabierta, revelando el desastre de ropa medio caída de sus perchas y desperdigada por el suelo, mezclada con las solicitudes a las universidades.

Era demasiado extraño volver a estar allí.

Miré hacia la ventana que una vez Abbot había bloqueado y vi la casa de muñecas. Se me constriñó el pecho, porque no podía evitar pensar en el pasado; en Zayne. En un arrebato de furia, había destruido la casa de muñecas, pero él la había reconstruido hasta devolverla a su antigua gloria. La casa de muñecas también me recordaba que *Bambi* la había convertido en su hogar.

Sentía unas lágrimas que hicieron que se me cerrara la garganta, pero no las dejé caer. En lugar de eso, me concentré en Jasmine, que había colocado sobre la cama sus hierbas variadas y su bolsa de instrumentos de tortura, también conocida como su equipo de costura.

—¿Puedes quitarte el jersey? —preguntó, retorciéndose el largo pelo oscuro hacia atrás y sujetándolo con un coletero.

Llevé la mano hasta el jersey destrozado y me lo quité por encima de la cabeza. Tenía una camiseta sin mangas debajo, pero, incluso aunque no la hubiese tenido, estaba demasiado cansada como para preocuparme de mostrar mis atributos.

Roth tomó el jersey de mis manos, lo tiró al suelo y después me puso la mano sobre el hombro. Sus ojos estaban clavados en mi cara.

Jasmine produjo un chasquido suave con la lengua mientras observaba la herida.

—¿Qué ha pasado?

—En realidad no lo sé. —Me aclaré la garganta—. Zayne apuñaló al Lilin, y esto es lo que me pasó a mí.

—Apuñaló al Lilin con una daga de hierro —añadió Roth—. Pero no parece que ella tenga los síntomas de haber sido apuñalada por una.

Jasmine negó con la cabeza mientras vertía antiséptico sobre un paño.

—No. Estaría muy enferma si ese fuera el caso. Lo siento si duele. —Colocó el paño contra la herida y sí, escocía bastante, pero había sentido cosas peores—. ¿Cómo has estado?

—Bien. —No quería hablar sobre mí. Eché un vistazo hacia la puerta, y después hacia Roth—. Zayne... estará bien, ¿verdad?

Roth asintió con la cabeza, aunque de forma lenta.

—Debe hacerlo.

—Tiene razón. —Jasmine limpió la sangre de mi hombro y mi brazo—. Con su padre muerto, Zayne acabará haciéndose cargo de este clan. —Abrí mucho los ojos; no había pensado en eso—. Es demasiado joven para ocupar el cargo por completo —continuó—, y probablemente será tarea de Nicolai intervenir hasta que Zayne esté preparado.

Era el fin de una era y el comienzo de otra.

Mi cuerpo estaba presente mientras Jasmine hablaba y me limpiaba la herida, y aun así mi mente parecía encontrarse a mil kilómetros de distancia. No podía creer lo que había ocurrido; jamás se me había pasado por la mente aquel resultado. No estaba preparada para aquello, ni mental ni emocionalmente.

—Buenas noticias —dijo Jasmine, atrayendo mi atención—. La herida ya está comenzando a sanar. No tendré que cosértela.

Gracias a Dios, porque la última vez que lo había hecho, habían tenido que sujetarme. Jasmine me extendió por el brazo un poco de un ungüento refrescante con olor mentolado, y después se levantó.

—Deberías descansar un poco —añadió—. Es tarde. Estoy segura de que el clan no tendrá ningún problema en que os quedéis los dos aquí.

Roth levantó las cejas al oírlo.

—¿Estás segura?

Ella le dirigió una sonrisa cansada.

—Si me equivoco, entonces alguien subirá a deciros que os marchéis. Mientras tanto, ¿alguno de los dos tiene hambre? Puedo pedir que os envíen comida.

—Yo no —contestó Roth, mirándome—. ¿Y tú?

—Yo tampoco. —Extendí el brazo y le tomé la mano a Jasmine mientras se giraba para marcharse—. Gracias.

—No hace falta que las des.

Y con eso, se marchó de la habitación.

Bajé la mirada hasta mi hombro y vi la piel brillante y arrugada. La herida no estaba ni de cerca tan mal como me había sentido al principio.

—¿Quieres que te traiga otro jersey? —preguntó Roth, y cuando asentí con la cabeza, él se dirigió hacia mi armario y regresó con uno grueso y tupido que se abotonaba por la parte delantera. Permaneció en silencio mientras se ocupaba de los botones y después se arrodilló para quitarme las botas.

Mientras se quitaba las suyas, Morris apareció en la puerta con dos vasos. Había zumo de naranja en ambos, y eso me provocó una sonrisa acuosa en la cara. Los llevó hasta la mesita de noche y, como siempre, no pronunció ni una palabra. Cuando se dio la vuelta, llevó una mano fría hasta mi mejilla. La sonrisa volvió a su cara, y en esa ocasión sí que alcanzó sus ojos. Después me dio unas palmaditas en la mejilla y salió de la habitación, dejando la puerta medio abierta.

—Ese hombre... es extraño —comentó Roth.

—Es maravilloso —repliqué, defendiendo de inmediato a Morris.

Roth negó lentamente con la cabeza.

—Y yo no te lo discuto, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé. Eso solo que... me da mal rollo. —Roth frunció el ceño—. Y a mí nada me da mal rollo.

Hice una mueca.

—No da nada de mal rollo. Morris es el mejor, y es un hombre mayor... no es una amenaza para ti precisamente.

—Como he dicho, no sé cómo explicarlo. —Se volvió hacia mí y se pasó los dedos por el pelo—. Esta noche ha sido...

—¿Un desastre absoluto?

Me moví para apoyarme contra el cabecero mientras tomaba el vaso de zumo de naranja. Roth se sentó junto a mí, de modo que quedáramos hombro con hombro, y estiró las piernas.

—Sí, eso prácticamente lo resume.

Di un sorbo y después otro más antes de dejar el vaso a un lado. Cuando miré a Roth vi que el moratón de su mandíbula ya se estaba desvaneciendo, pero lo rocé con los dedos.

—¿Te encuentras bien?

Sus cejas se unieron.

—No te preocupes por mí.

—Pues lo hago.

—No hace falta.

Solté un suspiro.

—Roth.

—Estoy bien —dijo al fin—. Ni siquiera duele.

—Bien. —Meforcé por respirar con normalidad—. Esta noche... no sé ni qué pensar. No puedo creer que Abbot haya muerto.

Él respiró hondo.

—Ya sabes lo que pienso sobre ese hombre, sobre lo que ayudó a hacerte, pero también sé que te ha criado. —Deslizó la mano alrededor de la mía y me la apretó—. Sé que lo que ha ocurrido no es fácil de aceptar para ti.

Cerré los ojos y me apoyé hacia atrás.

—Ha muerto protegiéndome. No puedo... Dios, ni siquiera sé qué decir. Estaba muy enfadada con él antes de esto, pero al final entró en razón. Todavía... —Me detuve y abrí los ojos. Los notaba húmedos, y cuando hablé mi voz estaba ronca—. Todavía le quería, ¿sabes?

Roth llevó mi mano hasta su boca y le dio un beso.

—Es evidente que él también te quería.

—Sí.

Pestañeeé para alejar las lágrimas y tomé un aliento tembloroso.

Hubo una pausa.

—¿Quieres ir a ver cómo está Zayne?

Giré la cabeza hacia él, no tan sorprendida por su consideración como podría haberlo estado en el pasado.

—Sí, pero creo... Creo que necesita un poco más de tiempo.

—Probablemente —murmuró, y entonces llevó la mano hasta un mechón suelto de mi pelo y me lo colocó por detrás de la oreja.

Obligando a mis pensamientos a dirigirse hacia el problema más reciente que habíamos descubierto, llevé nuestras manos unidas hasta mi regazo.

—El Lilin... me dijo que estábamos juntos en esto. Tú lo oíste mientras lo decía. Supongo que no nos habíamos dado cuenta de lo literales que eran sus palabras.

Roth produjo un sonido bajo y furioso proveniente del fondo de su garganta.

—Esto no lo había visto venir.

—Yo tampoco —repliqué secamente—. Pero tiene sentido. Una parte de mí lo creó, al igual que una parte de Lilith. Ángel me dijo que estábamos unidos, los tres, pero no llegó a entrar en detalles sobre lo que quería decir.

—Por supuesto que no.

—Habría estado bien saberlo —continué con cansancio—. O sea, que es un detalle bastante gordo. Si matamos al Lilin, entonces yo muero. Y supongo que funciona en ambos sentidos.

La mirada de Roth se volvió resuelta.

—Tiene que haber otra forma. Y si no la hay, pues tendremos que encontrar la forma de... evitar que se meta en problemas.

Arqueeé una ceja al oír eso porque, para empezar, dudaba que hubiera nada que pudiéramos hacer para evitar que el Lilin se metiera en problemas sin matarlo. Pero incluso aunque consiguiéramos controlarlo mientras lo dejábamos con vida, ¿en qué situación quedaría Sam? Su alma estaría perdida, además de todas las almas de la congregación que había matado la criatura. Por supuesto, esa gente eran unos fanáticos, pero eso no significaba que se merecieran un destino como ese.

Los ojos de Roth se movieron hasta la puerta y yo seguí su mirada, conteniendo el aliento al ver que se trataba de Zayne. Abrí la boca, pero él habló primero.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Recogí las piernas para hacerle hueco, pero él se quedó junto a la puerta, apenas dentro de la habitación. El corazón me dolía por él, por todo—. ¿Te encuentras...?

—Ni siquiera... ni siquiera sé qué pensar. —Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Pero no es por eso por lo que estoy aquí. Quería disculparme. —Me quedé boquiabierta—. No sabía que cuando apuñalara al Lilin iba a hacerte daño a ti. —Su mirada cristalina se encontró con la mía—. Jamás te haría daño, pase lo que

pase. No quería...

—Lo sé. Sé que no querías. No he pensado ni por un segundo que lo hubieras hecho de haberlo sabido. Ni siquiera nosotros lo sabíamos —insistí—. No hace falta que te disculpes, eso es lo último que tienes que hacer ahora. En serio.

Parte del conflicto desapareció de sus facciones. No todo, pero sí en parte.

—¿Sabemos por qué ha pasado esto?

Una parte de mí quería decirle que no tenía que preocuparse por ello, pero entonces me di cuenta de que tal vez estuviera tratando de distraerse, y no quería arrebatárle eso. Le conté lo que Roth y yo acabábamos de hablar.

—Tiene que haber una forma de arreglar esto —dijo Zayne cuando terminé—. De separarte del Lilin.

—Pero ¿y si no hay forma de evitarlo? —Un temblor se abrió camino a través de mí—. ¿Y si el Lilin y yo estamos unidos de verdad, como parece ser, y...?

—No digas eso. —Los ojos de Roth se iluminaron con fiereza—. No termines siquiera ese pensamiento.

—Tiene razón —dijo Zayne, frotándose el pecho con la mano—. Tiene que haber otra forma, es solo que todavía no sabemos cuál es.

Quería creer que había algo más, pero, si estábamos conectados, estábamos conectados.

—Podríamos hablar con el vidente —sugirió Roth.

Me giré hacia él con lentitud y lo miré fijamente.

—¿El niño ese?

Roth asintió con la cabeza.

—Si alguien podría saberlo, será él. La clave es conseguir que desembuche.

—¿El vidente?

Zayne parecía confuso.

—Es un niño que más o menos comulga con, bueno, no sé con qué comulga, pero no trabaja para el Cielo ni para el Infierno. —Hice una pausa y sonreí ligeramente—. Le gusta jugar a *Assassin's Creed*.

—Y le gusta el pollo —añadió Roth, y yo resoplé.

—Podemos ir a hablar con él mañana. —Pasó un momento, y entonces fruncí el ceño—. Lo más probable es que ya sepa que vamos a ir.

Roth me lanzó una sonrisita.

Dirigí la mirada hacia Zayne. Unas sombras habían florecido bajo sus ojos agotados, y parecía... parecía perdido.

—Layla, ya sabes que puedes quedarte aquí. —Sus hombros se tensaron—. Los dos podéis quedaros tanto tiempo como necesitéis. ¿Vale? Y si os marcháis... bueno, tened cuidado. Tengo... debo irme.

Me levanté de la cama y caminé hasta él. Antes de que pudiera marcharse, lo rodeé con los brazos. Él se puso rígido, y entonces giró en mi abrazo. Bajó los brazos y me rodeó con ellos. Contra mi mejilla, susurró con voz ronca:

—Gracias.

Y entonces me soltó, se marchó de la habitación y cerró la puerta detrás de él.

Cerré los ojos otra vez, apretándolos con fuerza. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero cuando me di la vuelta me dirigí hacia la cama. Subí a ella y regresé a la posición en la que estaba antes, hombro con hombro junto a Roth.

—Me parece que no lo sabe —dije.

—¿Que no sabe qué? —preguntó Roth en voz baja. Lo miré.

—Me parece que no sabe cómo murió su padre. Que Abbot me estaba protegiendo. Ya está muy...

—Para. —Roth atrapó mi barbilla y me sostuvo la mirada—. ¿Ese tío que acaba de estar aquí dentro? Odio tener que decirlo en voz alta, pero es un buen tío. No te odia; jamás podría hacerlo. Tal vez no le caigas muy bien ahora mismo, pero eso no tiene nada que ver con su padre. No sé si sabe cómo murió Abbot, pero si lo descubre, cuando lo haga, no te va a culpar. Porque no fue culpa tuya, y él lo sabe.

Por un segundo, no supe qué decir.

—Odio cuando tienes razón.

Roth se rio entre dientes mientras me rodeaba cuidadosamente con el brazo para abrazarme a él. Mi mejilla encontró el camino hasta su hombro. Habían pasado tantas cosas en apenas unos días que mi cabeza zumbaba constantemente con todo aquello. Pero en ese segundo, en ese instante, mi cabeza estaba en silencio.

—Yo no habría cambiado nada.

Pestañeeé mientras levantaba la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—La oferta que le pedí a Cayman que hiciera a los brujos. —Arrastró el pulgar sobre mi labio inferior—. Incluso aunque hubiera sabido que me pedirían a *Bambi*, habría aceptado de todos modos si significaba salvarte a ti. Supongo que Zayne se sentirá igual sobre cómo ha muerto Abbot.

—Ay, Roth...

—Tan solo quería que lo supieras. ¿Vale? —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la frente—. Echo de menos a esa serpiente. Siempre la echaré de menos, pero, si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría. Sin hacer preguntas. Lo haría otra vez, por ti.

Capítulo veinticinco



No estaba segura de cómo habían acabado Zayne y Stacey en el asiento trasero del Mustang a la mañana siguiente. Mi mejor amiga había aparecido a primera hora, poco después de que yo saliera de la ducha, aporreando la puerta de entrada y exigiendo que la dejaran pasar.

Una parte de mí (vale, toda yo) deseaba haber estado en el centro de mando para ver la cara de Geoff cuando eso pasó. Desde que éramos amigas, Stacey nunca había tenido permiso para entrar en el edificio.

Por lo que había escuchado, los Guardianes se habían negado a permitirle la entrada hasta que Zayne apareció. Resultó que había descubierto lo de mi herida ahora menor a través de Zayne en algún momento de la noche anterior, porque ni Roth ni yo habíamos respondido a los mensajes.

El hecho de que el Guardián y ella se mandaran mensajes fue una enorme sorpresa para mí. No sabía que se hubieran dado los números de teléfono. No es que Stacey hubiera estado en contra de tener el número de Zayne, pero no estaba segura de cuándo había comenzado todo eso de ser colegas de mensajitos.

Probablemente cuando yo había estado en el Infierno.

¿Había pasado eso el día anterior? ¿El anterior a ese? Había perdido la noción del tiempo.

En esos momentos, se suponía que mi amiga tendría que estar en clase, aunque no podía culparla por ello, ya que yo no había puesto el pie en el instituto en lo que parecía una eternidad.

Dado que Zayne había estado en la habitación cuando Roth había sugerido hacerle una visita al vidente, sacó el tema mientras Stacey me visitaba en mi antigua habitación. Exigió ir con nosotros y, después de una media hora de discusiones, me rendí y dejé de intentar razonar con ella. No quería que se acercara lo más mínimo a nada de todo aquello, ni siquiera al vidente, pero, tal como ella había señalado más de una vez, ya estaba hundida hasta las rodillas.

También era bueno verla animada y activa, en vez de una versión fantasmal y apagada de la amiga que quería.

Me sorprendía que Zayne se hubiera unido a nosotros. Permanecía en silencio, con expresión estoica. No sabía cómo estaba procesando el dolor de perder a su padre hacía solo unas horas, pero se mantenía firme, y esa fuerza era admirable.

Cuando yo había visto morir a Elijah, había sentido dolor, pero era de una clase diferente. Con su muerte, perdía la posibilidad de lo que podría haber ocurrido. Nunca me había engañado a mí misma pensando que algún día despertaría y me aceptaría como su hija, pero había llorado la pérdida... la pérdida de lo que nunca fue. Cuando Abbot murió, yo sentí la pérdida de la única figura paterna que había conocido, y pensando a pesar de que mi dolor era intenso, no era nada en comparación con lo que debía de estar sintiendo Zayne.

Y mi dolor por Sam no alcanzaba el nivel de lo que había experimentado Stacey. Parecía que, con todo aquello, yo tan solo estaba probando las consecuencias de lo que había ocurrido, sin tragármelas por completo.

Sin embargo, tenía la sensación de que aquello cambiaría muy pronto.

El trayecto hasta la casa del vidente fue extraño, porque comenzó con una visita al supermercado local.

El pollo envasado se encontraba entre Zayne y Stacey. El primero lanzaba miradas fulminantes a la nuca de Roth cada vez que yo le echaba un vistazo. Roth iba por la tercera ronda de tararear *Paradise City*, inconsciente de la mirada fulminante dirigida hacia él. Yo estaba tratando de fingir que todo iba de maravilla y que no era incómodo en absoluto, y Stacey tenía aspecto de necesitar un cubo de palomitas.

Cuando por fin aparcamos delante de la antigua casa con su valla de madera y sus paredes de piedra cerca del campo de batalla de Manassas, estaba deseando salir corriendo del vehículo.

—Creo que lo mejor es que os quedéis en el coche. —Roth apagó el motor y después se giró hacia atrás, observando a nuestros acompañantes—. Tony es peculiar. No necesitamos cabrearlo.

Zayne echó un vistazo a lo que habíamos comprado.

—¿Tenéis que llevarle un pollo?

—Eh...

Roth no respondió.

—¿De verdad es un niño? —preguntó Stacey, lanzando una ojeada a la casa. Una cortina se mecía frente a una ventana cerca de la puerta—. ¿Un niño, niño?

—Sí, debe de tener nueve o diez años —expliqué, llevando la mano hasta la puerta.

—Hala —murmuró Stacey, negando lentamente con la cabeza.

—¿Estaréis bien aquí vosotros dos?

Dudé, y Roth resopló.

—Seguro que estarán perfectamente. —Le lancé una mirada, y él me observó con impotencia mientras estiraba el brazo detrás de él—. ¿Alguien me alcanza el pollo?

Fue Stacey quien se lo entregó.

—Esto es muy extraño.

—No tienes ni idea —murmuró.

Roth me esperó al otro lado del Mustang, y me puso la mano con ligereza sobre la

cintura.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras atravesábamos la verja y pasábamos junto a los arbustos bien podados.

—Tan solo un poco dolorida —admití, porque decir que me encontraba bien al cien por cien no habría sido creíble.

Él bajó la cabeza y me rozó la frente con los labios antes de que subiéramos los escalones. Eché un vistazo hacia atrás, al coche, y vi que Zayne no se había quedado dentro como le habíamos indicado. Se encontraba junto al coche, dándole la espalda a la casa. Estaba allí mismo, pero al mirarlo me sentía como si estuviera viendo una imagen grabada de alguien. Estaba allí, pero al mismo tiempo no estaba.

La puerta se abrió antes de que llamáramos, atrayendo mi atención. La débil aura azul se desvaneció, revelando a la madre de Tony. En esa ocasión llevaba una rebeca blanca, pero las perlas que recordaba seguían alrededor de su cuello.

—Esto sigue sin hacerme ninguna gracia —dijo.

Roth levantó un hombro.

—Y yo diría que lo siento, pero seguiría sin decirlo en serio.

Dios santo, aquello otra vez no.

—Déjalos pasar —dijo una voz detrás de la mujer.

Ella se apartó a un lado, y allí estaba él. Primero vi el resplandor blanco a su alrededor, más brillante que el que rodeaba a Zayne. Un alma pura, totalmente excepcional. La necesidad que solía sentir al ver un alma pura era mínima, casi olvidable. El chico era todo rizos rubios y tenía el rostro de un querubín. Era adorable; con la excepción de las pupilas blancas en mitad de sus ojos de cobalto.

Porque esos ojos seguían dando muy mal rollo.

Tony echó un vistazo a la bolsa de la compra que sujetaba Roth.

—¿Otro pollo? ¿En serio?

—Oye. He oído que esta marca es de la mejor calidad —replicó Roth.

—Y yo he oído que hay otras buenas. —Con un suspiro, el vidente en miniatura le hizo un gesto a su madre.

—Llévatelo.

La mujer, que probablemente estaba acostumbrada a las cosas extrañas, tomó la bolsa.

—Hoy es martes de tacos. Esto tendrá que esperar.

—Seguro que sí. —El vidente nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. La casa olía a pino y manzanas, haciendo que deseara la Navidad—. ¿Sabéis?, podríais haberles dicho a vuestros amigos que pasaran. En lugar de eso están ahí fuera en plan melancólico, y seguro que dando mal rollo a los vecinos.

—Seguro que tus vecinos han visto cosas que dan mucho más mal rollo —señaló Roth.

—Depende de lo que pienses que da mal rollo, ¿eh?

Le propiné un golpe de Roth cuando abrió la boca, evidentemente formando otra

respuesta: si yo no lo detenía, él jamás lo haría. Me lanzó una mirada, pero Tony soltó una risita muy infantil.

Lo seguimos hasta el salón. Había un árbol enorme, todo decorado con adornos, y con una montaña de regalos ya colocados debajo de él. Otro videojuego estaba en pausa en el televisor, pero esa vez no parecía un juego medieval. Había un coche y lo que parecía un agente de policía persiguiéndolo.

Tony se desplomó sobre un puf, y de algún modo parecía un trono.

—Sé por qué habéis venido aquí.

—Por supuesto —murmuré, sentándome en el sofá.

El niño levantó una ceja rubia mientras le echaba un vistazo a Roth.

—Solo para que lo sepas, cuando acabaste encadenado en los fosos de fuego, no me reí como había predicho. —Roth entrecerró los ojos ante el recordatorio mientras se sentaba en el brazo del sofá, a mi lado—. Tal vez solo una carcajada baja de diversión —añadió Tony con picardía.

—¿Seguro que no sería una carcajada aguda de diversión? —contraatacó Roth—. ¿Dado que todavía no has llegado a la pubertad? —Ay, madre. Tony levantó una mano regordeta y le enseñó el dedo corazón—. Vaya, ¿he molestado al pequeño bebecito...?

—Roth. —Di un suspiro, y le propiné un débil puñetazo en la pierna—. No puedo llevarte a ninguna parte.

—No es cierto. —Me guiñó un ojo—. Yo me adapto a cualquier situación.

Tony colocó las piernas sobre la mesa de centro y las cruzó sobre los tobillos.

—Aunque me parece genial que evidentemente hayáis asumido lo que sois los dos y vuestros sentimientos mutuos, tengo mejores cosas que hacer que observaros mientras...

—¡Tony! —La voz de su madre sonó desde algún lugar de la casa—. ¡Quita los pies de la mesa de centro ahora mismo!

Apreté los labios para evitar reírme mientras Tony ponía en blanco sus extraños ojos, pero obedeció. Sus pies golpearon el suelo de parqué.

—Queréis saber cómo matar al Lilin —dijo, mirando de forma amenazante en dirección a Roth—. Ya conocéis las normas. No puedo ayudar a un lado por encima del otro.

—A la mierda las normas —replicó Roth.

—Para ti es fácil decirlo, cuando no es tu vida la que está en juego —señaló el vidente—. La cosa es que los dos deberíais saber ya la respuesta que buscáis.

—Sabemos cómo matar al Lilin —dije, moviéndome hacia delante en el sofá—. Apuñalándolo en el corazón o decapitándolo, y casi lo conseguimos al apuñalarlo en el corazón, pero...

—Pero ¿descubristeis una pequeña complicación? —Dirigió una mirada de tristeza a la pantalla, como si pasar un minuto alejado de su juego fuera una tortura—. Un golpe fatal al Lilin te provoca un golpe fatal a ti. —Asentí con la cabeza—. Era de

esperar. Una parte de ti se utilizó para crearlo, al igual que una parte de Lilith se utilizó para crearos a ambos —continuó, inclinando la cabeza hacia un lado. Varios rizos rubios cayeron—. Vosotros tres estáis unidos.

Eso ya me lo habían dicho antes, pero nadie había mencionado el hecho de que matar al Lilin también me mataría a mí. Ese pequeño detalle no me lo habían contado, aunque no me sentía sorprendida del todo.

—Necesitamos saber cómo separarlos a ambos. —Roth abrió y cerró la mano más cercana a mí—. Por eso estamos aquí.

—Y yo ya lo sabía. —Tony apenas apartó la atención del juego—. Esta conversación está desperdiciando mi tiempo y el vuestro.

—¿Es que no te importa? Sé que tu estúpido juego es importante, pero, si no podemos detener al Lilin, vas a morir. ¡Todo el mundo va a morir! —Me levanté de un salto, deseando agarrar al pequeño vidente y zarandearlo, pero... pero había una parte de mí que comprendía que no estaba siendo obtuso. Éramos nosotros quienes lo estábamos siendo. La frustración palpitó a través de mí—. Si no lo conseguimos, el Lilin dará comienzo al fin del mundo. Incluso tú nos advertiste de eso la última vez que estuvimos aquí.

—La última vez que estuvisteis aquí, vi que había muchas posibilidades de que eso ocurriera. —Sus pupilas se volvieron de pronto de un blanco brillante—. Ahora veo que eso no va a suceder. Tú lo detendrás.

Me tensé.

—Pero...

—Tú —repitió, observándome con atención— lo detendrás. Y ya sabes cómo hacerlo. Se acabó la historia. Fin.

Roth tomó aire con un silbido agudo, pero creo que yo dejé de respirar durante un segundo. Lo que ninguno de nosotros quería reconocer en las horas posteriores al enfrentamiento cara a cara con el Lilin nos estaba golpeando ahora en la cara, otra vez.

Matar al Lilin significaba matarme a mí misma.

—No nos estás ayudando, colega. —La voz de Roth estaba calmada, pero su cuerpo emanaba furia y algo más, algo similar a la desesperación, que se convirtió en una entidad tangible dentro de la habitación—. Necesitamos saber cómo matar al Lilin sin hacer daño a Layla.

—Y como ya he dicho, ya sabéis la respuesta a eso —replicó Tony desde su trono en forma de puf—. Simplemente no queréis aceptarlo.

Cerré los ojos brevemente.

—Entonces, lo que estás diciendo es que... lo hagamos al revés. ¿Si me matamos a mí, mataremos al Lilin?

—Y una mierda —escupió Roth, y cuando abrí los ojos vi que se había puesto en pie—. Esa respuesta es inaceptable.

Una expresión de remordimiento parpadeó en la cara del joven vidente.

—Es la única respuesta.

Roth comenzó a dirigirse hacia él, pero yo estiré el brazo de golpe para sujetar el suyo. Respiró hondo, y su pecho se elevó con brusquedad. Un segundo más tarde, la madre de Tony entró en la habitación. Sujetaba sobre la cabeza una cacerola con un guiso, como si estuviera lista para lanzárnosla a alguno de nosotros.

—Creo que es hora de que os marchéis.

Mi mano se tensó sobre el brazo de Roth. Tenía razón; era hora de que nos marcháramos, porque ya sabíamos cuál era la respuesta. Habíamos sabido cuál era antes incluso de ir hasta allí, o al menos yo lo había sabido. Roth todavía seguía furioso, mirando al vidente, así que le tiré del brazo.

—Roth —susurré—. Vámonos.

Dirigió una mirada afilada hacia mí.

—¿Vas a aceptarlo y ya está? —Levantó el brazo y señaló a Tony—. ¿Que no hay ninguna otra manera?

—No —respondí, y no era tanto una mentira como un intento de acabar con aquello antes de que acabáramos llenos de las judías verdes de la cacerola—. Pero ya hemos terminado aquí. —Al ver que todavía dudaba, volví a tirar de su brazo—. Ya lo resolveremos por nuestra cuenta.

Mis palabras me sonaron débiles hasta a mí, pero Roth se rindió al fin. Comenzamos a caminar hacia el vestíbulo de entrada, pasando junto a la adusta madre de Tony.

—Todo ocurre por una razón —añadió el vidente mientras nos acercábamos al arco que daba al vestíbulo y, cuando miré hacia atrás, vi que se había puesto en pie, con una expresión mucho más solemne y sabia de lo que le correspondía por su edad—. Ni una cosa en este mundo ocurre sin un propósito. Las acciones de todo el mundo, las del Príncipe y de tus Guardianes, han conducido todas hasta aquí. Todos se han sacrificado por ti, por esto. Y no va a ser en vano.

* * *

La cara de Stacey era del color de un folio, y sus ojos oscuros estaban muy abiertos.

—No —dijo, y después lo repitió más alto—: No.

Me giré en el asiento del copiloto para echarle un vistazo a Roth. A sus manos. Sus nudillos estaban teñidos de blanco por lo fuerte que agarraba el volante. No había dicho gran cosa desde que habíamos regresado al Mustang. Miraba fijamente hacia delante, con un músculo palpitando en su mandíbula mientras nos llevaba hasta el instituto para dejar allí a Stacey.

—¿Literalmente no hay nada que podamos hacer? —preguntó Zayne, con las manos descansando sobre el respaldo de mi asiento—. ¿O es solo que el vidente no sabe lo que haría falta?

—No creo que haya ninguna forma —respondí, volviendo a dirigir la mirada

hacia Zayne. No parecía enfadado o confuso, sino más bien una combinación de ambas cosas—. En cierta forma tiene sentido, el hecho de que esté conectado conmigo, y de que los dos estemos conectados con Lilith. Fue nuestra sangre la que creó al Lilin.

—A lo mejor tiene sentido para ti —dijo Stacey, levantando una pierna y poniéndosela contra el pecho—. En realidad, nada de esta mierda tiene sentido para mí, pero bueno. ¿Qué vamos a hacer ahora? Si no matamos al Lilin...

—Si no lo matamos, perdemos a Sam. Perdemos a todas las almas que ha tomado el Lilin —le recordé.

Su rostro se retorció mientras apartaba la vista y miraba por la ventana, mientras los jardines y las casas daban paso a las paredes.

—No he olvidado eso. Es solo que...

Zayne se recostó sobre el respaldo y se frotó la cara con las manos.

—Tiene que haber algo. Maldición, hay demasiados libros en el estudio de mi... de mi padre. Los comprobaré cuando regresemos, y le pediré a Dez que también lo haga. —Bajó las manos y soltó un fuerte suspiro—. No vamos a rendirnos.

El hecho de que Zayne todavía se preocupara por mí lo suficiente como para querer ayudarme aliviaba parte del peso que cargaba por haberle hecho un daño tan terrible. Por supuesto, en realidad no tendría que haberme sorprendido tanto. Probablemente hubiera una parte de él que me odiara, y era muy comprensible, pero por debajo de todo aquello era un buen chico; un chico genial.

—¿Me has oído? —preguntó Zayne, atrayendo mi mirada de nuevo hacia él—. No vamos a rendirnos.

—Lo sé, pero... pero nos estamos quedando sin tiempo con Sam. ¿Y cuánto tiempo más van a permitir los Alfas que continúe toda esta violencia? —Estaba haciendo preguntas buenas de narices. Preguntas a las que ni Zayne ni Roth eran capaces de responder—. El Lilin se cargó a una congregación entera de los Hijos de Dios. Y sí, seguro que ellos no estaban en la lista de favoritos del grandullón, pero solo es cuestión de tiempo que el Lilin haga algo que no puedan pasar por alto. Casi nos expuso a todos nosotros al despertar a esas gárgolas. ¿Cuánto tiempo tenemos en realidad para averiguar la forma de solucionar esto?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Roth con un ladrido, hablando al fin.

Sobresaltada, lo miré y vi que tenía los ojos clavados en la carretera.

—No lo sé. Es solo que no... que no nos queda tiempo.

Roth volvió a permanecer en silencio, y entonces aparcamos delante del instituto. Verlo después de lo que parecía una eternidad provocó una respuesta contradictoria. En parte nostalgia y en parte aguda decepción: no era capaz de olvidar las ganas que tenía siempre de levantarme cada mañana para ir a clase. Dentro de esas paredes, podía fingir que era normal. Analizándolo en retrospectiva, veía lo estúpido que era eso, esa necesidad infantil de esconderme de lo que era.

Se trataba de algo que ya no podía seguir haciendo.

Stacey tomó su mochila del suelo del Mustang y salió al exterior. Yo la seguí para darle un abrazo rápido, aunque no podíamos entretenernos. Si alguien del personal del instituto me veía fuera, eso provocaría un montón de preguntas indeseadas para las que no teníamos tiempo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté cuando nos soltamos del abrazo.

Ella asintió con la cabeza y se apartó el flequillo demasiado largo de los ojos.

—Sí. No. —Se subió la correa de la mochila todavía más en el hombro—. ¿Por qué me preguntas si me encuentro bien? Eres tú quien es prácticamente una gemela siamesa de un demonio psicótico. No te preocupes por mí.

—Es un poco difícil no hacerlo.

—¿O es que es más fácil preocuparte por mí en vez de por ti?

Abrí la boca, pero ¿qué podía responder a eso? Tenía toda la razón. Eché un vistazo a las gruesas nubes y solté un suspiro.

—No sé qué pensar ahora mismo. Yo...

Perdí el hilo de mis palabras y negué con la cabeza.

Stacey estiró el brazo, sujetó la manga de mi jersey y tiró con suavidad.

—Ya sabes que eres la hermana que en realidad nunca pedí, ¿verdad?

Sonreí.

—Sí.

—Y te quiero, pase lo que pase. También lo sabes. Y sabes lo mucho que me... que me mató perder a Sam. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su mirada era firme—. No puedo perderte a ti también.

Su declaración me puso nerviosa.

—¿Por qué crees que va a pasar eso?

—Porque te conozco —replicó con voz ronca—. Prométeme que no vas a hacer ninguna estupidez.

—¿Yo? —Me obligué a soltar una risa que sonó más forzada de lo que me habría gustado—. ¿No hacer ninguna estupidez?

La broma no ayudó a tranquilizarla.

—Ya sabes lo que quiero decir. Prométemelo, Layla. Quiero oír que me lo prometes.

—Te lo prometo —susurré.

Mientras me separaba de ella, sabía que mi promesa no había hecho gran cosa para tranquilizarla. La verdad era que jamás tendría que haber hecho esa promesa. Todavía quedaban muchas estupideces dentro de mí, y sabía lo que debía hacer.

Capítulo veintiséis



Roth y yo ayudamos a Zayne y a Dez a hojear los antiguos tomos que llenaban las estanterías que iban desde el suelo hasta el techo del estudio de Abbot, hasta bien entrada la noche. Incluso Danika y Nicolai se unieron a nosotros cuando se puso el sol. Mientras pasábamos de una página polvorienta a la siguiente, pudimos oír las risitas agudas de Izzy y los lloros estridentes de Drake una y otra vez durante toda la tarde; estaba claro que a Jasmine le estaba costando cansarlos lo suficiente como para meterlos en la cama. Para cuando terminamos ese día, todavía no había visto de verdad a los mellizos, y tampoco habíamos encontrado nada de utilidad.

Salvo porque me topé con una criatura pequeña llamada Pukwudgie en uno de los tomos, una pequeña criatura con aspecto de trol de la que solo había oído hablar en una ocasión, cuando Dez había llevado a Jasmine al edificio hacía muchos años. Uno de ellos la había mordido, y como consecuencia se había puesto muy enferma.

Seguía teniendo ganas de ver uno con mis propios ojos.

Estaba nevando cuando Roth y yo nos marchamos. Nos dirigimos hacia los Palisades, ya que estaban más cerca que la supermansión, y entonces aparcamos en el garaje y pasamos junto al club que había abajo. En cuanto entré en el *loft*, él hizo salir a los gatitos, y los observé escabulléndose por la habitación. Uno se dirigió hacia el piano, mientras que los otros dos corrieron hasta debajo de la cama.

—¿Quieres comer algo? —preguntó, dejando las llaves encima de la estantería.

En realidad no tenía hambre, pero sabía que Roth no había comido en todo el día.

—Claro.

—Iré a buscar algo —dijo, en lugar de invocar a Cayman como haría normalmente—. ¿Hay algo en particular que te apetezca?

Apretando los labios, negué con la cabeza y observé a Roth mientras se dirigía hacia la puerta, se detenía como si quisiera decir algo, y después se marchaba. La intranquilidad daba vueltas en mi estómago. Preguntar por la comida era lo máximo que había dicho desde que nos habíamos marchado de la casa del vidente. Una sospecha a floró. ¿Qué estaba tramando?

¿Qué estaba tramando yo?

Inquieta, miré a mi alrededor, a la habitación, y después llamé a *Robin*. Se despegó de mi brazo, una sombra con forma de zorro hasta que cayó al suelo. Allí, su pelaje de un naranja rojizo se crispaba mientras me devolvía la mirada, con la cabeza

inclinada hacia un lado.

Lo sabía.

Por supuesto que sí.

Con un ronroneo, se dirigió dando brincos hasta la puerta abierta del armario, hasta la ropa que había sacado de las perchas para hacerse una cama con ella. Lo observé enroscando su cola frondosa contra su cuerpo, y entonces caminé hasta la salida de la azotea.

Un aire frío me dio la bienvenida mientras abría la puerta y subía por la estrecha escalera. Una fina capa de nieve cubría las macetas vacías, y el toldo que había sobre el diván se balanceaba en silencio. Todos los árboles estaban desnudos, aunque no muertos. La vida se renovaría con la primavera, si es que la humanidad llegaba hasta la primavera.

Me abrí camino hasta el saliente y observé las luces relucientes de Washington D. C. Una nube brumosa se formaba cada vez que exhalaba aire, pero era agradable estar ahí, por encima del ruido de la ciudad y de los humos nocivos. Estaba en calma, incluso. Faltaban pocos días para la Navidad y nos estábamos quedando sin tiempo.

En realidad, ya nos habíamos quedado sin tiempo.

Aunque Zayne y Dez habían planeado seguir examinando los libros en busca de una forma de acabar con el Lilin o de incapacitarlo de algún modo, yo dudaba que fueran a encontrar nada. Además, aunque lo incapacitáramos, eso no serviría de nada a las almas que había consumido; no le serviría de nada a Sam.

Respiré hondo, pero el aire se me quedó atascado en la garganta mientras un pánico afilado como una cuchilla se elevaba al igual que un fantasma en la noche, amenazando con arrastrarme. Antes de que pudiera ceder ante él, sentí la presencia de Roth. Tragué saliva con fuerza, aparté el miedo y me giré hacia él.

Se encontraba justo al otro lado de la puerta, con la brisa revolviendo su pelo oscuro mientras la nieve cubría los mechones y sus ojos relucían como joyas leonadas.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba?

Encogí un solo hombro.

—No lo sé. Es bonito, con la nieve.

—Y también hace muchísimo frío —comentó.

—A ninguno de los dos nos afecta eso.

—Lo sé. —Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba—. Tan solo me apetecía señalarlo. —Hizo una pausa—. No tienes hambre, ¿verdad?

—En realidad no.

Levantó una ceja mientras cruzaba la azotea.

—¿Quieres quedarte aquí fuera un rato?

—Sí. Sí que quiero.

La media sonrisa permaneció en el rostro de Roth mientras se sentaba en el diván. El cojín que palmeó quedaba protegido de la nieve, pero solo si la fuerza del viento

no comenzaba a aumentar de verdad. Caminé hasta él y, cuando extendió el brazo, coloqué mi mano sobre la suya.

Roth tiró de mí hasta sentarme entre sus piernas, situándome de modo que mi espalda quedara apretada contra su pecho. Sus brazos me rodearon y entonces cerré los ojos, eliminando cualquier pensamiento de mi cabeza solo para poder tomarme el momento de disfrutar de la calidez de su cuerpo y la comodidad de su abrazo.

No sé durante cuánto tiempo nos quedamos ahí sentados, observando la nieve que caía en silencio antes de que Roth volviera a hablar, pero la nieve en el suelo de la azotea parecía haberse espesado.

—He estado pensando —comenzó—. En ti con uno de esos bikinis tan pequeños. De esos en los que la parte de abajo por detrás es solo hilo dental.

—Ay, Dios mío. —Me reí mientras recorría sus manos con los dedos—. ¿Por qué será que no me sorprende?

—Oye, oye. Escúchame —replicó él, apoyando la barbilla sobre mi hombro. Me volví hacia él, esperando—. Tú no serías la única que llevaría menos ropa que la que llevamos ahora mismo.

En realidad no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía aquella conversación, pero estaba encantada de que Roth estuviera hablando, y también estaba dispuesta a simplemente... simplemente olvidarlo todo por el momento, durante esos preciados instantes, seguirle la corriente con lo que quiera que saliera de su boca.

—¿Tú también llevarías un bikini muy pequeño? —pregunté.

Sentí que sus labios se curvaban en una sonrisa.

—No serías capaz de controlarte si vieras algo tan increíble. —Tiró de mí otra vez hasta la uve de sus piernas cuando comencé a girarme hacia él—. Me tratarías como un trozo de carne.

—Ah, ¿de verdad?

Me reí. Roth se reclinó contra el cojín, llevándome con él de modo que quedamos estirados mientras la nieve continuaba cayendo.

—Ajá. Así que tan solo llevaría un bañador.

—¿Speedo?

—Ni siquiera yo me pondría un *speedo* —replicó él.

—¿Por qué un *speedo* es diferente a que yo me ponga algo más fino que un hilo dental?

—Porque sí. Confía en mí. —Inclinó la cabeza hacia un lado para que pudiera ver su expresión—. En cualquier caso, los bañadores y el pequeño bikini también vendrían con una playa de arena blanca. Nunca has estado en la playa, ¿verdad?

—Verdad. —Me mordí el labio cuando él se movió, de modo que su boca rozó el lóbulo de mi oreja, provocándome un escalofrío que descendió por mi columna—. Háblame de la playa.

—La playa estaría en una zona tropical, donde siempre haga calor y casi siempre esté soleado —continuó, jugando con una mano con el dobladillo de mi jersey, y con

la otra subió y bajó perezosamente por mi pierna, desde el muslo hasta la cadera—. La playa estaría en un lugar muy lejos de aquí.

—¿Cómo de lejos? —susurré.

—Tan lejos como queramos. —Una mano subió hasta mi barbilla, y sus dedos guiaron mi cabeza hacia atrás—. Estaba pensando en algo así como las Islas Turcas y Caicos. —Me besó en la frente—. No he estado allí. —Sus labios se deslizaron sobre mis cejas—. Pero he oído de un lugar llamado Grace Bay. —Depositó un beso sobre cada uno de mis párpados—. Arenas blancas. Agua de color turquesa. —Entonces me besó en la punta de la nariz—. Un paraíso, o eso me han dicho. Deberíamos ir.

Sonreí débilmente.

—Deberíamos.

Su mirada se encontró con la mía mientras se apartaba.

—Lo digo en serio. Podríamos marcharnos por la mañana.

Mi sonrisa comenzó a desvanecerse.

—¿Qué?

—No me costará nada conseguirnos un jet privado. Tan solo tendré que decir unas pocas palabras a la persona adecuada, y después estaremos en camino. Se encuentra demasiado lejos como para volar por nuestra cuenta. —Sus ojos examinaron los míos con atención y yo me puse rígida, porque realmente no estaba bromeando—. Podríamos estar allí mañana por la noche.

—Roth...

—Podemos dejar todo esto —continuó, poniéndome la mano sobre la mejilla—. Que las piezas caigan donde sea, pero tú y yo estaremos lejos de esto...

—No hay ningún lugar al que podamos escapar de verdad de esto. Los Alfas intervendrán. Es lo que quiere el Lilin, incluso Ángel me lo dijo. Provocarán el fin del mundo, y escondernos en una playa no va a salvarnos.

—Podríamos intentarlo, joder. Podríamos intentar sobrevivir —insistió, y sus ojos brillaron con fuerza en la oscuridad—. Marcharnos de aquí nos promete al menos una mañana... tal vez incluso una semana o un mes, pero si nos quedamos... ¿qué es lo que tenemos?

Tomé aire con brusquedad.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que no sé lo que se te ha estado pasando por la cabeza desde que te diste cuenta de que tu vida estaba atada a la del Lilin? —Su mano se curvó alrededor de mi nuca mientras se inclinaba hacia mí para presionar mi frente con la suya—. Joder, Layla, sé que... —Cerré los ojos con fuerza contra el repentino ardor—. Eres demasiado buena. Tú no lo ves, pero yo sí. Eres demasiado buena, pero yo no. —Su voz se volvió ronca—. Déjame ser lo bastante egoísta para los dos.

—¿Y qué pasa con Sam, Roth?

—No lo sé. No tengo una respuesta para lo que quieres oír —admitió—. Lo siento, pero tú eres mi prioridad. Olvídate del resto. —Rodeé su cuello con el brazo,

sin decir nada mientras colocaba la cabeza bajo su barbilla. Su mano permaneció sobre mi nuca—. Sé que piensas que solo hay una forma de salir de esto. Entregar tu vida para detener al Lilin —dijo, con la voz más pastosa que antes—. Pero no puedo dejar que lo hagas.

—Yo no quiero hacerlo.

Su otro brazo rodeó mi cintura mientras movía la cabeza, y sus labios rozaron mi mejilla mientras hablaba.

—Pues no lo hagas.

Roth hacía que pareciera muy sencillo. Pero incluso él sabía que no era tan fácil. Si nos íbamos de allí al día siguiente, había muchas posibilidades de que tuviéramos días, tal vez incluso semanas o meses, antes de que los Alfas intervinieran e intentaran eliminarnos a todos. Pero ¿cómo podía disfrutar de verdad de esos días o semanas sabiendo que había dado la espalda a Sam... Dios, y a la humanidad? Lo que estaba ocurriendo era mucho más grande que nosotros, mucho más importante que lo que queríamos o deseábamos.

Su mano sufrió un espasmo, y él se obligó a pronunciar las palabras con un susurro áspero.

—Estoy aterrorizado.

Mi corazón dio un vuelco, y después su tamaño se dobló. Oírlo admitir eso me conmocionó. Me aparté de él para mirarlo a los ojos una vez más.

—Tú nunca tienes miedo.

—No tengo miedo. Estoy aterrorizado —repitió, entrelazando los dedos con mi pelo—. Estoy aterrorizado de perderte, y de que no haya nada que podamos hacer para evitarlo.

Había una parte de mí que simplemente quería tranquilizarlo, pero en ese momento todas mis defensas se desmoronaron. El pánico que descansaba en la boca de mi estómago se expandió. Roth debió de ver el miedo en mis ojos, porque tiró de mí otra vez hasta su pecho.

—No voy a dejar que eso ocurra —dijo—. Soy el Príncipe, tiene que haber algo que pueda hacer. Puedo acudir al Jefe.

Pero, si había algo que el Jefe pudiera haber hecho, ¿no lo habría hecho ya? ¿O acaso podría el Jefe intervenir siquiera a esas alturas? No importaba. Mientras me aferraba a Roth, sabía en lo más hondo que en realidad no teníamos un mañana. Si retrasábamos lo que tenía que hacer, no solo perdería a Sam y las demás almas que el Lilin había tomado ya, sino que corría el riesgo de que millones de vidas se perdieran si el apocalipsis se ponía en marcha.

Corría el riesgo de que Roth hiciera algo todavía más estúpido de lo que yo planeaba, y si no podía salvarme a mí misma, entonces al menos podría salvar a Sam. Podría salvar a las demás almas. Podría salvar a la gente inocente que moriría, porque el fin se aproximaba. Podría salvar a Roth.

Cuando él levantó la cabeza, abrió la boca para decir algo, pero yo no quería que

hubiera ninguna palabra más entre nosotros. Crucé la distancia para besarlo. Él trató de girar la cabeza, pero yo sujeté sus mejillas, negándome a permitir que las palabras que quisiera decir se formaran en sus labios.

Y cuando el beso no fue suficiente, cuando trató de hablar otra vez, me elevé y planté las rodillas a cada lado de sus caderas. Presioné nuestros cuerpos, y cuando su boca por fin se abrió, el corazón me dolía de la peor forma, pero me estaba devolviendo el beso y era abrasador. Sus manos cayeron por mi espalda, y su desesperación amplificaba la que yo sentía.

Sus músculos se tensaron de pronto, y entonces se puso en pie. Rodeé sus caderas con las piernas. Nuestras bocas estaban fusionadas, y salimos bajo la nieve. El viento soplaba con fuerza, agitando mi pelo a nuestro alrededor.

No creía que llegáramos de vuelta a la escalera.

Apenas lo hicimos.

Una vez dentro del estrecho pasillo, la puerta se cerró detrás de nosotros y Roth se dio la vuelta, presionando mi espalda contra la pared. Estábamos enredados el uno en el otro, nuestro aliento salía en jadeos cortos, y la parte más dura de su cuerpo se apretaba contra la parte más suave del mío. La nieve que había caído sobre nosotros se había derretido, humedeciendo nuestra piel y nuestro pelo.

Nos besamos. Nos aferramos el uno al otro, y el mundo exterior se quedó en pausa una vez más. En ese instante, esos momentos robados eran solo para nosotros. Nada más importaba entonces, salvo lo que él sentía y nuestro amor mutuo.

—Espera —me dijo, y no estaba planeando separarme.

Roth atrapó mi respiración con los labios mientras se daba la vuelta y comenzaba a bajar las escaleras otra vez. Cerró la puerta tras nosotros de una patada, dejando fuera al frío, y cuando se giró, chocó contra el banco del piano y lo derribó.

Apenas lo oímos.

Me llevó hasta los pies de la cama, besándome todo el tiempo, bebiéndome, y no era suficiente. Ni siquiera cuando me mordisqueó la piel sensible por debajo de la oreja, arrancándome un sonido acalorado.

Nos separamos el tiempo suficiente para librarnos de todo lo que había entre nosotros, pero no dejábamos de detenernos... y no dejábamos de distraernos cada vez que una camiseta desaparecía o un botón quedaba desabotonado. Nuestras manos. Nuestros dedos. Nuestras bocas. Todo en nosotros estaba ávido del otro.

Cuando mi espalda golpeó la cama y lo miré desde abajo, pensar se volvió completamente imposible. Roth me consumía, pero sabía que aquello iba en ambos sentidos, porque su mano temblaba mientras me tocaba, y su voz temblaba cuando me dijo que era hermosa; cuando me dijo que me quería, una y otra vez. Su voz provocó un terremoto todas las veces.

Lo que ocurrió después fue simplemente él adorándome y yo devolviéndole el honor. No hubo ninguna parte de mí que no explorara, desde el arco de mis pies hasta los muchos valles de camino hasta mis labios. Nuestros ojos y manos estaban sobre

los del otro mientras comenzábamos a movernos juntos. Y cuando acabó, nos quedamos tumbados juntos, con su mano recorriéndome las costillas, hasta mis caderas, y entonces comenzamos una vez más. Nos quedamos agotados en todo el amor que sentíamos, y contuvimos las sombras con pura fuerza de voluntad hasta que ya no quedó nada.

El sueño no acudió a mí después, a pesar de que no había nada que quisiera más que acurrucarme junto a Roth e ignorarlo todo, pero no podía. Si lo hacía, todos los que me importaban estarían perdidos, e incontables personas inocentes sin nombre se verían atrapadas en el fuego cruzado. Sabiendo que yo era la única que podía terminar de verdad con eso, ignorar la situación era algo con lo que no podría vivir. Además, darle la espalda tan solo nos daría unos cuantos días, tal vez solo unas horas, porque una vez que el Lilin presionara demasiado, se expusiera demasiado, los Alfás nos eliminarían a todos, y habían estado esperando con muchísima paciencia por una buena razón para hacerlo.

Debía hacerlo. Sabía que no había otra opción, pero al observar a Roth mientras dormía, lo que estaba a punto de hacer provocaba una herida profunda dentro de mí. Dolía. Un nudo se había formado en el fondo de mi garganta, una pesadez me presionaba el pecho, y los ojos me escocían mientras se llenaban de lágrimas.

Me picaban los dedos por las ganas de tocarlo, solo una última vez, pero me arriesgaba a despertarlo si lo hacía. Me conformé con memorizar cada hermoso ángulo de su cara, desde las líneas afiladas de sus pómulos hasta la curva dura de su mandíbula, solo ligeramente suavizada por el sueño. Guardé en mi memoria sus espesas pestañas y el arco natural de sus cejas. Observé sus labios gruesos, y deseé poder ver esos hoyuelos una vez más, o cómo el ámbar leonado de sus ojos se iluminaba cuando me miraba. Anhelaba entrelazar la mano con su pelo de nuevo, sentir la sedosa suavidad mientras los mechones pasaban a través de mis dedos.

Sentía dolor por las ganas de oírle decir que me quería una vez más.

Nada de aquello iba a pasar.

Cerré los ojos con fuerza contra el torrente de lágrimas, salí con cuidado de la cama y caminé de puntillas hasta el lugar donde mi ropa estaba apilada sobre el suelo. En la silenciosa oscuridad, me vestí, tomé la daga de hierro de encima del piano y después me deslicé hasta donde Roth yacía de costado, de cara al espacio donde yo había descansado.

—Te quiero —susurré con voz entrecortada—. Te quiero muchísimo.

Y entonces hice lo único que jamás había planeado, pero era lo único que podía hacer. Abandoné a Roth.

Capítulo veintisiete



Como ya esperaba, no tardé mucho en encontrar al Lilin. Me había marchado del *loft* de Roth por la salida de la azotea y había echado a volar, dejando que el frío viento me agitara las alas una vez más.

Aquella situación casi resultaba irónica.

Roth se había sacrificado por mí. Zayne también. Incluso Abbot, al final. Todos ellos habían dado algo para mantenerme con vida. Debido a lo que los brujos me habían dado, yo había obtenido la inmortalidad, y durante un dulce y corto tiempo, había podido saborear la eternidad con Roth. Y una vez que había comprendido por completo lo que era, había recibido una fuerza increíble. Mi mera presencia sembraba el miedo en los corazones de demonios y Guardianes por igual. Me había convertido en una fuerza que debían tener en cuenta, un desastre híbrido muy chungo.

Y, al final, todos esos sacrificios y todo lo que había hecho todo el mundo habían llevado hasta ese momento, en el que yo acabaría con todo aquello. Quería reírme, pero tenía la sensación de que sería una risa demente, y entonces me desmoronaría, porque no quería morir.

Porque no era tan valiente.

Porque no era tan altruista.

Tan solo era una chica sin más opciones, sin ninguna carta más bajo la manga.

Aterricé en Rock Creek Park entre los gruesos y altos árboles cubiertos de nieve y recorrí el camino, extrañamente calmada. Vale. Tal vez no estaba calmada. Mientras miraba a la luna que se asomaba desde detrás de las nubes, no sentía nada.

Estaba vacía... decidida, pero completamente vacía.

Pasaron unos pocos minutos antes de que oyera una suave risa entre dientes detrás de mí. La estaca se encontraba en mi bolsillo trasero, donde tendría fácil acceso a ella, pero la dejé allí mientras me daba la vuelta despacio.

Una ligera capa de nieve cubría el suelo, y los copos caían a la deriva hacia la Tierra. El Lilin se encontraba a un par de metros de mí, y tenía el aspecto de Sam otra vez. La furia fue como un pinchazo en la piel. Odiaba que esa cosa utilizara su imagen.

Y él lo sabía.

Me sonrió a través de la corta distancia.

—¿Por fin has entrado en razón?

Levanté las cejas.

—Si entrar en razón es ayudarte a liberar a Lilith...

—A nuestra madre —me interrumpió.

Ignorándolo, continué hablando.

—Entonces te has vuelto loco. Jamás te ayudaré a liberarla, porque hacerlo significaría el fin de todo.

—No liberarla también significa el fin de todos modos —respondió el Lilin, dando un paso hacia delante—. ¿Es que no lo entiendes? Continuaré arrancando almas hasta que los Alfas no tengan más opción que intervenir, hasta que erradiquen a todos los demonios y Guardianes de la superficie.

Mis manos se tensaron.

—¿Por qué quieres hacer eso? Tú también morirías, junto con todos los demás.

—Ah, sí, eso es cierto, pero sé que el Infierno no dejará que los Alfas vayan a por todos los demonios. Contraatacarán, y entonces llegará el apocalipsis. —El Lilin con el aspecto de Sam sonrió, como si estuviera imaginando un día soleado en la playa—. Mi muerte y tu muerte valdrán la pena sabiendo que correrán ríos de sangre y que esos humanos, esos parásitos demasiado grandes, morirán por millones.

Absolutamente atónita por sus palabras, negué con la cabeza.

—Estás... completamente loco.

—No. Es solo que no tengo nada que perder. ¿Mi vida? ¿Este cascarón que estoy utilizando? —Se dio una palmadita en la mejilla—. No es nada. No tengo nada que perder. E incluso si lo tuviera, lo haría por nuestra madre. Haría cualquier cosa por entregarle la venganza que se merece.

Pestañeeé.

—Eso es un poco triste.

Elevó un hombro.

—Es la verdad.

Algo se encendió en mi pecho, y sabía a esperanza.

—No tiene que ser así. ¿Es que no lo entiendes? Tienes elecciones que tomar. Puedes parar con lo que estás haciendo y tratar de hacer algo con esta vida que has recibido... —El Lilin echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Tenemos libre albedrío —insistí, aferrándome a algo que pudiera hacerle cambiar de idea—. Todos tenemos libre albedrío, no solo los humanos. Puedes cambiar. Puedes parar esto ahora mismo. Puedes...

—¿Libre albedrío? Qué ingenua eres, hermana. Eso no existe. Nacemos con nuestros destinos claramente dispuestos frente a nosotros. No hay forma de cambiar eso.

—Te equivocas, te equivocas muchísimo. —Quise dar un pisotón en el suelo para dejarlo claro—. Todo el mundo puede cambiar su camino, incluidos los demonios. Mira a Roth. Él nunca creyó que el libre albedrío existiera, pero, cuando tomó la decisión de salvarme, se dio cuenta de que así era. ¡Míralo a él!

La criatura sonrió.

—Ah, el Príncipe. Lo miro y veo a alguien que una vez fue grande y temido por todos, pero que se ha convertido en nada más que el sirviente de una niña tonta y estúpida.

Apreté la mandíbula.

—No soy yo la estúpida y él no es el sirviente de nadie.

—Basta —dijo con un suspiro—. En serio. Esta conversación me aburre. Ya sabes que no puedes detenerme; tienes que haberte dado cuenta de eso ya. No puedes matarme, porque hacerlo también te mataría a ti. Soy parte de ti.

—No eres nada —dije, llena de veneno amargo.

Él inclinó la cabeza.

—Si tuviera sentimientos, tal vez me los habrías herido.

Mientras miraba al Lilin, esa pequeña chispa de esperanza parpadeó, y después se apagó. No habría forma de razonar con él, tal como había dicho Ángel. Tal vez, si hubiera seguido ese enfoque desde el principio, habría tenido tiempo de intentar hacerle cambiar de idea, pero ya no quedaba tiempo suficiente para ello, y era un riesgo demasiado grande intentarlo.

El peso se hundió más sobre mis hombros y mi pecho mientras el Lilin se acercaba más a mí. Me mantuve donde estaba y respiré hondo.

—¿Qué... qué aspecto tienes en realidad?

La sorpresa apareció en la cara que tanto echaba de menos.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No eres Sam. No eres Elijah. Quiero saber qué aspecto tienes en realidad.

Los copos de nieve a nuestro alrededor parecieron calmarse un poco mientras el Lilin me examinaba pensativo, con la fina capa de nieve cubriendo su pelo oscuro.

—¿Qué importa eso?

Quería ver su verdadero rostro, tan solo una vez, pero aquel no era precisamente el argumento más convincente.

—No lo sé. A lo mejor... a lo mejor me ayudaría a comprenderte mejor.

Entrecerró los ojos, y entonces dirigió la mirada hacia el cielo. Soltó un suspiro dramático.

—Eres demasiado humana.

Cuando Roth lo decía, esas palabras estaban bañadas en calidez y amor. Cuando esas mismas palabras salieron de la boca del Lilin, eran un insulto.

Se lanzó de pronto hacia delante y se detuvo a menos de un metro delante de mí, con los ojos de un negro puro.

—¿Quieres ver el aspecto que tengo en realidad? —preguntó—. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí —susurré.

Sonrió, y entonces comenzó a transformarse. Su cuerpo entero tembló, y después

se sacudió con violencia. Quería dar un paso atrás, porque a esas alturas casi esperaba que fuera a explotar, pero fui incapaz de moverme mientras se volvía más bajito y delgado, mientras el pelo castaño daba paso a un cabello tan rubio que casi parecía blanco. Los huesos se partieron y volvieron a soldarse con diferentes longitudes. Sus facciones se contorsionaron hasta que me quedé mirando a unos ojos que eran de un tono pálido de azul, desteñidos de casi todo su color.

Tomé aire con brusquedad, sintiéndome como si estuviera mirándome a un espejo. Una réplica exacta de mí se encontraba allí.

—Soy tú —dijo con mi voz.

—No. —Mi corazón comenzó a palpar con fuerza—. No eres yo.

—Lo soy. Siempre he sido tú. —Una pequeña sonrisa apareció, revelando tan solo un lado de los dientes, y lo único en lo que pude pensar en ese momento fue si ese sería el aspecto que tenía yo cuando sonreía. Dios—. Somos uno y la misma cosa —añadió—. No somos diferentes. ¿Lo comprendes?

Hace unos cuantos meses, una visión como aquella habría dado un buen golpe a mi confianza. Me habría sentido agitada, hasta el punto de no haber sido capaz de recuperarme de ello. Pensar que era parte de algo tan cruel y malvado me habría minado.

Pero ya no era la misma chica que había sido entonces.

—Esto es un truco —dije con voz firme mientras me miraba a mí misma—. ¿Cómo tienes el mismo aspecto que yo? No has...

—Somos parte el uno del otro —respondió, echándose un vistazo a sí mismo. Con una risita baja, se pasó unas manos pequeñas por los costados, y después por la parte delantera, y después hacia arriba.

Hala.

Aquello era perturbador de ver... era yo sobándome por todas partes.

—Tú ayudaste a crearme —continuó. Levantó una mano y comenzó a enredar un mechón de pelo alrededor de su dedo. Una ceja pálida se elevó—. Compartimos la misma sangre.

—Eso es lo único que compartimos, y sé que esta no es tu verdadera forma.

Su sonrisa se volvió evasiva mientras levantaba un hombro.

—Si tú lo dices...

Respiré hondo.

—Eres un cobarde, ¿lo sabías? Ni siquiera eres capaz de mostrarme quién eres en realidad.

—No soy ningún cobarde.

La sonrisa desapareció de su rostro. Imitando sus movimientos anteriores, me encogí de un solo hombro.

—No me extraña que no puedas mostrarme el aspecto que tienes realmente. No te ves a ti mismo con claridad.

Con las mejillas tiñéndose de rojo, los ojos pálidos desaparecieron en una marea

negra, y el Lilin comenzó a cambiar de forma otra vez. En esa ocasión, mi imagen reflejada se estiró como si fuera chicle. Mientras los huesos se partían, el pelo de un rubio helado se acortó hasta llegar a unos hombros más anchos. La criatura dejó de temblar, y lo que quedó enfrente de mí era algo que me resultaba familiar, y al mismo tiempo diferente.

Y supe en lo más hondo que era el Lilin en realidad.

Los ojos eran unos charcos negros, y su tez era pálida. Sus pómulos eran altos como los míos, pero más anchos, y la curva de la mandíbula era más masculina y los labios menos gruesos. El Lilin en su verdadera forma era hombre, una cabeza más alto que yo y un poco más ancho, aunque mucho más delgado que Roth o Zayne. Esa cosa, él, era guapo en un sentido espeluznante, una especie de belleza masculina pero frágil que parecía que fuera a hacerse añicos en cualquier momento.

Se parecía a Lilith.

Se parecía a mí.

Si alguien nos metiera a los tres juntos en una habitación, sería obvio que estábamos emparentados. No fue hasta ese preciso momento, mirándolo fijamente, cuando lo vi de verdad. Aquella criatura... aquella cosa era realmente una parte de mí. Sí que compartíamos la misma sangre. Era mi hermano.

El nudo de antes regresó a mi garganta, y me entraron ganas de llorar. Por estúpido e inútil que sería eso, quería tirarme al suelo frío y nevado para echarme a llorar, porque realmente estaba mirando algo que formaba parte de mí, mi propia carne y hueso retorcidos.

—¿Estás contenta? —preguntó, y su voz era profunda.

Negué con la cabeza, pestañeando para contener las lágrimas. La cara de Roth se formó en mis pensamientos, y deseé con todo mi ser que fuera capaz de perdonarme por aquello.

—No. En absoluto.

La confusión cruzó su rostro, y entonces su expresión se tranquilizó, volviéndose más suave.

—Estoy harto de estas tonterías.

—Yo también.

Llevé la mano detrás de mí y saqué la daga de mi bolsillo trasero. Me moví tan deprisa como fui capaz, más deprisa de lo que lo había hecho jamás, y mi cerebro era una enorme lona blanca mientras me movía. No pensé, no me fijé en la expresión de desconcierto que aparecía en sus facciones.

Pero entonces, en una fracción de segundo, la comprensión retumbó dentro de mí mientras avanzaba hacia el Lilin y le clavaba la daga en el pecho con cada gramo de mi fuerza.

Era valiente.

La impresión se derramó por sus facciones en el mismo momento en que un dolor explotaba en mi pecho. La intensidad era tan fuerte que solté la daga y di una

sacudida hacia atrás. El dolor era como fuego, envolviendo mi pecho y extendiéndose a todos mis miembros. Era muchísimo más poderoso incluso que cuando los Guardianes me habían apuñalado en el estómago, una intensidad definitiva. Una calidez húmeda se derramó por mi pecho. Mi corazón latió, y entonces hubo una aguda sensación de constricción profundamente en mi interior.

Sus ojos negros estaban muy abiertos y sus manos estaban pálidas mientras sujetaba el extremo de la daga.

—¿Qué... qué has hecho?

No le habría respondido aunque hubiera podido.

Porque estaba sucediendo.

La herida de su pecho se iluminó, palpitando con una luz de un tono azulado que parecía venir desde dentro, y esta se extendió con rapidez, como si su piel se hubiera despellejado. La luz explotó en destellos de diferentes colores, rosas y azules pálidos, y amarillos como de mantequilla, y esas luces, casi como si fueran bolitas, salieron disparadas hacia arriba y desaparecieron en el cielo por encima de nosotros.

Me di cuenta de que no se trataba de luces, sino de almas: las almas de todos los que había consumido el Lilin. Sabía en lo más profundo de mi corazón que Elijah se encontraba entre ellas, y también Sam. Me pareció que casi podía sentirlo, que casi podía oír la risa de Sam y notar su mano rozándome la mía.

Era libre.

Lo sabía.

No hubo ningún latido más.

Nuestras piernas se doblaron en el mismo segundo exacto, y entonces nos desplomamos, doblándonos como un trozo de papel. No sentí que el suelo detuviera mi caída. No sentía nada. Lo único que veía, a través de la oscuridad que se arrastraba por mi campo de visión, era que la nieve comenzaba a caer otra vez, y un copo pequeño descendía hasta el suelo.

Y entonces ya no vi nada en absoluto.

Capítulo veintiocho



No recuerdo haber cerrado los ojos, ni siquiera haber pestañeado. Y aun así, de algún modo ya no estaba tumbada sobre el suelo frío de Rock Creek Park, sino de pie, y me encontraba en el parque... pero no durante la noche ni durante el invierno. La luz del sol se derramaba a través de las ramas llenas de hojas, y una brisa cálida jugaba con el pelo alrededor de mi cara.

¿Qué demonios...?

Bajé la mirada hasta el suelo, pero el Lilin no se encontraba allí. La confusión palpitaba en mi interior mientras miraba fijamente el punto vacío delante de mí, y después la parte delantera de mi jersey. Estaba ensangrentada, tal como esperaba, pero no sentía dolor en el pecho. Y aquel era el mismo parque en Washington D. C., pero al mismo tiempo no lo era.

Algo parecía incorrecto. Frágil. Débil. Me acerqué a un árbol y rocé la corteza con las puntas de los dedos. Unos fragmentos se desprendieron, convirtiéndose en cenizas. Aparté la mano de golpe.

—¿Qué has hecho?

Me giré hacia el sonido de la voz que solo había oído una vez anteriormente y no pude reprimir el extraño estremecimiento al verla; al ver a Lilith. Llevaba el mismo vestido blanco apenas existente con el que la había visto por última vez, pero estaba diferente. Sobre todo porque una mancha roja se deslizaba hacia abajo por la parte delantera de su vestido, a juego con la mía.

—¿Cómo... cómo es que estás aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor—. ¿Eres libre?

—¿Libre? —Sus ojos pálidos se ensancharon—. Ya nunca seré libre por culpa tuya... por lo que has hecho. Has matado a mi hijo... ¡me has matado a mí!

Tal vez morir me había vuelto un poco lenta para comprender las cosas, pero lo que había dicho no respondía a mi pregunta.

—No lo comprendo.

—¿Cómo puedes no comprenderlo? —Se dirigió hacia mí, y sus pies desnudos aparecieron por debajo del largo vestido—. Lo has matado, sabiendo que eso significaría tu propia muerte... mi propia muerte.

Vale. No tenía ni idea de que mis acciones la matarían. Nop. Nadie me había explicado eso. Había supuesto que sería como una cucaracha, y sobreviviría a un

ataque nuclear.

—¿Dónde estamos?

Sus labios de un rojo sangre se curvaron hacia arriba.

—En el intermedio.

—¿El qué?

—¿Estás satisfecha contigo misma? —siguió despotricando, ignorando mi pregunta. Sus mejillas quedaron desprovistas de color—. ¿Crees que matarlo a él, matarme a mí, cambiará algo? El mal seguirá siendo el mal. El Infierno no dejará de existir. Los actos oscuros seguirán ocurriendo.

—Pero con esto... con esto se detendrá el apocalipsis —dije pestañeando.

Ella resopló.

—Por un tiempo, pero, niña, ¿sabes cuántas veces el mundo ha estado cerca de acabar arrasado? El fin es inevitable.

Cerré los ojos, sintiéndome atontada de pronto.

—Pero no ocurrirá ahora.

—Nunca me he sentido más decepcionada con lo que he creado —dijo echando humo, y, cuando abrí los ojos, vi que se encontraba justo enfrente de mí, una aparición alta y terrible, pero hermosa—. ¿De verdad hay algo de mi sangre corriendo por tus venas?

—Sí.

Tragué saliva, pero eso no sirvió para calmar las náuseas. Sus ojos, del mismo color que los míos, se pusieron en blanco.

—Lo dudo. Yo habría engendrado algo más inteligente, con más astucia e instintos de supervivencia de verdad.

Di un paso hacia atrás para alejarme de ella, obligándome a llenar los pulmones de aire, pero me sentía como si solo estuviera obteniendo una parte de lo que necesitaba.

—Pensar que he sobrevivido miles de años —continuó—, que he superado tantas cosas, para acabar asesinada por la mano de mi propia hija. —Resopló—. Y de una forma tan cobarde. Pero mi hijo... él me honraba. Él me adoraba, tal como debía hacer, pero tú acabaste con él. Tú no eres hija mía.

—Soy tu hija —dije con los dientes apretados, concentrándome en ella—. La hija a la que abandonaste al nacer. ¿Qué demonios esperabas de mí?

—¿Lealtad? —replicó.

La miré fijamente, con ganas de reírme en su cara, pero sentía los labios extraños. Entumecidos. Fríos.

—Me abandonaste con el hombre que quería matarme.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? Es evidente que no.

Negué con la cabeza, pero de inmediato me arrepentí de hacerlo. El mundo giró un poco.

—Tenía que detener al Lilin. La vida de demasiada gente estaba en peligro. A lo

mejor a ti no te importa eso, a lo mejor jamás te ha importado nada de eso, pero ahí es donde somos diferentes.

Con las piernas débiles, me apoyé en el árbol, pero en el momento en que mi peso tocó el tronco, este cedió.

Tambaleándome hacia un lado, observé al gran roble cediendo sobre sí mismo, haciéndose pedazos en trozos que se desintegraban en copos. Se derrumbó sin producir sonido. En un momento el árbol era una parte sólida de aquel mundo, y en el siguiente había desaparecido.

—¿Qué está... ocurriendo?

Miré con los ojos muy abiertos hacia Lilith.

Ella apretó los labios mientras me observaba con la barbilla levantada.

—Estás muriendo. Eso es lo que está ocurriendo.

—¿No estoy muerta ahora?

—Sí y no. Tu cuerpo ya se enfriado, ¿verdad? Pero no estás muerta del todo. Todavía no, pero lo estarás pronto. —Agitó las manos e hizo un gesto en dirección a los árboles—. Como te he dicho, estás en el lugar intermedio. Cuando entraste, el lazo entre nosotras me trajo hasta aquí. Cuando tú mueras, yo también lo haré. Crearte fue un riesgo que corrí. Estábamos unidas, y tú estabas destinada a la grandeza. Pensaba que serías como yo.

Ahora algunas de las cosas que había dicho Ángel tenían sentido, sobre el peligro que Lilith había creado para sí misma al crearme a mí... de forma natural. Pero ¿dónde se encontraba el Lilin? ¿Por qué no estaba allí con nosotras?

Entonces se me ocurrió algo mientras miraba fijamente a mi madre. Yo tenía un alma. Ella también la tenía. Pero el Lilin no. Cuando murió, dejó de existir. Pero nosotras no.

Suponía que nada de eso importaba ya en realidad.

—El destino es una chorrada —dije, con las manos heladas mientras las curvaba contra mi palma. No podía sentir las—. Nadie está destinado a nada. Controlamos nuestro propio sino.

—Evidentemente —murmuró ella, poniendo los ojos en blanco otra vez—. Pero ahora mírate a ti, el camino que has escogido. ¿Qué sabes tú de la vida? Tu existencia entera no tenía sentido.

Detrás de ella, otro árbol cedió, derrumbándose sobre sí mismo y desmoronándose en una nube de polvo, y después otro, y otro más.

—No es cierto. —Mis piernas temblaban, y no estaba segura de cuánto tiempo más sería capaz de seguir en pie—. Conozco la amistad. Conozco el... el amor. Tú no conoces ninguna de esas cosas.

Lilith hizo una mueca y, durante un largo momento, permaneció en silencio.

—Eso no es cierto. Sí que conocí el amor, el más puro de todos.

—¿De verdad? —susurré. El sol se había puesto ya; el cielo era de un tono moteado de violeta, y la hierba de un marrón tostado.

—Sí. —Su voz era baja, lejana, y entonces me di cuenta de que ya no me encontraba de pie. Me hallaba sobre el suelo, aunque no estaba segura de que estuviera allí en realidad. Sabía que estaba cayendo lejos de allí, y esa vez de verdad, hacia la nada, y mis ojos acabaron cerrándose. Lo último que oí fue—: Cuando te tuve en mis brazos y tú me miraste, apenas unos minutos después de nacer, conocí el amor más puro de todos.

Capítulo veintinueve



Cuando abrí los ojos otra vez, parecía que solo habían transcurrido unos momentos, y me sentía desorientada, como si hubiera caído por alguna madriguera de conejos. Tardé unos cuantos segundos en darme cuenta de que estaba mirando unas ramas cubiertas de nieve.

La vista era verdaderamente... hermosa.

Unos pequeños carámbanos se habían formado en los extremos de las ramas, y la nieve relucía bajo la luz del sol como un millar de diamantes blancos. ¿Aquello era el Cielo? No creía que hubiera nieve en el Infierno, ni que sería tan bonito. Claro que Roth me había dicho que las cosas siempre eran bonitas al principio, y yo misma había visto lo que quería decir. Un dolor me atravesó el pecho, tan real como la hoja que había utilizado para matar al Lilin. Roth. Dios. Me dolía pensar en él y en lo que debía de estar pasando.

Mis dedos estaban fríos.

Y los de los pies, también.

Espera. ¿Tenía los pies desnudos? Bajé la mirada por mi cuerpo y pude ver las puntas de mis pies. La pintura de uñas azul estaba descascarillada, y si estaba muerta y en el Cielo, pensé que al menos mis uñas podrían tener aspecto de haberme hecho una pedicura reciente.

Salvo porque todo mi cuerpo estaba frío, demasiado frío. Exhalé, y una nube brumosa apareció frente a mis labios. Así que estaba respirando y tenía frío, de modo que iba a seguir con la lógica y plantearme la idea de que tal vez no estuviera muerta, muerta.

Sentarme fue un esfuerzo. Las ramas que me rodeaban bailaron un poco mientras el mareo me cubría. La nieve se aferraba a mi pelo, a mis pestañas. El jersey que llevaba puesto era el mismo que recordaba, manchado con mi sangre. Con cuidado, bajé el brazo y tiré del dobladillo. Tomé una bocanada de aire con aspereza.

No había ninguna herida.

Levanté la mirada y dejé que el jersey volviera a quedar en su sitio mientras miraba a mi alrededor. El corazón me dio un salto en el pecho, y entonces lo comprendí. Me puse en pie dando traspiés, balanceándome sin equilibrio. Me encontraba en la plataforma de observación de la casa del árbol cerca del edificio de los Guardianes. Una lluvia de recuerdos cayó sobre mí. Escapar a la casa del árbol

cuando era niña y me sentía sola, y las horas infinitas de Zayne tumbado junto a mí, hombro con hombro mientras contábamos estrellas. Pero ¿cómo demonios había acabado ahí arriba?

Entonces me tiré del cuello del jersey y vi el tatuaje de *Robin*. Estaba enroscado alrededor de mi hombro, y su cola se crispó mientras lo examinaba. Él también estaba ahí, pero no lo llevaba encima cuando me marché de la casa de Roth. ¿Es que me había encontrado?

Me disponía a saltar de la plataforma, pero me lo pensé dos veces. Las piernas me temblaban mientras cruzaba la plataforma y me metía dentro de la casa. El descenso por el árbol fue lento, y la nieve cedió bajo mis pies cuando llegué al suelo.

Siguiendo el camino que había recorrido tantas veces como para poder hacerlo a ciegas, me abrí paso con lentitud hacia la casa. Cada vez que mis rodillas comenzaban a temblar demasiado, me detenía durante un par de minutos. La debilidad invadía cada célula de mi cuerpo. Era como me imaginaba que sería tener mononucleosis. Lo único que quería hacer era tumbarme y echarme una siesta, y después una siesta todavía más larga. Pero tenía que seguir caminando, porque no... no sabía si estaba viva de verdad o si se trataba de alguna clase de extraño más allá o algo así.

Cuando apareció el muro medio desmoronado, casi me caí de rodillas. Mientras levantaba la mirada y veía la mansión, apenas pude recobrar el aliento. El detalle, hasta con la cuneta rota cerca de las puertas delanteras, era demasiado preciso como para no ser real.

El pavimento estaba helado bajo mis pies mientras me obligaba a cruzar la rotonda. Cuando llegué a la cuneta la puerta delantera se abrió de golpe.

Nicolai se encontraba allí, y su hermoso rostro estaba pálido mientras me miraba desde la parte superior de los escalones.

—¿Layla?

Notaba la garganta espesa.

—¿Hola?

No se movió; tan solo parecía capaz de mirarme fijamente, y había muchas posibilidades de que fuera a caerme de cara sobre los escalones. Una brisa helada sopló por la entrada, agitando los mechones oscuros de su pelo y azotándolos contra su cara.

Entonces, se movió.

Me tensé y retrocedí cuando bajó los anchos escalones de tres en tres. En cuestión de un latido, apareció enfrente de mí y me aferró los hombros. Sus vibrantes ojos azules estaban muy abiertos.

—Pensábamos que habías muerto —dijo con voz ronca.

—¿No lo estoy?

Negó con la cabeza.

—No, pequeña. Si estás aquí delante, no lo estás.

La confusión me inundó.

—Esa es una... buena noticia.

Nicolai soltó una risa ahogada, y mi mirada se dirigió por encima de su hombro. Vi a Geoff en el umbral de la puerta, y Danika ya había bajado la mitad de los escalones, formando una «O» perfecta con la boca.

Volví a dirigir la mirada hacia él.

—No sé qué ha pasado.

Él asintió con la cabeza y después se movió a un lado para quedar junto a mí, y me rodeó los hombros con el brazo.

—Vayamos dentro a ver si lo averiguamos.

No discutí con él mientras me conducía por los escalones y hasta la bendita calidez de la casa. Todo parecía estar igual que la última vez que había entrado allí, justo después de que Abbot muriera, salvo porque parecía que hubieran pasado años desde que había cruzado el umbral.

Nicolai me guio hasta el salón, el mismo donde me había sentado tantísimas veces. Me dejó sobre el sofá.

—Voy a por Jasmine.

Quería decirle que me encontraba bien, pero desapareció antes de que pudiera abrir la boca, y entonces llegó Danika y me puso una gruesa manta sobre los hombros. Me aferré a sus bordes con los dedos entumecidos.

—Gracias.

Ella se arrodilló delante de mí, negando con la cabeza. Abrió la boca, pero entonces se levantó con rapidez y retrocedió. Sin tener que levantar la mirada, supe por qué se había apartado.

Zayne se encontraba allí, de rodillas delante de mí. Compartía la misma expresión anonadada que tenían Nicolai y el resto de los Guardianes. Su boca se movió, pero no hubo palabras.

—¿Hola? —grazné otra vez, demostrando de nuevo que era la persona más triste del mundo en lo relativo a hablar en general.

—¿Cómo es que estás aquí?

Me agarró las rodillas, y sus manos me apretaron mientras se inclinaba hacia delante. El fresco aroma a menta me rodeaba, pero no me llenaba de anhelo como antes. No, ahora era como estar envuelta en una manta de familiaridad. Era agridulce, todavía poderosa, pero en realidad ya no era la fuente de mis deseos.

—No lo sabe —respondió Nicolai desde el umbral de la puerta.

Levanté la mirada y vi que no estaba solo. Dez se encontraba ahí, y Jasmine estaba pasando junto a ellos para dirigirse directamente a nosotros.

—¿Has...? —preguntó Zayne, sin apartar los ojos de mí.

Al principio pensé que estaba hablando conmigo, pero fue Dez quien respondió.

—Sí. Hace unos pocos segundos.

Antes de que pudiera preguntarles de qué estaban hablando, Zayne dijo:

—Layla, ¿qué ha pasado?

Me aclaré la garganta, suponiendo que era el momento de que hilara de verdad más de unas pocas palabras.

—No lo sé. Me encontré con el Lilin, y entonces...

—Lo mataste —terminó por mí, tensando su expresión—. Te mataste a ti misma, Layla.

—Tenía que hacerlo, Zayne. Era la única forma, pero ahora no estoy segura de haber tenido éxito. —Lancé una ojeada a Jasmine mientras se sentaba junto a mí, en el sofá—. De verdad, creo que estoy bien.

Ella me dirigió una cálida sonrisa.

—Solo quiero asegurarme, ¿de acuerdo?

—Tienes la parte delantera del jersey cubierta de sangre —argumentó Zayne—. Déjale que te mire, por favor.

Exhalando con lentitud, asentí con la cabeza y dejé que Jasmine me echara un vistazo mientras Zayne se ponía en pie con rigidez. Pareció inclinarse hacia mí al principio, pero después se alejó. Había un peso sobre sus hombros que no había estado ahí antes mientras se erguía por encima de nosotros. Me pregunté si sería porque él se encargaría del clan en unos pocos años o por lo que había pasado con nosotros.

—Mataste al Lilin —dijo Zayne después de un momento—. Los Alfas nos dijeron que estaba muerto. Se retiraron... ya no amenazaban con eliminarnos a todos. Así es como supimos que algo había pasado... que algo tenía que haberte pasado.

Jasmine me colocó bien la manta alrededor de los hombros mientras terminaba de examinarme.

—Está bien —le dijo a Zayne—. Por lo que puedo ver. No hay heridas.

Zayne levantó la mano y se rascó el pelo.

—Cuando Roth apareció, lo supimos. —Su voz sonaba áspera, y el corazón se me encogió, como si alguien lo hubiera metido en un exprimidor—. Dijo que te marchaste en mitad de la noche sin él. Ni... ni siquiera sé por qué vino aquí, qué pensaba que podíamos hacer por él. Dijo que uno de sus contactos había confirmado que tú... que tú lo habías hecho. Roth estaba... —Sus cejas se unieron mientras apartaba la mirada—. Hicimos un funeral por ti, Layla.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Que hicisteis qué?

—Habías desaparecido. No había ningún cuerpo. —Nicolai frunció el ceño desde el umbral de la puerta, y de pronto me entraron ganas de vomitar, porque estaba hablando de mi propio cuerpo—. Pero sabíamos que habías muerto y... teníamos que hacerte ese rito, después de lo que habías sacrificado.

Por Dios, no tenía ni idea de qué pensar al respecto. ¡Me había perdido mi propio funeral! Bueno, si hubiera estado muerta, muerta, me habría perdido mi funeral de todos modos.

—Eso me parece un poco rápido —dije al fin.

Zayne avanzó hacia mí, con expresión severa.

—Layla, no ha sido rápido. Has estado seis días desaparecida, y el funeral fue hace dos.

—¿Seis días? —Mis ojos se ensancharon—. No pueden haber sido seis días. Fue la noche pasada... —Perdí el hilo de mis palabras, recordando lo que Roth había dicho sobre que el tiempo transcurría de forma diferente allí abajo. Esa desconexión había ocurrido cuando bajé a ver a Ángel, aunque esta vez no creía que hubiera ido al Infierno. Tenía la sensación de que había estado en algo más parecido a una especie de sala de espera. El tiempo también debía de moverse más lento allí. Negué con la cabeza, y el pelo frío y húmedo se me pegó a las mejillas—. Pensaba que había muerto. Estaba en ese sitio, y vi...

Una conmoción se elevó desde el pasillo, cortando mis palabras. Alcé la mirada mientras Jasmine se levantaba del sofá. Una ráfaga de cálidos cosquilleos recorrió mi nuca. Entonces Nicolai se giró y vi a Dez hacerse un lado y salir de la habitación.

—Es él —dijo con suavidad.

Me puse en pie antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, y la manta cayó deslizándose de mis hombros. Mis sentidos empezaron a quedar conectados, disparándose todos al mismo tiempo. Unos escalofríos subieron y bajaron por mi columna a toda velocidad. Mi corazón tartamudeó, y después se saltó un latido mientras una forma alta dividía a los Guardianes que había en la puerta. Un desordenado pelo color cuervo caía hacia delante, sobre unos ojos ocre con profundas ojeras debajo.

Llevaba una camiseta negra arrugada. Parecía como si hubiera dormido con ella durante días, al igual que con los vaqueros oscuros. Los cordones de sus botas estaban desatados. Estaba hecho un desastre, cada centímetro de él, pero seguía siendo la cosa más impresionante que había visto jamás.

Roth entró a zancadas en la habitación y se detuvo a medio camino. Sus labios gruesos se separaron, y capté un vistazo de la luz reflejándose en la bolita de metal. Nuestras miradas conectaron, y fue como si el mundo a nuestro alrededor simplemente se desvaneciera. Tan solo estábamos él y yo, y no recuerdo moverme, y tampoco lo vi moverse a él, pero en cuestión de un latido me encontraba frente a él, mirándolo.

—¿Layla?

Su voz se rompió a mitad de mi nombre. Estiró los brazos y me puso las manos temblorosas sobre las mejillas. Una descarga saltó desde su piel hasta la mía.

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras inhalaba profundamente. Ese aroma dulce y oscuro suyo se asentó sobre mí. En ese momento, no tuve ninguna duda de que estaba viva y de que aquello no era ninguna extraña alucinación.

—Estoy aquí —susurré mientras las lágrimas quedaban libres—. Estoy aquí de verdad.

Las manos de Roth se apartaron de mis mejillas, y entonces sus brazos me rodearon. Me llevó contra su pecho, haciéndome ponerme de puntillas mientras enterraba la cara en la curva de mi cuello. Se tambaleó hacia atrás un paso, y supuse que sus piernas habían cedido, porque lo siguiente que supe fue que había caído de culo y yo estaba a horcajadas sobre su regazo, con las rodillas a cada lado de sus caderas.

Su cuerpo entero temblaba mientras yo lo rodeaba con los brazos, abrazándolo con tanta fiereza como él lo hacía. Estábamos tan cerca que podía sentir su corazón latiendo con fuerza, y su pecho subiendo y bajando con rapidez. Las lágrimas bajaron por mis mejillas, descontroladas, y no tenía ni idea de cuánto tiempo permanecimos sentados así, aferrándonos el uno al otro mientras Roth se balanceaba ligeramente de atrás hacia delante. No podía estar lo bastante cerca. Quería enterrarme en él, porque nunca... nunca pensé que iba a volver a sentir aquello; sus brazos a mi alrededor, o su calidez, o su aroma único. Solo una pequeña parte de mí había tenido la esperanza de que, de algún modo, alguien le dejara verme después de que yo muriera, pero tampoco había estado segura. Me había marchado para enfrentarme al Lilin, sin esperar volver a experimentar aquello.

Una emoción cruda se expandió en mi interior, y casi era demasiado, pero de una forma extraña, tampoco era suficiente.

Roth se apartó hacia atrás y levantó la cabeza. Había un brillo en sus ojos ambarinos, una cualidad vítrea que me rompía el corazón. Nunca había visto llorar a un demonio, ni siquiera sabía que fuera posible, pero me equivocaba. Entonces mi mejilla quedó presionada contra su hombro otra vez, y me estaba apretando tan fuerte que había muchas posibilidades de que fuera a convertirme en un juguete chillón, pero valdría la pena. No había palabras entre nosotros. No necesitábamos pronunciar ninguna. Cada acción estaba inundada por lo que sentíamos el uno por el otro.

Una de sus manos ascendió por la línea de mi columna y jugueteó con mi pelo en la nuca. Llevó mi boca hasta la suya, y entonces me besó. No hubo nada de suavidad en el beso. Sabía a desesperación y a alegría, a dolor y a alivio, y al brillante redescubrimiento de un mañana que una vez nos habían arrebatado.

El beso era el acto de alguien que pensaba que nunca volvería a tener la oportunidad de experimentarlo otra vez. Noté el sabor de la sangre, y no estaba segura de si era suya o mía, pero no importaba. Nuestras lágrimas se mezclaron y nuestras manos se aferraron a las del otro. Estaba muy cálido, y yo estaba allí, con él.

Roth presionó la frente contra la mía, y mis manos temblaban mientras las apretaba contra sus mejillas húmedas. No se había afeitado, y una pelusa áspera me hizo cosquillas en las palmas.

—Te quiero —dijo, y después habló en un idioma que yo no comprendía antes de volver a cambiar—. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Capítulo treinta



Horas después, nos encontrábamos en la cama, con los brazos y las piernas enredados mientras la noche caía y la nieve continuaba cubriendo el suelo.

El viaje de vuelta a la supermansión había sido como un borrón. Los Guardianes nos habían dejado casi de inmediato, lo cual resultaba impactante. Estaba claro que las cosas habían cambiado si ahora estaban dispuestos a dejar a un demonio y a, bueno, lo que quiera que fuera yo, solos en su santuario, incluso aunque se quedaran haciendo guardia en el exterior del salón.

Nadie nos detuvo cuando nos marchamos, y no había visto a Zayne. Solo Nicolai y Dez se habían dejado ver cuando salimos de la habitación. No me encontraba en forma como para volar por los amigables cielos, así que le pedimos a Cayman que fuera a recogernos.

Se emocionó mucho ante la idea de hacer de chófer.

Me encontraba tumbada de costado, con la parte delantera de mi cuerpo presionada contra la de Roth. Estaba enroscada a su alrededor, y su mano subía y bajaba por mi columna, deslizándose en una caricia continua y suave. Desde el momento en que había entrado en el salón del edificio de los Guardianes, no había habido ni un segundo en el que no nos tocáramos.

Y tan solo había pasado un puñado de segundos entre el momento en que habíamos entrado en la habitación y cuando nuestra ropa acabó en una pila olvidada sobre el suelo. Una vez más, hubo pocas palabras entre nosotros, pero lo que sentíamos el uno por el otro lo expresábamos con cada roce de nuestros dedos, cada caricia de nuestros labios, y en la forma de movernos el uno contra el otro.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado después de que nuestros corazones se ralentizaran y la fina capa de sudor se enfriara sobre nuestra piel.

Las puntas de sus dedos seguían la línea de mi columna.

—Fui al Infierno para buscarte.

Levanté la barbilla, mirándolo desde el lugar donde estaba acurrucada contra su pecho.

—¿De verdad? Roth, eso ha sido muy peligroso. Podrían haberte atrapado allí.

Bajó la mirada hacia mí, con las cejas oscuras levantadas.

—Pensé que estabas muerta. La última cosa que me preocupaba era que el Jefe me mandara a los fosos de una patada en el culo. Y resulta que fui tan patético que el

Jefe sintió lástima de mí, y me sacó del Infierno de una patada en el culo tras decirme que no estabas allí.

Apoyé la mano encima de su corazón, y lo sentí latir con fuerza antes de hablar.

—Aun así, fue peligroso.

—Estaba... estaba desesperado. —Su mano hizo otro viaje ascendente por mi espalda—. Nunca me había sentido así. Es decir, cuando ese Guardián gilipollas te apuñaló, sentí miedo, lo experimenté por primera vez cuando estuviste en mis brazos y pensé que tal vez murieras, pero aquello era mucho más fuerte. Era diferente. Cuando desperté esa noche y tú no estabas, supe... simplemente supe lo que habías hecho, y ni siquiera estaba enfadado contigo por ello. Al principio estaba demasiado acojonado como para sentir furia. —Eché la barbilla hacia atrás para mirar el techo mientras tragaba saliva con fuerza—. El Infierno envió alguna clase de misiva. Como un maldito mensaje de texto, diciendo que el Lilin estaba muerto... de hecho, fue un mensaje de texto. Un mensaje grupal a todos los demonios de la superficie. Lo vi en mi móvil cuando salí de la cama.

Por alguna razón horrible, sentí la necesidad de reír. El Infierno mandaba mensajes de texto... ¿y encima mensajes grupales? Más o menos encajaba, ya que no había nada peor que recibir un mensaje grupal... es un poco como que te secuestren. Pero no había nada de gracioso en lo que Roth me estaba contando.

—En el momento en que leí el mensaje, te juro que mi corazón se paró. Salí de la habitación y encontré a Cayman abajo. La expresión de su cara me lo confirmó. Tú habías muerto, y yo no... no podía aceptarlo. Fue entonces cuando fui al Infierno, pero no estabas allí, así que pensé... que habrías ido allí arriba. Y eso tenía sentido. Que sin importar la sangre que corriera por tus venas, acabarías allí arriba. —Su mano se detuvo a mitad de camino mientras bajaba por mi espalda—. Pero allí arriba estarías totalmente fuera de mi alcance. Para siempre.

El corazón se me rompió cuando su voz se rompió.

—Soy un demonio, Layla —continuó—. Un capullo egoísta. Incluso aunque pensaba que habías ascendido a un lugar así, jamás podría llegar hasta allí. Nunca jamás. Quería sentirme feliz por ello, pero no podía. No podía soportarlo. Estos seis días que has estado desaparecida, yo... —Se aclaró la garganta mientras bajaba la barbilla. Sus ojos estaban abiertos, y había un brillo doloroso que incrementaba el color ambarino—. No sentía nada, salvo furia y dolor. No era justo. No para nosotros. No era justo, y cuando la furia al fin se disipó, me sentía muerto por dentro, Layla. Esa es la maldita verdad. Estaba muerto por dentro.

Las lágrimas me cegaron.

—Lo siento. Yo te hice eso, y lo siento muchísimo...

Roth se movió y de pronto quedamos los dos de costado, de cara al otro y a la altura de los ojos. La mano sobre mi espalda acabó sobre mi cuello.

—Hay una enorme parte de mí que quiere estrangularte... estrangularte al estilo de la vieja escuela, pero con amor. —Mis cejas se elevaron—. Hay una enorme parte

de mí que quiere ponerse furiosa contigo por tomar la elección que tomaste. Hay una gigantesca parte de mí que quiere zarandarte hasta que comprendas que tomaste una decisión que me rompió. —Su mano se tensó sobre mi nuca—. Me rompiste, Layla.

La emoción obstruía mi garganta.

—No... no tenía elección.

Unos ojos brillantes se clavaron en los míos.

—¿Y sabes qué? Esa era la parte que más me mataba. No tenías elección. Lo comprendo. Lo comprendía entonces, y había una parte de mí que lo comprendió en el momento en que hablamos con el vidente, pero yo no quería aceptarlo. A lo mejor si lo hubiera hecho podríamos habernos enfrentado a esto juntos. Para que tú... para que tú no hubieras tenido que hacerlo sola.

—No —susurré, poniendo la mano sobre su mejilla—. No había nada que pudieras hacer. No tienes la culpa de nada.

Su mirada examinó la mía, como si estuviera buscando un atisbo de insinceridad, y cuando no lo vio, sus ojos se cerraron.

—La cosa, Layla, es que aunque hay partes de mí que se sienten así, no afecta en nada a la euforia de abrazarte entre mis brazos, la emoción que siento al notar el latido de tu corazón y escuchar cada aliento que tomas. Eso es lo que más importa.

Roth me estaba perdonando. No había ninguna duda de que quería culparme, pero comprendía por qué había tenido que hacer lo que había hecho, y lo estaba dejando correr. Nunca había dejado de impresionarme con sus tendencias tan poco demoníacas. Una vez había dicho que la gente con el alma más pura podía ser capaz del mal más grande, y sabía que funcionaba en ambos sentidos, sobre todo en lo relativo a él. Tal vez yo no fuera capaz de ver un alma a su alrededor, y todo el mundo diría que no la tenía, pero en su esencia era mejor que la mayoría de los humanos y Guardianes que conocía.

Sus pestañas se elevaron mientras apartaba los dedos de mi pelo y seguía la curva de mi mandíbula hasta mi boca. Recorrió mi labio inferior con el pulgar.

—Ojalá no hubieras tenido que estar sola. Debiste de estar muy asustada.

Me había sentido aterrorizada, pero no creía que él necesitara saberlo.

—No podrías haber estado allí conmigo —le dije en voz baja—. Jamás hubieras permitido que ocurriera.

—Cierto —admitió—. ¿Qué...? ¿Cómo ocurrió?

Examiné su rostro.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Sí que quiero.

Respiré hondo y moví la mano hasta su pecho desnudo.

—En cuanto me marché de aquí, el Lilin me encontró. Supongo que sabía que con el tiempo acabaría acudiendo a él, pero para unirme a él... Y sí, es un él de verdad. Le pedí que me mostrara quién era en realidad. Al principio, se transformó en mí. Como si estuviera mirándome a un espejo.

—Tú no te pareces nada a esa cosa —dijo Roth entre dientes.

Mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Lo sé. Finalmente se mostró a sí mismo. Se parecía un poco a mí, si yo fuera un tío. Fue extraño. O tal vez no, dado que en realidad era algo así como mi hermano. Tengo una familia bastante desastrosa.

Él resopló.

—Enana, esa es una cosa que puedo entender.

Arqueé una ceja.

—Lo apuñalé en el corazón, y él no lo vio venir. —En ese punto, dejé fuera los detalles sangrientos que rodeaban toda la parte de morirme—. Acabé en ese lugar extraño e intermedio. Vi... vi a mi madre otra vez.

El aturdimiento salpicó su impresionante rostro.

—¿Qué?

—En realidad no era ella; más bien su espíritu. Los tres estábamos conectados... estamos conectados. Cuando el Lilin murió y yo estaba muriendo, fue capaz de acudir a mí. —Hice una pausa y fruncí el ceño—. Fue un poco zorra conmigo. Otra vez.

Roth soltó una risa sorprendida.

—Yo podría haberte dicho eso.

Lo miré entrecerrando los ojos, pero le conté lo que Lilith me había dicho.

—Me habló durante un rato, y después el mundo comenzó a desmoronarse a mi alrededor. Me pareció oírle decir que me había querido cuando me había tomado en brazos por primera vez cuando era un bebé, pero no estoy segura. En realidad, eso no encaja con todo lo demás que me dijo. En fin, me contó que me estaba muriendo, y me pareció... me pareció que pestañeaba, y entonces estaba en la casa del árbol. No parecía que hubieran pasado días; tal vez minutos, o una hora como mucho. No creía que fuera a obtener esto... una segunda oportunidad. Todavía no estoy segura de cómo ha ocurrido.

El pánico parpadeó en su rostro, y resonó dentro de mí. Su voz sonaba baja cuando habló.

—Pensaba que nunca volvería a verte otra vez. Que me pasaría una eternidad anhelándote... llorándote. Podría haberlo soportado si hubiera sabido que estabas viva y feliz. Habría sido difícil. Probablemente me habría pasado mucho tiempo golpeándome la cabeza contra una pared si hubieras acabado con el Rocosó. —Hizo una pausa—. Y probablemente también habría sido un acosador chungo, manteniéndote vigilada. Es decir, soy un demonio. ¿Qué otra cosa podría esperar nadie? Pero, por difícil que eso hubiera sido para mí, podría haberlo soportado porque habría sabido que estabas viva.

Giré la cabeza y le besé la palma.

—Esto no es un sueño o una alucinación, ¿verdad?

—No lo creo, pero, si ese es el caso, no quiero despertar. —Su nariz rozó la mía mientras hablaba—. Podría pasarme una eternidad así.

Me mordí el labio, sabiendo que todavía quedaba mucho más por decir.

—Fue muy difícil abandonar tu cama... abandonarte a ti. Quiero que lo sepas. No lo hice a la ligera. Fue doloroso, Roth, lo más difícil que he tenido que hacer jamás. Tan solo podía esperar que algún día me perdonaras y encontraras alguna clase de paz, porque tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo...

—Debías... salvar el mundo —dijo con suavidad—. Y lo hiciste. Mírate, una pequeña heroína, salvando a la humanidad del apocalipsis.

—Supongo que sí. —Resultaba extraño pensar en ello, creerlo. Sentía como si alguien me debiera un suministro vitalicio de masa de galletas de azúcar, mi comida favorita—. Va a sonar horrible admitir esto, pero cuando... bueno, después de que todo pasara y me quedara ahí tumbada, pensé que salvar el mundo en realidad no valía la pena, porque yo...

—Entiendo lo que dices. Ni siquiera tienes que terminar esa frase, y no, eso no te convierte en una persona horrible. Si yo me hubiera salido con la mía, estaríamos holgazaneando en alguna isla lejana mientras el mundo a nuestro alrededor se iba a la mierda.

—No, no te hubieras marchado.

Elevó una sola ceja oscura.

—Me das demasiado crédito, Layla. Eso es exactamente lo que estaba planeando. Prácticamente iba a secuestrarte y alejarte de aquí. Suponía que podríamos sobrevivir, incluso contra los Alfas, mientras bebíamos mojitos y nos poníamos morenos. Al menos podríamos intentarlo, y estaba dispuesto a ver arder el mundo si eso significaba estar allí contigo. No te habría sacrificado. Mi... compasión hacia los demás, con la excepción de ti, no es tan profunda.

Estaba siendo honesto, y era un demonio, así que en realidad no podía culparlo por aquello.

—Entonces, ¿eso fue todo con Lilith? —preguntó, acariciando mi mejilla con el pulgar. Cuando asentí con la cabeza, él frunció el ceño—. No lo entiendo. ¿Cómo es que has vuelto aquí?

—¿Te refieres a cómo estoy viva?

Sus labios se fruncieron.

—Estaba intentando evitar decir eso, para no sonar desagradecido.

—No sé cómo, Roth. Me preguntaba si habrías hecho algo. ¿Algún otro trato, quizás?

—Lo intenté. Acudí a los brujos, pero me dijeron que no había nada que pudieran hacer —explicó—. Sí que pude ver a *Bambi*. Bueno, *Bambi* se separó de esa mujer en el momento en que aparecí. Fue... Necesitaba verla. —Respiró hondo—. Yo no he hecho esto, Layla. Confía en mí. Si pudiera alardear de haberte salvado, no dejaría de hacerlo, pero esto... yo no he tenido nada que ver con esto.

—Entonces, ¿quién? —susurré.

Negó ligeramente con la cabeza.

—No lo sé. Ha tenido que ser algún ser superior. ¿Tal vez los Alfas?

Me reí con un resoplido. Algo nada atractivo, pero no pude evitarlo.

—Lo dudo, porque me odian. Lo más seguro es que celebraran una fiesta con *pizza* en las nubes al descubrir que había muerto.

—¿Una fiesta con *pizza*? —murmuró, y la comisura de sus labios se elevó ligeramente—. Más bien un botellón.

—Gracias.

Esa ligera sonrisa creció un poco más mientras elevaba la mirada hasta la mía.

—¿Sabes qué? Eso no importa. Estás aquí, y eso es todo lo que me importa a mí.

No estaba segura de si importaba quién me había salvado, pero había una parte de mí que se preocupaba de todos modos, porque ¿y si alguna criatura aleatoria acudía a por su pago, como habían hecho los brujos? No me gustaba la idea de que en algún momento apareciera para exigir el pago.

Salvo que hubiera sido Castiel, porque, si eso era lo que había pasado, me parecía perfecto que me hubiera elevado de la perdición.

Roth guió mi cabeza hacia atrás y me besó, tomándose su tiempo de una forma que hizo que se me enroscaran los dedos de los pies.

—Ahora mismo lo único en lo que quiero pensar es en el hecho de que estás aquí. Eso es todo en lo que puedo concentrarme. —Atrapó mi labio inferior con un mordisquito rápido y delicioso—. Si alguien o algo viene algún día en busca de su pago, nos enfrentaremos a ello juntos.

Contoneándome de modo que nuestros cuerpos quedaran presionados, enterré la cara contra su pecho.

—Juntos —susurré.

—Juntos —repitió él—. Jamás tendrás que volver a enfrentarte sola a nada como eso. Pase lo que pase. Voy a pegarme con cola a tu cadera si hace falta.

Por primera vez desde que había despertado en la casa del árbol, una tensión aguda abandonó mis músculos, y entonces sonreí. Incluso durante la hermosa y calurosa bienvenida que me había dado Roth, en realidad no había sonreído. Había hecho muchas otras cosas, pero por el momento, mientras me besaba en la cabeza, lo único que pude hacer fue sonreír con fuerza.

Sin importar lo que pasara, nos enfrentaríamos juntos a cualquier cosa que se interpusiera en nuestro camino.

Roth me colocó boca arriba. Se elevó por encima de mí, con el peso apoyado en sus poderosos brazos, y me dirigió esa sonrisa lateral que solía enfurecerme hasta el infinito. Pero ahora era como un vistazo al Roth del que me había enamorado; el Roth por el que iba a hacer absolutamente todo lo que pudiera para pasar una eternidad con él.

Capítulo treinta y uno

—Y bueno... ¿qué es lo que se siente al morir y volver a la vida?

Negué con la cabeza mientras miraba el teléfono con el ceño fruncido.

—Ya me has hecho esa pregunta como tres veces.

El resoplido de Stacey reverberó por todo el cuarto de baño.

—Te lo pregunto todos los días que hablo contigo solo para asegurarme de que nada haya cambiado y no vayas a convertirte en un zombi. No quiero tener que ponerme en plan Rick Grimes contigo.

Poniendo los ojos en blanco, me recogí el pelo en un moño sobre la cabeza y después le puse como cien pasadores para mantenerlo en su sitio.

—Eso no va a pasar, y sería un caminante, no un zombi.

—Cuestión de semántica —replicó ella—. ¿Voy a verte hoy?

Asentí con la cabeza y después me di cuenta, como una idiota, de que no podía verme.

—Sí, creo que Roth y yo teníamos pensado pasarnos esta tarde. Mencionó algo sobre ir a por unas patatas con queso.

Stacey y su madre, junto con su hermanito pequeño, todavía estaban en la casa de la hermana de su madre. Esperaban estar en un nuevo hogar para la primavera, pero la casa de su tía estaba tan bien como la supermansión que había adquirido Cayman.

—¿Te he dicho últimamente lo bien que me cae Roth y cuánto me gustan todas sus buenas ideas? —preguntó.

Riendo, tomé mi jersey de encima de la repisa.

—Te cae bien porque te trae comida.

—Me caería todavía mejor si actuara como un demonio de verdad y convirtiera a mi hermano en una rana o algo por el estilo —murmuró ella.

Mientras me pasaba el grueso jersey por la cabeza, *Robin* corrió por mi espalda y acabó estirado por la parte inferior.

—No creo que Roth tenga la capacidad de hacer eso.

—Podría intentarlo —fue su respuesta, y prácticamente pude oír el mohín en su voz. Tomé el teléfono y quité el altavoz mientras me dirigía hacia la habitación. Fruncí el ceño al ver a uno de los gatitos aovillado en una bolita peluda por encima de la bufanda que tenía planeado llevar. Era *Thor*.

Maldita sea.

Una familiar punzada de pérdida me golpeó en el pecho mientras me acercaba con cautela a la cama. Echaba de menos a *Bambi*. Después de que las cosas se hubieran asentado un poco, recordaba que Roth había mencionado ir a verla. Habíamos contactado con el aquelarre y, sorprendentemente, nos habían permitido ir de visita. Ver a *Bambi* había curado parte del dolor de mi pecho. Sabía que era feliz y que se encontraba bien, y que la trataban como a una princesa, pero aun así, aunque había pasado el peligro del apocalipsis, ya no nos pertenecía.

—Entonces... —Stacey arrastró la palabra—. ¿Te estás preparando para ir a hablar con Zayne?

Me detuve a un par de metros de la cama, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿Cómo sabes que eso es lo que estoy haciendo?

—Zayne me contó que te mandó un mensaje ayer —respondió.

Thor levantó la cabeza.

—No sabía que te lo había dicho —murmuré ausente, distraída mientras me preguntaba cómo se suponía que iba a lograr acceder a mi bufanda sin derramar sangre.

—¿No te... molesta que Zayne y yo hablemos, verdad?

—¿Qué? —Ignoré al gatito cuando aplastó las orejas—. No. No me molesta. ¿Por qué iba a molestarme?

—No lo sé —murmuró ella—. Solo quería asegurarme.

Negué con la cabeza a pesar de que, otra vez, mi amiga no podía verlo.

—Creo que es genial que pases tiempo con él. —Y lo decía de verdad, con total sinceridad. Stacey había perdido a Sam, y Zayne había perdido a su padre... y, en cierto sentido, también me había perdido a mí. Al menos eso era lo que parecía a veces—. Estáis ahí el uno para el otro, y eso es increíble. Es solo que no sabía que te había contado lo del mensaje.

—Bien —respondió ella—. Me alegra oírlo, porque es agradable... es bueno tenerlo cerca ahora mismo. —Hubo una pausa—. ¿Va a ir Roth contigo?

Resoplé.

—Ah, no. Si Roth fuera conmigo, se pasarían todo el tiempo tratando de superarse el uno al otro en sarcasmo.

Stacey soltó una risita.

—¿Sabes? Si no fuera por ti, creo que serían amigos del alma y tendrían una amistad épica. —¿Una amistad épica entre Zayne y Roth? Lo dudaba—. Bueno, dejo que te vayas, pero llámame cuando acabes y cuéntame cómo va todo con Zayne, ¿vale?

—De acuerdo. Hablamos pronto.

Después de decirle adiós a Stacey, me metí el teléfono en el bolsillo trasero y después respiré hondo. Tal vez fuera una chunga mitad demonio, mitad Guardián y mitad algo completamente diferente, pero esos malditos gatos me aterrorizaban.

Me lancé hacia delante, sujeté el borde de mi bufanda, y tiré con fuerza mientras

saltaba hacia atrás desde la cama. La bolita demoníaca de pelo cayó boca arriba, señalando al techo con las cuatro patas. Se quedó ahí tumbado, agitando la cola de un lado a otro sobre la colcha.

—¿Lo siento? —dije, retrocediendo.

Thor giró la cabeza hacia mí y maulló de la forma más lastimera conocida por el hombre. Casi me dirigí hacia él, para asegurarme de que se encontraba bien, pero entonces me contuve.

—No voy a caer en esa. Estás bien.

Las orejas del gatito se echaron hacia atrás mientras rodaba hacia un lado. Después se puso en pie sobre las patitas y cruzó la cara pavoneándose, y digo pavoneándose de verdad, balanceando la cola y todo. Vaya un cabroncete malvado.

Me pasé la bufanda alrededor del cuello y me dirigí hacia el piso inferior. Podía oír a Cayman hablando en la cocina, algo sobre cocinar al horno o en salmuera, y aunque quería creer que estaba hablando de un pavo, no habría apostado mi dinero por ello. Me había alejado un paso de la escalera cuando Roth entró en el recibidor.

Mi corazón dio una voltereta. Verlo me provocaba eso, y dudaba que aquello fuera a cambiar jamás.

Con lo alto que era Roth, la altura y la anchura de sus hombros ya eran lo bastante impresionantes, pero si añadías la obra de arte que era su cara y unos ojos que brillaban como topacios, robaba la respiración y los corazones por dondequiera que pasara.

Llevaba una camiseta térmica azul oscuro de manga larga, e incluso a pesar del cinturón con tachones, sus vaqueros negros colgaban distraídamente bajos. Mientras subía la mano para frotarse el pelo con los dedos, apartándose los mechones revueltos de la frente, la camiseta se elevó y un buen vistazo de piel dorada y percibí las dos pequeñas hendiduras a cada lado de sus caderas.

Roth estaba sonriendo cuando por fin llevé la mirada hasta la suya.

—Como sigas mirándome así, enana, no vas a salir de esta casa en mucho tiempo.

Un calor inundó mis mejillas mientras jugueteaba con el nudo que había hecho en mi bufanda.

—No te estaba mirando de ninguna forma en particular.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que mientes muy mal?

Lo miré arrugando la nariz.

—Lo que tú digas.

Cruzó la distancia entre nosotros. Atrapó mis manos, las apartó de la bufanda, y después comenzó a reajustármela él mismo.

—¿Te vas ya para hablar con Zayne?

—Sip.

Lo observé con cautela. Sabía que no estaba emocionado precisamente con la idea de que me marchara para encontrarme con Zayne, pero sabía lo mucho que significaba aquello para mí, así que básicamente y sorprendentemente no había dicho nada

al respecto.

—¿Está *Robin* contigo?

Tras arreglar mi bufanda para su aparente satisfacción, lo cual no parecía nada diferente a como lo había hecho yo, dejé las manos sobre mis hombros. Yo asentí con la cabeza justo cuando la cola del zorro se movió por la base de mi columna vertebral.

—En mi columna.

Frunció el ceño.

—Sigue sin gustarme la idea de que vayas hasta allí. Yo podría...

—Roth —dije, estirándome para ponerle las manos sobre el pecho—. Estaré bien; ya lo sabes. Soy oficialmente muy chungu.

—No estoy cuestionando lo chungu que eres, pero que el Lilin haya muerto y los Guardianes estén jugando limpio ahora mismo no significa que todo el mundo esté vomitando arcoíris ahí fuera.

Puaj. Aquella imagen no era necesaria.

—Lo sé.

Me examinó durante un momento y después suspiró.

—Estoy siendo sobreprotector.

—Sip.

Sus manos subieron deslizándose por mi cuello, provocándome un escalofrío. Me las puso sobre las mejillas.

—Es difícil no serlo, al menos durante un tiempo.

—Es comprensible.

—Mándame un mensaje cuando acabes. Iré a buscarte. —Guió mi barbilla hacia abajo, me besó la frente, y creo que también me besó la parte superior del moño, lo cual era una monada—. ¿Vale?

—Oki doki. —No sabía por qué estaba diciendo tantas palabritas absurdas, pero cuando comencé a alejarme él me atrapó la mano y tiró de mí. Todo lo chungu que podía ser salió volando por la ventana, porque acabé apretada contra su pecho—. Roth...

Rodeando mi cintura con un brazo, me inclinó hacia atrás mientras bajaba la cabeza. Roth me besó, y... uf, me besaba como si nunca lo hubiéramos hecho, como si fuera la primera vez que se aprendía la curva de mis labios, y se tomó su tiempo. El beso fue concienzudo. Mi pulso se aceleró mientras me fundía con él, rodeando su cuello con un brazo mientras aferraba el suyo con la mano.

—Oh, por el amor de mis ojos inocentes y virtuosos, ¿podrías no hacer eso donde yo tenga que verlo? —sonó la voz de Cayman desde la puerta de la cocina.

Roth levantó la cabeza y, mientras se enderezaba, observé aturdida cómo me dirigía una sonrisa taimada.

—Solo quería asegurarme de que no me olvidaras.

Cayman resopló.

—No creo que vaya a olvidar eso en mucho tiempo.

Muy cierto.

Roth parecía bastante complacido consigo mismo.

—Saluda al Rocoso de mi parte.

Le lancé una mirada, pero él no parecía arrepentido en absoluto mientras me guiñaba el ojo y después se inclinaba para besarme una vez más antes de apartarse de mí. Pero había una parte de mí que pensaba que Roth no estaba siendo un imbécil con su petición, y solo eso era algo así como increíble.

* * *

La hierba fría crujía bajo mis botas mientras cruzaba el jardín, dirigiéndome hacia el banco. Las temperaturas habían aumentado durante el último par de días, derritiendo la nieve, y el sol había salido. A pesar de que todavía hacía frío, la Explanada Nacional estaba llena de gente.

Me senté e hice una mueca de inmediato por el frío de la madera, que me atravesó los vaqueros y me congeló el culo. Me arrebujé en mi jersey, entrecerrando los ojos bajo el brillante sol invernal.

Los humanos caminaban por ahí; algunos se dirigían hacia los museos, otros estaban sentados en bancos jugando al ajedrez y otros corrían en plan supersano. ¿Alguno de ellos sabría lo cerca que habían estado del verdadero fin del mundo, el fin del mundo en plan trompetas sonando y ríos de sangre corriendo?

En realidad ni siquiera tenía que hacerme esa pregunta, porque ya sabía cuál era la respuesta. Incluso después de que las gárgolas se despertaran y sembraran el caos, e incluso con toda esa pobre gente que había caído muerta en las calles, la humanidad realmente no tenía ni idea de lo cerca que había estado del apocalipsis.

Los habíamos salvado. Yo los había salvado, pero ellos jamás lo sabrían.

Madre, era un poco como ser Batman, pero sin la capa chula.

Pero, si yo era Batman, ¿convertiría eso a Roth en *Robin*, el Chico Maravilla? Ah, no. No podía imaginármelo estando dispuesto a eso, pero la idea me hizo sonreír de oreja a oreja.

El sonido de unos pasos atrajo mi atención, así que levanté la mirada. Zayne se encontraba a un par de metros de mí, con una de las manos profundamente metida en el bolsillo de sus vaqueros y la otra sujetando una bolsa negra cuadrada. Tenía los hombros encorvados y la barbilla gacha. Mi estómago hizo un contoneo extraño, no muy agradable del todo. Mi familiar no afectaba mi habilidad de ver auras como había hecho *Bambi*, pero ahora casi deseaba que lo hiciera. Aquello sería mejor que tener que ver lo... lo apagado que se había vuelto el resplandor alrededor de Zayne. El blanco deslucido de su aura era un recordatorio constante de lo que le había hecho.

Y aquello no era lo único.

Mi sonrisa flaqueó un poco, pero no permití que se desvaneciera, porque a pesar

de todo era feliz de verlo.

—Hola —dijo, y aunque me dirigió una sonrisa, esta no alcanzó sus ojos vibrantes. Dios, echaba de menos cómo sonreía, su forma de hacerlo con toda la cara; con todo su ser—. Has venido.

Negué un poco con la cabeza.

—Pues claro que he venido. Te dije que lo haría.

—Sí, es cierto. —Se sentó junto a mí, puso la bolsa al otro lado, y entonces se metió ambas manos en los bolsillos mientras miraba directamente hacia delante. Pasaron varios minutos—. Pensaba que tal vez habrías cambiado de idea... o algo así.

La comprensión caló en mi interior.

—Yo no cambiaría de idea, y Roth jamás me pediría que lo hiciera.

La cabeza de Zayne giró en mi dirección. Abrió la boca, la cerró y después volvió a intentarlo.

—Me... me gusta tu pelo así.

—Ah. —Levanté la mirada y toqueteé mi moño con cautela—. La verdad es que no me apetecía hacerme nada con él.

—Es diferente. —Me echó un vistazo y después apartó la mirada con rapidez—. En fin, quería verte para decirte que me alegra que estés bien. No tuve oportunidad de decírtelo cuando apareciste en la casa. Todos nos quedamos bastante impresionados al verte. —Cuanto más hablaba, más parecía que la incomodidad se desvanecía—. Cuando oímos que el Lilin había muerto, bueno... todos sabíamos lo que significaba eso. Supe lo que significaba eso.

—Lo siento —dije. Me di cuenta de que había estado diciéndolo mucho, pero seguía siendo en serio. Tan solo deseaba poder decir algo más.

Una sonrisa rápida apareció en su rostro antes de desaparecer.

—Sé que lo sientes. Lo que hiciste fue increíblemente valiente. Fue una locura, pero valiente. No voy a echarte la bronca al respecto, estoy seguro... estoy seguro de que Roth lo habrá hecho ya. —Hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Sabes? Ya no puedes dudar de lo que eres en realidad. Por dentro. Tienes que saberlo. Al tomar la clase de elección que tomaste, ya no puedes dudar de lo que vales. Tan solo... tan solo quería que lo supieras.

Cerré los ojos con fuerza y solté un aliento tembloroso.

—Yo... gracias.

Eso era todo lo que podía decir, porque tenía razón. Sabía lo que era por dentro. Ser un demonio o un Guardián no me convertía en quién era. Mis decisiones y mis acciones eran las que lo hacían. Y no era perfecta... y tampoco malvada. Simplemente, era yo.

Una brisa agitó un mechón de su pelo rubio sobre la línea cincelada de su mandíbula.

—Ya basta de hablar de mí —dije, y Zayne se rio entre dientes—. ¿Qué pasa? —pregunté.

Se sacó las manos de los bolsillos mientras se reclinaba contra el banco, relajándose.

—Bichito, moriste y después volviste a la vida. Es un poco difícil no centrarme en eso.

Me sentí un tanto atolondrada por dentro al oír mi mote.

—Vale. Buen argumento. —Rebusqué en mi cerebro para encontrar algo que decir, y entonces lo hallé—. Voy a volver al instituto la semana que viene. Roth y Cayman hicieron lo suyo, y ahora el personal del instituto piensa que he estado enferma de mononucleosis o algo así. Puedo ponerme al día y graduarme a tiempo.

—Eso es bueno. —La sinceridad empapaba su voz—. ¿Qué hay de la universidad?

Me moví en el banco.

—Creo que voy a presentar la solicitud para el semestre de primavera, para alguna de las universidades de por aquí, pero, cuando acabe el instituto, tengo ganas de viajar. —Sonreí al pensar en la conversación que había tenido con Roth sobre ver el mundo—. Nunca he estado en ninguna parte, y quiero ver cosas: la playa, las montañas... un desierto. Tengo tiempo para hacer eso. Mucho tiempo.

—Eso es cierto. No sé cómo sigo olvidando que no... que no vas a envejecer. —Su mandíbula se tensó—. Pero creo que es bueno, todo eso de viajar. Te lo pasarás bien.

—Sí. —Era extraño, y también algo con lo que sinceramente no quería obsesionarme, pero iba a tener el mismo aspecto eternamente... salvo que alguien lograra apuñalarme en el corazón o decapitarme. De verdad que tenía que volver a cambiar de tema—. Pero, en serio, basta ya de hablar de mí. Quiero saber cómo te va con todo.

Él levantó uno de sus anchos hombros.

—Estoy yendo poco a poco, para ser sincero. Un par de los clanes cercanos van a venir, para echarles un ojo a las cosas. No hay que preocuparse por eso —añadió cuando me tensé—. Tan solo es mierda procedimental, por lo que han dicho Nicolai y Dez.

—Han sido de mucha ayuda, ¿verdad?

—Sí. Todavía faltan un par de años antes de que tenga que encargarme de todo, y sé que entre ellos dos harán bien las cosas. Van a hacer algunos de los cambios que necesitamos, especialmente con lo unidos que están Nicolai y Danika.

Sonreí, pues me gustaba la idea de que estuvieran juntos.

—Desde luego que hacen falta cambios. Las cosas han sido un poco... arcaicas. —Si Danika se salía con la suya, y no podía imaginármela parando hasta que lo consiguiera, las mujeres del clan tendrían un montón de opciones más en el futuro—. Pero, aparte de tus responsabilidades con el clan, ¿cómo estás?

Sus cejas se unieron.

—Algunos días es difícil —admitió en voz baja—. Hablar con Stacey ha sido

bueno. Ella... ella lo entiende, ¿sabes? —Hizo una pausa mientras yo asentía con la cabeza—. Sé que al final mi padre y yo no estábamos de acuerdo en un montón de cosas, pero era mi padre, y yo lo quería. —Me echó un vistazo—. Y él te quería a ti. Lo sabes, ¿verdad? A pesar de todo, se preocupaba por ti.

Recordando la conversación que había tenido con Zayne después de la muerte de Abbot, asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—Lo echo de menos.

Comencé a llevar el brazo hasta el suyo para darle un apretón, pero me detuve a medio camino. No estaba segura de que quisiera esa clase de consuelo por mi parte en esos momentos. Zayne debió de captar el movimiento con el rabillo del ojo, porque se medio giró y tomó la bolsa negra.

—Te he traído algo.

Levanté las cejas de golpe.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza mientras metía la mano dentro.

—Pensaba que tal vez lo echaras de menos.

Curiosa, lo observé mientras levantaba el brazo y una cabeza andrajosa y peluda de color marrón apareció a la vista. Uní las manos, boquiabierta, mientras Zayne sacaba un viejo osito de peluche destrozado que había visto días mejores.

—¡El Señor Mocosito! —jadeé con reverencia.

Zayne me había dado el osito la noche que Abbot me había llevado al edificio de los Guardianes. Yo solo tenía siete años, y sentía terror de las criaturas aladas, con su piel dura como la roca y sus dientes afilados. Había corrido por la casa hasta encontrar un armario y me había escondido en él hasta que Zayne me había convencido para que saliera, ofreciéndome un osito de peluche que una vez había estado nuevo.

Quería mucho a esa cosa.

Tanto como quería a Zayne.

Tomé el osito y lo aferré con fuerza mientras Zayne se aclaraba la garganta.

—Sé que ya no eres una niña pequeña. Vaya, sé que si quisieras podrías darme una patada en el culo ahora mismo, pero pensé... bueno, que siempre te vendrá bien tener al Señor Mocosito. Te pertenece.

Las lágrimas ardieron en mis ojos mientras enterraba la cabeza en la parte superior del Señor Mocosito e inhalaba profundamente. El aroma de lo que había sido mi hogar se aferraba al osito, y casi me eché a sollozar allí mismo. Abrazándolo, quería volver atrás en el tiempo, solo para poder tener un abrazo más de Abbot antes de que todo se fuera a pique entre nosotros.

Pestañeando para contener las lágrimas, levanté la cara hasta Zayne.

—Gracias. Muchísimas gracias.

Él cerró los ojos brevemente.

—Te echo de menos, Layla.

El corazón se me encogió, como si estuvieran apretándolo.

—No tienes que hacerlo —susurré, girándome hacia él mientras abrazaba al osito. Por fin habíamos llegado a la verdadera razón por la que estábamos sentados en ese banco—. Estoy aquí mismo. Yo también te echo de menos, Zayne. Quiero que seamos amigos.

—Lo sé. Es solo que... no estoy preparado para eso —dijo, dirigiendo su mirada hacia el cielo. Su pecho se elevó con una respiración profunda—. Me gusta pensar que algún día lo estaré. Bueno, sé que lo estaré. Algún día.

—Y yo te estaré esperando —le dije—. Te lo digo en serio. Estaré esperando ese día.

Parte del peso que llevaba alrededor del corazón disminuyó cuando Zayne asintió lentamente con la cabeza. Después sonrió mientras me miraba, sonrió de verdad, con esa sonrisa amplia que había acabado adorando, y en ese momento supe que de verdad habría un «algún día» que esperar.

Capítulo treinta y dos



Zayne y yo charlamos un poco más, y cuando llegó el momento de marcharme, me sentía reacia a que nos separáramos. No sabía cuándo volvería a verlo. Había estado muy cerca de saltar hacia él y abrazarlo como había hecho con el Señor Mocososo, pero sabía que todavía era pronto para eso.

Con los ojos llenos de lágrimas, observé a Zayne mientras cruzaba la explanada y deseé que ese «algún día» se convirtiera en algún día cercano. Lo deseé de verdad.

Metí con cuidado al Señor Mocososo otra vez en la bolsa y, cuando me puse en pie, comencé a cruzar la explanada en dirección contraria, hacia los museos. Iba a mandarle un mensaje a Roth pronto, pero necesitaba un par de minutos para aclararme con todo lo que estaba sintiendo. Era feliz por haber visto a Zayne y saber que no me odiaba, pero lo echaba de menos de una forma feroz. Deseaba que las cosas pudieran ser como lo habían sido antes de que él y yo hubiéramos ido por ese camino, pero era incapaz de encontrar en mi interior la forma de arrepentirme por lo que habíamos compartido. Necesitábamos experimentar todo lo que sentíamos por el otro para que ambos supiéramos dónde nos encontrábamos en realidad el uno con el otro. Y a pesar de que quería obligarlo a ser mi amigo en ese mismo momento, lo respetaba y me importaba demasiado como para no darle todo el tiempo que necesitara. Mientras tanto, solo podía alegrarme de que tuviera a Stacey para hablar con ella.

Atravesé los bancos y las mesas, concentrándome en respirar hondo y de forma regular mientras la bolsa que contenía al Señor Mocososo se balanceaba suavemente a mi costado. Con el rabllo del ojo me pareció distinguir una cara morena familiar. Me detuve y me giré hacia la derecha.

Morris estaba sentado a una de las mesas de madera, y sus cejas pobladas estaban fruncidas en señal de concentración. Una de sus manos, con un guante sin dedos, estaba cerrada bajo su barbilla, y la otra flotaba sobre unas piezas de ajedrez blancas y negras que se encontraban situadas estratégicamente sobre el tablero de juego.

No sé qué es lo que más me impresionó: si el hecho de estar viendo a Morris por ahí cuando no lo había visto ni una sola vez desde la noche que Abbot murió, ni siquiera cuando yo había regresado de entre... bueno, de entre los muertos, o el hecho de que no estuviera solo. Enfrente de él estaba sentada una mujer con el pelo negro como un cuervo. Unas gafas oscuras y demasiado grandes cubrían la mayor

parte de su cara, pero, por lo que podía ver, era alta y esbelta, y la piel leonada de su mano estaba inmaculada mientras la movía sobre las piezas de ajedrez.

¿Morris tenía amigos? ¿Y encima, tenía amigas? ¿Amigas que parecían mucho mucho más jóvenes que él? Pues vaya con Morris...

La mujer movió uno de los caballos, eliminando al que pensé que era un peón de su oponente. Mientras tomaba la pieza oscura, una gruesa nube se puso por delante del sol, ocultándolo de pronto. Sobresaltada, levanté la mirada y fruncí el ceño. Estaba tan oscuro que casi parecía el crepúsculo.

Un extraño estremecimiento descendió por mi columna vertebral mientras bajaba la mirada hasta ellos. El escalofrío extendió sus dedos helados sobre mis hombros. *Robin* se inquietó, deslizándose por mi espalda y arrastrándose hasta quedar descansando justo por debajo de mis costillas.

Morris levantó la mirada, y sus ojos llenos de calma encontraron los míos. La piel alrededor de sus ojos se arrugó mientras me dirigía una amplia sonrisa. Levanté la mano mientras el sol se liberaba de la nube oscura como la tinta, y meneé los dedos en su dirección.

Aquello era extraño.

Morris volvió a dirigir la atención hacia la partida de ajedrez, y tuve la sensación de que me estaba echando, lo cual me parecía extrañamente bien. No sabía qué estaba sucediendo allí, pero había comenzado a pasar de largo, en dirección a la acera, cuando un suave y rítmico tarareo me llamó la atención.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron mientras mi piel cosquilleaba. Ese tarareo... lo reconocía, siempre lo reconocería: *Paradise City*. La misma canción que Roth tarareaba todo el tiempo, pero, en esa ocasión, venía de una mujer.

Me dije que tenía que ser una coincidencia mientras volvía a darme la vuelta con lentitud. La melodía increíblemente afinada venía de la mujer que estaba sentada frente a Morris.

Dejó de tararear, y sus labios rojos se curvaron en una media sonrisa mientras levantaba la mano para quitarse las gafas de sol. A continuación giró la barbilla hacia mí y le vi la cara. La mujer era de una belleza impresionante, y todas y cada una de las facciones estaban unidas a la perfección. Pómulos altos y definidos, nariz pequeña y unos labios increíblemente carnosos, pero fueron sus ojos lo que me arrancó el aire de los pulmones.

Eran del color de dos joyas de ámbar... idénticos a los de Roth.

—¿Sabes? —dijo, hablando con una voz tan densa como el humo—. Siempre ha sido mi Príncipe Heredero favorito.

Se me desencajó la mandíbula, y la miré boquiabierto como un pez fuera del agua. ¿«Mi Príncipe Heredero favorito»? ¿«Mi»? ¿Es que era...? ¡Ay, Dios mío!

¡Ay, Dios mío! ¡El Jefe era una mujer!

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, y su pelo oscuro se deslizó sobre su hombro.

—Ah, puedo ver los engranajes girando en tu cabecita. Me calienta el amargo

corazón saber que mi Príncipe está con alguien que al menos tiene cierta inteligencia.

Había muchas posibilidades de que mis ojos fueran a salirse de las órbitas, así que ese insulto prácticamente se me pasó por alto.

—Eres...

—Apuesto a que puedes suponer mi nombre. Como dice esa canción, es cierto que tengo muchos. —Las gafas de sol se balanceaban en sus dedos mientras me examinaba—. ¿Te has preguntado por qué estás aquí, Layla? —Cuando comencé a mirar a mi alrededor, ella soltó una risa siniestra—. No aquí en el parque, pequeña estúpida, sino aquí en pie, con la sangre fluyendo por tu cuerpo y el corazón latiendo en tu pecho.

Morris volvió a levantar las cejas, aunque no estaba segura de si sería por su último insulto o por el recordatorio de mi casi fallecimiento, pero permaneció en silencio, como siempre.

—¿Fuiste tú? —dije tras un momento—. ¿Tú me trajiste de vuelta?

Ella no respondió de inmediato.

—Como he dicho, Astaroth es mi Príncipe Heredero favorito, pero yo no levantaría a los muertos ni siquiera por él. Al menos, no sin obtener algo a cambio.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Si no fuiste tú...?

—Ah, sí que fui yo. De nada, por cierto. —Volvió a ponerse las gafas de sol, pero todavía tenía la sensación de que podía atravesarme con la mirada—. Pero fue por tu madre.

Si el viento hubiera soplado en ese instante, me habría caído al suelo.

—¿Lilith me salvó?

—Lilith me prometió no volver a intentar escapar nunca más si te salvaba, y esa era una propuesta que ni siquiera yo podía dejar pasar. Así que hice un trato con ella, y aquí estás.

Un millar de emociones me inundaron, y sentí que me temblaban las rodillas. ¿Lilith me había salvado? La incredulidad daba vueltas en mi interior, mezclada con esperanza, júbilo y más aturdimiento todavía. ¿Por fin me había reconocido como su hija y había hecho algo redentor? La bolsa comenzó a deslizarse de entre mis dedos, así que la agarré con más fuerza.

Y entonces lo comprendí de golpe.

Si yo hubiera muerto, entonces Lilith también lo habría hecho. No tenía sentido que el Jefe, o la Jefa, hiciera ese trato, a menos que... a menos que en parte lo hubiera hecho por Roth.

Por todos los Santos, ¿de verdad era capaz de sentir compasión? Ay, madre, el mundo acababa de ponerse del revés.

—No te emociones tanto, querida. Si tú hubieras muerto, entonces ella también habría muerto. Así pues, ¿es que sentía un vínculo maternal contigo, o al final solo se estaba salvando a sí misma? Tal vez espera que algún día cambies de idea y la liberes.

Después de todo, entonces no estaría escapando, ¿cierto? ¿Quién sabe? En realidad no me importa —dijo, encogiendo ligeramente un hombro—. Y a ti tampoco debería importarte, porque ¿sabes lo que sí debería importarte? El hecho de que, además de los Alfas, yo soy el único ser que puede deshacer la existencia de Astaroth, solo con un chasquido... de mis dos dedos.

Tanto Lilith como mi posible salvadora y el Jefe portándose genial quedaron olvidados, y sentí que se me ponía la espalda rígida y mis ojos se entrecerraban cuando su amenaza me golpeó. La furia se aferró a mí, y tuve que emplear cada gramo de autocontrol para no transformarme allí mismo y asustar a la gente.

Ni siquiera reconocí la voz que salió de mí en un gruñido bajo y que hizo que algunos de los que caminaban cerca dieran un amplio rodeo.

—Tal vez no sea capaz de derrotarte, pero sé que puedo enfrentarme a ti cara a cara. Así que si tocas un solo pelo de la cabeza de Roth, me bañaré con tu sangre y me haré un collar con tus entrañas.

Entonces me preparé para una enorme paliza que probablemente traería a los Alfas gritando hacia nosotras, y tal vez debería haberle pedido a Roth que fuera conmigo después de todo, porque mi pequeño viaje había dado de pronto un giro muy malo.

Pero entonces Morris sonrió, y sus hombros temblaron en silencio mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y se reía con fuerza. Nada de lo que le había dicho era divertido, o al menos no me lo parecía. Miré a mi alrededor, desconcertada por lo que estaba ocurriendo.

—Me caes bien —dijo en cuanto terminó de reír—. De verdad que sí. Eres merecedora del Príncipe Heredero.

—Ah...

—Y puedo ver que tú y yo... Bueno, creo que nos vamos a llevar estupendamente. —Volvió a dirigirse hacia el juego—. Ven de visita siempre que quieras, pero una última cosa.

—Eh...

Tomó un caballo mientras se lamía los labios.

—Si vuelves a amenazarme, no me importa lo que haya prometido tu madre, ni los amigos que tengas en lugares elevados ni lo que le pase a Astaroth: llevarás entrañas como collar, pero no serán las mías.

Pues guay entonces.

No era ninguna estúpida, así que sabía que era el momento de marcharme de allí. Me alejé de la mesa, aturdida, y no fue hasta unos buenos cinco minutos más tarde cuando me detuve en mitad de la acera abarrotada para preguntarme en voz alta:

—Si esa mujer es el Jefe, ¿entonces qué o quién demonios es Morris?

* * *

En lugar de mandarle un mensaje a Roth, acabé dirigiéndome de vuelta hacia la casa. Entré por la puerta principal y dejé la bolsa que contenía al Señor Mocosó en el sillón de la sala de estar. En cuanto crucé hasta el salón, Roth apareció allí. Se movió tan rápido como una sombra y, en cuestión de un segundo, sus brazos me rodearon y sus labios subieron deslizándose por mi cuello.

De inmediato, un sonido suave se me escapó mientras mi sangre se calentaba. Una de sus manos encontró el camino por debajo de mi jersey y me acarició la piel desnuda, provocándome un ardiente estremecimiento.

—No me has mandado ningún mensaje —dijo en el espacio justo por debajo de mi oreja.

Mis ojos se cerraron.

—¿Eh?

Su profunda risa entre dientes me calentó por dentro.

—Se suponía que ibas a mandarme un mensaje, y se suponía que yo iba a ir a buscarte.

—Ah. Sí. Es cierto. —Me mordí el labio cuando me besó el espacio que los suyos habían rozado antes. ¿Por qué no le había mandado un mensaje? Abrí mucho los ojos—. Joder. Siempre me distraes. Tengo que contarte algo.

—Hum. Cuéntame algo. —Su otra mano bajó deslizándose por mi espalda—. Te escucho.

Estaba teniendo problemas para respirar.

—No puedo hablar mientras haces eso.

—¿Hacer qué? —preguntó con inocencia.

—Ya sabes qué.

Llevé la mano detrás de mí, tomé la suya y la aparté de mi culo.

—No es culpa mía que no sepas ser multitarea —dijo mientras comenzaba a dirigirme hacia atrás. Nos dio la vuelta y entonces se sentó y me colocó sobre su regazo, de modo que me quedé de cara a él, con las piernas contra los brazos del sillón—. Vale. Estoy sentado. Tú estás sobre mí, tal como me gusta, y te estoy escuchando.

—Vale. —Pestañeé con lentitud mientras me dirigía una sonrisa.

Él rodeó mis caderas holgadamente con los brazos.

—¿Has quedado con Zayne?

—Sí, pero eso no es lo que quería contarte. —Mientras sus cejas se fruncían, le pinché el pecho con un dedo—. Te lo contaré todo más tarde. Ha estado bien charlar con él y todo eso.

—¿Pero?

Su mirada bajó hasta mi boca, y tuve la sensación de que iba a besarme. Tenía que soltarlo ya antes de que consiguiera arrasar mis sentidos, y ya era lo bastante difícil cuando sus dedos comenzaron a moverse por la cinturilla de mis vaqueros.

—Pero creo que he conocido a tu madre, Roth.

Sus dedos se quedaron inmóviles mientras sus labios se separaban. Una expresión oscura apareció en su rostro, tensando la piel alrededor de sus ojos.

—¿Mi madre?

—Sí. Ya sabes, el Jefe. Estaba en la Explanada Nacional, y la oí tarareando *Paradise City*. —Todo salió en una ráfaga—. Me di la vuelta, y allí estaba. Y, vaya, es muy mona. O sea, se parece mucho a ti. No es que tú seas mono. Estás bueno y eres guapo, muy guapo, y...

—Entiendo lo que quieres decir —me interrumpió—. Y gracias. Pero solo por esta vez creo que deberíamos hablar de algo que no sea lo bueno que estoy. ¿Te ha dicho algo al verte? ¿Te ha hecho algo?

—Bueno, me ha contado que Lilith hizo el trato de no escapar nunca del Infierno, y por eso me salvó, pero aquello no tenía mucho sentido, porque Lilith muerta resuelve el problema con ella. Creo... creo que hizo el trato por ti... tu madre. Y también dijo que eras su Príncipe Heredero favorito. —Crucé los brazos y fruncí el ceño—. También ha dicho que podía deshacer tu existencia.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué iba a decir eso?

—Yo... eh, la he amenazado un poco.

—¿De verdad?

Me mordí el labio inferior y asentí con la cabeza.

—Más o menos le he dicho que me bañaría en su sangre y me pondría sus entrañas como collar si te hacía daño.

Una comisura de sus labios se crispó.

—¿Que has hecho qué?

Levanté la barbilla.

—Quería que supiera que no me hacían ninguna gracia las amenazas escasamente disimuladas contra ti.

El rostro de Roth se suavizó.

—Ay, enana... me haces sentir orgulloso.

Ruborizándome, aparté la mirada mientras ponía los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—En serio. Querías protegerme. —Sus dedos se curvaron alrededor de mi barbilla, y guiaron mis ojos de vuelta hasta los suyos—. Me siento honrado porque hayas hecho eso. Seguro que no le ha hecho ninguna gracia.

—Bueno, digamos que se ha reído... y después me ha dicho que le caía bien. Y después básicamente me ha dicho que yo llevaría mis propias entrañas si alguna vez volvía a amenazarla. Ha sido extraño. Nunca me dijiste que el Jefe era una mujer, y que era tu madre. Y me suena que le has llamado de él antes. ¿O es que me lo estoy inventando? No importa.

Menuda locura de familia política, Dios santo.

—¿Una mujer? —Soltó una risa profunda—. El Jefe es lo que sea y quien sea que

elija ser.

Ahora era yo quien estaba mirándolo boquiabierta.

—¿Qué?

Pasó la mano por mi mandíbula y la dejó sobre mi nuca.

—El Jefe no es mi madre ni mi padre. Es más bien mi creador, y por alguna razón, recientemente ha preferido tener el aspecto de una mujer que más o menos se parece a mí, pero el Jefe no es ni hombre ni mujer.

Abrí la boca, la cerré y después volví a abrirla.

—Eh...

—Es extraño, ¿verdad?

—Sí.

Me dolía la cabeza. Tras unos instantes, Roth frunció el ceño, pensativo.

—¿Qué estaba haciendo el Jefe en la Explanada Nacional?

—Estaba jugando al ajedrez... ¡madre mía, casi lo olvido! ¡Estaba jugando al ajedrez con Morris! Ya sabes, Morris, el chófer y el hombre para todo del edificio de los Guardianes. Estaba ahí con ella. —Me balanceé a causa de la emoción, haciendo que Roth tuviera una expresión interesantemente tensa en la cara—. ¿Por qué estaba con ella? ¿Por qué estaban jugando al ajedrez? Madre mía, ¡estaban jugando al ajedrez! ¡Menudo topicazo! Madre mía, ¿y si es...?

—No sé lo que es —me cortó él.

Mis ojos estaban muy abiertos.

—Nunca habla, y es increíble con la pistola, y puede hacer algunos movimientos de kung fu, pero espera... No puedo imaginarme a... —bajé la voz— ya sabes quién disparando una pistola o practicando el kung fu.

Sus labios se estaban crispando otra vez.

—Sí, es difícil imaginar al grandullón de arriba necesitando un arma o las artes marciales.

Cierto. Me desinflé como un globo que hubiera recibido un pinchazo. Durante un segundo, había pensado que estaba descubriendo algo increíble.

—Pero ¡tiene que ser algo!

—Cualquier cosa es posible. —Sus manos destensaron los músculos de mi cuello mientras su mirada se clavaba en la mía—. Y bueno, lo de tu madre...

Incliné la cabeza para facilitarle el acceso.

—Tu... quiero decir, el Jefe me ha dicho que había hecho el trato de no escapar jamás si me salvaba, y al principio pensé... hala, Lilith por fin ha hecho algo por mí, su hija... pero entonces el Jefe me ha recordado que, si hubiera muerto, entonces Lilith moriría, y ella lo sabía. Básicamente se estaba salvando a sí misma. —Me encogí de hombros—. Así que supongo que ahora lo sabemos, ¿no? Cómo regresé. Sigo estando agradecida. No importa cómo regresara, tan solo que estoy aquí.

Su expresión volvió a perder los matices afilados.

—Tienes razón. Estás aquí y eso es lo único que importa, pero esta es la situación,

Layla. El Jefe... Bueno, el Jefe tiene momentos de gran compasión, y a veces hace todo lo posible por evitar llevarse el mérito de ello. —Se inclinó hacia mí y presionó la cabeza contra la mía—. Y Lilith podría ser igual. Hace algo bueno y después lo esconde. O a lo mejor tan solo se estaba salvando el culo a sí misma, pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —susurré.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me besó la punta de la nariz.

—Jamás sabrás cuál es la verdadera razón, pero puedes elegir creer lo que tú quieras al respecto. No tienes que tomar tu decisión ahora, pero, sin importar lo que decidas creer, eso no cambia quién o qué eres, ni lo mucho que significas para mí, para Zayne o para los demás Guardianes y Stacey. Incluso Cayman —añadió.

—¿Incluso Cayman?

Solté una risa seca, y él me besó la comisura de la boca.

—Incluso él. Nada de eso cambia. Esa mujer, Lilith... si hizo lo que hizo para salvarte a ti, genial. Si lo hizo para salvar su propia vida, entonces olvídala. En cualquier caso, eso no te cambia.

Cerré los ojos mientras me inclinaba hacia él, que aguantó mi peso y me rodeó con el otro brazo.

—Tienes razón.

—Yo siempre tengo razón, enana.

—Eso no es cierto. —Sonreí cuando resopló—. Pero ahora la tienes. Estaría bien saber que Lilith se preocupaba por mí y tomó la decisión de salvarme porque soy su hija, pero al final eso no importa.

—Nop. —Me besó el otro extremo de los labios—. Nada en absoluto.

—Importo yo —susurré, y él recompensó mi respuesta con un besazo directo en los labios—. Importas tú. Importamos nosotros. —Recibí otro beso por ello—. Importa Zayne, y Nicolai, y Dez, y también todos los demás Guardianes. Importa Stacey. Incluso Cayman importa.

Sus labios se curvaron en una sonrisa contra los míos.

—Yo no iría tan lejos.

—Cállate.

Y esa vez fui yo quien lo besó. Roth me sujetó las mejillas mientras se apartaba de mí.

—¿Te encuentras bien?

Sabía que no me lo estaba preguntando solo por lo que había pasado con Lilith, sino también con Zayne, y le quería mucho por ello... mucho, muchísimo.

—Estoy bien.

—Ah, entonces será mejor que te agarres fuerte, enana.

—Que me aga...

Chillé cuando se puso en pie de pronto, y desde luego que me agarré fuerte, rodeando sus esbeltas caderas con las piernas y su cuello con los brazos.

—Muy bien.

Entonces me besó otra vez mientras producía un sonido grave en las profundidades de la garganta que me provocó escalofríos por todo el cuerpo. Sus labios se deslizaron sobre los míos otra vez, mordisqueándolos y aferrándose a ellos, hasta que profundizó el beso al introducir la lengua y sentí la bolita de metal. Mis sentidos se dispararon en todas direcciones, y fue explosivo, y mi corazón aleteó junto con muchas muchas otras partes de mi cuerpo. Un anhelo familiar creció dentro de mí y, en lugar de llenar de miedo todo mi sistema, lanzó dardos de un sublime placer a través de mis venas.

—No dejes de agarrarte —ordenó Roth, y una oscura sensualidad profundizaba su voz—. Voy a hacer que estés más que bien.

Y cumplió con creces esa promesa.

Seis meses después...

Un viento cálido me levantó el pelo, agitando los mechones pálidos por mi cara y revolviendo las plumas pequeñas y sensibles que cubrían mis alas. La luna estaba alta en el cielo y las nubes eran gruesas, una noche perfecta para volar.

Me encontraba en la parte superior del One World Trade, con un pie sobre el saliente y el otro balanceándose en el aire. Mis alas formaban un arco alto, evitando que me cayera. Muy por debajo, unas luces deslumbrantes iluminaban las calles. No podía distinguir a la gente, pero sí veía sus formas, un puñado de borroncitos moviéndose. Alrededor de mí había otros edificios que se elevaban altos en el cielo, con algunas ventanas iluminadas mientras otras estaban a oscuras. Ninguna de ellas estaba tan alta como yo.

Llevé la mano detrás de mí, la coloqué plana sobre el edificio y cerré los ojos. Era difícil no sentir la triste pero poderosa historia de renacimiento y renovación que había ocurrido en aquel lugar, no tomarme un momento para reconocerla.

Había descubierto hacía mucho tiempo que a veces los humanos podían ser capaces de demostrar más maldad que cualquier demonio salido de los fosos del Infierno.

Un agudo silbido atrajo mi atención, y mis ojos se abrieron mientras permitía que mi mano cayera hasta el saliente. El silbido provenía de algún lugar de Wall Street, y una sonrisa tiró de mis labios. Me puse en pie con lentitud.

Y entonces, alcé el vuelo.

El viento soplaba con fuerza y atrapó mis alas de inmediato mientras se extendían. Elevándome en un arco con los ojos cerrados, volé más alto, y el aire frío azotó mi piel cálida, soplando en el centro de mi espalda y por encima de mis alas. Cuando abrí los ojos, fue justo igual que como lo había descrito Jasmine. Estiré el brazo y pensé de verdad que tal vez pudiera tomar las estrellas con la mano y llevarlas hasta mi pecho.

Quizá pudiera volar directamente hasta el Cielo, pero dudaba seriamente que los Alfas fueran a estar contentos por ello. La simple idea de llamar a sus puertas perladas me provocó una sonrisa en el rostro mientras me permitía girar como un pequeño misil antes de alcanzar la parte de la atmósfera donde podría chocar fácilmente con un avión y comenzaría a tener problemas para obtener oxígeno. Sabía que si iba más lejos, no sería capaz de respirar, pero también sabía que el instinto me

dominaría y mi cuerpo me obligaría a descender. Había descubierto eso de una forma difícil la noche anterior.

Eché un vistazo hacia abajo, y fue como si el mundo entero estuviera justo por debajo de mí. Los edificios sobresalían hacia mí, como docenas y docenas de puños elevándose. Millones de personas vivían y respiraban en una zona que ahora parecía increíblemente hermosa.

Era una vista alucinante de la ciudad de Nueva York.

Un torrente de viento golpeó mis alas, pero giré para alejarme de la ráfaga y después descendí en picado. Plegué las alas hacia atrás y me dejé atrapar en una épica caída libre. Adquirí velocidad y, por un momento, el ritmo con el que caía me dejó sin aliento, pero no sentí miedo ni pánico, solo una increíble ráfaga de adrenalina y felicidad.

A mitad del descenso de vuelta hasta la ciudad, desplegué las alas y ralenticé la bajada para no acabar hecha una tortita contra el lateral de un edificio, porque eso habría sido una forma terrible de terminar la noche y mi pequeña excursión a través del país.

Flotando sobre la ciudad, evité las zonas que sabía que frecuentaban los demás Guardianes y planeé hasta el distrito financiero. El clan de Nueva York sabía que estábamos allí. Dez incluso había hecho una llamada telefónica por adelantado, para advertir al clan del que provenía que no nos causara problemas, pero no me apetecía tentar la suerte. Aunque dudaba que yo fuera el enemigo número para ellos, y todos habíamos trabajado juntos medio año antes para detener al Lilin y el apocalipsis, mi compañero de crímenes siempre sería otra historia... una historia muy peliaguda.

Reduje la velocidad y aterricé acuclillada sobre el tejado de lo que pensaba que era un banco. Acababa de plegar las alas cuando una forma pesada aterrizó junto a mí, haciendo que unos trocitos de piedra se soltaran del saliente y cayeran al suelo. Archeé una ceja y levanté la mirada.

Roth estaba ahí plantado, con las piernas abiertas y las alas extendidas. Su piel era oscura como el ónice, brillante y dura. Llevaba el pecho desnudo, y se fundía con la noche a su alrededor. O lo habría hecho si no me hubiera mostrado los colmillos; y si la calavera de la hebilla de su cinturón no fuera de un blanco brillante.

—Tu pelo —dijo.

Entrecerré los ojos mientras resistía la necesidad de levantar la mano para ver a qué se refería.

—¿Qué le pasa?

Sonrió mientras se arrodillaba junto a mí, y volvió con rapidez a su forma humana.

—Parece que acabes de salir de un vídeo de Guns N' Roses.

—Muchas gracias.

—Probablemente hasta el vídeo de *Paradise City*.

—Mejor todavía.

Se inclinó hacia mí para besarme la sien, y después la frente.

—Pero te queda de un sexi que flipas. Me recuerda al aspecto que tiene cuando meto los dedos en él y estamos...

—Ya lo pillo. —Me reí—. Estoy segura de adónde quieres ir a parar con eso.

—¿Qué pasa? Iba a decir cuando estamos despertándonos por la mañana.

Resoplé.

—Vale, lo que tú digas.

Su profunda carcajada me provocó un escalofrío.

—Me conoces demasiado bien.

Aquello era cierto. Cerré la distancia entre nosotros y le di un besito rápido en la mejilla.

—¿Me has visto?

—Sí. —Cerró una mano alrededor de mi cuello, impidiéndome apartarme—. Te he visto besar las estrellas.

Mis labios se extendieron en una ancha sonrisa. Me gustaba cómo sonaba eso.

—¿Quieres verme besar mi propia estrella personal?

Sí, aquello era muy cursi, pero, a pesar de que no podía ver su sonrisa, podía sentirla en cada célula de mi cuerpo. Su cercanía, su felicidad y la mía prácticamente hacían que mi cuerpo zumbara.

—Siempre —murmuró.

Inclinando la cabeza, rocé los labios con los suyos una vez, y después dos. La mano alrededor de mi cuello se tensó mientras yo pasaba la punta de la lengua por la abertura de su maravillosa boca. Sus labios se separaron y yo profundicé el beso, y como todas las veces, sabía a chocolate oscuro y pecaminoso, y como todas las veces, un beso nunca era suficiente. Hubo más mientras estábamos agachados en el borde de un tejado a sesenta y pico pisos de altura, y supe que si no nos separábamos pronto para tomar aire, empezaríamos a ponernos codiciosos, primero con las manos y después con otras partes de nuestros cuerpos.

Aquello también había ocurrido la noche anterior.

Me aparté y solté el aliento que había estado conteniendo mientras ahuecaba la mano contra su mandíbula y él producía el sonido más lastimero. Solté una risita en el diminuto espacio entre nuestras bocas.

—Después —le prometí.

El sonido se convirtió en un profundo retumbo lleno de aprobación. La expectación aumentó, formando un ansia mucho más grande que aquella con la que yo vivía cada día.

—Será mejor que el después llegue pronto —gruñó. Deslizó la mano desde mi cuello hasta mi espalda. Podía sentir su calor a través de la fina camiseta suelta y sin mangas—. ¿Nos marchamos mañana? ¿Canadá será lo próximo?

Asentí con la cabeza.

—Canadá será lo próximo.

No dijo nada cuando apoyó la mano sobre mi cadera, y yo permanecí en silencio mientras observaba la ciudad ahí abajo. Estaba mirando a mi futuro mientras me encontraba junto a mi eternidad, y aquella era una sensación maravillosa y hermosa.

Todavía no había elegido una universidad, ni había decidido qué carrera quería hacer, pero no pasaba nada. Tenía tiempo, y no quería apresurarme ni un segundo de él.

—¿Es después ya? —preguntó Roth.

Le lancé una larga mirada y sonreí mientras me levantaba de forma fluida, con una gracilidad de la que nunca había pensado que sería capaz.

—Solo si me atrapas.

Roth se levantó de golpe, capturó mi mano antes de que pudiera despegar siquiera y entrelazó los dedos con los míos.

—Ya lo he hecho, Layla.

Y eso había hecho, hacía mucho tiempo, cuando entró pavoneándose en un callejón oscuro y derrotó a un demonio Impostor. A decir verdad, en realidad yo ni siquiera quería huir.

Aquello era amor, y el amor podía cambiar a la gente, incluso aunque esa persona fuera en realidad un demonio y el Príncipe Heredero del Infierno.

—Te quiero —le dije. Se lo decía todos los días, y seguiría diciéndoselo una y otra vez.

Roth bajó la frente hasta la mía mientras llevaba nuestras manos unidas hasta su pecho y las situaba por encima de su corazón.

—Yo también te quiero —dijo—. Con cada suspiro que dé, siempre te querré.



JENNIFER L. ARMENTROUT (Martinsburg, Virginia Occidental, 1980). Actualmente sigue viviendo en Martinsburg con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas.

Jennifer escribe YA paranormal, ciencia ficción, fantasía y romance contemporáneo. También escribe novelas para adultos bajo el seudónimo de J. Lynn.